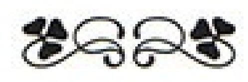
EL RETRATO DE DORIAN GRAY

OSCAR WILDE



ILUSTRADO POR

JAVIER DE ISUSI

Basil Hallward es un artista que queda enormemente impresionado por la belleza estética de un joven llamado Dorian Gray y comienza a encapricharse con él, creyendo que esta belleza es la responsable de la nueva forma de su arte. Basil pinta un retrato del joven. Charlando en el jardín de Basil, Dorian conoce a Lord Henry Wotton, un amigo de Basil, y empieza a cautivarse por la visión del mundo de Lord Henry. Exponiendo un nuevo tipo de hedonismo, Lord Henry indica que «lo único que vale la pena en la vida es la belleza, y la satisfacción de los sentidos». Al darse cuenta de que un día su belleza se desvanecerá, Dorian desea tener siempre la edad de cuando le pintó en el cuadro Basil. El deseo de Dorian se cumple, mientras él mantiene para siempre la misma apariencia del cuadro, la figura retratada envejece por él. Su búsqueda del placer lo lleva a una serie de actos de libertinaje y perversión; pero el retrato sirve como un recordatorio de los efectos de cada uno de los actos cometidos sobre su alma, con cada pecado la figura se va desfigurando y envejeciendo.



Oscar Wilde

El retrato de Dorian Gray

ePub r1.3

Banshee 22.04.16

Título original: *The Picture of Dorian Gray*
Oscar Wilde, 1890
Traducción: Beatriz Torreblanca
Ilustraciones: Javier de Isusi
Diseño de portada: Manuel Bartual

Editor digital: Banshee
Corrección de erratas: maelzel, Colophonius y manrico
ePub base r1.2



PREFACIO

El artista es el creador de las cosas bellas.

Revelar el arte y ocultar al artista es la finalidad del arte.

El crítico es quien puede traducir a otra forma o a un nuevo material su impresión de las cosas bellas.

La más elevada, así como la más baja, forma de crítica es un modo de autobiografía.

Los que encuentran intenciones feas en las cosas bellas son corruptos sin encanto. Ésa es su falta.

Los que encuentran intenciones bellas en las cosas bellas son los cultivados. Para éstos hay esperanza.

Existen los elegidos para quienes las cosas bellas significan sólo belleza.

No existen tales cosas como libros morales o inmorales. Los libros están bien escritos o están mal escritos. Eso es todo.

La aversión del siglo XIX al realismo es la rabia de Calibán al ver su rostro en el espejo.

La aversión del siglo XIX al romanticismo es la rabia de Calibán al no ver su rostro en el espejo.

La vida moral del hombre forma parte del tema del artista, pero la moralidad del arte consiste en el uso perfecto de un medio imperfecto. Ningún artista desea probar nada. Hasta las cosas que son ciertas pueden probarse.

Ningún artista tiene tendencias éticas. Una tendencia ética en un artista es un imperdonable manierismo de estilo.

Ningún artista es nunca mórbido. El artista puede expresarlo todo.

El pensamiento y el lenguaje son para el artista instrumentos del arte.

El vicio y la virtud son para el artista material para el arte.

Desde el punto de vista de la forma, el modelo de todas las artes es el arte de la música. Desde el punto de vista del sentimiento, la profesión de actor.

Todo arte es a un tiempo superficie y símbolo.

Los que buscan bajo la superficie, lo hacen a su propio riesgo.

Los que interpretan los símbolos, lo hacen a su propio riesgo.

Es al espectador, no a la vida, lo que refleja realmente el arte.

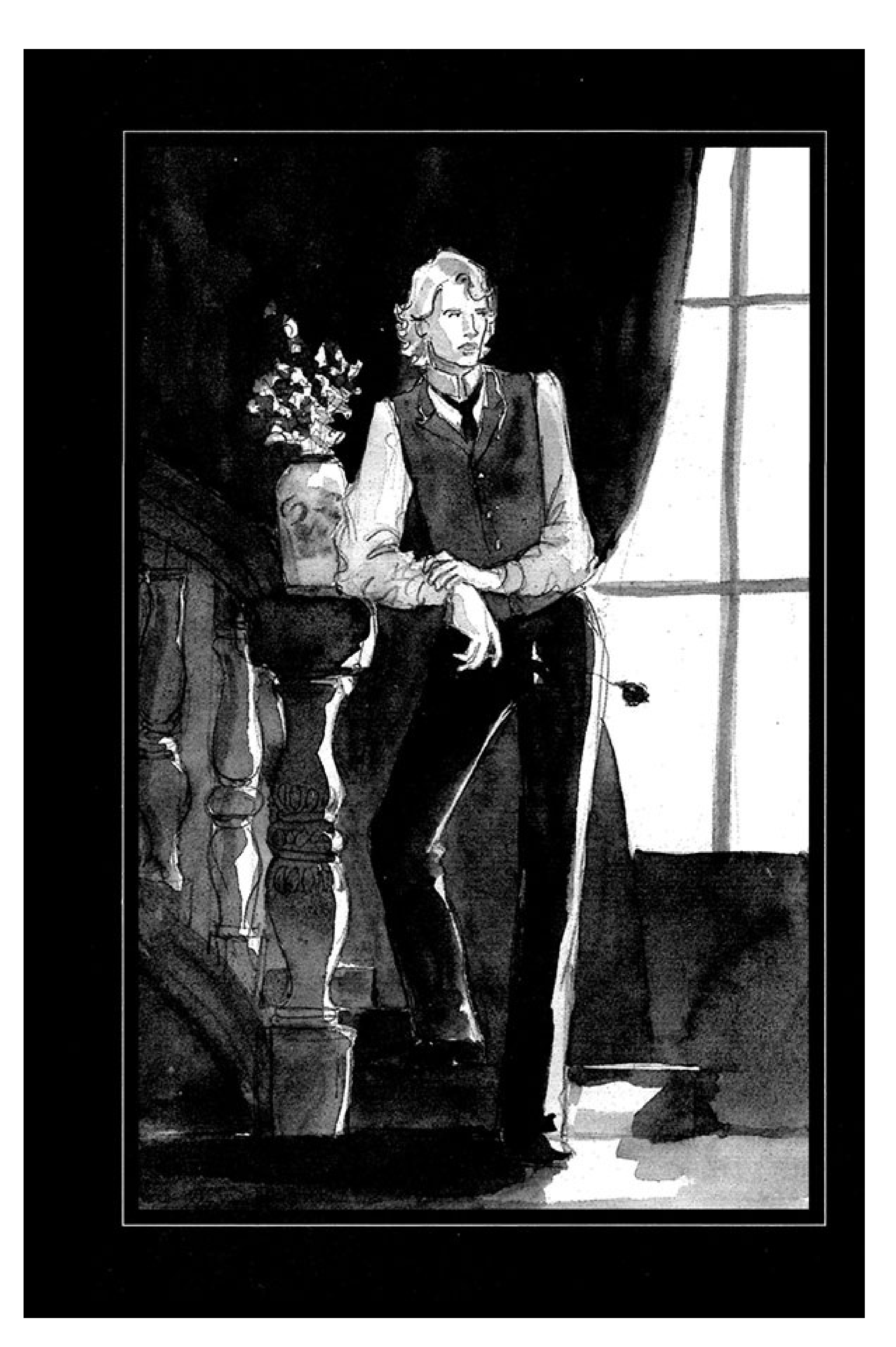
La diversidad de opiniones sobre una obra de arte demuestra que la obra es nueva, compleja y vital.

Cuando los críticos difieren, el artista está en armonía consigo mismo.

Podemos perdonar a un hombre por hacer algo útil siempre que no lo admire. La única excusa para hacer algo inútil es que uno lo admire intensamente.

Todo arte es completamente inútil.

Óscar Wilde



CAPÍTULO I

La fragancia de las rosas llenaba el estudio y, al soplar entre los árboles del jardín la suave brisa estival, entraba por la puerta abierta el fuerte olor de las lilas o el perfume más sutil del rosado espino en flor.

Desde el rincón del diván de tapizado persa sobre el que yacía fumando, según su costumbre, innumerables cigarros, lord Henry Wotton vislumbraba el resplandor de las doradas flores, dulces como la miel, de un laburno cuyas temblorosas ramas parecían ceder bajo el peso de su incendiaria belleza. De tanto en tanto, fantásticas sombras de pájaros cruzaban con fugaz vuelo las largas cortinas de seda y tusor, corridas ante el amplio ventanal, produciendo una suerte de momentáneo efecto japonés que le hacía pensar en esos pálidos pintores de Tokio, con rostros de jade, que a través de un arte necesariamente inmóvil intentan transmitir la sensación de movimiento y velocidad. El murmullo cansino de las abejas abriéndose paso entre la alta hierba sin segar, o revoloteando con monótona insistencia entre las polvorientas bayas doradas de la extendida madreselva, volvía la calma aún más opresiva. El débil fragor de Londres era como la apagada nota de un órgano en la distancia.

En el centro del cuarto, sujeto a un caballete en vertical, estaba el retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza, y frente a éste, un poco más allá, se hallaba sentado el propio artista, Basil Hallward, cuya repentina desaparición unos años antes había causado, en su momento, una gran conmoción pública, levantando tantas y tan extrañas conjeturas.

Al mirar el pintor la amable y gentil figura que había plasmado su arte con tanta destreza, una sonrisa de placer cruzó su rostro y pareció a punto de detenerse en él. Pero de súbito se estremeció y, cerrando los ojos, apoyó los dedos sobre los párpados como si tratase de retener en la mente un extraño sueño, del que temiese despertar.

—Ésta es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho nunca —dijo lord Henry lánguidamente—. Deberías enviarla a la Grosvenor[1] el año próximo. La Academia es demasiado grande y vulgar. Siempre que he ido allí, o había tanta gente que me impedía ver los cuadros, lo que es terrible, o había tantos cuadros que me impedían ver a la gente, lo que es peor aún. Realmente la Grosvenor es el único sitio.

—No creo que lo envíe a ninguna parte —contestó el pintor echando la cabeza hacia atrás con ese ademán tan peculiar que solía provocar la risa de sus amigos en Oxford—. No. No lo enviaré a ninguna parte.

Lord Henry enarcó las cejas y lo miró con asombro a través de las finas espirales de humo azul que se elevaban, enroscándose caprichosamente, de su grueso cigarrillo de opio.

—¿A ninguna parte? Pero ¿por qué, amigo mío? ¿Tienes alguna razón? ¡Qué raros sois los pintores! Hacéis cualquier cosa con tal de obtener la fama. Y en cuanto la tenéis, parece como si quisierais desperdiciarla. Es absurdo por tu parte, ya que

sólo hay una cosa en este mundo peor que el que hablen de uno, y es que no lo hagan. Un retrato como éste te colocaría muy por encima de todos los jóvenes de Inglaterra, y provocaría la envidia de los viejos, si es que los viejos pueden sentir emoción alguna.

—Sé que te reirás de mí —replicó el pintor—, pero realmente no puedo exponerlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.

Lord Henry se estiró sobre el diván y rió.

—Sabía que lo harías. Pero en cualquier caso es la pura verdad.

—¡Demasiado de ti mismo! Te aseguro, Basil, que no te suponía tan vanidoso. Y la verdad es que no encuentro parecido alguno entre tú, con esa cara robusta y contundente y el pelo negro como el carbón, y este joven Adonis que se diría hecho de marfil y pétalos de rosa. Porque, mi querido Basil, él es un Narciso mientras que tú… Bueno, claro que tienes una expresión intelectual, y todo eso. Pero la belleza, la verdadera belleza, acaba allí donde empieza una expresión intelectual. El intelecto es una forma de exageración en sí mismo y destruye la armonía de cualquier rostro. En el momento en que uno se sienta a pensar, se vuelve todo nariz, o todo frente, o cualquier otro espanto. Mira a los hombres de éxito en cualquier rama del saber. ¡Son completamente horribles! Excepto en la Iglesia, por supuesto. Pero es que en la Iglesia no se piensa. Un obispo sigue repitiendo a los ochenta años lo que le enseñaron a decir cuando era un muchacho de dieciocho, y como consecuencia natural siempre conservará un aspecto absolutamente encantador. Tu misterioso y joven amigo, cuyo nombre aún no me has dicho, pero cuyo retrato realmente me fascina, no piensa jamás. Estoy completamente seguro. Es una hermosa criatura sin cerebro que debería estar aquí siempre en invierno, cuando no quedan flores por contemplar, y también en verano, cuando necesitamos algo que nos refresque la inteligencia. No te adules a ti mismo, Basil: no te pareces a él en absoluto.

—No me has entendido, Harry —contestó el artista—. Claro que no me parezco a él. Lo sé perfectamente. De hecho, sentiría ser como él. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Hay algo fatal en toda distinción física e intelectual, el tipo de fatalidad que parece perseguir a través de la historia los pasos vacilantes de los reyes. Es mejor no ser distinto a tus semejantes. Los feos y los estúpidos tienen la mejor parte en este mundo. Pueden sentarse tranquilamente y contemplar la representación con la boca abierta. Si nada saben de victorias, al menos se libran de conocer la derrota. Viven como deberíamos hacerlo todos: en paz, indiferentes y sin ninguna inquietud. Ni causan la ruina de otros, ni la reciben de manos ajenas. Tu rango y tu fortuna, Harry; mi talento, tal como es; mi arte, sea cual sea su valor; la belleza de Dorian Gray… Todos nosotros estamos abocados a sufrir por lo que los dioses nos han otorgado, a sufrir terriblemente.

—Dorian Gray; ¿se llama así? —preguntó lord Henry cruzando el estudio hacia Basil Hallward.

—Sí, ése es su nombre. No pensaba decírtelo.

—Pero ¿por qué?

—Oh, no sabría explicarlo. Cuando siento por alguien un inmenso aprecio, nunca le digo su nombre a nadie. Es como renunciar a una parte de esa persona. He aprendido a amar los secretos. Parecen ser lo único capaz de prestarle cierto misterio o fantasía a la vida moderna. Lo más banal resulta delicioso con sólo esconderlo. Ahora, cuando salgo de la ciudad, nunca le digo a nadie adonde voy. Si lo hiciera, perdería para mí todo su encanto. Una costumbre absurda, me atrevería a decir, pero que, de algún modo, le da a tu propia vida un alto componente de romanticismo. Supongo que te parecerá increíblemente necio por mi parte.

—En absoluto —dijo lord Henry—, en absoluto, mi querido Basil. Pareces olvidar que estoy casado, y el único atractivo del matrimonio es que convierte una vida de engaños en algo indispensable para ambas partes. Yo jamás sé dónde está mi mujer, y ella nunca sabe lo que estoy haciendo. Cuando nos vemos —lo hacemos de tarde en tarde, cuando comemos fuera juntos o visitamos al duque—, nos contamos las historias más absurdas con la más seria de las caras. A mi mujer se le da muy bien, de hecho mucho mejor que a mí. Nunca confunde sus citas, mientras que yo siempre lo hago; pero cuando me descubre, jamás lo convierte en un motivo de disputa. Yo a veces desearía que lo hiciera; pero ella se limita a reírse de mí.

—Detesto la forma en que hablas de tu vida conyugal, Harry —dijo Basil Hallward yendo hacia la puerta que daba al jardín—. Creo que en realidad eres muy buen marido, pero que te avergüenzas de tus propias virtudes. Eres un hombre extraordinario. Nunca hablas de moralidad, y nunca haces nada impropio. Tu cinismo no es más que una pose.

—La naturalidad no es más que una pose, y la más irritante de las que conozco —exclamó lord Henry riendo; y los dos jóvenes salieron juntos al jardín y se instalaron cómodamente en un largo banco de bambú, a la sombra de un alto macizo de laurel. El sol reverberaba en las pulidas hojas. Blancas margaritas temblaban entre la hierba.

Tras una pausa, lord Henry sacó su reloj.

—Me temo que debo marcharme, Basil —murmuró—, pero antes insisto en que contestes a una pregunta que te hice hace un rato.

—¿A qué te refieres? —dijo el pintor sin dejar de mirar al suelo.

—Lo sabes muy bien.

—No lo sé, Harry.

—En ese caso yo te lo diré. Quiero que me expliques por qué te niegas a exponer el retrato de Dorian Gray. Quiero la verdadera razón.

—Ya te lo he dicho.

—No, no es cierto. Dijiste que era porque habías puesto demasiado de ti mismo en él. Vamos, eso es ridículo.

—Harry —dijo Basil Hallward mirándolo directamente a los ojos—, todo retrato pintado con sentimiento es un retrato del artista, no del modelo. El modelo es un mero accidente, una coyuntura. El pintor no revela al modelo; es más bien el pintor

quien se revela a sí mismo en el lienzo pintado. La razón de que haya decidido no exponer ese cuadro es que temo haber mostrado en él el secreto de mi propia alma.

Lord Henry rió.

—¿Y qué secreto es ése? —preguntó.

—Te lo diré —dijo Hallward; pero una expresión de perplejidad cruzó su rostro.

—Soy todo oídos, Basil —insistió mirándole su compañero.

—¡Oh! Realmente hay muy poco que decir, Harry —contestó el pintor—; y me temo que no lo entenderás. Puede que ni tan siquiera me creas.

Lord Henry sonrió e, inclinándose, arrancó de la hierba una margarita de rosados pétalos. La examinó.

—Estoy completamente seguro de que lo entenderé —replicó observando atento el pequeño disco, dorado y con pelusa blanca—, y en cuanto a creer, puedo creer cualquier cosa siempre que resulte absolutamente increíble.

El viento agitó las flores en los arbustos, y las pesadas lilas, con sus racimos de estrellas, se balancearon en el aire lánguido. Una cigarra cantó junto a la tapia y, como un hilo azul, una larga y delgada libélula pasó flotando con sus alas de oscura gasa. A lord Henry le pareció escuchar los latidos del corazón de Basil Hallward, y se preguntó qué vendría después.

—La historia es sencillamente como sigue —dijo el pintor al cabo de un rato—. Hace dos meses asistí a una reunión en casa de lady Brandon. Ya sabes que nosotros, pobres artistas, tenemos que dejarnos ver en sociedad de tanto en tanto, lo suficiente como para recordarle al público que no somos unos salvajes. Con un frac y una corbata blanca, como una vez dijiste, cualquiera, hasta un agente de bolsa, puede lograr que se le califique de civilizado. Pues bien, llevaba ya en la sala unos diez minutos, conversando con inmensas viudas arregladas excesivamente y con aburridos académicos, cuando de pronto sentí que alguien me observaba. Me volví y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí que palidecía. Me sobrecogió una extraña sensación de terror. Comprendí que estaba frente a alguien cuya simple personalidad era tan fascinante que, de habérselo permitido, absorbería por completo mi naturaleza, toda mi alma, la propia esencia de mi arte. Yo no deseaba ninguna influencia externa en mi vida. Ya sabes, Harry, lo independiente que soy por naturaleza. Siempre he sido mi propio maestro; o al menos siempre había sido así, hasta que conocí a Dorian Gray. Entonces… Pero no sabría explicarlo. Algo parecía decirme que estaba a punto de sufrir una terrible crisis vital. Tuve el extraño presentimiento de que el destino me reservaba exquisitos goces y refinados pesares. Sentí miedo y me dispuse a abandonar la sala. No era la conciencia lo que me impulsaba a hacerlo; era una especie de cobardía. Aún no puedo creer que intentase escapar.

—La conciencia y la cobardía son realmente lo mismo, Basil. La conciencia es la marca de la empresa. Eso es todo.

—No estoy de acuerdo, Harry, y estoy convencido de que tú tampoco. No

obstante, fuese cual fuese el motivo que me impulsó a hacerlo, y es posible que fuese el orgullo, ya que entonces yo era muy orgulloso, intenté abrirme paso hacia la puerta. Una vez allí, por supuesto, tropecé con lady Brandon. «No pensará abandonarnos tan pronto, señor Hallward», chilló. Ya sabes lo estridente que es su voz.

—Sí, es un pavo real en todo excepto en la belleza —dijo lord Henry deshojando la margarita con sus largos y nerviosos dedos.

—No pude librarme de ella. Me presentó a miembros de la realeza, a personajes con Estrellas y Jarreteras, y a señoras maduras con diademas gigantescas y nariz de loro. Habló de mí como de su amigo más querido. Nos habíamos visto sólo una vez con anterioridad, pero se había empeñado en promocionarme. Creo que uno de mis cuadros había tenido un gran éxito en aquel momento, al menos se había hablado de él en los periódicos baratos, lo que en el siglo XIX supone alcanzar la inmortalidad. De repente, me encontré frente a frente con el joven cuya personalidad me había conmovido tan profundamente. Estábamos muy cerca, casi rozándonos. Nuestros ojos volvieron a encontrarse. Fue una temeridad por mi parte, pero le pedí a lady Brandon que nos presentase. Quizá no fuese tan temerario, después de todo. Era sencillamente inevitable. Nos hubiésemos hablado aun sin mediar presentación alguna. Estoy convencido de ello. Eso mismo me dijo Dorian más tarde. También él había sentido que estábamos destinados el uno al otro.

—¿Y cómo describió lady Brandon a ese maravilloso joven? —preguntó su compañero—. Sé que tiene la manía de hacer un breve *précis* de todos sus invitados. Recuerdo una vez que me arrastró hasta un anciano y colorado caballero, de aspecto truculento y cubierto de insignias y condecoraciones, mientras silbaba en mi oreja con un trágico susurro, que debió de resultar perfectamente audible a todos los presentes, los detalles más asombrosos. Sencillamente huí. Me gusta conocer a las personas por mí mismo. Pero lady Brandon trata a sus huéspedes como un subastador a sus mercancías. O lo aclara todo acerca de ellos, o cuenta todo excepto lo que uno quisiera realmente saber.

—Pobre lady Brandon. Eres demasiado duro con ella, Harry —dijo Hallward lánguidamente.

—Mi querido amigo, ha pretendido fundar un *salón* y sólo ha conseguido abrir un restaurante. ¿Cómo iba a admirarla? Pero dime, ¿qué dijo de Dorian Gray?

—¡Oh! Algo así como: «Un muchacho encantador… Su pobre madre y yo éramos completamente inseparables. He olvidado a qué se dedica… Me temo que a nada en particular… Ah, sí, toca el piano… ¿O es el violín, mi querido señor Gray?» Ninguno de los dos pudimos contener la risa, y al momento éramos amigos.

—La risa no es un mal comienzo para la amistad, y es con mucho su mejor final —dijo el joven lord arrancando otra margarita.

Hallward denegó con la cabeza.

—Tú no entiendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—, ni la enemistad,

puestos al caso; a ti te gusta todo el mundo, es decir, la gente te resulta indiferente.

—¡Qué injusto eres conmigo! —exclamó lord Henry ladeándose el sombrero y levantando la vista hacia las ligeras nubes que, como enmarañadas madejas de blanca y brillante seda, flotaban en el profundo azul turquesa del cielo estival—. Sí. Terriblemente injusto. Yo establezco una gran diferencia entre la gente. Elijo a mis amistades por su buen aspecto, a mis conocidos por su buen carácter, y a mis enemigos por su intelecto. Todas las precauciones son pocas cuando se trata de elegir enemigos. Yo no tengo ni uno solo que sea estúpido. Todos ellos son hombres de cierto talento intelectual y, en consecuencia, todos me aprecian. ¿Resulta muy pedante por mi parte? Yo creo que sí.

—Eso mismo diría yo, Harry. Pero según esa categoría, yo debo de ser un simple conocido.

—Mi querido y viejo Basil, tú eres mucho más que un conocido.

—Y mucho menos que un amigo. Una especie de hermano, supongo.

—¡Hermanos! No me gustan los hermanos. Mi hermano mayor se empeña en no morirse, y los más pequeños parecen decididos a seguir su ejemplo.

—¡Harry! —exclamó Hallward frunciendo el ceño.

—Amigo mío, no hablo del todo en serio. Pero no puedo evitar el detestar a mis parientes. Supongo que proviene del hecho de que ninguno de nosotros soporta que otras personas tengan sus mismos defectos. Simpatizo por completo con la indignación de la democracia inglesa ante lo que llaman vicios de las clases altas. Las masas sienten que la embriaguez, la estupidez y la inmoralidad deberían ser propiedad exclusiva suya, y que si alguno de nosotros se pone en ridículo está cazando en su coto privado. Cuando el pobre Southwark compareció ante el Tribunal de Divorcios, la indignación de las masas fue absolutamente magnífica. Y eso que dudo que el diez por ciento del proletariado lleve una vida correcta.

—No comparto una sola palabra de lo que has dicho y, es más, Harry, estoy seguro de que tú tampoco.

Lord Henry se frotó la puntiaguda barba y golpeó el extremo de una de sus botas de charol con el bastón de ébano adornado con borlas.

—¡Qué inglés eres, Basil! Es la segunda vez que haces esa observación. Cuando le expones una idea a un verdadero inglés —lo que siempre resulta imprudente—, jamás sueña ni en plantearse si ésta es correcta o equivocada. Lo único que considera importante es si uno cree en ella. Ahora bien, el valor de una idea no tiene absolutamente nada que ver con la sinceridad del que la expresa. De hecho, lo probable es que cuanto menos sincera sea la persona, más puramente intelectual sea la idea, ya que en ese caso no estará impregnada de sus carencias, deseos o prejuicios. Sin embargo, no me propongo discutir contigo de política, sociología o metafísica. Me gustan más las personas que los principios, y lo que más me gusta en este mundo son las personas sin principios. Pero cuéntame más de Dorian Gray. ¿Con cuánta frecuencia lo ves?

—A diario. Me sentiría un infeliz si no lo viese a diario. Tengo una absoluta necesidad de él.

—¡Es extraordinario! Pensaba que jamás podría importarte nada excepto tu arte.

—Ahora él es todo mi arte —dijo el pintor gravemente—. A veces pienso, Harry, que sólo hay dos acontecimientos de verdadera importancia en la historia del mundo. El primero es la aparición de un nuevo medio para el arte, y el segundo la aparición de una nueva personalidad, también para el arte. ¡Lo que fue la invención de la pintura al óleo para los venecianos, lo que fue el rostro de Antínoo para la escultura griega, lo que el rostro de Dorian Gray será algún día para mí! No es sólo que pinte, dibuje y haga bocetos suyos. Naturalmente que he hecho todo eso. Pero él es para mí mucho más que un modelo. No te digo que esté insatisfecho con la obra que he hecho sobre él, o que su belleza sea tal que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y yo sé que el trabajo que he realizado desde que conocí a Dorian Gray es una buena obra, la mejor que he hecho nunca. Pero por alguna extraña razón —me pregunto si me entenderás— su personalidad me ha sugerido una forma de arte completamente nueva, un tipo de estilo absolutamente innovador. Veo las cosas distintas, pienso en ellas de distinta forma. Ahora puedo recrear la vida de una manera que antes me había estado completamente oculta. «Un sueño de formas en tiempos dominados por el pensamiento», ¿quién lo dijo? No lo recuerdo: pero eso es lo que Dorian Gray ha sido para mí. La sola presencia física de ese muchacho —porque me parece poco más que un muchacho, aunque en verdad tiene más de veinte años—, su sola presencia física, ¡ah! ¿Eres capaz de comprender lo que eso significa? Inconscientemente, él define para mí las líneas de una nueva escuela, una escuela que reúne toda la pasión del espíritu romántico, toda la perfección del espíritu que hay en lo griego. La armonía del cuerpo y el alma. ¡Cuánto significa eso! Nosotros, en nuestra demencia, hemos separado las dos cosas inventando un realismo vulgar, un ideal vacío. ¡Harry! ¡Si supieras lo que significa para mí Dorian Gray! ¿Recuerdas ese paisaje por el que Agnew me ofreció tan alta suma, pero del que no quise desprenderme? Es una de mis mejores obras. ¿Y por qué? Porque mientras la pintaba Dorian Gray estaba a mi lado. Alguna sutil influencia pasó de él a mí, y por primera vez en mi vida descubrí en un simple bosque la maravilla que siempre había buscado y que hasta entonces había escapado a mi percepción.

—Pero eso es extraordinario, Basil. Debo conocer a Dorian Gray.

Hallward se levantó y paseó de un lado a otro del jardín. Regresó al cabo de un rato.

—Harry —dijo—, Dorian Gray es sólo una fuente de inspiración para mí. Puede que tú no veas nada en él. Yo lo veo todo. Nunca está tan presente en mi obra como cuando no tengo frente a mí ninguna imagen suya. Es algo que me sugiere, como ya he dicho, un nuevo estilo. Lo encuentro en las curvas de ciertas líneas, en la hermosura y sutileza de ciertos colores. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué te niegas a exponer su retrato? —preguntó lord Henry.

—Porque, sin yo quererlo, he puesto en él parte de esa extraña idolatría artística de la que, naturalmente, nunca he querido hablarle. Él no sabe nada de esto. Y nunca lo sabrá. Pero el mundo podría adivinarlo; y no voy a desnudar mi alma ante sus ojos frívolos y entrometidos. No dejaré que pongan mi corazón bajo el microscopio. Hay demasiado de mí mismo en ese cuadro, Harry. ¡Demasiado de mí mismo!

—Los poetas carecen de tantos escrúpulos. Saben lo útil que es la pasión para publicar. Hoy en día, un corazón destrozado produce un gran número de ediciones.

—Por eso los detesto —exclamó Hallward—. Un artista debe crear cosas bellas, pero nada de su propia vida debería expresarse en ellas. Vivimos en unos tiempos en los que el hombre trata al arte como si fuese una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día le demostraré al mundo lo que eso significa; he aquí la razón por la que nadie deberá ver jamás mi retrato de Dorian Gray.

—Creo que estás en un error, Basil, pero no pienso discutir. Sólo discute el que se encuentra perdido intelectualmente. Y, dime, ¿está Dorian Gray muy encariñado contigo?

El pintor meditó un instante.

—Me aprecia —contestó tras una pausa—. Yo sé que me aprecia. Lo halago terriblemente, claro está. Encuentro un extraño placer en decirle cosas que estoy seguro que sentiré haber dicho. En general, él es encantador conmigo. Solemos sentarnos en el estudio y hablar de mil cosas. De vez en cuando, sin embargo, se comporta de una forma absolutamente desconsiderada, y parece hallar un verdadero deleite en hacerme sufrir. Entonces, Harry, siento que le he entregado mi alma a alguien que la trata como si fuese una flor que prender en su ojal, algo decorativo con que adular su vanidad, un simple adorno en un día de verano.

—El verano induce a la dilación —murmuró lord Henry—. Puede que te canses antes que él. Es triste pensarlo, pero no hay duda de que el genio perdura más que la belleza. Eso explica que pongamos tanto empeño en sobreeducarnos. En la salvaje lucha por la existencia, queremos tener algo que perdure, y así nos llenamos la mente de basura y de hechos con la necia esperanza de mantener nuestro puesto. El hombre perfectamente informado: he ahí el ideal moderno. Y la mente de una persona perfectamente informada se convierte en algo espantoso. Es como una tienda de antigüedades, todo monstruos y polvo, con las cosas tasadas muy por encima de su valor. En mi opinión, te cansarás tú primero. Un día mirarás a tu amigo y te parecerá que ha perdido el atractivo de antes, o te disgustará el tono de su piel, o algo por el estilo. Se lo reprocharás amargamente en tu corazón, y pensarás que se ha portado muy mal contigo. La siguiente vez que te visite, actuarás con absoluta frialdad e indiferencia. Es una lástima, porque eso te alterará. Lo que me has contado es todo un romance, un romance del arte, por decirlo de algún modo, y lo peor de vivir un romance de cualquier tipo es que le hace a uno perder todo sentido del romanticismo.

—No me hables de ese modo, Harry. Mientras viva, la personalidad de Dorian

Gray dominará en mí. Tú no podrías sentir lo que yo siento. Eres demasiado inconstante.

—Ah, mi querido Basil, precisamente por eso puedo sentirlo. Los que permanecen fieles sólo conocen el lado trivial del amor: son los infieles los que sufren sus tragedias.

Y lord Henry, frotando un fósforo en su elegante estuche de plata, se puso a fumar con aire tímido y satisfecho, como si en su frase hubiese resumido el mundo. Había un frufrú de gorriones que gorjeaban en la laca verde de las hojas de la hiedra, y las azules sombras de las nubes se perseguían como golondrinas entre la hierba. ¡Qué bien se estaba en el jardín! ¡Y qué delicia las emociones ajenas! Mucho más que las ideas, en su opinión. La propia alma, las pasiones de los amigos: ésas eran las cosas fascinantes de la vida. Se imaginó con mudo regocijo el tedioso almuerzo al que había faltado al permanecer tanto tiempo con Basil. En casa de su tía, de seguro habría encontrado a lord Goodbody, y toda la conversación habría girado en torno a la alimentación de los pobres y a la necesidad de casas modelo para su acogida. Cada clase habría predicado la importancia de aquellas virtudes cuyo ejercicio no era necesario en su propia vida. El rico habría exaltado el valor del ahorro, y el ocioso disertado con gran elocuencia sobre la dignidad del trabajo. ¡Era delicioso haberse librado de todo aquello! Al pensar en su tía, de pronto pareció conmovido por una idea. Volviéndose hacia Hallward, exclamó:

—Mi querido amigo, ahora recuerdo.

—¿Qué es lo que recuerdas, Harry?

—Dónde he oído el nombre de Dorian Gray.

—¿Dónde? —preguntó Hallward con el ceño algo fruncido.

—No pongas ese gesto de enojo, Basil. Fue en casa de mi tía, lady Agatha. Me dijo que había descubierto a un maravilloso joven que iba a ayudarla en el East End, y que su nombre era Dorian Gray. Debo decir que en momento alguno comentó que fuese apuesto. Las mujeres son incapaces de apreciar la belleza; al menos las que son honestas. Añadió que era muy formal y de agradable trato. Imaginé al momento a una criatura con gafas y cabello lacio, terriblemente pecosa, pateando por ahí con sus enormes pies. Ojalá hubiera sabido que era tu amigo.

—Me alegra mucho que no fuese así, Harry.

—¿Por qué motivo?

—No quiero que lo conozcas.

—¿No quieres que lo conozca?

—No.

—El señor Dorian Gray aguarda en el estudio, señor —dijo el mayordomo saliendo al jardín.

—Ahora tendrás que presentarnos —exclamó lord Henry riendo.

El pintor se volvió hacia el criado que aguardaba, parpadeando, a pleno sol.

—Parker, pídale al señor Gray que espere: en un momento estaré con él.

El hombre se inclinó y retomó el sendero.

Entonces Basil Hallward miró a lord Henry.

—Dorian Gray es mi amigo más querido —dijo—. Tiene un carácter sencillo y amable. Tu tía estaba completamente en lo cierto en lo que dijo de él. No lo estropees. No intentes influir en él. Tu influencia sería dañina. El mundo es muy grande y está lleno de gente maravillosa. No me arrebates a la única persona que proporciona a mi arte toda su fuerza; como artista, mi vida depende de él. Ten cuidado, Harry; confío en ti.

Hablaba muy despacio, y las palabras parecían brotar en contra de su voluntad.

—¡Qué tonterías dices! —dijo lord Henry sonriendo y, tomando a Hallward del brazo, lo arrastró casi a la fuerza hasta la casa.



CAPÍTULO II

Nada más entrar vieron a Dorian Gray. Estaba sentado al piano, de espaldas a ellos, hojeando un volumen de las *Escenas de bosque* de Schumann.

—Tienes que prestármelas, Basil —gritó—. Quiero aprenderlas. Son absolutamente deliciosas.

—Eso depende enteramente de cómo poses hoy, Dorian.

—Oh, estoy cansado de posar, y no quiero un retrato de cuerpo entero —contestó el muchacho girándose en el taburete con gesto testarudo y petulante.

Al descubrir a lord Henry, un ligero rubor cubrió sus mejillas por un instante y se levantó precipitadamente.

—Te ruego me disculpes, Basil, pero no sabía que estabas acompañado.

—Te presento a lord Henry Wotton, Dorian, un viejo amigo de Oxford. Acabo de contarle lo magnífico modelo que eres, y ahora lo has estropeado todo.

—No ha estropeado mi placer en conocerle, señor Gray —dijo lord Henry avanzando hacia él con la mano extendida—. Mi tía me ha hablado a menudo de usted. Es uno de sus favoritos y también, me temo, una de sus víctimas.

—Actualmente estoy en la lista negra de lady Agatha —contestó Dorian con un gesto burlón de arrepentimiento—. Prometí acompañarla el pasado martes a un club de Whitechapel, y en verdad lo olvidé por completo, íbamos a tocar juntos un dúo… tres dúos, creo. No sé lo que va a decirme. Estoy demasiado atemorizado para llamarla.

—Oh, yo haré que haga las paces con mi tía. Es una gran admiradora suya. Y no creo que importe que no estuviese usted allí. Probablemente la audiencia pensó que se trataba de un dúo. Cuando la tía Agatha se sienta al piano, hace ruido de sobra por dos.

—Es un comentario horrible hacia su persona, y no demasiado amable hacia mí —contestó Dorian riendo.

Lord Henry lo miró. Sí, realmente era de una belleza extraordinaria, con sus labios escarlata y de finos trazos, los ojos francos y azules, el pelo rubio y rizado. Había algo en su rostro que inspiraba una inmediata confianza. Reunía todo el candor de la juventud unido a la ardiente pureza de todo joven. Hacía sentir que el mundo no lo había mancillado. No era extraño que Basil sintiese adoración por él.

—Es usted demasiado encantador para dedicarse a la filantropía, señor Gray; demasiado encantador —dijo lord Henry dejándose caer sobre el diván y abriendo su pitillera.

El pintor había estado ocupado mezclando colores y preparando pinceles. Parecía preocupado y, al oír la última observación de Harry lo miró, dudó por un momento y dijo:

—Harry, quiero acabar hoy este cuadro. ¿Considerarías muy descortés por mi

parte si te pidiese que te marchases?

Lord Henry sonrió y miró a Dorian Gray.

—¿Debo marcharme, señor Gray? —preguntó.

—Oh, no lo haga, lord Henry, se lo ruego. Veo que Basil tiene uno de sus accesos de mal humor; y no puedo soportarlo cuando refunfuña. Además, quiero que usted me explique por qué no debería dedicarme a la filantropía.

—No sé si debo contestarle a eso, señor Gray. Es un tema tan aburrido que sería necesario hablarlo en serio. Pero, naturalmente, no pienso salir corriendo ahora que usted me ha pedido que me quede. En realidad no te importa, ¿verdad, Basil? A menudo me has dicho que te gusta que tus modelos tengan alguien con quien charlar.

Hallward se mordió el labio.

—Si Dorian lo desea, por supuesto, puedes quedarte. Los caprichos de Dorian son leyes para todos, excepto para él mismo.

Lord Henry cogió el sombrero y los guantes.

—Te agradezco tu insistencia, Basil, pero me temo que debo marcharme. Prometí encontrarme con un hombre en el Orleans. Buenos días, señor Gray. Venga a visitarme alguna tarde a la calle Curzon. Casi siempre estoy en casa a las cinco. Escríbame cuando vaya a hacerlo. Sentiría no verle.

—¡Basil! —gritó Dorian Gray—, si lord Henry se marcha, yo también tendré que hacerlo. Cuando pintas no despegas los labios, y resulta tremendamente aburrido estar sobre una plataforma e intentar parecer agradable. Pídele que se quede. Insisto en ello.

—Quédate, Harry, para complacer a Dorian, y para complacerme a mí —dijo Hallward mirando atentamente su cuadro—. Es cierto que nunca hablo mientras trabajo, y tampoco escucho, así que debe de ser terriblemente aburrido para mis infortunados modelos. Te ruego que te quedes.

—¿Y qué hago con mi cita en el Orleans?

El pintor rió.

—No creo que eso sea un impedimento. Siéntate, Harry. Y ahora, Dorian, sube a la plataforma y no te muevas demasiado ni hagas ningún caso de lo que diga lord Henry. Ejerce muy mala influencia sobre todas sus amistades, con la sola excepción de mí mismo.

Dorian Gray subió al estrado con el aire de un joven mártir griego, dirigiendo una ligera *moue* de descontento hacia lord Henry, a quien ya había tomado afecto. Era tan distinto a Basil. Hacían un contraste delicioso. Y tenía una voz tan hermosa.

—¿Es cierto que ejerce tan mala influencia, lord Henry? —dijo al cabo de unos instantes—. ¿Tan mala como afirma Basil?

—La buena influencia no existe, señor Gray. Toda influencia es inmoral, inmoral desde el punto de vista científico.

—¿Por qué?

—Porque influir en una persona significa entregarle el alma. Ya no piensa con sus

propios pensamientos, ni se consume en sus propias pasiones. Sus virtudes dejan de ser reales. Sus pecados, si es que existe tal cosa, son algo prestado. Se convierte en el eco de una música ajena, en el actor de un papel que se ha escrito para otro. El fin de la vida es el desarrollo personal. El perfecto desarrollo de la propia naturaleza: he ahí nuestra razón de ser. Hoy en día, la gente tiene miedo de sí misma. Han olvidado su principal deber, el deber que uno tiene consigo mismo. Naturalmente, son caritativos. Dan de comer al hambriento y de vestir al mendigo. Pero privan de alimento a su propia alma y están desnudos. El valor ha abandonado a nuestra raza. Puede que nunca lo hayamos tenido. El terror a la sociedad, que es el fundamento de la moral, el terror a Dios, que constituye el secreto de la religión: esos dos elementos nos rigen. Y sin embargo…

—Gira un poco la cabeza a la derecha, Dorian, sé buen chico —dijo el pintor concentrado en su trabajo y consciente sólo de que una expresión antes inexistente había surgido en el rostro del joven.

—Y, sin embargo —siguió lord Henry con su voz pausada y musical, y con esa graciosa inflexión de la mano que siempre le había caracterizado y que ya tenía en la época de Eton—, yo creo que si un hombre viviese su vida con plenitud, integralmente, si diese forma a todos sus sentimientos y expresión a todos sus pensamientos, si hiciese realidad sus sueños, creo que el mundo recibiría tal estímulo de renovada alegría que olvidaríamos todos los males del medievalismo para volver al ideal helénico, o a algo quizá más bello, más rico que el ideal helénico. Pero hasta el más valiente de entre nosotros se teme a sí mismo. La mutilación del salvaje tiene su trágica supervivencia en la autonegación que infecta nuestras vidas. Recibimos un castigo por nuestro rechazo. Cada impulso que luchamos por aniquilar, obsesiona nuestra mente envenenándola. El cuerpo peca una vez y así acaba con su pecado, ya que la acción es una forma de purificación. Nada queda después sino el recuerdo de lo placentero o la voluptuosidad del arrepentimiento. La única forma de librarse de una tentación es ceder ante ella. De resistirse, el alma enfermará anhelando aquellas cosas que se ha prohibido, deseando lo que sus monstruosas leyes han convertido en terrible e ilícito. Se ha dicho que los grandes acontecimientos del mundo tienen lugar en la mente. Y es también en la mente, sólo en la mente, donde se cometen los grandes pecados. Usted mismo, señor Gray, con su floreciente juventud y su pálida adolescencia, usted mismo ha tenido pasiones que lo han atemorizado, pensamientos que lo han llenado de horror, sueños dormido y sueños despierto cuyo solo recuerdo podría cubrir de rubor sus mejillas.

—¡Calle! —dijo Dorian Gray con voz desmayada—. ¡Calle usted! Me aturde. No sé qué decir. Presiento una respuesta, pero no puedo encontrarla. No hable. Déjeme pensar. O, más bien, permítame que intente no pensar.

Permaneció así casi diez minutos, inmóvil, con los labios entreabiertos y un raro brillo en los ojos. Era vagamente consciente de que nuevas influencias estaban actuando en su interior. Sin embargo, sentía que era de sí mismo de quien provenían.

Las pocas palabras que había pronunciado el amigo de Basil —sin lugar a dudas palabras dichas por casualidad, y que encerraban una paradoja deliberada— habían tocado una cuerda secreta que nunca antes se había pulsado, pero que ahora sentía vibrar y palpitar con extrañas emociones.

La música le había llegado a conmover con esa intensidad. La música le había perturbado muchas veces. Pero la música no era articulada. No era un mundo nuevo, sino más bien otro caos que el mismo mundo crea en nosotros. ¡Las palabras! ¡Las simples palabras! ¡Qué terribles podían resultar! ¡Qué claras y vívidas y crueles! No era posible escapar de ellas. Y, sin embargo, ¡qué sutil magia encerraban! Parecían tener la capacidad de proporcionarle una forma plástica a todo lo informe, y tenían una música propia, tan dulce como la de la viola o el laúd. ¡Simples palabras! ¿Había algo más real que las palabras?

Sí; había cosas en su infancia que no había comprendido. Ahora las comprendía. De pronto, la vida adquirió intensos colores. Le pareció que había estado caminando en llamas. ¿Por qué no lo había sabido?

Lord Henry lo observaba con su sutil sonrisa. Conocía el preciso momento psicológico en que debía callar. Se sentía profundamente interesado. Le asombraba la súbita impresión que sus palabras habían producido y, recordando un libro que leyó a los dieciséis años, un libro que le había revelado muchas cosas que antes no sabía, se preguntó si Dorian Gray estaría pasando por una experiencia similar. El sólo había lanzado una flecha al aire. ¿Había dado en el blanco? ¡Qué fascinante era aquel muchacho!

Hallward seguía pintando con su magnífica y enérgica pincelada, que tenía el auténtico refinamiento y la perfecta delicadeza que en el arte, en cualquier caso, sólo el vigor puede imprimir. No era consciente del silencio.

—Basil, estoy cansado de estar de pie —exclamó de súbito Dorian Gray—. Debo salir a sentarme al jardín. Aquí el aire es sofocante.

—Mi querido amigo, debes perdonarme. Cuando pinto, soy incapaz de pensar en otra cosa. Pero nunca has posado mejor. Estuviste completamente inmóvil. Y he atrapado el efecto que perseguía: los labios entreabiertos y el brillo de la mirada. No sé qué te habrá dicho Harry, pero ha logrado que pongas una expresión maravillosa. Supongo que te ha estado halagando. No creas ni una palabra de lo que dice.

—No me ha estado halagando. Quizá sea ésa la razón de que no crea una sola palabra de lo que ha dicho.

—Usted sabe que no es así —dijo lord Henry mirándole con sus ojos lánguidos y soñadores—. Le acompañaré al jardín. Hace un calor espantoso en el estudio. Basil, danos algo helado de beber, algo que tenga fresas.

—Claro, Harry. Toca la campana y cuando venga Parker le diré lo que queréis. Yo he de acabar este fondo. Después me reuniré con vosotros. No retengas a Dorian demasiado tiempo. Nunca he estado en mejor forma para pintar. Ésta va a ser mi obra maestra. De hecho, ya lo es.

Lord Henry salió al jardín y encontró a Dorian Gray con el rostro enterrado en las grandes y frescas lilas, bebiendo febrilmente su aroma como si fuese vino. Se acercó y puso una mano sobre su hombro.

—Hace usted muy bien —murmuró—. Sólo los sentidos pueden curar el alma, como sólo el alma puede curar los sentidos.

El muchacho se sobresaltó y retrocedió. Tenía la cabeza al descubierto, y las hojas habían revuelto sus rebeldes rizos, enredando las doradas hebras. El temor se reflejaba en su mirada, ese temor que asoma en las personas cuando se despiertan repentinamente. Las aletas de la nariz, de exquisito dibujo, se estremecieron, y un nerviosismo oculto agitó el intenso rojo de sus labios, dejándolos temblorosos.

—Sí —siguió lord Henry—, ése es uno de los grandes secretos de la vida: curar el alma a través de los sentidos y los sentidos a través del alma. Es usted una creación admirable. Sabe más de lo que piensa, y menos de lo que desearía saber.

Dorian Gray frunció el ceño y volvió la cabeza. No podía evitar que le gustase el alto y elegante joven que estaba a su lado. El romántico y oliváceo rostro, de expresión fatigada, despertaba su interés. Había algo absolutamente fascinante en esa voz suave y lánguida. Hasta las manos, frescas y blancas como flores, tenían un singular encanto. Se movían musicalmente mientras hablaba, y parecían tener un lenguaje propio. Pero sentía miedo de él, y vergüenza de ese sentimiento. ¿Por qué había de ser un extraño quien le revelase su propia esencia? Hacía meses que conocía a Basil Hallward, pero su amistad nunca le había alterado. Y, de pronto, alguien se cruzaba en su camino y parecía desvelarle los misterios de la vida. Y, aun así, ¿qué habría de temer? Él no era un colegial ni una muchacha. Su miedo era absurdo.

—Sentémonos a la sombra —dijo lord Henry—. Parker ha traído las bebidas, y si se queda más tiempo bajo esta luz acabará echándose usted a perder; y Basil no volverá a pintarle. Realmente no debe usted quemarse. Sería una verdadera pena.

—¿Qué más da? —exclamó Dorian Gray riendo, mientras tomaba asiento en el banco, al fondo del jardín.

—Para usted es lo más importante, señor Gray.

—¿Por qué?

—Porque posee la más maravillosa de las juventudes, y la juventud es lo único que vale la pena.

—Yo no lo siento así, lord Henry.

—Ahora no lo siente así. Pero algún día, cuando sea viejo, arrugado y feo, cuando el pensamiento haya tatuado su frente de surcos y el fuego de la pasión dejado en sus labios su espantosa marca, lo sentirá usted terriblemente. Ahora, por dondequiera que vaya, seduce al mundo. Pero ¿será así siempre? Tiene usted un rostro maravillosamente bello, señor Gray. No frunza el ceño. Lo tiene. Y la belleza es una forma de genio, más elevada, en realidad, que el mismo genio, ya que no necesita explicación. Es uno de los grandes hechos del mundo, como el sol, o la primavera, o el reflejo de esa concha de plata que llamamos luna en las oscuras aguas. Algo que no

puede cuestionarse, con un derecho divino a la soberanía. Convierte en príncipes a los que la poseen. ¿Sonríe usted? ¡Ah! No sonreirá cuando la haya perdido… La gente a veces tacha la belleza de superficial. Podría ser. Pero al menos no es tan superficial como el pensamiento. Para mí, la belleza es la maravilla de las maravillas. Sólo los simples dejan de juzgar por las apariencias. El verdadero misterio del mundo está en lo visible, no en lo invisible… Sí, señor Gray, los dioses le han sido favorables. Pero lo que los dioses dan, lo quitan muy pronto. Sólo tiene unos pocos años para vivir de verdad, con perfección, con plenitud. Cuando su juventud se desvanezca, su belleza se irá con ella, y descubrirá de pronto que ya no le quedan triunfos, o deberá contentarse con mezquinos éxitos que el recuerdo de su pasado hará más amargos que una derrota. Cada mes que transcurre le acerca a esa espantosa realidad. El tiempo está celoso de usted, y lucha contra sus lirios y sus rosas. Esa tez se volverá cetrina, se hundirán las mejillas, los ojos perderán su brillo. Sufrirá horriblemente… ¡Ah! Sea consciente de su juventud mientras ésta perdure. No desperdicie el oro de sus días escuchando a los tediosos, intentando cambiar lo abocado al fracaso, entregando su vida a la ignorancia, a lo mediocre y lo vulgar. Ésos son los valores malsanos, los falsos ideales de nuestros tiempos. ¡Viva! ¡Aproveche la maravillosa vida que hay en usted! ¡No deje que nada se pierda! Busque siempre nuevas sensaciones. No le tema a nada… un nuevo hedonismo: eso es lo que nuestro siglo necesita. Usted podría ser su símbolo viviente. Con su personalidad, no hay nada que no pueda hacer. El mundo le pertenece por un tiempo. Desde el momento en que le conocí, comprendí que usted era absolutamente inconsciente de lo que es, de lo que en realidad podría ser. Me sedujo tanto lo que vi en usted que sentí que debía decirle algo sobre usted mismo. Pensé en la tragedia de que usted se malgastase. Porque su juventud durará tan poco… tan poco. Las flores silvestres de las colinas se marchitan, pero vuelven a florecer. Este espino será tan amarillo el próximo junio como lo es ahora. En un mes, la clemátide tendrá estrellas púrpura, y año tras año la verde noche de sus hojas sostendrá las rojas flores. Pero el hombre jamás recupera su juventud. El alegre latido que palpita en nosotros a los veinte años va debilitándose. Nuestros miembros fallan, se embotan nuestros sentidos. Degeneramos en horribles títeres perseguidos por el recuerdo de las pasiones que nos dieron demasiado miedo, de las exquisitas tentaciones ante las que nos faltó valor para ceder. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡No hay nada en el mundo sino la juventud!

Dorian Gray escuchaba, los ojos muy abiertos, maravillado. El ramo de lilas que sostenía cayó en la grava. Una abeja peluda se lanzó sobre él y voló zumbando, a su alrededor, durante un instante. Luego empezó a trepar por el óvalo estrellado de las diminutas flores. Dorian lo observó con el extraño interés por lo trivial que desarrollamos cuando lo verdaderamente importante nos atemoriza, o cuando nos conmueve una emoción por primera vez y no logramos exteriorizarla, o cuando un pensamiento que nos aterroriza pone cerco de súbito a nuestra mente y nos apremia a ceder. Enseguida, la abeja levantó el vuelo. La vio trepar al moteado cáliz de una

amapola. La flor pareció estremecerse y se balanceó suavemente en el aire.

De pronto el pintor apareció en la puerta del estudio y les hizo reiteradas señas de que entrasen. Se miraron y sonrieron.

—Os estoy esperando —gritó—. Entrad. Hay una luz perfecta y podéis traer las bebidas.

Se levantaron y caminaron tranquilamente por el sendero. Dos mariposas revolotearon, blancas y verdes, frente a ellos, y en el peral del rincón del jardín un tordo cantó.

—¿Se alegra usted de haberme conocido, señor Gray? —dijo lord Henry mirándole.

—Sí, ahora me alegro. Me pregunto si será siempre así.

—¡Siempre! Odiosa palabra. Me echo a temblar cada vez que la oigo. ¡A las mujeres les gusta tanto utilizarla! Estropean todo romance al querer que sea eterno. Además, es una palabra que carece de significado. La única diferencia entre un capricho y una pasión de por vida es que el capricho dura algo más.

Al entrar en el estudio, Dorian Gray puso su mano en el brazo de lord Henry.

—En ese caso, que nuestra amistad sea un capricho —murmuró enrojeciendo por su propia audacia; después subió a la plataforma y volvió a colocarse en la misma postura.

Lord Henry se dejó caer sobre un amplio sillón de mimbre y lo observó. El vaivén del pincel sobre la tela era el único sonido que rompía la calma, excepto cuando, de tanto en tanto, Hallward retrocedía para contemplar su obra a distancia. El polvo bailaba, dorado, en los oblicuos rayos que penetraban por la puerta abierta. El fuerte olor de las rosas parecía gravitar sobre todas las cosas.

Al cabo de un cuarto de hora Hallward dejó de pintar. Contempló durante largo rato a Dorian Gray y luego el retrato, mientras mordisqueaba la punta de uno de sus enormes pinceles, y frunció el ceño.

—Ya está acabado —exclamó al fin, e inclinándose escribió su nombre en una esquina del lienzo con grandes letras color bermellón.

Lord Henry se acercó y examinó el cuadro. Verdaderamente era una magnífica obra de arte, y el parecido increíble también.

—Mi querido amigo, te felicito de todo corazón —dijo lord Henry—. Es el mejor retrato de nuestros tiempos. Señor Gray, acérquese y contemple su propia imagen.

El muchacho se estremeció como si despertase de un sueño.

—¿De verdad está acabado? —murmuró bajando de la plataforma.

—Por completo —dijo el pintor—. Y hoy has posado de forma admirable. Te estoy tremendamente agradecido.

—Me lo debes a mí —dijo lord Henry—. ¿No es así, señor Gray?

Dorian no contestó. Pasó frente al retrato distraídamente y luego se volvió. Al verlo retrocedió, y por un instante sus mejillas se encendieron de placer. Una expresión de alegría inundó sus ojos, como si se hubiese reconocido a sí mismo por

primera vez. Se quedó allí parado, lleno de asombro, vagamente consciente de que Hallward se dirigía a él, sin comprender el sentido de sus palabras. La consciencia de su propia belleza surgió en su interior como una revelación. Era algo que nunca antes había sentido. Los elogios de Basil Hallward le habían parecido simples y encantadoras exageraciones de la amistad. Los escuchaba, se reía de ellos, los olvidaba. No habían influido en su naturaleza. Entonces llegó lord Henry Wotton con su extraño panegírico de la juventud, con la terrible advertencia de su brevedad. En su momento le había conmovido. Pero ahora, mientras contemplaba la sombra de su propia belleza, la cruda realidad de la descripción lo traspasó como un fogonazo. Sí, llegaría un día en que su rostro estaría arrugado y marchito, los ojos turbios y descoloridos. La gracia de su figura se habría roto, deformándose. Desaparecería el rojo de sus labios y se extinguiría el color dorado de sus cabellos. La vida que debía formar su alma arruinaría su cuerpo. Se volvería espantoso, deforme, grosero.

Al pensarlo, una aguda punzada de dolor lo atravesó como un cuchillo, estremeciendo una por una las delicadas fibras de su ser. Sus ojos adquirieron el color de la amatista, y una neblina de llanto los empañó. Sintió que una mano helada se había posado en su corazón.

—¿No te gusta? —exclamó finalmente Hallward, algo dolido por el silencio del joven, cuyo significado no comprendía.

—Claro que le gusta —dijo lord Henry—. ¿A quién podría no gustarle? Es una de las mejores obras del arte moderno. Te daré cualquier cosa que quieras pedir por él. Debo tenerlo.

—No es de mi propiedad, Harry.

—¿Y a quién le pertenece?

—A Dorian, naturalmente —contestó el pintor.

—Es un hombre afortunado.

—¡Qué tristeza! —murmuró Dorian Gray, los ojos aún fijos en el lienzo—. ¡Qué tristeza! Me volveré viejo, espantoso, horrendo. Pero este retrato se mantendrá joven. Nunca será mayor que este día de junio… ¡Si fuese al contrario! ¡Si yo fuese siempre joven y este retrato envejeciese en mi lugar!… Por eso, ¡por eso daría cualquier cosa! ¡Sí, no hay nada en el mundo que no fuese capaz de dar! ¡Daría mi alma por conseguirlo!

—Difícilmente podría gustarte un arreglo así, Basil —exclamó riendo lord Henry —. Sería un mal asunto para tu obra.

—Me opondría tajantemente, Harry —dijo Hallward.

Dorian Gray se volvió y lo miró.

—Estoy seguro de ello, Basil. Aprecias más tu arte que a tus amigos. Yo no tengo más valor para ti que una figura de bronce. Poco más, me atrevería a decir.

El pintor lo miró sorprendido. Era tan raro oír hablar así a Dorian. ¿Qué había ocurrido? Parecía enojado. Estaba ruborizado y le ardían las mejillas.

—Sí —prosiguió—. Represento para ti menos que tu Hermes de marfil o tu fauno

de plata. A ellos los querrás siempre. Pero ¿por cuánto tiempo me querrás a mí? Hasta que me salga la primera arruga, supongo. Ahora sé que cuando uno pierde su belleza, sea cual sea, lo pierde todo. Tu cuadro me lo ha enseñado. Lord Henry Wotton tiene toda la razón. La juventud es lo único que vale la pena. Cuando sienta que he empezado a envejecer, me mataré.

Hallward palideció y le cogió la mano.

—¡Dorian, Dorian! —exclamó—, no hables así. Nunca he tenido un amigo como tú, y jamás lo tendré. No estarás celoso de las cosas materiales, ¿verdad? ¡Tú que eres superior a cualquiera de ellas!

—Siento celos de todo aquello cuya belleza no muere. Estoy celoso del retrato que has pintado. ¿Por qué tiene que conservar lo que yo he de perder? Cada momento que pasa me arrebata algo y se lo entrega a él. ¡Oh, si pudiese ser lo contrario! ¡Si fuese el cuadro el que cambiase y yo permaneciese siempre tal como soy ahora! ¿Por qué lo has pintado? ¡Se burlará de mí algún día, se burlará terriblemente!

Sus ojos se llenaron de ardientes lágrimas; se retorció las manos y, dejándose caer sobre el diván, enterró el rostro en los cojines como rezando.

—Esto es obra tuya, Harry —dijo el pintor con amargura.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Éste es el verdadero Dorian Gray; eso es todo.

—No lo es.

—Si no es así, ¿qué tengo yo que ver en ello?

—Tendrías que haberte marchado cuando te lo dije —murmuró.

—Me quedé porque me lo pediste —fue la respuesta de lord Henry.

—Harry, no puedo discutir a la vez con mis dos mejores amigos, pero entre ambos habéis conseguido que deteste lo mejor que he hecho nunca, y voy a destruirlo. ¿Qué es sino tela y pintura? No dejaré que se interponga en nuestras vidas y las eche a perder.

Dorian Gray levantó la rubia cabeza de los almohadones y volvió su pálido rostro, los ojos anegados en llanto, hacia el pintor, que se dirigió hacia la mesa de pino situada bajo las largas cortinas de la ventana. ¿Qué se proponía hacer? Sus dedos vagaron entre el desorden de tubos de estaño y pinceles secos, buscando algo. Sí, era la larga espátula, con su ligera y afilada hoja de acero. Finalmente la encontró. Iba a rasgar el lienzo.

Con un sollozo ahogado, el joven saltó del diván y se precipitó hacia Hallward y, arrebatándole el cuchillo de las manos, lo arrojó al fondo del estudio.

—¡No lo hagas, Basil, no! —gritó—. ¡Sería un crimen!

—Me alegro de que al fin aprecies mi obra, Dorian —dijo el pintor fríamente una vez recuperado de la sorpresa—. Pensé que nunca lo harías.

—¿Apreciarla? La adoro, Basil. Forma parte de mí mismo. Eso lo sé.

—Bien, en cuanto estés seco te barnizaremos, te pondremos un marco y te mandaremos a casa. Después podrás hacer lo que gustes contigo mismo.

Y, atravesando la estancia, llamó para pedir el té.

—Tomarás el té, ¿verdad, Dorian? Y tú también, Harry. ¿O tienes algo que objetar a tan sencillos placeres?

—Adoro los placeres sencillos —dijo lord Henry—. Son el último refugio de lo complejo. Pero detesto las escenas, excepto en el teatro. ¡Qué absurdos resultáis los dos! Me pregunto quién definió al hombre como un ser racional. Fue la definición más prematura que se ha hecho nunca. El hombre es muchas cosas, pero no racional. Y me alegro de que sea así, después de todo: aunque preferiría que no riñeseis por el retrato. Sería mejor que me lo hubieras dado, Basil. Este muchacho necio no lo necesita en realidad, mientras que yo sí.

—Si se lo das a otro que no sea yo, Basil, jamás te lo perdonaré —exclamó Dorian Gray—; y no permito a nadie que me llame muchacho necio.

—Sabes que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo entregué antes de que existiese.

—Y usted sabe que se ha comportado algo neciamente, señor Gray, y que en realidad no le contraría que le recuerden su extrema juventud.

—Esta mañana me hubiese contrariado profundamente, lord Henry.

—¡Ah, esta mañana! Desde entonces ha vivido usted.

Llamaron a la puerta y el mayordomo entró con la bandeja del té, que colocó en una mesita japonesa. Se oyó ruido de tazas y platos y el silbar de una tetera. Un criado trajo dos fuentes chinas en forma de globo. Dorian Gray se levantó y sirvió el té. Los dos hombres se dirigieron perezosamente hacia la mesa y examinaron su contenido.

—Vayamos al teatro esta noche —dijo lord Henry—. Seguramente pondrán algo en alguna parte. He prometido cenar en White, pero se trata de un viejo amigo, de modo que puedo enviarle una nota diciéndole que estoy indispuesto, o que me es imposible acudir debido a un compromiso posterior. Creo que ésa sería una bonita disculpa: tendría toda la sorpresa de la sinceridad.

—Es tan molesto vestirse de etiqueta —murmuró Hallward—. Y una vez hecho, ¡le da a uno un aspecto tan espantoso!

—Sí —contestó lord Henry con mirada soñadora—. La indumentaria del siglo XIX es detestable. Resulta tan sombría, tan deprimente. El pecado es el único elemento de color que le queda a la vida moderna.

—No deberías decir esas cosas delante de Dorian, Harry.

—¿Delante de qué Dorian? ¿El que está sirviendo el té o el del retrato?

—Delante de ninguno de los dos.

—Me gustaría ir al teatro con usted, lord Henry —dijo el muchacho.

—Entonces lo hará; y tú también vendrás, ¿verdad, Basil?

—Realmente no puedo. Preferiría no hacerlo. Tengo mucho que hacer.

—Bueno, entonces iremos usted y yo solos, señor Gray.

—Me complacería enormemente.

El pintor se mordió el labio y se dirigió, taza en mano, hacia el retrato.

—Me quedaré con el verdadero Dorian —dijo tristemente.

—¿Es ése el verdadero Dorian? —exclamó el original del cuadro acercándose a él —. ¿Realmente soy así?

—Sí; eres exactamente igual.

—¡Qué maravilla, Basil!

—Al menos eres así en apariencia. Pero él nunca cambiará —suspiró Hallward—. Algo es algo.

—¡Qué jaleos arma la gente con la fidelidad! —exclamó lord Henry—. ¡Vaya problema! Incluso en el amor es una pura cuestión de fisiología. No tiene nada que ver con nuestra voluntad. Los jóvenes quieren ser fieles pero no lo logran: es lo único que puede decirse al respecto.

—No vayas al teatro esta noche, Dorian —dijo Hallward—. Quédate a cenar conmigo.

—No puedo, Basil.

—¿Por qué?

—Porque he prometido a lord Henry Wotton que iría con él.

—No te apreciará más por mantener tus promesas. Siempre rompe las suyas. Te ruego que no vayas.

Dorian Gray rió y sacudió la cabeza.

—Te lo suplico.

El joven vaciló y miró a lord Henry, que los observaba con una sonrisa divertida desde la mesa.

—Debo ir, Basil —contestó.

—Muy bien —dijo Hallward dejando la taza en la bandeja—. Es tarde y, ya que tenéis que arreglaros, será mejor que no perdáis tiempo. Adiós, Harry. Adiós, Dorian. Ven a verme pronto. Ven mañana.

—Por supuesto.

—¿No lo olvidarás?

—Claro que no —exclamó Dorian.

—Y… ¡Harry!

—¿Sí, Basil?

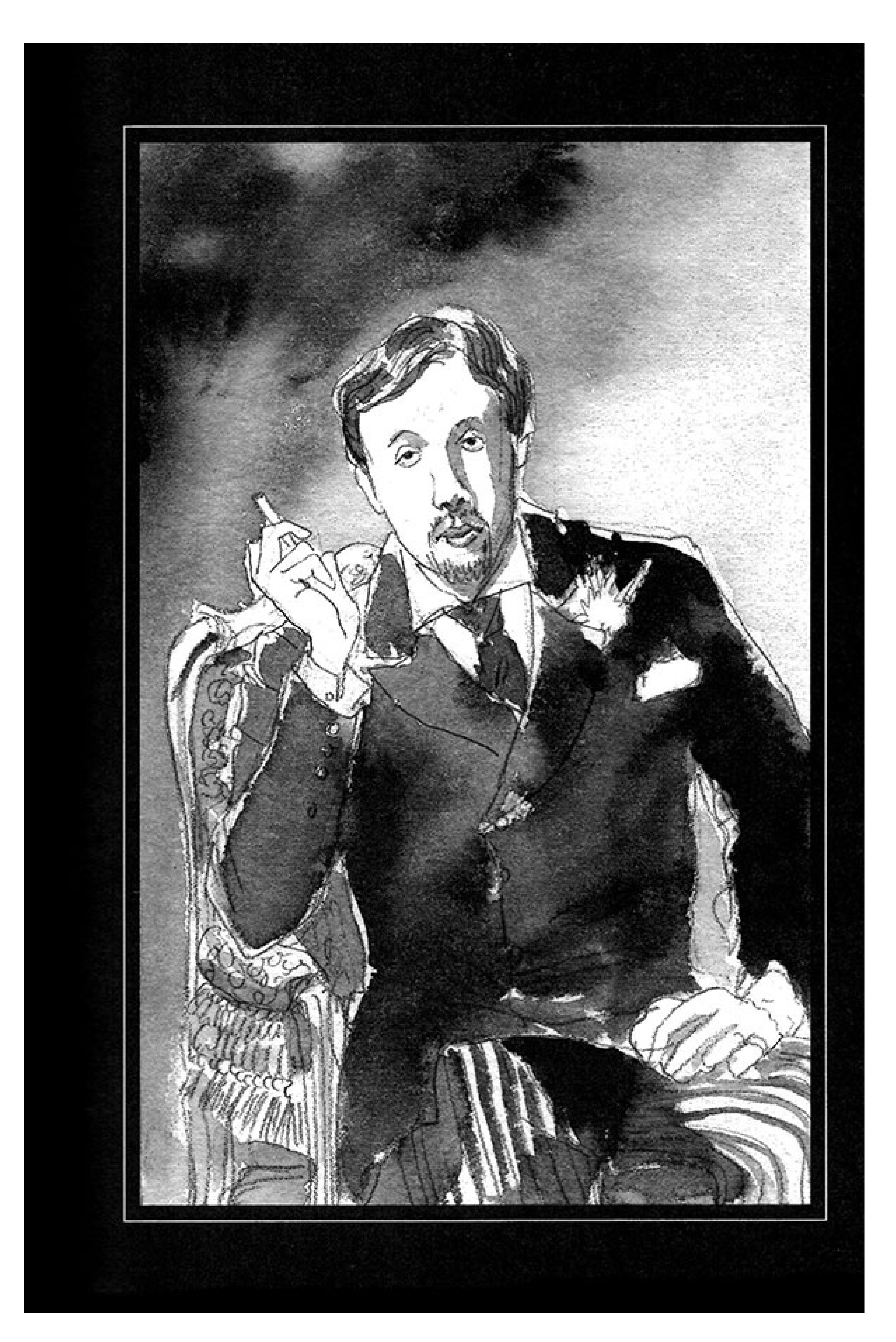
—Recuerda lo que te pedí esta mañana, cuando estábamos en el jardín.

—Lo he olvidado.

—Confío en ti.

—Ojalá yo pudiese confiar en mí mismo —dijo lord Henry riendo—. Vamos, señor Gray; mi coche está esperando afuera. Puedo dejarle en su casa. Adiós, Basil. Ha sido una tarde verdaderamente interesante.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el pintor se derrumbó sobre el sofá y una expresión de dolor inundó su rostro.



CAPÍTULO III

A las doce y media del día siguiente, lord Henry Wotton se dirigía por la calle Curzon hacia el Albany para visitar a su tío, lord Fermor, un viejo solterón afable, aunque algo brusco, al que el mundo exterior llamaba egoísta porque no obtenía beneficio alguno de él, pero que la sociedad consideraba generoso porque alimentaba a aquellos que lo divertían. Su padre había sido embajador en Madrid cuando Isabel II era joven y Prim un desconocido, pero abandonó el servicio diplomático en un caprichoso arrebato de enojo al no serle ofrecida la Embajada de París, cargo para el que se consideraba plenamente indicado en razón de su nacimiento, indolencia, buen inglés de sus despachos y desmedida pasión por el placer. El hijo, que había sido secretario de su padre, dimitió al tiempo que su superior, algo tontamente según se pensó en el momento, y al obtener el título unos meses más tarde se había entregado al serio estudio del gran y aristocrático arte de no hacer absolutamente nada. Poseía dos grandes casas en la ciudad, pero prefería vivir en un hotel para evitarse problemas, y hacía la mayor parte de sus comidas en el club. Prestaba cierta atención a la gerencia de sus minas de carbón en los Midlands, disculpándose por esa contaminación de industrialismo con el argumento de que la posesión de carbón le daba a un gentilhombre la ventaja de permitirle un consumo decente de leña en su chimenea. En política era un *tory*, excepto cuando los *tories* subían al poder, periodo durante el cual los acusaba tajantemente de ser una pandilla de radicales. Era un héroe para su ayuda de cámara, que lo tiranizaba, y el terror de casi todos sus parientes, que tiranizaba él a su vez. Sólo Inglaterra podía haberle producido, y él siempre decía que el país se iba a la ruina. Sus principios eran anticuados, pero había mucho que decir en favor de sus prejuicios.

Cuando lord Henry entró en el aposento, encontró a su tío sentado, vestido con un basto chaquetón de caza, fumando un puro y gruñendo sobre un ejemplar del *Times*.

—Y bien, Harry —dijo el anciano caballero—, ¿qué te trae por aquí tan temprano? Pensaba que los dandis nunca os levantabais antes de las dos, ni estabais visibles hasta las cinco.

—Puro afecto familiar, te lo aseguro, tío George. Necesito algo de ti.

—Dinero, supongo —dijo lord Fermor torciendo el gesto—. Bueno, toma asiento y dime de qué se trata. Hoy en día los jóvenes se imaginan que el dinero lo es todo.

—Sí —murmuró lord Henry, arreglando el ojal de su gabán—, y cuando se hacen mayores lo comprueban. Pero no necesito dinero. Sólo los que pagan sus facturas lo necesitan, tío George, y yo nunca pago las mías. El crédito es el capital de un hijo menor, y se vive de él magníficamente. Además, yo siempre trato con los proveedores de Dartmoor, y en consecuencia nunca me molestan. Lo que busco es información; no información útil, por supuesto, sino inútil.

—Bueno, puedo decirte todo lo que contiene un Libro Azul[2] inglés, Harry,

aunque hoy en día esos individuos escriben sólo un montón de sandeces. Cuando yo estaba en el Servicio, las cosas marchaban mucho mejor. Pero he oído decir que ahora ingresan pasando un examen. ¿Qué podría esperarse? Los exámenes, señor mío, son una pura farsa de principio a fin. Un caballero sabe de sobra lo necesario y, al que no lo es, todo saber le es perjudicial.

—El señor Dorian Gray no está en los Libros Azules, tío George —dijo lord Henry lánguidamente.

—¿El señor Dorian Gray? ¿Quién es? —preguntó lord Fermor frunciendo las blancas y espesa cejas.

—Eso es lo que vengo a averiguar, tío George. O mejor dicho, sé quién es. Es el último nieto de lord Kelso. Su madre era una Devereux, lady Margaret Devereux. Quiero que me hables de su madre. ¿Cómo era? ¿Con quién se casó? Tú has tratado a casi todos los de tu tiempo, así que puede que la conocieses. Siento un gran interés por el señor Gray en la actualidad. Le acabo de conocer.

—¡El nieto de Kelso! —repitió el anciano caballero—. ¡El nieto de Kelso! Por supuesto. Conocí a su madre muy íntimamente. Creo que asistí a su bautizo. Era una joven de extraordinaria belleza, Margaret Devereux; y volvió locos a todos los hombres huyendo con un joven que no tenía un penique; un simple don nadie, sí señor, un subalterno de un regimiento de infantería, o algo parecido. Naturalmente. Lo recuerdo todo como si hubiese ocurrido ayer. El pobre muchacho murió en un duelo en Spa, pocos meses después de su matrimonio. Corrió una fea historia al respecto. Dicen que Kelso pagó a algún pícaro aventurero, a un bruto belga, para que insultase a su yerno en público; le pagó, sí señor, le pagó para que lo hiciera; y que aquel tipo ensartó a su hombre como si hubiese sido un pichón. Se echó tierra sobre el asunto pero, a fe mía, Kelso comió solo su chuleta en el club durante algún tiempo. Se trajo a su hija, según me dijeron, y ella jamás volvió a hablarle. Oh, sí; fue un asunto feo. La joven también murió, al cabo de un año. De modo que dejó un hijo. Lo había olvidado. ¿Cómo es el muchacho? Si se parece a su madre debe ser un guapo mozo.

—Es muy guapo —asintió lord Henry.

—Espero que caiga en buenas manos —prosiguió el viejo—. Debería de tener una bonita suma esperándole, si es que Kelso ha hecho por él lo que debía. Su madre también tenía un capital. Toda la propiedad de los Selby pasó a ser de ella a través de su abuelo. Su abuelo odiaba a Kelso, lo consideraba un perro avaro. Él también lo era. Vino en una ocasión cuando yo estaba en Madrid. A fe mía que me avergonzó. La Reina solía preguntarme sobre el noble inglés que discutía siempre con los cocheros por sus tarifas. Fue toda una comidilla. No me atreví a asomar la cara por la Corte durante un mes. Espero que tratase a su nieto mejor que a esos truhanes.

—No lo sé —contestó lord Henry—. Imagino que el muchacho será rico. Aún no tiene la edad. Selby es suyo, me consta. Él me lo dijo. Y… ¿era muy bella su madre?

—Margaret Devereux era una de las más bellas criaturas que he visto nunca,

Harry. Qué demonios la indujo a comportarse como lo hizo, nunca llegué a entenderlo. Podría haberse casado con cualquiera que hubiese elegido. Carlington estaba loco por ella. Pero era una romántica. Todas las mujeres de esa familia lo eran. Los hombres no valían gran cosa pero, a fe mía, ¡las mujeres eran increíbles! Carlington se lo pidió de rodillas. Él mismo me lo contó. Ella se rió de él, y en esos tiempos no había una sola mujer en Londres que no anduviese tras él. Y, por cierto, Harry, hablando de casamientos necios, ¿qué es ese disparate que me cuenta tu padre de que Dartmoor quiere casarse con una americana? ¿No son las jóvenes inglesas lo bastante buenas para él?

—En este momento está bastante de moda casarse con americanas, tío George.

—Defenderé a las mujeres inglesas ante el mundo entero, Harry —dijo lord Fermor golpeando la mesa con el puño.

—La apuesta está en las americanas.

—No duran nada, según me han dicho —masculló su tío.

—Los compromisos largos las extenúan, pero son fundamentales en una carrera de obstáculos. Cogen las cosas al vuelo. Dudo que Dartmoor tenga una oportunidad.

—¿Quién es su familia? —gruñó el anciano caballero—. Si es que la tiene.

Lord Henry movió la cabeza.

—Las jóvenes americanas son tan hábiles en ocultar a sus padres como las inglesas en esconder su pasado —dijo disponiéndose a marchar.

—Serán envasadores de carne de cerdo, supongo.

—Eso espero, tío George, por el bien de Dartmoor. Me han dicho que el envasado de cerdo es uno de los negocios más lucrativos de América, después de la política.

—¿Es bonita?

—Se comporta como si lo fuera. La mayoría de las americanas lo hacen así. Es el secreto de su encanto.

—¿Por qué no se quedarán esas americanas en su país? Siempre están diciendo que es el paraíso de las mujeres.

—Lo es. Ésa es la razón de que, como Eva, estén tan tremendamente ansiosas por salir de él —dijo lord Henry—. Adiós, tío George. Si me demoro más, llegaré tarde al almuerzo. Gracias por darme la información que necesitaba. Me gusta saberlo todo sobre mis nuevos amigos, y nada sobre los viejos.

—¿Dónde vas a almorzar, Harry?

—En casa de tía Agatha. Le he pedido que nos invitase a mí y al señor Gray. Es su último *protégé*.

—Hum. Dile a tu tía Agatha, Harry, que no me moleste más con sus llamadas a la caridad. Estoy harto de ellas. Vaya, la buena mujer se piensa que no tengo nada mejor que hacer que rellenar cheques para sus absurdos caprichos.

—Está bien, tío George, se lo diré. Pero no surtirá efecto alguno. La gente filantrópica pierde todo sentido de la humanidad. Es su característica más distintiva.

El anciano caballero gruñó aprobatoriamente y llamó a su sirviente. Lord Henry

atravesó los pequeños soportales hacia la calle Burlington y se dirigió a la plaza de Berkeley.

De modo que ésa era la historia de la familia de Dorian Gray. A pesar de la crudeza con que se la habían contado, lo había conmovido por su aire de extraño romance, casi moderno. Una mujer hermosa arriesgándolo todo por una loca pasión. Unas pocas y turbulentas semanas de felicidad, truncadas por un horrible y traicionero crimen. Meses de silenciosa agonía, y luego un niño nacido en medio del dolor. La madre arrebatada por la muerte, el niño abandonado a la soledad y a la tiranía de un hombre viejo y sin amor. Sí; eran unos antecedentes interesantes. Encuadraban al joven, volviéndole en cierta forma más perfecto. Detrás de lo exquisito de este mundo siempre se oculta una tragedia. La tierra se afana para dar nacimiento a la más humilde flor… Y qué encantador había estado durante la cena, la noche anterior, cuando, los ojos llenos de asombro y los trémulos labios entreabiertos de placer, se había sentado en el club frente a él, la pantalla roja tiñendo de un rosa más vivo la naciente maravilla de su rostro. Hablar con él era como tocar un exquisito violín. Respondía a cada pulsación y estremecimiento del arco… Había algo terriblemente seductor en el ejercicio de una influencia. No había otra actividad que se le igualase. Proyectar el alma en una forma grácil y dejarla allí detenida un instante; escuchar las propias ideas repetidas por otro con toda la música de la pasión y la juventud; traspasar el propio temperamento como si fuese un fluido sutil o un raro perfume; suponía un verdadero goce, quizá el más satisfactorio que quedaba en una época tan limitada y vulgar como la nuestra, en una época groseramente carnal en sus placeres, y ordinaria y vulgar en sus aspiraciones… Era además un magnífico espécimen, ese muchacho que tan curiosa casualidad le había hecho conocer en el estudio de Basil; o en cualquier caso se podía moldear hasta convertirlo en un magnífico espécimen. Poseía la gracia y la inmaculada pureza de la adolescencia, y la belleza tal como nos llega a través de los mármoles de los antiguos griegos. No había nada que no pudiese hacerse de él. Era posible convertirlo en un titán o en un juguete. ¡Qué pena que esa belleza estuviese destinada a marchitarse!… ¿Y Basil? ¡Qué interesante resultaba desde un punto de vista psicológico! La nueva tendencia del arte, un nuevo modo de ver la vida, sugerido de tan extraña forma por la mera presencia de una persona absolutamente inconsciente de todo aquello; el silencioso espíritu que habita en la penumbra del bosque y sale sin ser visto a campo abierto, mostrándose repentinamente, como una dríade y sin temor, porque en el alma que lo buscaba se ha despertado esa maravillosa visión por la que únicamente se revelan las cosas maravillosas; las simples formas y modelos de las cosas tornándose, por decirlo así, refinadas, y adquiriendo una especie de valor simbólico, como si ellas mismas fuesen el modelo de alguna otra forma más perfecta cuya sombra hiciesen real: ¡qué extraño era todo! Recordaba algo parecido en la historia. ¿No había sido Platón, ese artista del pensamiento, el primero en analizarlo? ¿No era Buonarroti quien lo había labrado en el mármol coloreado de una secuencia de sonetos? Pero en nuestro siglo

resultaba extraño… Sí; él trataría de ser para Dorian Gray lo que, sin saberlo, era el muchacho para el autor del maravilloso retrato. Trataría de dominarlo: ya casi lo había logrado, o estaba a medio camino. Haría suyo aquel espíritu maravilloso. Había algo fascinante en ese hijo del Amor y de la Muerte.

De pronto se detuvo y miró las casas. Comprendió que se había pasado un poco de la de su tía y, sonriendo para sus adentros, volvió sobre sus pasos. Al entrar en el vestíbulo, algo sombrío, el mayordomo le comunicó que estaban sentados a la mesa. Entregó el sombrero y el bastón a uno de los criados y pasó al comedor.

—Tarde como de costumbre, Harry —exclamó su tía moviendo la cabeza.

Inventó una excusa fácil y, sentándose en la silla que estaba vacía junto a ella, miró a su alrededor para ver a los comensales. Dorian se inclinó tímidamente hacia él desde el otro extremo de la mesa, con las mejillas encendidas de placer. Al lado opuesto estaba la duquesa de Harley, una mujer de admirable buen carácter y temperamento a quien adoraba todo el que la conocía, y de esas amplias proporciones arquitectónicas que, en las mujeres que no son duquesas, los contemporáneos describen como gordura. Junto a ella, a su derecha, se sentaba sir Thomas Burton, miembro radical del parlamento, que en la vida pública seguía a su líder y en la privada a los mejores cocineros, comiendo con los *tories* y pensando con los liberales, de acuerdo con una sabia y bien conocida regla. A la izquierda de la duquesa se sentaba el señor Erskine de Treadley, anciano caballero de considerable encanto y cultura, que había adquirido, sin embargo, la mala costumbre de guardar silencio por haber dicho, como le explicó una vez a lady Agatha, todo lo que tenía que decir antes de los treinta. Su vecina era la señora Vandeleur, una de las más antiguas amistades de su tía, una perfecta santa entre las mujeres, pero tan terriblemente poco atractiva que recordaba a un libro de oraciones mal encuadernado. Afortunadamente para él, al otro lado sólo estaba lord Faurel, inteligentísima mediocridad de edad mediana y tan pelado como una declaración ministerial en la Cámara de los Comunes, con quien su vecina hablaba de esa forma tan profundamente seria que constituye el más imperdonable error —como él mismo comprobó una vez— en el que caen todas las personas realmente buenas y del que ninguna de ellas logra jamás escapar por completo.

—Hablábamos del pobre Dartmoor, lord Henry —exclamó la duquesa haciéndole amables señas desde el otro lado de la mesa—. ¿Cree usted que realmente va a casarse con esa fascinante joven?

—Creo que ella ha decidido proponérselo, duquesa.

—¡Qué horror! —exclamó lady Agatha—. Realmente alguien debería intervenir.

—Sé de muy buena tinta que su padre tiene un almacén de lencería americana —dijo sir Thomas Burton con aire desdeñoso.

—Mi tío ya ha sugerido el envasado de cerdo, sir Thomas.

—¡Lencería americana! ¿Qué es la lencería americana? —preguntó la duquesa alzando con asombro sus largas manos y acentuando el verbo.

—Las novelas americanas —respondió lord Henry sirviéndose un poco de codorniz.

La duquesa pareció perpleja.

—No le haga caso, querida —susurró lady Agatha—. Nunca habla en serio.

—Cuando se descubrió América… —dijo el miembro radical, y empezó a dar aburridos detalles.

Como todo aquel que trata de agotar un tema, acabó agotando a sus oyentes. La duquesa suspiró y ejerció su derecho a interrumpir.

—Ojalá no la hubiesen descubierto nunca —exclamó—. Realmente, nuestras jóvenes no tienen ninguna oportunidad hoy en día. Es completamente injusto.

—Puede que, después de todo, aún no se haya descubierto América —dijo el señor Erskine—. Yo por mi parte diría que sólo se ha detectado.

—Oh, pero yo he visto ejemplares de sus habitantes —contestó la duquesa en tono vago—. Debo confesar que la mayoría de ellas son extremadamente bonitas. Y además visten bien. Compran toda su ropa en París. Ojalá yo pudiese hacer lo mismo.

—Dicen que cuando un buen americano muere va a París —dijo sir Thomas, que tenía un gran armario lleno de artículos de humor en desuso.

—¿De veras? ¿Y adónde van los americanos malos después de muertos? —inquirió la duquesa.

—A América —murmuró lord Henry.

Sir Thomas frunció el ceño.

—Me temo que su sobrino tiene prejuicios hacia esa gran nación —le dijo a lady Agatha—. Yo he viajado por todo el país, en coches puestos a mi disposición por las autoridades, que, en esas cuestiones, son extremadamente amables. Le aseguro que es una visita muy instructiva.

—Pero ¿es realmente necesario para nuestra educación ver Chicago? —dijo el señor Erskine en tono de queja—. No me siento con fuerzas para el viaje.

Sir Thomas sacudió la mano.

—El señor Erskine de Treadley tiene el mundo en su biblioteca. A nosotros, los hombres prácticos, nos gusta ver las cosas, no leer acerca de ellas. Los americanos son gente realmente interesante. Son completamente razonables. Creo que es su característica más distintiva. Sí, señor Erskine, un pueblo absolutamente razonable. Le aseguro que los americanos no hacen tonterías.

—¡Qué horror! —exclamó lord Henry—. Puedo soportar la fuerza bruta, pero la razón bruta me resulta intolerable. Hay algo injusto en su utilización. Supone un golpe bajo para el intelecto.

—No le entiendo —dijo sir Thomas, enrojeciendo.

—Yo sí, lord Henry —murmuró el señor Erskine con una sonrisa.

—Las paradojas están muy bien como camino… —replicó el baronet.

—¿Eso era una paradoja? —preguntó el señor Erskine—. Yo no lo creo. Tal vez lo fuese. En cualquier caso, el camino de las paradojas es el camino de la verdad.

Para poner a prueba la realidad es necesario verla sobre la cuerda floja. Cuando las verdades hacen acrobacias, entonces podemos juzgarlas.

—¡Dios mío! —dijo lady Agatha—. ¡Cómo argumentan ustedes los hombres! Estoy segura de que nunca entiendo lo que están hablando. ¡Oh!, Harry, estoy muy disgustada contigo. ¿Por qué intentas persuadir a nuestro querido Dorian Gray de que abandone el East End? Te aseguro que su ayuda sería inapreciable. Les encantaría oírle tocar.

—Quiero que toque para mí —exclamó lord Henry sonriendo y, al mirar hacia el extremo de la mesa, sorprendió una brillante mirada como respuesta.

—¡Pero en Whitechapel son tan desgraciados! —insistió lady Agatha.

—Puedo simpatizar con todo excepto con el sufrimiento —dijo lord Henry encogiéndose de hombros—. No podría simpatizar con eso. Es demasiado feo, demasiado horrible y doloroso. Hay algo terriblemente mórbido en la comprensión moderna hacia el dolor. Deberíamos simpatizar con el color, la belleza, la alegría de vivir. Cuanto menos se hable de las llagas de la vida, tanto mejor.

—Aun así, el East End es un problema muy importante —observó sir Thomas con un grave movimiento de cabeza.

—En efecto —contestó el joven lord—. Es el problema de la esclavitud, y nosotros tratamos de solucionarlo divirtiendo a los esclavos.

El político lo miró fijamente.

—¿Qué cambios propone usted, en ese caso? —preguntó.

Lord Henry rió.

—No querría cambiar nada en Inglaterra excepto el tiempo —respondió—. La contemplación filosófica me satisface por completo. Pero como el siglo XIX se ha ido a la bancarrota debido a un excesivo gasto de comprensión, sugiero que apelemos a la ciencia para que nos devuelva al buen camino. La ventaja de las emociones es que nos llevan por el mal camino, y la ventaja de la ciencia es que no es emocional.

—Pero tenemos tan graves responsabilidades —aventuró tímidamente la señora Vandeleur.

—Terriblemente graves —repitió lady Agatha.

Lord Henry miró al señor Erskine.

—La humanidad se toma a sí misma demasiado en serio. Es el pecado original del mundo. Si los hombres de las cavernas hubiesen sabido reír, la historia habría sido distinta.

—Es usted realmente reconfortante —trinó la duquesa—. Siempre me he sentido bastante culpable cuando visito a su querida tía Agatha, ya que no me tomo interés alguno por el East End. En el futuro seré capaz de mirarla a la cara sin sonrojarme.

—Sonrojarse es muy favorecedor, duquesa —observó lord Henry.

—Sólo cuando se es joven —contestó ella—. Cuando una anciana como yo se sonroja, es muy mala señal. ¡Ah!, lord Henry, desearía que me dijese cómo volver a ser joven.

Lo pensó un momento.

—¿Puede recordar algún gran error que haya cometido en su juventud, duquesa? —preguntó mirándola desde el otro lado de la mesa.

—Muchos, me temo —exclamó.

—Entonces vuélvalos a cometer —dijo gravemente—. Para recuperar la juventud, sólo hay que repetir las locuras de entonces.

—¡Una teoría deliciosa! —exclamó la duquesa—. Tengo que ponerla en práctica.

—¡Una teoría peligrosa! —dijo sir Thomas apretando los labios.

Lady Agatha movió la cabeza, pero no podía evitar sentirse divertida. El señor Erskine era todo oídos.

—Sí —prosiguió él—, ése es uno de los grandes secretos de la vida. Hoy en día la mayor parte de la gente muere de una especie de sentido común progresivo, y descubren cuando es demasiado tarde que lo único de lo que uno jamás se arrepiente es de sus propios errores.

Corrió la risa por toda la mesa.

Jugó con la idea y la desarrolló tenazmente; la lanzó al aire y la transformó; la dejó escapar y volvió a capturarla; la hizo iridiscente con su fantasía y le dio alas por medio de la paradoja. A medida que avanzaba, el elogio de la locura se encumbró en filosofía, y la propia filosofía rejuveneció, y reconociendo la loca música del placer, ataviada, como podría suponerse, con su túnica manchada de vino y su guirnalda de hiedra, bailó como una bacante sobre las colinas de la vida, burlándose del torpe Sileno por su sobriedad. Los hechos huían a su paso como atemorizados seres del bosque. Sus blancos pies pisotearon el inmenso lagar en el que el sabio Ornar se sienta, hasta que el espumoso jugo de la uva se alzó alrededor de sus miembros desnudos en oleadas de purpúreas burbujas, o se arrastró en forma de roja espuma por la negra y chorreante pendiente de los costados del tonel. Sentía los ojos de Dorian Gray fijos en él, y la conciencia de que había alguien en su auditorio cuya naturaleza se proponía fascinar, parecía agudizar su ingenio y prestar colorido a su imaginación. Estuvo brillante, fantástico, irresponsable. Sedujo a sus oyentes hasta que se olvidaron de sí mismos y siguieron a su flauta entre risas. Dorian Gray no apartó los ojos de él ni un solo instante, y permaneció inmóvil como el que está bajo un hechizo, las sonrisas sucediéndose en sus labios y el creciente asombro nublando de gravedad sus ojos.

Finalmente, la realidad vestida de librea moderna entró en la sala en forma de sirviente para comunicarle a la duquesa que su coche esperaba. Ésta se retorció las manos con cómica desesperación.

—¡Qué fastidio! —exclamó—. Debo marcharme. He de recoger a mi marido en el club para llevarle a una absurda reunión en los salones Willis, donde va a actuar como presidente. Si llego tarde seguro que se pondrá furioso, y no podría soportar una escena con este sombrero. Es demasiado frágil. Una palabra ruda lo arruinaría. No, debo marcharme, lady Agatha. Adiós, lord Henry. Es usted delicioso y

terriblemente desmoralizante. Lo cierto es que no sé qué decir sobre sus puntos de vista. Tiene que venir a comer con nosotros una noche de éstas. ¿El martes? ¿Está usted libre el martes?

—Por usted dejaría plantado a cualquiera, duquesa —dijo lord Henry con una inclinación.

—¡Ah! Eso es muy amable y un error por su parte —exclamó ella—. No olvide venir.

Y abandonó rápidamente el salón seguida por lady Agatha y otras señoras.

Cuando lord Henry volvió a sentarse, el señor Erskine rodeó la mesa y, acercando una silla, puso la mano sobre su brazo.

—Habla usted como un libro —dijo—, ¿por qué no escribe alguno?

—Me gusta demasiado leer libros como para interesarme en escribir uno, señor Erskine. Naturalmente, me gustaría escribir una novela: una novela tan hermosa como un tapiz persa, y así de irreal. Pero el único público literario que hay en Inglaterra son los lectores de diarios, libros de texto y enciclopedias. De todos los pueblos del mundo, el inglés es el que tiene menos sentido de la belleza en literatura.

—Me temo que tiene usted razón —contestó el señor Erskine—. Yo mismo solía tener ambiciones literarias, pero las descarté hace mucho tiempo. Y ahora, mi querido y joven amigo, si me permite llamarle así, ¿puedo preguntarle si de verdad piensa todo lo que ha dicho durante el almuerzo?

—Lo he olvidado por completo —dijo lord Henry con una sonrisa—. ¿Dije algo malo?

—Muy malo, en verdad. De hecho, le considero extremadamente peligroso, y si algo le ocurre a nuestra buena duquesa, todos le consideraremos el principal responsable. Pero quisiera hablarle a usted de la vida. La generación a la que pertenezco es aburrida. Algún día, cuando se haya cansado usted de Londres, venga a Treadly y expóngame su filosofía del placer ante un magnífico Burgundy que tengo la suerte de poseer.

—Lo haré encantado. Visitar Treadly será un gran privilegio. El anfitrión es perfecto, y también lo es la biblioteca.

—Usted la completará —contestó el anciano caballero con una cortés inclinación —. Y ahora debo decirle adiós a su encantadora tía. Me esperan en el Ateneo. Es la hora en que echamos la siesta.

—¿Todos ustedes, señor Erskine?

—Cuarenta de nosotros en cuarenta sillones. Estamos practicando para una Academia Inglesa de las Letras.

Lord Henry se echó a reír y se levantó.

—Me voy al parque —exclamó.

Cuando salía por la puerta, Dorian Gray le tocó el hombro.

—Deje que le acompañe —murmuró.

—Pero creí que había prometido usted ir a ver a Basil Hallward —contestó lord

Henry.

—Preferiría ir con usted; sí, siento que debo ir con usted. Permítamelo. ¿Y promete que hablará durante todo el tiempo? Nadie habla tan maravillosamente bien como usted.

—¡Ah! Ya he hablado suficiente por hoy —dijo lord Henry sonriendo—. Ahora sólo quiero que contemple la vida. Puede venir y hacerlo conmigo, si eso le complace.



CAPÍTULO IV

Una tarde del mes siguiente, Dorian Gray estaba reclinado en un lujoso sillón en la pequeña biblioteca de la casa de lord Henry en Mayfair. Era, en su género, una estancia acogedora, con altos zócalos de roble manchado de aceituna, friso y techo color crema con relieves de escayola, y una moqueta de fieltro color ladrillo cubierta con alfombras persas de largos y sedosos flecos. Sobre una mesita de madera satinada había una estatuilla de Clodión, junto a un ejemplar de *Les cent nouvelles* encuadernado para Margarita de Valois por Clovis Eve, y sembrado de las margaritas de oro que esa reina había escogido por emblema. En la repisa de la chimenea se alineaban grandes jarrones chinos de porcelana azul con tulipanes de abigarrados colores, y a través de los cristales emplomados de la ventana entraba a raudales la luz albaricoque de un día de estío londinense.

Lord Henry no había llegado aún. Se retrasaba siempre por principio, pues su lema consistía en que la puntualidad es el ladrón del tiempo. Así pues, el joven parecía un poco contrariado, y hojeaba distraídamente una edición de *Manon Lescaut* con elaboradas ilustraciones, que había encontrado en uno de los estantes. El solemne y monótono tictac del reloj Luis XIV lo irritaba. Había estado a punto de marcharse una o dos veces.

Al fin oyó ruido de pasos y se abrió la puerta.

—¡Qué tarde llegas, Harry! —murmuró.

—Me temo que no sea Harry, señor Gray —contestó una voz chillona.

Miró rápidamente a su alrededor y se puso en pie.

—Ruego me disculpe. Pensé…

—Pensó que era mi marido. Sólo soy su mujer. Permita usted que me presente. Le conozco muy bien por sus fotografías. Creo que mi marido tiene diecisiete.

—¿Diecisiete, lady Henry?

—Bueno, dieciocho entonces. Y le vi con él la otra noche en la ópera.

Reía nerviosamente al hablar, y lo miraba con sus vagos ojos de no-me-olvides. Era una mujer curiosa, cuyos vestidos parecían siempre diseñados con rabia y puestos en medio de una tempestad. Solía estar enamorada de alguien y, como su pasión nunca era correspondida, conservaba todas sus ilusiones. Intentaba parecer exótica, pero sólo lograba resultar desaliñada. Se llamaba Victoria, y tenía la inveterada manía de ir a la iglesia.

—Eso fue en *Lohengrin*, ¿no es así, lady Henry?

—Sí; fue en el amado *Lohengrin*. Me gusta la música de Wagner más que la de cualquier otro. Es tan altisonante que se puede hablar todo el tiempo sin que oigan lo que uno dice. Supone una gran ventaja, ¿no le parece, señor Gray?

La misma risa nerviosa y entrecortada estalló en los delgados labios, y sus dedos comenzaron a juguetear con un largo cortapapeles de concha de tortuga.

Dorian sonrió, moviendo la cabeza.

—Me temo que no estoy de acuerdo con usted, lady Henry. Jamás hablo cuando oigo música, al menos cuando se trata de buena música. Si la música que se escucha es mala, entonces uno tiene el deber de ahogarla con la conversación.

—¡Ah! Esa idea es de Harry, ¿verdad, señor Gray? Siempre oigo las ideas de Harry en boca de sus amigos. Es la única forma en que me llegan. Pero no crea que no aprecio la buena música. La adoro, pero la temo. Me vuelve demasiado romántica. He sentido verdadera adoración por algunos pianistas… en ocasiones por dos a un tiempo, como dice Harry. No sé lo que tienen. Puede que sea su calidad de extranjeros. Todos lo son, ¿no es así? Hasta los que nacen en Inglaterra se hacen extranjeros después de un tiempo, ¿verdad? Es una medida tan inteligente… y un verdadero homenaje al arte. Lo hace cosmopolita, ¿no le parece? Nunca ha asistido a una de mis fiestas, ¿verdad, señor Gray? Debe usted venir. No puedo permitirme orquídeas, pero no reparo en gastos con los extranjeros. Dan un toque tan pintoresco al salón. ¡Pero aquí está Harry! Harry, vine a buscarte para preguntarte algo —he olvidado qué— y encontré aquí al señor Gray. Hemos mantenido una agradable charla sobre música. Y estamos completamente de acuerdo. No; creo que nuestras ideas son absolutamente distintas. Pero ha sido amabilísimo. Estoy encantada de haberle conocido.

—Me alegro, querida, me alegro mucho —dijo lord Henry levantando sus oscuras y arqueadas cejas y observándolos con una sonrisa divertida.

—Siento llegar tarde, Dorian. He ido a buscar una pieza de brocado antiguo a la calle Wardour y me he pasado horas regateando por ella. Hoy en día, la gente sabe el precio de todo, pero no conoce el valor de nada.

—Me temo que debo marcharme —exclamó lady Henry rompiendo el embarazoso silencio con su tonta y brusca risa—. He prometido acompañar a la duquesa en su paseo. Adiós, señor Gray. Adiós, Harry. Comerás fuera, supongo. Yo también. Puede que nos veamos en casa de lady Thornbury.

—Eso espero, querida —dijo lord Henry cerrando la puerta tras ella cuando, como un ave del paraíso que hubiese pasado toda la noche bajo la lluvia, huyó de la estancia dejando un leve perfume de franchipán; luego encendió un cigarro y se dejó caer sobre el sofá.

—Jamás te cases con una mujer de pelo pajizo, Dorian —dijo tras unas bocanadas.

—¿Por qué, Harry?

—Porque son unas sentimentales.

—Pero a mí me gusta la gente sentimental.

—Nunca te cases, Dorian. Los hombres se casan por cansancio; las mujeres por curiosidad; y ambos resultan decepcionados.

—No creo que me case, Harry. Estoy demasiado enamorado. Ése es uno de tus aforismos. Lo estoy poniendo en práctica, como hago con todo lo que tú dices.

—¿De quién estás enamorado? —preguntó lord Henry tras una pausa.

—De una actriz —contestó Dorian sonrojándose.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Eso es un *debut* más bien vulgar.

—No lo dirías si la vieses, Harry.

—¿Quién es?

—Su nombre es Sibyl Vane.

—Jamás he oído hablar de ella.

—Nadie lo ha hecho. Pero alguna vez lo harán. Ella es genial.

—Querido muchacho, ninguna mujer es genial. Las mujeres son un sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, pero cuando lo hacen es de forma encantadora. Las mujeres representan el triunfo de la materia sobre la mente, y los hombres el triunfo de la mente sobre la moral.

—¿Cómo puedes hablar así, Harry?

—Mi querido Dorian, es la pura verdad. Últimamente estoy analizando a las mujeres, así que debería saberlo. El tema no es tan abstruso como yo pensaba. Encuentro que, en última instancia, sólo hay dos tipos de mujeres: las feas y las atractivas. Las primeras son muy útiles. Si quieres ganarte una reputación de hombre respetable, no tienes más que invitarlas a cenar. Las otras mujeres son completamente encantadoras. Sin embargo, cometen un error. Se pintan para parecer más jóvenes. Nuestras abuelas se pintaban para intentar hablar con brillantez: el *rouge* y el *esprit* solían ir juntos. Eso se ha acabado. Una mujer no está completamente satisfecha si no parece diez años más joven que su propia hija. En cuanto a la conversación, sólo hay cinco mujeres en todo Londres con las que merece la pena hablar, y dos de ellas están excluidas de la sociedad respetable. En cualquier caso, háblame de tu genio. ¿Cuánto hace que la conoces?

—¡Ah, Harry, tus puntos de vista me aterran!

—Olvídalo. ¿Cuánto hace que la conoces?

—Unas tres semanas.

—¿Y dónde la encontraste?

—Te lo diré, Harry; pero tienes que ser comprensivo. Después de todo, de no haberte conocido nada de esto hubiese pasado. Tú me llenaste de un deseo salvaje de saberlo todo sobre la vida. Durante días, después de conocerte, algo parecía latir en mis venas. Cuando paseaba por el parque o caminaba por Picadilly miraba a todos los que pasaban y me preguntaba, con loca curiosidad, qué vida llevarían. Algunos de ellos me fascinaban. Otros me llenaban de terror. Había un exquisito veneno en el aire. Me apasionaban las sensaciones… Pues bien, una tarde, alrededor de las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Sentí que este gris y monstruoso Londres, con sus millones de habitantes, sus sórdidos pecadores y sus espléndidas faltas, como una vez dijiste, debía de tener algo guardado para mí. Imaginé cientos de cosas. La sola sensación de peligro me producía placer. Recordé lo que me habías dicho esa

maravillosa tarde en que cenamos juntos por primera vez sobre que la búsqueda de la belleza era el auténtico secreto de la vida. No sé lo que esperaba, pero salí y caminé sin rumbo fijo hacia el este, perdiéndome muy pronto en un laberinto de mugrientas calles y negras y peladas plazoletas. Alrededor de las ocho y media, pasé por un absurdo teatrucho con enormes y resplandecientes focos de gas y carteles chillones. Un horrible judío, vestido con el chaleco más sorprendente que he visto en mi vida, estaba parado a la entrada fumando un cigarro infame. Tenía rizos grasientos, y un diamante inmenso brillaba en mitad de su sucia camisa. «¿Quiere un palco, milord?» —dijo al verme, y se quitó el sombrero con aire de suntuoso servilismo. Aún no consigo entender por qué lo hice; y sin embargo, de no haberlo hecho… querido Harry, de no haberlo hecho me habría perdido el mayor romance de mi vida. Había algo en él que me divirtió, Harry. Era tan monstruoso. Te reirás de mí, lo sé, pero lo cierto es que entré y pagué una guinea por el palco. Veo que te ríes. ¡Es horrible por tu parte!

—No me río, Dorian; al menos no de ti. Pero no deberías decir el mayor romance de tu vida. Deberías decir tu primer romance. A ti siempre te amarán, y tú estarás siempre enamorado del amor. Una *grande passion* es el privilegio de los que no tienen nada que hacer. Es la única ocupación de las clases ociosas de un país. No temas. Te aguardan cosas exquisitas. Esto es sólo el comienzo.

—¿Crees que mi naturaleza es tan superficial? —exclamó Dorian Gray irritado.

—No; la creo muy profunda.

—¿Qué quieres decir?

—Querido muchacho, los que sólo aman una vez en la vida son los verdaderamente superficiales. A lo que ellos llaman lealtad y fidelidad, yo lo llamo letargo de la costumbre o falta de imaginación. La fidelidad es a las personas emocionales lo que la consistencia a la vida del intelecto: una simple confesión de fracaso. ¡La fidelidad! Algún día he de analizarla. Tiene la pasión de la propiedad. Hay muchas cosas que desecharíamos de no temer que otros las recogiesen. Pero no quiero interrumpirte. Sigue con tu historia.

—Pues bien, me encontré sentado en un estrecho y horrible palco frente a un vulgar telón. Me asomé tras la cortina y estudié el lugar. Era todo oropeles, cupidos y cornucopias, como una tarta de bodas de tercera clase. La tribuna y la platea se veían bastante llenas, pero las dos filas de grasientas butacas estaban casi vacías, y en lo que supongo llamarán el principal no había prácticamente ni un alma. Las mujeres iban y venían con naranjas y cerveza de jengibre, y se hacía un tremendo consumo de nueces.

—Debía de ser exactamente igual que en la época dorada del drama inglés.

—Exactamente igual, supongo, y muy deprimente. Empezaba a preguntarme qué debía hacer, cuando vi el cartel. ¿Qué imaginas que representaban, Harry?

—Supongo que *El joven idiota* o *Mudo pero inocente*. A nuestros padres solía gustarles ese tipo de obras, creo. Cuanto más vivo, Dorian, más me convenzo de que

todo lo que era suficientemente bueno para nuestros padres no es lo bastante bueno para nosotros. En arte, como en política, *les grand-pères ont toujours tort*.

—Esa obra era suficientemente buena para nosotros, Harry. Se trataba de *Romeo y Julieta*. Debo admitir que me sentí bastante molesto ante la idea de ver representado a Shakespeare en un miserable agujero como aquél. Sin embargo, de algún modo estaba interesado. En cualquier caso, decidí esperar al primer acto. Había una orquesta espantosa que presidía un joven hebreo sentado ante un piano desvencijado y que casi me hizo desistir, pero finalmente se alzó el telón y comenzó la obra. Romeo era un caballero grueso de edad madura y cejas pintadas con corcho quemado, voz ronca de tragedia y el cuerpo como un barril de cerveza. Mercucio era casi tan malo. Lo representaba uno de esos comediantuchos que introducen bromas de su propia cosecha y están en excelentes términos con la platea. Ambos eran tan grotescos como el escenario, y éste parecía salido de una barraca de feria. ¡Pero Julieta! Harry, imagina a una muchacha de apenas diecisiete años con una carita de flor, una menuda cabeza griega de enroscadas trenzas castaño oscuro, los ojos violeta como pozos de pasión, y unos labios como pétalos de rosa. Era lo más adorable que había visto en mi vida. Una vez me dijiste que el patetismo no te conmovía, pero que la belleza, la sola belleza, podía llenarte los ojos de lágrimas. Te digo, Harry, que a duras penas podía ver a la muchacha a través de la bruma del llanto que me asaltó. Y su voz… jamás había oído otra igual. Hablaba muy bajo al principio, con hondas y suaves notas que parecían penetrar una a una el oído. Luego subió un poco el tono, y sonó como una flauta o un lejano oboe. En la escena del jardín tenía el trémulo éxtasis que uno escucha antes del amanecer, cuando los ruiseñores cantan. Más tarde hubo momentos en que adquirió la pasión ardiente de los violines. Tú sabes hasta qué punto puede una voz conmover. Tu voz y la voz de Sibyl Vane son dos cosas que jamás podré olvidar. Las oigo al cerrar los ojos, y cada una dice algo distinto. No sé a cuál de ellas seguir. ¿Por qué no habría de amarla? La quiero, Harry. Ella lo es todo para mí en la vida. Noche tras noche voy a verla actuar. Una noche es Rosalinda, y la tarde siguiente Imogenia. La he visto morir en la penumbra de una tumba italiana, bebiendo el veneno de los labios de su amado. La he visto errar por los bosques de Arden disfrazada de un hermoso muchacho con calzas, jubón y elegante gorro. Ha enloquecido y se ha presentado ante un rey culpable dándole ruda para vestirse y amargas hierbas a gustar. Ha sido inocente, y las blancas manos de los celos han partido su garganta como un junco. La he visto en todas las épocas y con todas las indumentarias. Las mujeres corrientes no excitan nunca nuestra imaginación. Se limitan a su siglo. Ningún hechizo las transfigura. Uno conoce su mente con la misma facilidad que su sombrero. Siempre puedes encontrarlas. Carecen de misterio alguno. Por la mañana pasean en coche por el parque, y por las tardes parlotean tomando el té. Tienen una sonrisa estereotipada y una conducta a la moda. Son completamente obvias. ¡Pero una actriz! ¡Qué distinta es una actriz! ¡Harry! ¿Por qué no me habías dicho que la única cosa digna de amarse es una actriz?

—Porque he amado a muchas, Dorian.

—Oh, sí, mujeres horribles de pelo teñido y cara pintada…

—No desprecies el pelo teñido y las caras pintadas. A veces tienen un encanto extraordinario —dijo lord Henry.

—Ahora me arrepiento de haberte hablado de Sibyl Vane.

—No hubieses podido evitarlo, Dorian. Me contarás todo lo que hagas durante el resto de tu vida.

—Sí, Harry, creo que eso es cierto. No puedo evitar contarte las cosas. Tienes una extraña influencia sobre mí. Si alguna vez cometiese un crimen, vendría a confesártelo. Tú me entenderías.

—La gente como tú, tenaces rayos de sol de la vida, no comete crímenes, Dorian. Pero, en cualquier caso, te agradezco mucho el cumplido. Y ahora dime… alcánzame las cerillas, sé buen chico… ¿Qué relación tienes actualmente con Sibyl Vane?

Dorian Gray se levantó precipitadamente con las mejillas arreboladas y los ojos llameantes.

—¡Harry! ¡Sibyl Vane es sagrada!

—Sólo lo sagrado merece tocarse, Dorian —dijo lord Henry con una extraña carga de patetismo en su voz—. Pero ¿por qué ibas a sentirte molesto? Supongo que ella te pertenecerá algún día. Cuando uno está enamorado, siempre comienza por engañarse a uno mismo y acaba engañando a los otros. En eso consiste lo que el mundo llama un romance. En cualquier caso, supongo que la conocerás.

—Naturalmente que la conozco. La primera noche que estuve en el teatro, el horrible judío acudió al palco una vez terminada la representación y se ofreció a llevarme entre bastidores para presentármela. Me enfurecí con él: le dije que Julieta llevaba muerta cientos de años y que su cuerpo yacía en una tumba de mármol, en Verona. Por su mirada de perplejo asombro, creo que concluyó que yo había bebido demasiado champán, o algo así.

—No me sorprende.

—Después me preguntó si yo escribía para algún periódico. Le contesté que jamás los leía. Pareció terriblemente decepcionado por mi comentario, y me confió que todos los críticos dramáticos estaban confabulados en su contra y que todos ellos se vendían.

—No me sorprendería que tuviese toda la razón en eso. Pero, por otra parte, a juzgar por las apariencias, la mayor parte de ellos no deben de ser nada caros.

—Bueno, él parecía creer que estaban por encima de sus posibilidades —rió Dorian—. Para entonces, sin embargo, estaban apagando las luces del teatro y tenía que marcharme. Quiso que probase unos cigarros que él recomendaba con fervor. Los rechacé. La siguiente noche, por supuesto, volví al lugar. Al verme hizo una profunda reverencia y aseguró que yo era un espléndido protector del arte. Era una bestia repugnante, pero sentía una extraordinaria pasión por Shakespeare. Una vez me dijo con aire de orgullo que las cinco veces que había quebrado se había debido

enteramente al «Bardo», como insistía en llamarlo. Parecía considerarlo una distinción.

—Era una distinción, mi querido Dorian, una gran distinción. La mayoría de la gente se arruina invirtiendo con exceso en la prosa de la vida. Arruinarse por la poesía es un honor. Pero ¿cuándo hablaste por primera vez con Sibyl Vane?

—La tercera noche. Había representado a Rosalinda. No pude evitar intentarlo. Le había arrojado algunas flores y ella me había mirado; al menos yo pensé que lo había hecho. El viejo judío era persistente. Parecía empeñado en llevarme entre bastidores, de modo que consentí. Es extraño que no quisiera conocerla, ¿verdad?

—No; yo no lo creo así.

—¿Por qué, querido Harry?

—Te lo diré en otro momento. Ahora quiero saber de la muchacha.

—¿Sibyl? Oh, fue tan tímida y amable. Hay algo de niña en ella. Sus ojos se abrieron con exquisito asombro cuando le dije lo que pensaba de su actuación, y parecía completamente inconsciente de su poder. Los dos estábamos bastante nerviosos. El viejo judío seguía sonriendo en el umbral del polvoriento camerino, haciendo elaborados discursos sobre nosotros mientras nos mirábamos como niños. Insistía en llamarme «milord», así que tuve que asegurarle a Sibyl que no era nada por el estilo. Ella se limitó a decirme: «Perece usted más bien un príncipe. Le llamaré Príncipe Encantador».

—Palabra, Dorian, la señorita Sibyl sabe cómo hacer cumplidos.

—Tú no la entiendes, Harry. Me miraba como si yo sólo fuese un personaje de una obra. No sabe nada de la vida. Vive con su madre, una mujer cansada y marchita que representaba a lady Capuleto con una especie de bata roja la primera noche, y que parece haber vivido mejores tiempos.

—Conozco ese aspecto. Me deprime —murmuró lord Henry estudiando sus anillos.

—El judío quiso contarme su historia, pero le dije que no me interesaba.

—Hiciste muy bien. Siempre hay algo infinitamente mezquino en las tragedias ajenas.

—Sibyl es lo único que me interesa. ¿Qué me importa su origen? De la pequeña cabeza a los menudos pies, es absoluta y completamente divina. Iría a verla actuar todas las noches de mi vida, y cada una sería más maravillosa que la anterior.

—Supongo que ésa es la razón de que ya nunca cenemos juntos. Imaginé que tendrías algún curioso romance entre manos. Y acerté; pero no es en absoluto lo que yo esperaba.

—Querido Harry, pero si todos los días almorzamos o comemos juntos, y he ido contigo varias veces a la ópera —dijo Dorian abriendo asombrado sus ojos azules.

—Siempre llegas terriblemente tarde.

—Bueno, no puedo evitar ir a ver actuar a Sibyl —exclamó—, aunque sólo sea durante un acto. Anhelo su presencia; y cuando pienso en el maravilloso espíritu que

se oculta en su pequeño cuerpo de marfil, me siento lleno de reverencia hacia ella.

—Podrás cenar conmigo esta noche, Dorian, ¿no?

Movió la cabeza.

—Esta noche ella es Imogenia —contestó—, y mañana será Julieta.

—¿Y cuándo es Sibyl Vane?

—Nunca.

—Te felicito.

—¡Qué desagradable eres! Ella es en una todas las grandes heroínas del mundo entero. Ella es más que una persona. Ríete, pero te digo que tiene genio. La quiero, y tengo que lograr que ella me quiera. Tú que conoces todos los secretos de la vida, ¡dime cómo seducir a Sibyl Vane para que ella me ame! Quiero que Romeo sienta celos de mí. Quiero que todos los amantes muertos de la historia escuchen nuestra risa y se entristezcan. Quiero que el aliento de nuestra pasión vuelva su polvo a la vida y despierte sus cenizas al dolor. ¡Dios mío, Harry! ¡Cómo la adoro!

Recorría la estancia de arriba abajo mientras hablaba. Manchas de un rojo febril ardían en sus mejillas. Estaba horriblemente excitado.

Lord Henry lo observaba con un sutil sentimiento de placer. ¡Qué distinto era ahora del tímido y temeroso muchacho que había conocido en el estudio de Basil! Su naturaleza maduraba como una flor, produciendo capullos de llama escarlata. El alma había abandonado su escondite oculto, y el deseo había acudido a su encuentro.

—¿Y qué te propones hacer? —dijo lord Henry al fin.

—Quiero que tú y Basil vengáis conmigo una noche a verla actuar. No temo en absoluto los resultados. Estoy seguro de que reconoceréis su genio. Después tenemos que arrancarla de las garras del judío. Está atada a él por tres años —o al menos por dos años y ocho meses— a partir de este momento. Tendré que pagarle, por supuesto. Cuando todo esté arreglado alquilaré un teatro en el West End y la lanzaré como es debido. Volverá tan loco al mundo como lo ha hecho conmigo.

—Querido muchacho, eso sería imposible.

—Sé que lo hará. No sólo tiene arte, un consumado sentido del arte, sino también personalidad. Y a menudo me has dicho que es la personalidad, no los principios, lo que mueve los tiempos.

—Está bien, ¿qué noche iremos?

—Déjame ver. Mañana es martes. Vayamos mañana. Mañana hace de Julieta.

—Está bien. A las ocho en el Bristol; yo recogeré a Basil.

—A las ocho no, Harry, te lo ruego. A las seis y media. Tenemos que estar allí antes de que se alce el telón. Tenéis que verla en el primer acto, cuando conoce a Romeo.

—¡Las seis y media! ¿Qué horas son ésas? Sería como acudir a un vulgar té o como leer una novela inglesa. Ha de ser a las siete. Ningún caballero cena antes de las siete. ¿Vas a ver a Basil entretanto? ¿O le escribo yo?

—¡Pobre Basil! No le he visto en una semana. Es horrible por mi parte. Me ha

enviado el retrato con un maravilloso marco especialmente diseñado por él mismo y, aunque estoy algo celoso del cuadro por ser un mes entero más joven que yo, tengo que admitir que me deleito en él. Quizá sea mejor que le escribas tú. No quiero verlo a solas. Dice cosas que me molestan. Me da buenos consejos.

Lord Henry rió.

—A la gente le encanta deshacerse de lo que más necesita. Es lo que yo llamo los abismos de la generosidad.

—Oh, Basil es el mejor de los amigos, pero me parece que es un poco filisteo. Desde que te conozco, Harry, lo he descubierto.

—Basil, ese querido muchacho, pone todo el encanto en su obra. El resultado es que no le queda nada para la vida excepto sus prejuicios, sus principios y su sentido común. Los únicos artistas que personalmente me han parecido encantadores eran malos artistas. Los buenos sólo existen en aquello que hacen, y consecuentemente carecen de todo interés en lo que son. Un gran poeta, un poeta verdaderamente grande, es lo más poco poético que existe. Pero los malos poetas son absolutamente fascinantes. Cuanto peores son sus rimas, más pintorescos parecen. El mero hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda categoría vuelve a un hombre completamente irresistible. Este vive la poesía que es incapaz de escribir. Los demás escriben la poesía que no osan poner en práctica.

—Me pregunto si tendrás razón, Harry —dijo Dorian Gray echando un poco de perfume en su pañuelo de una gran botella de tapón dorado que había encima de la mesa—. Si tú lo dices, debe de ser así. Y ahora tengo que marcharme. Adiós.

Cuando dejó la estancia, los pesados párpados de lord Henry se cerraron y empezó a pensar. Realmente pocas personas le habían interesado tanto como Dorian Gray y, sin embargo, la loca adoración del joven por otra persona no le causaba el más mínimo atisbo de irritación o celos. Le producía satisfacción. Lo convertía en un motivo de estudio aún más interesante. Siempre le habían cautivado los métodos de las ciencias naturales, pero el sujeto de estudio usual de esa ciencia le parecía trivial y poco interesante. Así que empezó a diseccionarse a sí mismo como había acabado haciéndolo con los demás. La vida humana: eso era lo único que consideraba digno de investigarse. Comparado con eso no había nada de valor. Era cierto que cuando se observaba la vida en su extraño crisol de dolor y placer, no era posible ponerse una máscara de vidrio, ni evitar que los vapores sulfurosos perturbasen el cerebro y enturbiasen la imaginación con monstruosas fantasías y sueños deformes. Había venenos tan sutiles que para conocer sus propiedades era preciso enfermar por su causa. Había males tan extraños que era necesario pasar por ellos para comprender su naturaleza. Y, sin embargo, ¡qué gran recompensa se recibía a cambio! ¡Qué maravilloso lugar se volvía el mundo! Conocer la extraña y dura lógica de la pasión y la rica vida emocional del intelecto, observar dónde coinciden y se separan, cuándo están en armonía y cuándo en discordia… ¡Era una delicia! ¿Qué importaba cuál fuese el precio? Nunca se pagaba un precio lo bastante alto a cambio de una

sensación.

Era consciente —y ese pensamiento hizo brillar de placer sus ojos de oscuro ágata — de que había sido a causa de ciertas palabras suyas, palabras musicales y dichas con expresión musical, por lo que el alma de Dorian Gray se había vuelto hacia esa blanca muchacha, cayendo en adoración ante ella. En gran medida, ese muchacho era su propia creación. Lo había vuelto precoz. Y eso era algo. La gente ordinaria espera a que la vida le descubra sus secretos, pero para unos pocos, los escogidos, los misterios de la vida se revelan antes de que el velo se haya alzado. A veces ése es el efecto del arte, y sobre todo el de la literatura, que apunta directamente hacia las pasiones y el intelecto. Pero de tanto en tanto una personalidad compleja ocupa su lugar y asume esa función del arte; es, de hecho, a su manera, una auténtica obra de arte, teniendo la vida sus propias y elaboradas obras maestras, tal como las tienen la poesía, la escultura o la pintura.

Sí, el muchacho era precoz. Recogía la cosecha cuando aún era primavera. Poseía el pulso de la pasión y la juventud, pero empezaba a ser consciente de sí mismo. Observarle era una delicia. Con su bello rostro y tan hermosa alma era algo que inspiraba verdadero asombro. No importaba cómo terminase todo, la clase de final que le aguardase. Era como una de esas afables figuras de un espectáculo o representación cuyas alegrías parecen remotas, mientras que sus penas conmueven nuestro sentido de la belleza con las rosas rojas de sus heridas.

El alma y el cuerpo, el cuerpo y el alma, ¡qué misterio encierran! Hay algo animal en el alma, y el cuerpo tiene sus momentos de espiritualidad. Los sentidos pueden refinarse, y el intelecto puede degradarse. ¿Quién podría decir dónde acaba el impulso carnal o dónde empieza el impulso físico? ¡Qué superficiales eran las definiciones de los psicólogos corrientes! Y, sin embargo, ¡qué difícil decidirse entre las pretensiones de las distintas escuelas! ¿Es el alma una sombra sentada en la casa del pecado? ¿O está el cuerpo realmente en el alma, como pensaba Giordano Bruno? La separación del espíritu y de la materia era un misterio, como lo es su unión.

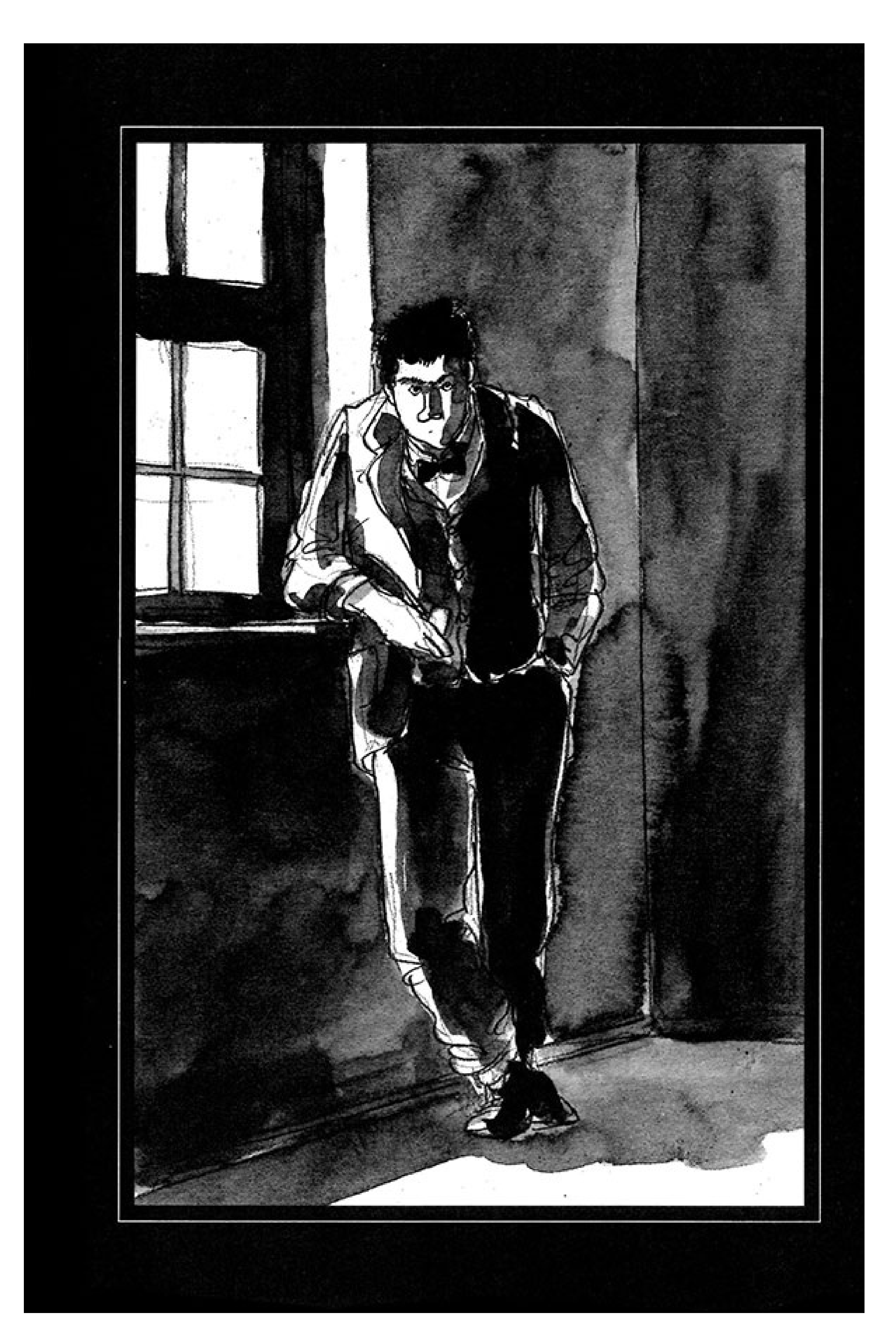
Comenzó a preguntarse si sería posible alguna vez hacer de la psicología una ciencia tan absoluta que el más mínimo impulso vital se nos revelase. En su actual estado, siempre nos malinterpretamos a nosotros mismos y rara vez logramos entender a los demás. La experiencia carece de valor ético alguno. No es más que el nombre que la gente da a sus errores. Los moralistas, por lo general, la contemplan como una forma de aviso, reclaman para ella cierta eficacia ética en la formación del carácter, la saludan como algo que nos enseña qué camino seguir o evitar. Pero la experiencia carece de poder motriz. Tiene algo de causa activa, como la propia conciencia. Todo lo que en realidad demuestra es que nuestro futuro será igual a nuestro pasado, y que el pecado que un día cometimos con pesadumbre de nuevo lo cometeremos muchas otras veces, y con alegría.

Para él estaba claro que el método experimental era el único por el que podía realizarse un análisis científico de las pasiones; y ciertamente Dorian Gray era un

sujeto hecho a su medida, y parecía prometer ricos y fructíferos resultados. Su repentino y loco amor por Sibyl Vane era un fenómeno psicológico nada carente de interés. No cabía duda de que la curiosidad jugaba un papel importante, la curiosidad y el deseo de nuevas experiencias; sin embargo, no se trataba de una pasión simple, sino más bien muy compleja. Lo que había en ella de puro instinto sensual de la adolescencia había cambiado por obra de la imaginación, transformándose en algo que al mismo joven le parecía alejado de los sentidos y, por la misma razón, mucho más peligroso. Son las pasiones sobre cuyo origen nos engañamos las que nos tiranizan con mayor fuerza. Nuestros motivos más débiles son aquéllos de cuya naturaleza somos conscientes. Ocurría a menudo que cuando creíamos estar experimentando con los demás, lo estábamos en realidad haciendo con nosotros mismos.

Mientras lord Henry soñaba con estas cosas, llamaron a la puerta y su criado entró, recordándole que era hora de vestirse para la cena. El sol había teñido de oro escarlata los ventanales de las casas de enfrente. Los cristales refulgían como planchas de metal al rojo. En contraste, el cielo parecía una rosa marchita. Pensó en la joven y fogosa vida de su amigo y se preguntó cómo acabaría.

Cuando volvió a casa, alrededor de las doce y media, encontró un telegrama sobre la mesa del vestíbulo. Lo abrió y vio que era de Dorian Gray. Le comunicaba que se había prometido en matrimonio con Sibyl Vane.



CAPÍTULO V

—¡Madre, madre, soy tan feliz! —susurró la joven hundiendo su rostro en el regazo de la mujer de aspecto cansado y marchito que, de espaldas a la deslumbrante luz que entraba del exterior, se sentaba en el único sillón que contenía la mísera estancia—. ¡Soy tan feliz! —repitió—, y tú también debes serlo.

La señora Vane se estremeció y puso sus flacas manos blanqueadas de bismuto en la cabeza de su hija.

—¡Feliz! —repitió—, sólo soy feliz cuando te veo actuar, Sibyl. No debes pensar en otra cosa. El señor Isaacs ha sido muy bueno con nosotras y le debemos dinero.

La joven levantó la vista y gimió.

—Madre, madre —exclamó—, ¿qué importa el dinero? El amor vale más que el dinero.

—El señor Isaacs nos ha adelantado cincuenta libras para pagar las deudas y comprarle un traje decente a James. No debes olvidarlo, Sibyl. Cincuenta libras es una gran suma. El señor Isaacs ha sido muy considerado.

—Él no es un caballero, madre, y odio el modo en que me habla —dijo la muchacha levantándose y acercándose a la ventana.

—No sé cómo podríamos arreglárnoslas sin él —contestó la mujer en tono quejumbroso.

Sibyl Vane agitó la cabeza y se echó a reír.

—Ya no lo necesitamos, madre. Ahora el Príncipe Encantador reina sobre nuestras vidas.

Hizo una pausa. Un tumulto agitó sus venas y oscureció sus mejillas. La agitada respiración abría los pétalos de sus labios. Temblaban. Un viento cálido de pasión la recorrió y agitó los delicados pliegues de su vestido.

—Lo amo —se limitó a decir.

—¡Tontina! ¡Tontina! —fue la cantinela que recibió como respuesta. El ademán de los torcidos dedos, cubiertos de anillos falsos, confirió un aire grotesco a sus palabras.

La joven volvió a reír. Su voz tenía la alegría del pájaro en una jaula. Los ojos se apoderaron de la melodía, irradiándola en forma de luz; luego se cerraron por un instante como para ocultar su secreto. Al volver a abrirse, la sombra de un sueño los había cruzado.

Los finos labios de la sabiduría le hablaban desde el sillón raído, apelando a la prudencia según ese libro de la cobardía cuyo autor se llama sentido común. Ella no escuchaba. Era libre en su cárcel de pasión. Su príncipe, el Príncipe Encantador, estaba a su lado. Le había pedido a la memoria que lo reconstruyese. Había enviado su alma a buscarle, y ésta se lo había devuelto. Sus besos volvían a quemar su boca. Los párpados guardaban el calor de su aliento.

Entonces la Sabiduría cambió de método y habló de espionaje y averiguación. El joven podía ser rico. Si era así, debería considerarse el matrimonio. La oleada de astucia mundana se quebró contra la concha de su oído. Las flechas de la imaginación volaron a su lado. Veía moverse los finos labios y sonreía.

De pronto, sintió necesidad de hablar. Le molestaba el silencio cargado de palabras.

—Madre, madre —exclamó—, ¿por qué me amará tanto? Yo sé por qué lo amo a él. Lo amo porque es tal como debiera ser el propio Amor. Pero ¿qué verá él en mí? Yo no soy digna de él. Y, sin embargo, no sabría decir por qué, aunque me considero muy por debajo de él, no me siento humilde. Estoy orgullosa, terriblemente orgullosa. Madre, ¿amabas a mi padre como yo amo al Príncipe Encantador?

La vieja palideció bajo el tosco polvo que manchaba sus mejillas, y sus labios secos se crisparon en un espasmo de dolor. Sibyl corrió hacia ella, lanzó los brazos alrededor de su cuello y la besó.

—Perdóname, madre. Sé que te duele hablar de él. Pero eso es porque lo amabas mucho. No te pongas tan triste. Hoy soy tan feliz como hace veinte años lo eras tú. ¡Ah! ¡Déjame que sea dichosa para siempre!

—Hija mía, aún eres demasiado joven para pensar en enamorarte. Además, ¿qué sabes de ese joven? Ni siquiera conoces su nombre. Todo este asunto es de lo más molesto y, verdaderamente, con James a punto de marcharse a Australia, tengo tantas cosas en que pensar… Debo decir que deberías haber mostrado más consideración. Sin embargo, como antes dije, si él es rico…

—¡Ah! ¡Madre, madre, déjame que sea feliz!

La señora Vane la contempló y, con uno de esos falsos gestos poéticos que a menudo se convierten en la segunda naturaleza de un actor, la estrechó en sus brazos. En ese instante se abrió la puerta y un muchacho de pelo castaño y enmarañado entró en la estancia. Tenía una complexión robusta, grandes manos y pies, y era algo torpe de movimientos. Carecía de la elegancia innata de su hermana. Habría sido difícil adivinar la estrecha relación que existía entre ellos. La señora Vane fijó los ojos en él y su sonrisa se intensificó. Mentalmente elevaba a su hijo a la categoría de un auditorio. Estaba segura de que el *tableau* era interesante.

—Creo que deberías guardar algún beso para mí, Sibyl —dijo el muchacho con un bondadoso gruñido.

—¡Ah! Pero a ti no te gusta que te besen —exclamó—. Eres un viejo y horrible oso.

Y corrió a abrazarlo.

James Vane miró con ternura el rostro de su hermana.

—Quiero que vengas a pasear conmigo, Sibyl. Supongo que no volveré a ver este espantoso Londres. Ése es al menos mi deseo.

—No digas cosas tan terribles, hijo mío —murmuró la señora Vane cogiendo un disfraz chillón que empezó a remendar con un suspiro. Se sentía algo decepcionada

porque el joven no se había unido a ellas antes. Habría aumentado la pintoresca teatralidad de la situación.

—¿Por qué no, madre? Es lo que siento.

—Me haces sufrir, hijo. Yo espero que vuelvas de Australia con una magnífica posición. Creo que no hay sociedad de ningún tipo en las colonias, nada que se le parezca; de modo que, una vez hayas hecho fortuna, debes volver e imponer tu posición en Londres.

—¡La sociedad! —murmuró el joven—. No quiero saber nada de eso. Me gustaría hacer algo de dinero para sacaros del teatro a ti y a Sibyl. Lo detesto.

—Pero, Jim —dijo Sibyl riendo—, ¡qué cruel eres! Pero ¿de verdad vamos a dar un paseo? Será estupendo. Temía que fueses a despedirte de alguno de tus amigos, de Tom Hardy, que te dio esa horrible pipa, o de Ned Langton, que se burla de ti por fumarla. Eres muy amable reservándome tu última tarde. ¿Adónde iremos? Vayamos al parque.

—Tengo un aspecto demasiado pobre —contestó frunciendo el ceño—. Allí sólo va gente elegante.

—Tonterías, Jim —murmuró ella acariciando la manga de su chaqueta.

Él dudó un instante.

—Muy bien —dijo al fin—, pero no tardes mucho en vestirte.

Salió bailando. La oyó cantar mientras subía las escaleras. Los pequeños pies corretearon sobre sus cabezas.

El joven recorrió la estancia dos o tres veces. Después se volvió hacia la figura inmóvil del sillón.

—¿Están listas mis cosas, madre? —preguntó.

—Todo está listo, James —contestó ella sin apartar los ojos de su labor. Hacía varios meses que no estaba a gusto cuando se quedaba con ese áspero y severo hijo suyo. Su superficial naturaleza se turbaba al encontrar sus ojos. Se preguntó si él sospecharía algo. El silencio, ya que no hizo ninguna otra observación, le resultaba intolerable. Empezó a quejarse. Las mujeres se defienden atacando, así como atacan con repentinas y extrañas rendiciones.

—Espero que la vida en ultramar te guste, James —dijo—. Recuerda que ha sido tu propia decisión. Podías haber entrado a trabajar en la oficina de un abogado. Los abogados son una clase muy respetable, y en el campo a menudo comen con las mejores familias.

—Odio las oficinas y a los empleados —replicó él—. Pero tienes toda la razón. Yo he elegido mi propia vida. Todo lo que te pido es que cuides de Sibyl. No dejes que le ocurra nada malo. Debes vigilarla, madre.

—La verdad es que no te comprendo, James. Por supuesto que vigilaré a Sibyl.

—He oído que un caballero viene al teatro todas las noches y pasa a hablar con ella entre bastidores. ¿Es eso cierto? ¿Qué hay de ese asunto?

—Hablas de cosas que no comprendes, James. En nuestra profesión

acostumbramos a recibir numerosas y gratificantes atenciones. Yo misma solía recibir muchos ramos de flores en otros tiempos. Entonces se sabía apreciar el arte. En cuanto a Sibyl, por el momento desconozco si sus sentimientos son serios o no. Pero no hay duda de que el joven en cuestión es un perfecto caballero. Siempre me trata con mucha amabilidad. Además, tiene aspecto de ser rico y envía unas flores preciosas.

—Sin embargo no sabes su nombre —dijo el muchacho con aspereza.

—No —contestó su madre con una plácida expresión en la cara—. Aún no ha revelado su verdadero nombre. Creo que es muy romántico por su parte. Probablemente sea un miembro de la aristocracia.

James Vane se mordió los labios.

—Vigila a Sibyl, madre —exclamó—, vigílala.

—Hijo mío, me inquietas mucho. Sibyl está siempre bajo mi especial cuidado. Por supuesto, si ese caballero es rico no hay razón por la que no debamos contraer con él una alianza. Yo creo que pertenece a la aristocracia. Tiene todo el aspecto, debo decir. Podría ser un excelente matrimonio para Sibyl. Formarían una pareja encantadora. Es realmente guapo; todo el mundo se fija en él.

El muchacho murmuró algo para sus adentros y tamborileó en los cristales con sus recios dedos. Acababa de volverse para decir algo cuando se abrió la puerta y Sibyl entró corriendo.

—¡Qué serios estáis los dos! —exclamó—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada —contestó él—, supongo que uno tiene que ser serio a veces. Adiós, madre; cenaré a las cinco en punto. Todo está empaquetado menos las camisas, así que no tienes que molestarte.

—Adiós, hijo mío —contestó ella con una inclinación de majestad forzada.

Se sentía muy molesta por el tono que había adoptado con ella, y algo en su mirada le había hecho atemorizarse.

—Bésame, madre —dijo la joven.

Sus labios de flor rozaron la ajada mejilla templando su heladez.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —exclamó la señora Vane mirando hacia el techo como si buscase una tribuna imaginaria.

—Vamos, Sibyl —dijo su hermano con impaciencia; odiaba las afectaciones de su madre.

Salieron a la luz parpadeante que barría el viento y bajaron por la triste calle Euston. Los transeúntes miraban con sorpresa a aquel huraño y recio joven, vestido con raídas y ordinarias ropas, acompañado de una joven tan bonita y refinada. Era como un vulgar jardinero paseando junto a una rosa.

Jim fruncía el entrecejo de tanto en tanto cuando atrapaba la mirada inquisitiva de algún extraño. Sentía ese disgusto por ser observado que asalta a los genios en su vejez y que nunca abandona a la gente vulgar. Sibyl, sin embargo, era absolutamente inconsciente del efecto que producía. El amor temblaba en la sonrisa de sus labios.

Pensaba en el Príncipe Encantador y, para poder pensar mejor en él, en lugar de hablar de eso parloteaba sobre el barco en que Jim iba a navegar, sobre el oro que sin duda encontraría, sobre las maravillosas heroínas cuya vida iba a salvar de los malvados bandidos de camisa roja. Porque él no sería sólo un marinero, o un sobrecargo, o lo que fuese que iba a ser. ¡Oh, no! La vida de un marinero era terrible. Lo imaginaba enclaustrado en un horrible barco, con las roncas e hinchadas olas intentando entrar y un negro viento derribando los mástiles y desgarrando las velas en largas y silbantes tiras. Debía dejar el barco en Melbourne, darle un amable adiós al capitán y partir de inmediato hacia los yacimientos de oro. Antes de una semana encontraría una gran pepita de oro puro, la mayor que se habría descubierto jamás, y la llevaría a la costa en un carro custodiado por seis policías a caballo. Los bandidos lo atacarían tres veces y serían vencidos con gran derramamiento de sangre. O no. No debía ir a los yacimientos de oro. Eran lugares terribles, donde los hombres se emborrachaban y disparaban en las cantinas, y además blasfemaban. Sería un amable granjero con sus ovejas, y una noche, cabalgando de vuelta a casa, encontraría a una bella heredera que iba a ser raptada por un jinete en un caballo negro y, tras darle caza, la rescataría. Naturalmente ambos se enamorarían y acabarían casándose, volviendo luego a su tierra natal, donde vivirían en una inmensa casa en Londres. Sí, le aguardaban cosas maravillosas. Pero tenía que ser bueno y no perder los estribos, y no gastarse el dinero inútilmente. Ella sólo era un año mayor que él, pero sabía mucho más de la vida. Debía también escribirle con cada correo y rezar cada noche sus oraciones antes de dormir. Dios era bueno y cuidaría de él. Ella también rezaría por él, y en pocos años volvería completamente rico y dichoso.

El joven la escuchaba irritado y callaba. Sentía nostalgia de abandonar el hogar.

Sin embargo, ésa no era la única causa de su tristeza e irritación. A pesar de su inexperiencia, tenía un fuerte sentido del peligro que entrañaba la posición de Sibyl. El joven dandi que le hacía la corte podía no tener buenas intenciones hacia su hermana. Era un caballero, y él lo odiaba por eso, lo odiaba siguiendo un extraño instinto de clase que no podía explicar, y que por eso mismo ejercía sobre él un poder mayor. También era consciente de la naturaleza vanidosa y superficial de su madre, y en eso veía infinitos peligros para Sibyl y la dicha de ésta. Los niños empiezan queriendo a sus padres; a medida que crecen los juzgan; algunas veces los perdonan.

¡Su madre! Tenía algo en mente que debía preguntarle, algo que había rumiado en silencio durante muchos meses. Una frase oída casualmente en el teatro, una risa ahogada que había llegado hasta él una noche cuando esperaba a la puerta de los artistas, habían desatado una cadena de horribles pensamientos. Lo recordaba como el golpe de un látigo en plena cara. Sus cejas se fruncieron formando un profundo surco y un espasmo de dolor le hizo morderse el labio.

—No escuchas ni una palabra de lo que digo, Jim —exclamó Sibyl—, y eso que estoy haciendo los más deliciosos planes para tu futuro. Di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Oh! Que serás un buen chico y no nos olvidarás —contestó ella con una sonrisa.

Él se encogió de hombros.

—Es más probable que tú me olvides a mí que yo a ti, Sibyl.

Ella enrojeció.

—¿Qué quieres decir, Jim? —dijo.

—Me dicen que tienes un nuevo amigo. ¿De quién se trata? ¿Por qué no me has hablado de él? Sus intenciones hacia ti no son buenas.

—¡Basta, Jim! —exclamó ella—. No digas nada contra él. Lo amo.

—¡Cómo, pero si ni siquiera sabes su nombre! —contestó el joven—. ¿Quién es? ¡Tengo derecho a saberlo!

—Se llama el Príncipe Encantador. ¿No te gusta el nombre? Oh, ¡qué tonto! No deberías olvidarlo nunca. Sólo con verlo, pensarías que es la persona más maravillosa de este mundo. Algún día lo conocerás; cuando vuelvas de Australia. Te encantará. Le gusta a todo el mundo y… y yo lo amo. Ojalá pudieses venir al teatro esta noche. Él estará allí, y yo haré de Julieta. ¡Oh! ¡Cómo voy a actuar! Imagínate, Jim, ¡estar enamorada y hacer de Julieta! ¡Tenerlo allí sentado! ¡Actuar para complacerlo! Temo asustar a la compañía, asustarlos o cautivarlos. El amor lleva a superarse a uno mismo. El pobre y horrible señor Isaacs estará gritando «genio» ante los haraganes de la taberna. Me ha celebrado como un dogma; esta noche me anunciará como una revelación. Lo presiento. Y todo gracias a él, únicamente a él, mi Príncipe, mi adorado amor, mi dios de las bendiciones. Pero yo soy pobre en relación con él. ¿Pobre? ¿Qué importa eso? Cuando la pobreza se asoma a la puerta, el amor huye por la ventana. Nuestros proverbios deberían reescribirse. Se han hecho en invierno, y ahora es verano; primavera para mí, me parece, un festival de flores en el cielo azul.

—Es un caballero —dijo hoscamente el joven.

—¡Es un príncipe! —exclamó ella cantando—. ¿Qué más quieres?

—Lo que pretende es esclavizarte.

—Tiemblo ante la idea de ser libre.

—Quiero que te guardes de él.

—Verlo es adorarlo, conocerlo es confiar en él.

—Sibyl, estás loca por él.

Ella rió y lo cogió del brazo.

—Mi querido y viejo Jim, hablas como si tuvieses cien años. Algún día tú mismo te enamorarás. Entonces sabrás lo que es. No pongas ese gesto tan malhumorado. Lo cierto es que deberías alegrarte de pensar que, aunque te marchas lejos, me dejas más feliz de lo que fui jamás. La vida ha sido dura para los dos, terriblemente dura y difícil. Pero ahora todo será distinto. Tú te diriges a un mundo nuevo, y yo lo he encontrado aquí. Aquí hay dos sillas libres; sentémonos a ver pasar a la gente elegante.

Se sentaron entre una multitud de observadores. Los macizos de tulipanes frente

al camino brillaban como anillos de vibrante fuego. Un polvo blanco, que parecía una trémula nube de perfumado polen, flotaba en el aire palpitante. Las sombrillas, de vivos colores, se agitaban e inclinaban como gigantescas mariposas.

Le hizo a su hermano hablar de sí mismo, de sus esperanzas y de sus proyectos. Él hablaba despacio y con esfuerzo. Intercambiaban palabras como los jugadores intercambian fichas. Sibyl se sentía oprimida. No podía transmitirle su dicha. Una débil sonrisa que torcía su boca malhumorada era todo el eco que podía obtener. Después de un rato se quedó callada. De pronto, divisó un destello de dorado pelo y sonrientes labios, y en un coche abierto con dos señoras pasó Dorian Gray.

Se levantó apresuradamente.

—¡Ahí está! —exclamó.

—¿Quién? —dijo Jim Vane.

—El Príncipe Encantador —contestó viendo alejarse la victoria.

Él se puso en pie y la asió con brusquedad del brazo.

—Enséñamelo. ¿Cuál de ellos es? Señálalo. ¡Debo verlo! —exclamó; pero en ese instante se interpuso el coche, tirado por cuatro caballos, del duque de Berwick, y cuando el espacio quedó de nuevo libre el coche había abandonado el parque.

—Se ha ido —susurró tristemente Sibyl—. Me hubiese gustado que lo vieras.

—También a mí, porque tan seguro como que hay un Dios en los cielos, que si alguna vez te hace daño lo mataré.

Ella lo miró horrorizada. Él repitió sus palabras, que cortaron el aire como un puñal. La gente de alrededor los miró boquiabierta. Una señora de pie junto a ellos se echó a temblar.

—Vámonos, Jim; vámonos —murmuró ella.

Él la siguió obedientemente entre la multitud. Estaba satisfecho de lo que había dicho.

Al llegar a la estatua de Aquiles ella se volvió. La pena que reflejaban sus ojos se volvió risa en sus labios. Agitó la cabeza al decir:

—Estás loco, Jim, completamente loco; eres un niño con mal genio, eso es todo. ¿Cómo puedes decir cosas tan horribles? No sabes de lo que estás hablando. Simplemente estás celoso y malhumorado. ¡Ah! Quisiera que te enamorases. El amor vuelve buena a la gente, y eso que has dicho ha sido una maldad.

—Tengo dieciséis años —contestó él—, y sé de lo que hablo. Madre no te servirá de ayuda. Ella no sabe cuidar de ti. Ahora desearía no marcharme a Australia. Me dan ganas de mandar todo el asunto a paseo. Y lo haría, si no hubiese firmado un contrato.

—Oh, no te pongas serio, Jim. Eres como el héroe de uno de esos tontos melodramas en los que a madre le solía gustar tanto actuar. No voy a pelearme contigo. Lo he visto y, ¡oh!, verle es la dicha perfecta. No peleemos. Sé que tú nunca le harías daño a nadie a quien yo ame, ¿no es cierto?

—No mientras le ames, supongo —fue la hosca respuesta.

—Le amaré siempre —exclamó.

—¿Y él?

—¡Siempre, también!

—Más le vale.

Ella se apartó de él. Después rió y apoyó la mano en su hombro. Sólo era un niño.

En Marble Arch pararon un ómnibus que les dejó cerca de su mísera casa en la calle Euston. Eran pasadas las cinco, y Sibyl debía descansar un par de horas antes de la actuación. Jim insistió en que debía hacerlo. Dijo que prefería despedirse de ella estando su madre ausente. Seguro que haría una escena, y él detestaba cualquier tipo de escenas.

Se despidieron en la habitación de Sibyl. Había celos en el corazón del joven, y un odio feroz y asesino por el extraño que, tal como a él le parecía, se había interpuesto entre ellos. No obstante, cuando ella rodeó su cuello con los brazos y enterró los dedos en sus cabellos, él se ablandó y la besó con verdadero afecto. Al bajar las escaleras había lágrimas en sus ojos.

Su madre lo esperaba abajo. Nada más entrar le reprendió por su impuntualidad. No contestó y se sentó ante su magra comida. Las moscas zumbaban alrededor de la mesa posándose en el sucio mantel. A través del ruido de los ómnibus y el estruendo de los coches, oía la monótona voz devorando cada minuto que le quedaba.

Al cabo de un rato dejó el plato a un lado y puso la cabeza entre las manos. Sentía que tenía derecho a saber. Debían habérselo dicho antes, si era lo que él sospechaba. Su madre lo observaba aterrorizada. Las palabras salían mecánicamente de sus labios. Un andrajoso pañuelo de encaje se retorcía en sus dedos. Cuando el reloj dio las seis, el joven se levantó y fue hasta la puerta. Después se volvió y la miró. Sus ojos se encontraron. En los suyos, él vio una ardiente súplica de clemencia. Eso le enfureció.

—Madre, tengo que preguntarte algo —dijo.

Los ojos de ella recorrieron vagamente la estancia. No contestó.

—Dime la verdad. Tengo derecho a saberlo. ¿Estabas casada con mi padre?

Ella lanzó un hondo suspiro. Fue un suspiro de alivio. El terrible momento, el momento que había temido noche y día durante semanas y meses había llegado al fin y, sin embargo, ya no sentía miedo. De hecho, en cierta medida la había decepcionado. La directa vulgaridad de la pregunta requería una respuesta directa. La situación no había surgido gradualmente, sino con toda crudeza. Le recordaba un mal ensayo.

—No —contestó, asombrada ante la dura sencillez de la vida.

—Entonces, ¿mi padre era un canalla? —gritó el muchacho cerrando los puños.

Ella negó con la cabeza.

—Yo sabía que él no era libre. Nos queríamos mucho. Si hubiese vivido, él se habría encargado de nosotros. No hables en contra de él, hijo mío. Era tu padre, y era un caballero. Realmente estaba muy bien relacionado.

De los labios del joven salió un juramento.

—A mí me es igual —exclamó—, pero no dejes que Sibyl… Es un caballero, ¿no?, el que está enamorado de Sibyl. O dice serlo. Y supongo que estará también muy bien relacionado.

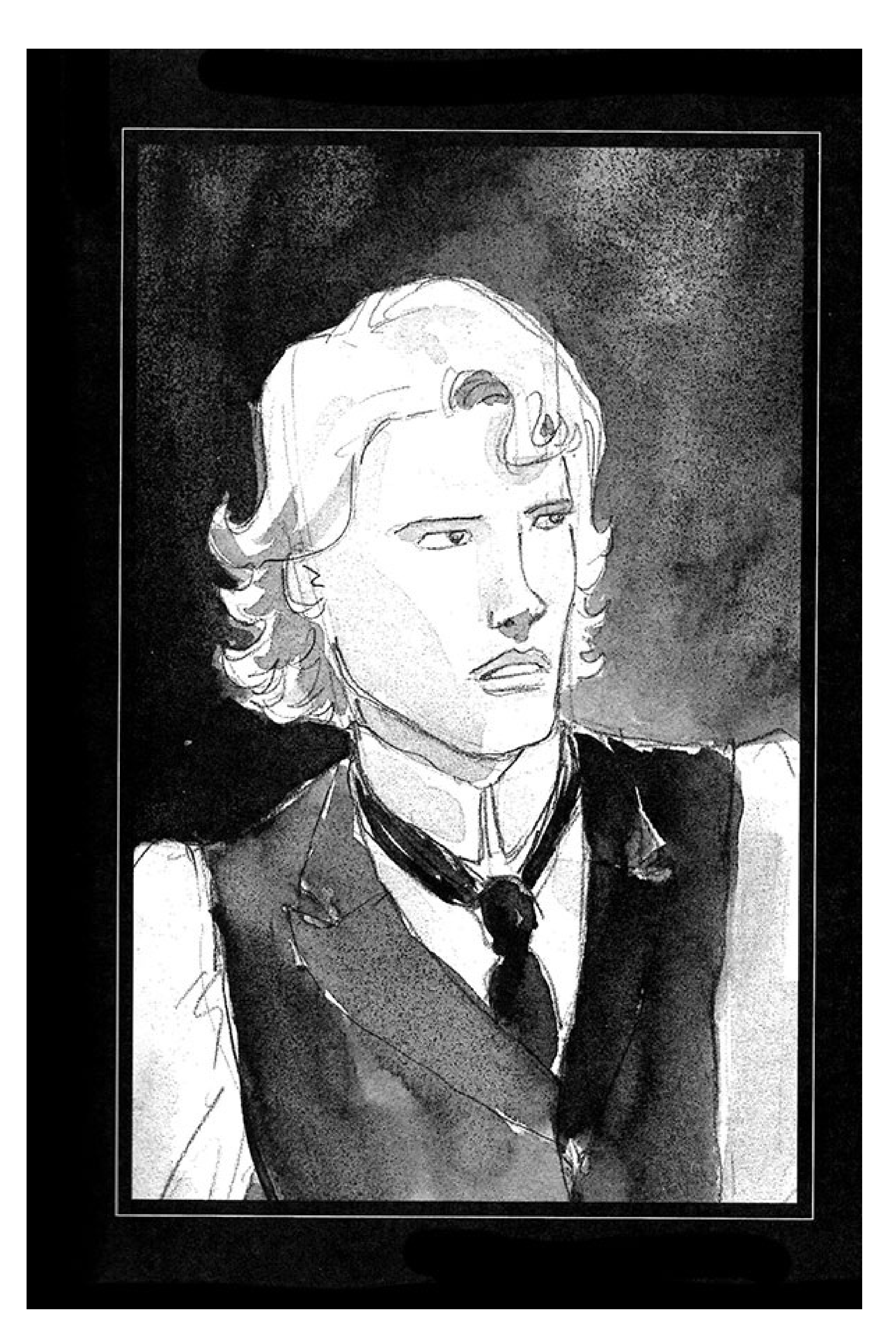
Por un instante un espantoso sentimiento de humillación asaltó a la mujer. Dejó caer la cabeza y se secó los ojos con temblorosas manos.

—Sibyl tiene una madre —murmuró—. Yo no la tenía.

El joven se sintió conmovido. Se acercó a ella y, arrodillándose, la besó.

—Siento haberte hecho sufrir hablándote de mi padre —dijo—, pero no he podido evitarlo. Ahora debo marcharme. Adiós. No olvides que ahora sólo tienes una hija a quien cuidar, y créeme que si ese hombre hace algún daño a mi hermana descubriré quién es, lo buscaré y lo mataré como a un perro. Lo juro.

La loca exageración de la amenaza, el apasionado ademán que la acompañó, lo melodramático de sus palabras, le hicieron ver la vida con mayor intensidad. Estaba familiarizada con esa atmósfera. Respiró con mayor libertad y, por primera vez en muchos meses, admiró a su hijo verdaderamente. Hubiese querido continuar la escena en el mismo tono emocional, pero él la cortó en seco. Hubo que bajar el equipaje y buscar las bufandas. La sirvienta de la pensión entraba y salía. Hubo que regatear con el cochero. El momento se perdió en detalles vulgares. Con una renovada sensación de desencanto, la madre agitó el roto pañuelo de encaje por la ventana cuando su hijo partió en el coche. Pensaba que había perdido una gran oportunidad. Se consoló diciéndole a Sibyl lo desolada que iba a volverse su vida ahora que sólo tenía una hija a quien cuidar. Recordaba esa frase. Le había gustado. No dijo nada de la amenaza. Había sido expresada de forma intensa y dramática. Sintió que algún día todos reirían al recordarla.



CAPÍTULO VI

—Supongo que sabrás la noticia, Basil —dijo lord Henry esa tarde cuando Hallward apareció en el pequeño reservado del Bristol donde los esperaba una comida para tres.

—No, Harry —contestó el artista dándole el sombrero y el abrigo al criado que se inclinaba—. ¿De qué se trata? Nada de política, espero. La política no me interesa. No debe de haber ni una sola persona en la Cámara de los Comunes a la que merezca la pena pintar; aunque a muchas de ellas les haría falta un blanqueo.

—Dorian Gray se ha prometido en matrimonio —dijo lord Henry observándole mientras hablaba.

Hallward se estremeció y frunció las cejas.

—¿Dorian prometido en matrimonio? —exclamó—. ¡Es imposible!

—Es completamente cierto.

—¿Con quién?

—Con una pequeña actriz o algo así.

—No puedo creerlo. Dorian es demasiado sensible.

—Dorian es demasiado inteligente como para no cometer locuras de vez en cuando, querido Basil.

—Casarse es algo que difícilmente puede hacerse de vez en cuando, Harry.

—Excepto en América —replicó lord Henry lánguidamente—. Pero yo no he dicho que se haya casado. Dije que estaba prometido en matrimonio. Hay una gran diferencia. Yo tengo un claro recuerdo de haberme casado, pero no recuerdo en absoluto estar prometido. Me inclino a pensar que nunca me prometí.

—Pero piensa en los orígenes de Dorian, en su posición y riqueza. Sería absurdo que se casase tan por debajo de sus posibilidades.

—Si quieres que se case con esa joven, dile eso, Basil. Seguro que entonces lo hará. Siempre que un hombre hace una completa estupidez, se debe a los motivos más nobles.

—Espero que sea una buena chica, Harry. No quiero ver a Dorian atado a alguna criatura vil que pueda degradar su naturaleza y arruinar su intelecto.

—Oh, ella es mejor que buena: es hermosa —murmuró lord Henry paladeando una copa de vermut con naranja y bitter—. Dorian dice que es hermosa, y no suele equivocarse con cosas de ese tipo. Tu retrato ha agilizado su apreciación del aspecto personal de los demás. Ha tenido ese excelente efecto, entre otros. La veremos esta noche, si ese muchacho no olvida su cita.

—¿Hablas en serio?

—Completamente en serio, Basil. Sería un miserable si no fuese en este momento más serio que nunca.

—Pero ¿tú lo apruebas, Harry? —preguntó el pintor recorriendo la estancia de

arriba abajo y mordiéndose el labio—. No es posible que lo apruebes. Es un capricho disparatado.

—Ya nunca apruebo ni desapruebo nada. Es una actitud absurda ante la vida. No nos envían al mundo para airear nuestros prejuicios morales. Nunca presto oídos a lo que dice la gente vulgar, y nunca interfiero en lo que hacen las personas encantadoras. Cuando una personalidad me fascina, cualquier forma de expresión que elija me es absolutamente deliciosa. Dorian Gray se enamora de una bella muchacha que hace el papel de Julieta y le propone matrimonio. ¿Por qué no? Si se casase con Mesalina no sería menos interesante. Sabes que no soy un defensor del matrimonio. El verdadero inconveniente del matrimonio es que lo vuelve a uno altruista. Y la gente altruista no tiene encanto. Carece de personalidad. No obstante, hay ciertos temperamentos que el matrimonio hace más complejos. Conservan su egotismo, añadiéndole otros muchos egos. Se ven forzados a llevar más de una vida. Se organizan mejor, y organizarse mejor es, en mi opinión, el objetivo de la existencia humana. Además, toda experiencia tiene su valor y, con todo lo que pueda decirse contra el matrimonio, ciertamente es una experiencia. Espero que Dorian Gray convierta a esa muchacha en su esposa, la adore apasionadamente por seis meses y, de pronto, se sienta fascinado por otra persona. Sería un maravilloso tema de estudio.

—No piensas una sola palabra de lo que has dicho, Harry; sabes que no. Si la vida de Dorian Gray se malograse, nadie lo sentiría más que tú. Eres mucho mejor de lo que pretendes.

Lord Henry rió.

—La razón de que nos guste pensar bien de otros es que todos tenemos miedo de nosotros mismos. La base del optimismo es el puro terror. Nos creemos que somos generosos porque atribuimos a nuestros vecinos la posesión de aquellas virtudes que pueden beneficiarnos. Alabamos al banquero pensando que podremos tener nuestra cuenta al descubierto, y hallamos buenas cualidades en el salteador de caminos esperando que respete nuestro bolsillo. Pienso todo lo que he dicho. Siento un profundo desprecio por el optimismo. En cuanto a malograrse una vida, no hay vida que se malogre si no se detiene su crecimiento. Si quieres estropear un carácter, no tienes más que reformarlo. En cuanto al matrimonio, naturalmente que sería una estupidez, pero hay otras ataduras más interesantes entre hombres y mujeres. Y, naturalmente, yo pienso estimularlas. Tienen el encanto de estar de moda. Pero aquí llega Dorian. Él podrá decirte más que yo.

—Querido Harry, querido Basil, ¡tenéis que felicitarme! —dijo el joven quitándose su elegante capa forrada de raso y estrechando las manos de sus amigos —. Nunca he sido tan feliz. Naturalmente es muy repentino; todas las cosas realmente deliciosas son repentinas. Y, sin embargo, me parece que esto es lo único que he buscado en toda mi vida.

La excitación y el placer lo habían sonrojado, y estaba extraordinariamente guapo.

—Espero que siempre seas tan feliz, Dorian —dijo Hallward—, pero no puedo perdonarte que no me hayas comunicado tu compromiso. A Harry sí se lo hiciste saber.

—Y yo no te perdono que hayas llegado con retraso —intervino lord Henry poniendo su mano en el hombro del joven y sonriendo mientras hablaba—. Ven, sentémonos y veamos lo que vale el nuevo chef; después nos contarás cómo ocurrió todo.

—Realmente no hay mucho que contar —dijo Dorian mientras se sentaban a la mesa—. Lo que ocurrió fue simplemente esto. Después de haberte dejado ayer tarde, Harry, me vestí, comí algo en el pequeño restaurante italiano de la calle Rupert que tú me enseñaste, y a las ocho me dirigí al teatro. Sibyl hacía el papel de Rosalinda. Naturalmente el escenario era horrible y Orlando absurdo. ¡Pero Sibyl! ¡Teníais que haberla visto! Cuando salió a escena con sus ropas de muchacho estaba realmente maravillosa. Llevaba un justillo de terciopelo color musgo con las mangas canela, calzas marrones de ligas cruzadas, un elegante sombrerito verde con una pluma de halcón prendida con un diamante, y un manto con capucha y forro de un rojo apagado. Nunca me había parecido tan exquisita. Tenía la delicada belleza de esa estatuilla de Tanagra que tienes en tu estudio, Basil. El cabello se apiñaba alrededor de su rostro como oscuras hojas alrededor de una pálida rosa. En cuanto a su actuación… bueno, la veréis esta noche. Sencillamente es una artista nata. Permanecí en el sombrío palco completamente hechizado. Olvidé que estaba en Londres y en el siglo XIX. Me hallaba lejos con mi amada, en un bosque que nadie más conocía. Acabada la actuación fui entre bastidores y le hablé. Cuando estábamos sentados juntos, en sus ojos brilló de pronto una mirada que nunca antes había visto. Mis labios se tendieron hacia ella. Nos besamos. No puedo describir lo que sentí en ese instante. Me pareció que toda mi vida se resumía en un punto perfecto de sonrosada dicha. Toda ella temblaba y se estremecía como un blanco narciso. Entonces cayó de rodillas y besó mis manos. Siento que no debería contaros todo esto, pero no puedo evitarlo. Naturalmente, nuestro compromiso es absoluto secreto. Ella tan siquiera se lo ha dicho a su propia madre. No sé qué dirán mis tutores. Seguro que lord Radley se enfurecerá. Me es igual. En un año seré mayor de edad, y entonces podré hacer lo que me parezca. He hecho bien, ¿verdad, Basil?, en elegir a mi amor en el seno de la poesía y hallar a mi esposa en los dramas de Shakespeare. Los labios a los que Shakespeare enseñó a hablar han susurrado su secreto en mi oído. Los brazos de Rosalinda me han rodeado y he besado a Julieta en la boca.

—Sí, Dorian, supongo que has hecho bien —dijo Hallward lentamente.

—¿La has visto hoy? —preguntó lord Henry.

Dorian Gray meneó la cabeza.

—La he dejado en los bosques de Arden y la encontraré en un jardín de Verona.

Lord Henry sorbió su champán meditabundo.

—¿En qué momento preciso mencionaste la palabra matrimonio, Dorian? ¿Y qué

dijo ella en respuesta? Quizá lo hayas olvidado.

—Querido Harry, no traté el asunto como una transacción comercial. No hice propuesta formal alguna. Le dije que la amaba, y ella dijo que no era digna de ser mi esposa. ¡No ser digna de mí! ¡Cómo! El mundo entero no es nada comparado con ella.

—Las mujeres son maravillosamente prácticas —murmuró lord Henry—. Mucho más prácticas que nosotros. En situaciones como ésa, los hombres a menudo olvidamos decir nada sobre matrimonio y ellas siempre nos lo recuerdan.

Hallward puso una mano en su brazo.

—No sigas, Harry. Has molestado a Dorian. Él no es como los demás. Nunca sería el causante de la desgracia ajena. Su naturaleza es demasiado sensible como para eso.

Lord Henry miró al otro lado de la mesa.

—Dorian jamás se molesta conmigo —contestó—. Le hice esa pregunta por la mejor de las razones, por la única razón, de hecho, que excusa una pregunta ajena: la simple curiosidad. Tengo la teoría de que son siempre las mujeres las que nos proponen matrimonio, y no al contrario. Excepto, naturalmente, en la vida de clase media. Pero las clases medias no son modernas.

Dorian Gray rió y sacudió la cabeza.

—Eres completamente incorregible, Harry; pero no me importa. Es imposible enfadarse contigo. Cuando veas a Sibyl Vane comprenderás que el hombre que la perjudicase sería una bestia, una bestia sin corazón. No puedo entender cómo alguien puede manchar lo que ama. Yo amo a Sibyl Vane. Quiero colocarla en un pedestal dorado y ver cómo el mundo adora a la mujer que me pertenece. ¿Qué es el matrimonio? Un voto irrevocable. Por eso te burlas de él. ¡Ah! Deja de burlarte. Es un voto irrevocable que deseo prestar. Su confianza me hace fiel, su fe me convierte en bueno. Cuando estoy con ella, deploro todo lo que tú me has enseñado. Me vuelvo una persona distinta a la que tú conoces. He cambiado, y el mero contacto de la mano de Sibyl Vane me hace olvidarte a ti y a todas tus equivocadas, fascinantes, venenosas y encantadoras teorías.

—¿Y cuáles son? —preguntó lord Henry sirviéndose ensalada.

—Oh, tus teorías sobre la vida, tus teorías sobre el amor, tus teorías sobre el placer. De hecho, todas tus teorías, Harry.

—El placer es lo único sobre lo que merece la pena teorizar —contestó con su suave y musical voz—. Pero temo no poder reclamar la teoría como propia. Pertenece a la naturaleza, no a mí. El placer es la prueba de la naturaleza, su señal de aprobación. Cuando somos dichosos siempre somos buenos, pero siendo buenos no siempre somos dichosos.

—¡Ah! Pero ¿qué entiendes tú por ser bueno? —exclamó Basil Hallward.

—Sí —se le unió Dorian recostándose en la silla y mirando a lord Henry por encima del gran centro de lirios rojos—, ¿qué entiendes tú por ser bueno, Harry?

—Ser bueno es estar en armonía con uno mismo —replicó él acariciando con sus pálidos y afilados dedos el delgado tallo de su copa—. La discordia consiste en forzarse a estar en armonía con los demás. La propia vida: eso es lo que importa. En cuanto a las ajenas, si uno quiere ser un pedante o un puritano, siempre puede airear sus juicios morales sobre ellas, pero no son de nuestra incumbencia. Además, no hay fin más elevado que el del individualismo. La moral moderna consiste en aceptar las normas de los tiempos. Yo pienso que para cualquier hombre de cultura aceptar las normas de sus tiempos es una forma de la más grosera inmoralidad.

—Pero, seguramente, si uno vive sólo para uno mismo, Harry, acabará pagando un alto precio por hacerlo —sugirió el pintor.

—Sí, hoy te hacen pagar un precio excesivo por todo. Supongo que la verdadera tragedia de los pobres es que sólo pueden permitirse la abnegación. Los pecados hermosos, como las cosas bellas, son privilegio de los ricos.

—Hay otras formas de pagar que no consisten en dinero.

—¿Qué otras formas, Basil?

—¡Oh! Supongo que en remordimiento, en dolor, en… bueno, en la conciencia de la degradación.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Mi querido amigo, el arte medieval es delicioso, pero las emociones medievales están pasadas de moda. Pueden utilizarse para la ficción, naturalmente. Pero las únicas cosas que pueden utilizarse para la ficción son las que uno de hecho ya no utiliza. Créeme, ningún hombre civilizado se arrepiente jamás del placer; y ninguno que no sea civilizado llega nunca a probarlo.

—Yo sé lo que es el placer —exclamó Dorian Gray—. Es adorar a alguien.

—Ciertamente eso es mejor que ser adorado —contestó él jugando con unas piezas de fruta—. Ser adorado es una lata. Las mujeres nos tratan como la humanidad trata a sus dioses. Nos adoran, y siempre nos están molestando para que hagamos algo por ellas.

—Mi opinión es que pidan lo que pidan, antes nos lo han dado —murmuró el muchacho gravemente—. Ellas crean el amor en nuestro ser. Tienen derecho a exigir que se les devuelva.

—Eso es completamente cierto —exclamó Hallward.

—Nunca hay nada completamente cierto —dijo lord Henry.

—Esto lo es —interrumpió Dorian—. Debes admitir, Harry, que las mujeres dan a los hombres el oro en bruto de su vida.

—Es posible —suspiró él—, pero invariablemente lo quieren de vuelta en dinero contante. Ésa es la pena. Las mujeres, como un agudo francés lo expresó en una ocasión, nos inspiran el deseo de realizar obras maestras que después nos impiden llevar a cabo.

—¡Harry, eres terrible! No sé por qué te quiero tanto.

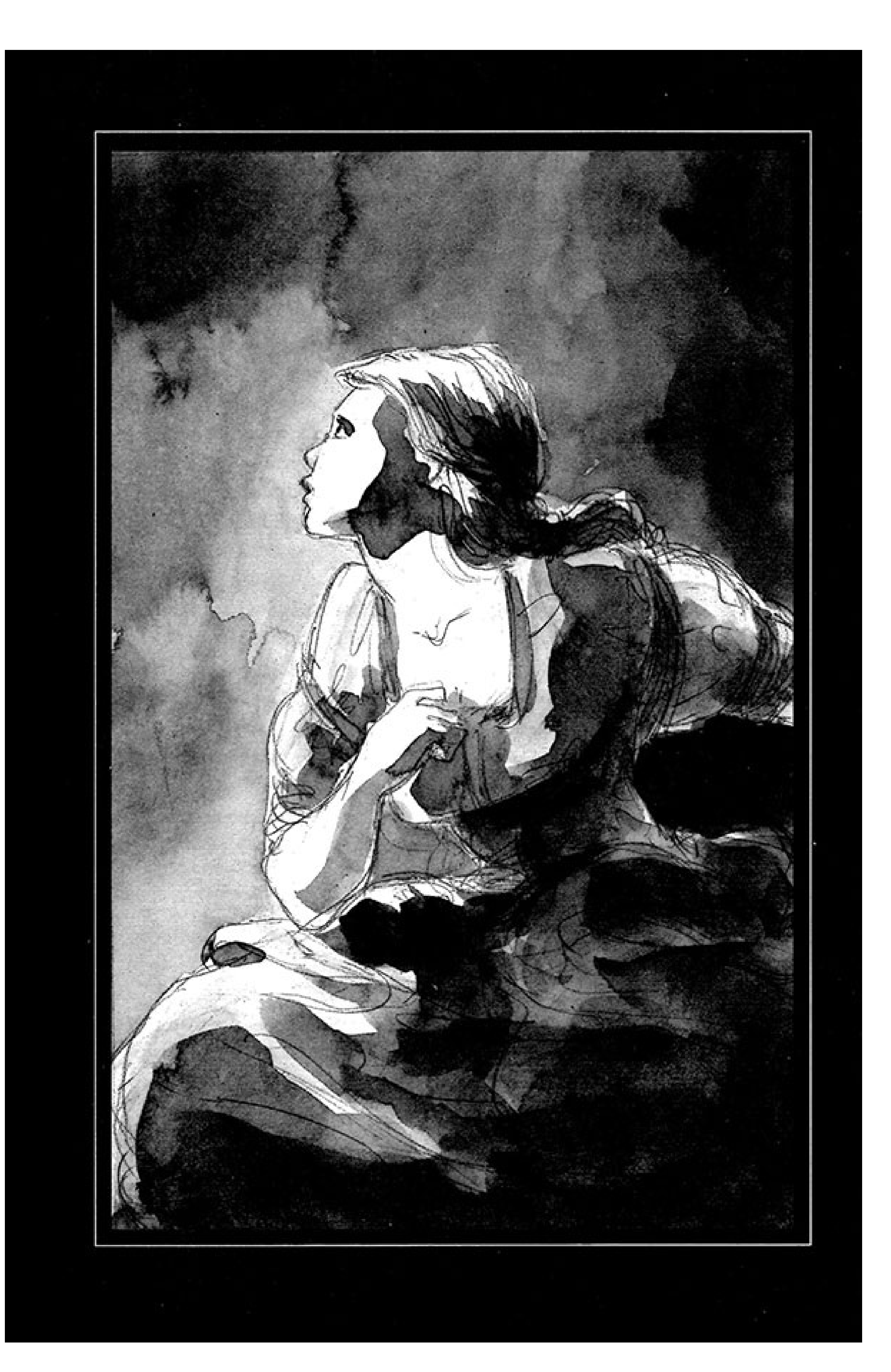
—Me querrás siempre, Dorian —replicó él—. ¿Un poco de café, amigos?

Camarero, traiga café y *fine champagne* y unos cigarrillos. No, deje los cigarrillos; ya tengo. Basil, no puedo permitirte que fumes puros. Has de fumar un cigarrillo. Un cigarrillo es el perfecto ejemplo de un placer perfecto. Es exquisito, y lo deja a uno insatisfecho. ¿Qué más puedes pedir? Sí, Dorian, me querrás siempre. Yo represento para ti todos los pecados que nunca has tenido el coraje de cometer.

—¡Qué bobadas dices, Harry! —exclamó el muchacho encendiendo el cigarrillo en la llama del dragón de plata que el camarero había puesto en la mesa—. Vayamos al teatro. Cuando Sibyl salga a escena, tendrás un nuevo ideal de vida. Representará para ti algo que nunca has conocido.

—Yo lo he conocido todo —dijo lord Henry con una expresión de cansancio en los ojos—, pero siempre estoy dispuesto para una nueva emoción. Me temo, sin embargo, que para mí, en cualquier caso, eso no existe. Aun así, puede que me conmueva tu maravillosa joven. Adoro el teatro. Es mucho más real que la vida. Vámonos. Dorian, tú vienes conmigo. Lo siento, Basil, pero en el coche sólo hay sitio para dos. Tendrás que seguirnos en un simón.

Se levantaron y se pusieron los abrigos, sorbiendo de pie el café, el pintor callaba y se sentía preocupado. Estaba triste. No podía soportar aquel matrimonio y, sin embargo, le parecía mejor que muchas otras cosas que podían haber pasado. Unos minutos después estaban abajo. Subió solo al coche, como se había dispuesto, y contempló las luces de la pequeña calesa que iba delante. Lo invadió una extraña sensación de pérdida. Sentía que Dorian Gray nunca volvería a ser para él lo que había sido en el pasado. La vida se había interpuesto entre los dos… Sus ojos se oscurecieron, y las concurridas y brillantes calles tornáronse borrosas ante sus ojos. Cuando el coche llegó al teatro, sintió que había envejecido años.



CAPÍTULO VII

Por un motivo u otro, la sala estaba atestada aquella noche, y el gordo gerente judío que los recibió a la entrada irradiaba de oreja a oreja una trémula y servil sonrisa. Los escoltó hasta el palco con una suerte de pomposa humildad, agitando las gruesas y ensortijadas manos y hablando al máximo de su potencia. Dorian Gray lo detestó más que nunca. Se sentía como si fuese en busca de Miranda y Calibán le saliese al encuentro. A lord Henry en cambio le gustó bastante. Al menos eso declaró, insistiendo en estrechar su mano y asegurándole que se sentía orgulloso de conocer a un hombre que había descubierto a un verdadero genio y se había arruinado por un poeta. Hallward se entretuvo observando las caras de la platea. El calor era terriblemente sofocante, y la enorme lámpara resplandecía como una monstruosa dalia con pétalos de amarillo fuego. Los jóvenes del gallinero se habían quitado las chaquetas y los chalecos, dejándolos en la barandilla. Se hablaban de un asiento a otro, y compartían naranjas con las chillonas jóvenes sentadas junto a ellos. Sus voces eran horriblemente agudas y discordantes. Del bar llegaba el sonido del descorchar de botellas.

—¡Vaya un sitio para descubrir a la divinidad de uno! —dijo lord Henry.

—Sí —contestó Dorian Gray—. Es aquí donde la descubrí, y es la más divina de las criaturas. Cuando salga a escena lo olvidaréis todo. Este público vulgar y grosero, con sus toscas caras y brutales gestos, se transforma completamente cuando ella actúa. Se sientan en silencio y la contemplan. Lloran y ríen a su voluntad. Ella los hace vibrar como las cuerdas de un violín. Los espiritualiza, y uno siente que son de la misma carne y sangre que nosotros.

—¡De la misma carne y sangre que nosotros! ¡Oh, espero que no sea así! —exclamó lord Henry estudiando a los ocupantes del gallinero con sus gemelos.

—No le hagas caso, Dorian —dijo el pintor—. Yo entiendo lo que quieres decir y creo en esa joven. Cualquier persona que tú ames debe ser maravillosa, y toda joven que haga el efecto que describes tiene que ser delicada y noble. Espiritualizar la propia época, eso es algo que merece la pena hacer. Si esa muchacha puede darle un alma a los que han vivido sin ella, si es capaz de crear el sentido de la belleza en gentes cuya vida ha sido sórdida y fea, si puede arrancarlos de su egoísmo y hacerles derramar lágrimas por penas que no son las suyas, ella se merece toda tu adoración, merece la adoración del mundo. Ese matrimonio es completamente acertado. Al principio no lo creí así, pero ahora lo admito. Los dioses hicieron a Sibyl Vane para ti. Sin ella hubieses estado incompleto.

—Gracias, Basil —contestó Dorian Gray apretando su mano—. Sabía que tú me entenderías. Harry es tan cínico que me aterra. Pero aquí está la orquesta. Es un completo espanto, pero tan sólo durará unos cinco minutos. Después se alzará el telón y veréis a la mujer a quien voy a entregar mi vida entera, a la que he dado todo lo

bueno que hay en mí.

Un cuarto de hora después, entre un extraordinario tumulto de aplausos, Sibyl Vane salió a escena. Sí, ciertamente mirarla era adorable: una de las más hermosas criaturas, pensó lord Henry, que había visto jamás. Había algo de la gacela en su tímida gracia y sus asustados ojos. Un ligero rubor, como la sombra de una rosa en un espejo de plata, inundó sus mejillas al ver la atestada y entusiasta sala. Retrocedió unos pasos y sus labios parecieron temblar. Basil Hallward se puso en pie y comenzó a aplaudir. Inmóvil, como en un sueño, Dorian Gray permanecía sentado, mirándola. Lord Henry observaba con sus gemelos y murmuraba: «¡Encantadora! ¡Encantadora!».

La escena se desarrollaba en el vestíbulo de la casa de los Capuleto, y Romeo, vestido de peregrino, había entrado con Mercucio y sus compañeros. La banda, con lo que daba de sí, tocó algunos compases y él comenzó el baile. En medio del tropel de desgarbados actores míseramente vestidos, Sibyl Vane se deslizaba como un ser de un mundo más sutil. Su cuerpo oscilaba al bailar como una planta en el agua. Las curvas de su garganta eran las curvas de un blanco lirio. Sus manos parecían hechas de tibio marfil.

Y sin embargo parecía extrañamente indiferente. No mostró signo alguno de alegría cuando sus ojos se posaron en Romeo. Las pocas palabras que tenía que decir:

Buen peregrino, injusto hasta el exceso sois con vuestra mano,
que en esto sólo muestra respetuosa devoción;
pues las manos de los santos son manos que tocan los peregrinos,
y el contacto de las palmas es el sagrado beso de los que las estrechan…

con el breve diálogo que les sigue, fueron declamadas de una forma absolutamente artificial. La voz era exquisita, pero desde el punto de vista de la entonación era completamente falsa. La tonalidad no era la adecuada. Dejaba al verso sin vida. Volvía irreal la pasión.

Dorian Gray empalideció al mirarla. Se sentía confuso y lleno de ansiedad. Ninguno de sus amigos se atrevía a decirle nada. Ella les parecía absolutamente incompetente. Estaban terriblemente decepcionados.

Sin embargo, sabían que la verdadera prueba de toda Julieta era la escena del balcón del segundo acto. Esperaban a que ésta llegase. Si fallaba ahí, no había nada en ella.

Su aspecto era encantador cuando apareció a la luz de la luna. Eso era innegable. Pero la teatralidad de su actuación era insoportable, y empeoró a medida que avanzaba. Sus gestos se volvieron absurdamente artificiales. Enfatizaba en exceso todo lo que decía. El hermoso pasaje:

Tú sabes que el velo de la noche está en mi rostro,
si no el rubor de una doncella teñiría mis mejillas
por lo que esta noche me has oído decir…

fue declamado con la penosa precisión de un escolar al que ha enseñado un profesor de segunda fila. Cuando se asomó al balcón y llegó a los maravillosos versos:

Aunque eres mi alegría no gozo con este compromiso nocturno;
es demasiado temerario, demasiado repentino e imprevisto;
demasiado parecido al relámpago que ha cesado de ser
antes que pueda decirse: «¡Relumbra!» ¡Buenas noches, amado!
Este capullo de amor abierto por el aura estival
puede ser una bella flor en nuestra próxima cita…

recitó esas palabras como si no tuviesen significado para ella. No era nerviosismo. De hecho, lejos de sentir nervios, parecía absolutamente dueña de sí misma. Sencillamente actuaba mal. Era un completo fracaso.

Incluso la vulgar e inculta audiencia de la platea y de la tribuna perdió el interés por la obra. Empezaron a moverse, a hablar alto y a silbar. El gerente judío, que estaba de pie tras el principal, pateaba y juraba de rabia. La única persona impasible era la propia muchacha.

Cuando acabó el segundo acto, estalló una tempestad de siseos y lord Henry se levantó de su silla y se puso el abrigo.

—Es bellísima, Dorian —dijo—, pero no sabe actuar. Vámonos.

—Yo acabaré de ver la obra —dijo el muchacho en tono duro y amargo—. Siento muchísimo haberos hecho perder la tarde, Harry. Os pido disculpas.

—Mi querido Dorian, creo que la señorita Vane está indispuesta —interrumpió Hallward—. Volveremos alguna otra noche.

—Ojalá estuviese indispuesta —siguió él—. Pero a mí sólo me ha parecido insensible y fría. Está completamente transformada. Ayer noche era una gran artista. Hoy no es más que una actriz ordinaria y mediocre.

—No hables así de lo que amas, Dorian. El amor es más maravilloso que el arte.

—Ambos son simples formas de imitación —observó lord Henry—. Pero vayámonos. Dorian, no debes quedarte por más tiempo. Las malas actuaciones son perjudiciales para la propia moral. Además, supongo que no querrás que tu mujer actúe. De modo que, ¿qué importa que represente a Julieta como un títere de madera? Es muy hermosa, y si sabe tan poco de la vida como del teatro, será una experiencia deliciosa. Sólo hay dos tipos de personas realmente fascinantes: los que lo saben absolutamente todo y los que no saben absolutamente nada. ¡Por todos los cielos, querido amigo, no pongas esa cara tan trágica! El secreto de permanecer joven consiste en no tener nunca una emoción indecorosa. Vente conmigo y con Basil al

club. Fumaremos y beberemos por la belleza de Sibyl Vane. Es bella. ¿Qué más puedes pedir?

—Vete, Harry —exclamó el muchacho—. Quiero estar solo, Basil, debéis iros. ¡Ah! ¿Es que no veis que tengo el corazón destrozado?

Las ardientes lágrimas llenaron sus ojos. Sus labios temblaron y, precipitándose al fondo del palco, se apoyó contra la pared y ocultó el rostro entre las manos.

—Vámonos, Basil —dijo lord Henry con una extraña ternura en la voz; y los dos jóvenes salieron juntos.

Unos instantes después se encendían las luces y el telón se alzó para el tercer acto. Dorian Gray volvió a su asiento. Parecía pálido, orgulloso e indiferente. La obra siguió avanzando con lentitud y se volvió interminable. La mitad del público se marchó con gran ruido y riendo. Aquello era un completo fiasco. El último acto se representó ante filas de asientos prácticamente vacíos. El telón descendió entre risas disimuladas y algunos gruñidos.

Nada más acabar, Dorian Gray corrió entre bastidores hasta el camerino. La muchacha esperaba allí sola y de pie, con una expresión de triunfo en el rostro. Sus ojos irradiaban un fuego exquisito. Un resplandor parecía envolverla. Los labios entreabiertos sonreían a un secreto íntimo.

Al entrar él, ella lo miró, y una expresión de infinita alegría invadió su rostro.

—¡Qué mal he actuado esta noche, Dorian! —exclamó.

—¡Horriblemente! —contestó él mirándola con asombro—. Fue espantoso. ¿Estás indispuesta? No tienes idea de lo que ha sido. No tienes idea de lo que he sufrido.

La joven sonrió.

—Dorian —respondió alargando su nombre con una prolongada nota musical en la voz, como si fuese más dulce que la miel en los rojos pétalos de su boca—, Dorian, deberías haberlo comprendido. Pero ahora lo entiendes, ¿verdad?

—¿Entender qué? —contestó irritado.

—Por qué he actuado tan mal esta noche. Por qué siempre será así. Por qué nunca volveré a ser una buena actriz.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que estarás enferma. Cuando te encuentres mal no deberías actuar. Te pones en ridículo. Mis amigos se han aburrido. Yo me he aburrido.

Ella no pareció escucharlo. Estaba transfigurada por la alegría. Un éxtasis de felicidad la dominaba.

—Dorian, Dorian —exclamó—, antes de conocerte, actuar era la única realidad de mi vida. Yo sólo vivía en el teatro. Pensaba que todo esto era real. Yo era una noche Rosalinda, y a la siguiente Porcia. La dicha de Beatriz era mi dicha, y el dolor de Cordelia también era el mío. Yo creía en todo. Las personas corrientes que trabajan conmigo me parecían divinidades. Los escenarios de los decorados eran mi mundo. No conocía más que sombras, pero las creía reales. Y entonces llegaste tú, mi

bello amado, y libraste mi espíritu de las sombras. Tú me has enseñado la verdadera realidad. Esta noche, por primera vez en mi vida, he visto a través de la falsedad, de la impostura, de lo absurdo del vacío espectáculo en el que siempre he actuado. Esta noche, por primera vez, he sido consciente de que Romeo era un viejo horrible y pintado. De que la luz de la luna en el huerto era falsa, de que el escenario era vulgar, de que las palabras que tenía que decir eran irreales, no eran mis propias palabras, no eran lo que yo quería decir. Tú has hecho nacer en mí algo más elevado, algo de lo que el arte es tan sólo un reflejo. Me has hecho entender lo que es el verdadero amor. ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Príncipe Encantador! ¡Príncipe de la vida! Me he cansado de las sombras. Tú eres para mí más de lo que todo el arte puede suponer. ¿Qué tengo yo que ver con los títeres de una parodia? Cuando subí al escenario esta noche, no podía entender cómo era posible que todo me hubiese abandonado. Pensé que iba a estar maravillosa. Me encontré con que era incapaz de hacer nada. De pronto, mi alma comprendió lo que significaba aquello. La revelación me llenó de dicha. Les oía silbar y sonreía. ¿Qué podían saber ellos de un amor como el nuestro? Llévame contigo, Dorian, llévame contigo donde podamos estar completamente solos. Odio el escenario. Puedo fingir una pasión que no siento, pero no puedo fingir una que me quema como el fuego. Oh, Dorian, Dorian, ¿sabes lo que eso significa? Aunque pudiese hacerlo, sería una profanación que actuase estando enamorada. Tú me has hecho verlo.

Él se dejó caer sobre el sofá y volvió la cabeza.

—Has matado mi amor —murmuró.

Ella lo miró asombrada y rió. Él no contestó. Ella se acercó y le revolvió el cabello con sus pequeños dedos. Se arrodilló y apretó las manos de él contra sus labios. El joven las retiró y un escalofrío agitó su cuerpo. Después se levantó y se dirigió a la puerta.

—Sí —exclamó—, has matado mi amor. Solías despertar mi imaginación. Ahora tan siquiera despiertas mi curiosidad. Simplemente no produces ningún efecto. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías genio e intelecto, porque hacías realidad los sueños de los grandes poetas y dabas forma y sustancia a las sombras del arte. Y lo has echado todo a perder. Eres frívola y estúpida. ¡Dios mío! ¡Qué loco he sido! Ya no significas nada para mí. No volveré a verte nunca. Nunca volveré a pensar en ti. No volveré a mencionar tu nombre. No sabes lo que representabas para mí hasta hoy. ¡Oh, no puedo soportar pensarlo! ¡Desearía no haber puesto nunca mis ojos en ti! Has destrozado el amor de mi vida. ¡Qué poco puedes saber del amor cuando dices que malogra tu arte! Sin tu arte, tú no eres nada. Yo te hubiese hecho famosa, espléndida, magnífica. El mundo te habría adorado y hubieses llevado mi nombre. ¿Qué eres ahora? Una actriz de tercera fila con una bonita cara.

La muchacha se puso pálida y tembló. Juntó las manos y su voz pareció ahogarse en la garganta.

—No hablas en serio, ¿verdad, Dorian? —murmuró—. Estás actuando.

—¡Actuando! Eso te lo dejo a ti. Lo haces muy bien —contestó amargamente.

Ella se incorporó y, con una lastimera expresión de dolor en el rostro, se acercó a él. Puso la mano sobre su brazo y lo miró a los ojos. Él la rechazó.

—¡No me toques! —gritó.

Con un sofocado gemido, ella se lanzó a sus pies, donde permaneció como una flor pisoteada.

—¡Dorian, Dorian, no me dejes! —susurró—. Siento no haber actuado bien. Todo el tiempo estaba pensando en ti. Pero lo intentaré. De veras que lo intentaré. Despertó en mí tan repentinamente mi amor por ti. Creo que nunca lo hubiese conocido de no haberme besado tú… de no habernos besado. Bésame otra vez, amor mío. No me dejes. No podría soportarlo. ¡Oh! No me dejes. Mi hermano… No; no tiene importancia. No lo decía en serio. Bromeaba… Pero tú… ¡oh! ¿Podrás perdonarme lo de esta noche? Trabajaré duro e intentaré mejorar. No seas cruel conmigo, porque te amo más que a nada en el mundo. Después de todo, tan sólo una vez no te he complacido. Pero tienes toda la razón, Dorian. Tenía que haberme superado como artista. He sido una necia; y sin embargo no pude evitarlo. Oh, no me dejes, no me dejes.

La sofocó una oleada de apasionados sollozos. Se encogió en el suelo como una cosa herida, mientras Dorian Gray la contemplaba con sus hermosos ojos, los bellos labios curvados en una mueca de exquisito desdén. Hay siempre algo ridículo en las emociones de aquellos que uno ha dejado de amar. Sibyl Vane le parecía absurdamente melodramática. Sus lágrimas y sollozos le irritaban.

—Me marcho —dijo al fin con voz calmada y clara—. No deseo ser cruel, pero no puedo volver a verte. Me has decepcionado.

Ella sollozó en silencio y no contestó, pero se arrastró más cerca de él. Las pequeñas manos se extendieron ciegamente y parecieron buscarle. Él giró sobre sus talones y abandonó el cuarto. En un momento estaba fuera del teatro.

Adónde fue, no podría decirlo. Recordaba haber vagado por calles débilmente iluminadas, pasando bajo sombrías arcadas y casas de mísero aspecto. Mujeres de voz ronca y áspera risa lo habían llamado. Se cruzó con borrachos vacilantes, que maldecían y hablaban solos como monstruosos simios. Vio chiquillos grotescos apretujados en los escalones de los umbrales, y oyó chillidos y juramentos provenientes de lóbregos patios.

El amanecer le sorprendió cerca de Covent Garden. Las tinieblas se disiparon e, iluminado de pálidas llamas, el cielo se replegó hasta parecer una perla perfecta. Pesadas carretas cargadas de balanceantes lirios retumbaban lentamente por las brillantes y desiertas calles. El perfume de las flores llenaba el aire, y su belleza consiguió calmar en parte su dolor. Entró en el mercado y contempló a los hombres descargando los carros. Un carretero de delantal blanco le ofreció unas cerezas. Le dio las gracias y, preguntándose por qué habría rechazado el dinero que le ofrecía, empezó a comerlas distraídamente. Las habían cogido esa misma noche, y la frescura

de la luna había penetrado en ellas. Una larga hilera de mozos que transportaban cestos de tulipanes listados y rosas rojas y amarillas desfiló frente a él, abriéndose paso entre las enormes pilas de legumbres verde jade. Bajo el pórtico, con sus columnas blanqueadas por el sol, vagaba un tropel de desaliñadas muchachas con la cabeza al descubierto, esperando a que acabase la subasta. Otras se reunían junto a las puertas giratorias del café de la plaza. Los pesados caballos de carga resbalaban y pateaban el desigual adoquinado, haciendo sonar sus campanillas y arreos. Algunos conductores dormían sobre las pilas de sacos. Las palomas, de irisado cuello y sonrosadas patas, correteaban de aquí a allá picoteando grano.

Al cabo de un rato, llamó a un simón y regresó a casa. Se detuvo unos instantes en los escalones de la puerta, contemplando la silenciosa plaza con las dormidas ventanas cerradas a cal y canto y sus brillantes persianas. El cielo era ahora un puro ópalo contra el que los tejados relucían como la plata. De una de las chimeneas de enfrente se alzó una tenue espiral de humo. Se rizaba como una cinta violeta en el aire de nácar.

En el enorme lucernario veneciano dorado, trofeo de la barcaza de algún Dux, que colgaba en el gran vestíbulo con zócalos de roble, la luz aún brillaba en tres de las vacilantes mechas: parecían delgados pétalos azules bordeados de blanco fuego. Los apagó y, tras tirar el sombrero y la capa sobre la mesa, cruzó la biblioteca hasta la puerta de su dormitorio, una gran estancia octogonal de la planta baja que, en su recién nacido aprecio por el lujo, había hecho redecorar y cubrir con unos raros tapices renacentistas que había descubierto en un ático deshabitado de Selby Royal. Cuando giraba el picaporte, sus ojos cayeron sobre el retrato que Basil Hallward había hecho de él. Retrocedió como sorprendido. Luego entró en su dormitorio con aire desconcertado. Tras desabrocharse el botón de la chaqueta, pareció dudar. Finalmente volvió sobre sus pasos, se acercó al retrato y lo examinó. A la escasa luz que luchaba por abrirse paso a través de las cortinas de seda de color crema, el rostro le pareció algo cambiado. La expresión parecía distinta. Se diría que había un rasgo de crueldad en la boca. Era realmente extraño.

Se volvió y, caminando hacia la ventana, descorrió las cortinas. El resplandeciente amanecer inundó el cuarto y barrió las fantásticas sombras hacia los polvorientos rincones, donde permanecieron temblando. Pero la extraña expresión que había notado en el rostro del retrato seguía allí, aún con mayor intensidad. La palpitante y fuerte luz del sol iluminó los crueles rasgos que rodeaban la boca tan claramente como si se mirase en un espejo después de haber cometido una maldad.

Retrocedió estremecido y, cogiendo de la mesa un espejo en forma oval y enmarcado con cupidos de marfil, uno de los muchos regalos que lord Henry le había hecho, corrió a contemplarse en su bruñido fondo. Ningún rasgo semejante torcía sus rojos labios. ¿Qué significaba aquello?

Se frotó los ojos y, acercándose al retrato, lo examinó de nuevo. No vio signos de cambio alguno en el cuadro en sí y, sin embargo, no había duda de que el conjunto de

la expresión se había alterado. No eran simples imaginaciones suyas. El hecho era horriblemente evidente.

Se desplomó en una silla y empezó a pensar. De pronto le vino a la mente como un fogonazo lo que había dicho en el estudio de Basil Hallward el día en que éste había dado el retrato por terminado. Sí, lo recordaba perfectamente. Había expresado el loco deseo de ser siempre joven y de que el retrato fuese el que envejeciera; de que su belleza no se alterase y que fuese el lienzo quien soportase el peso de sus pasiones y sus pecados; de que en la imagen pintada quedasen marcados los estigmas del dolor y del pensamiento, y que él pudiese conservar la delicada lozanía y el encanto de su recién consciente adolescencia. Su deseo no podía haberse cumplido. Esas cosas eran imposibles. Sólo pensarlo resultaba monstruoso. Y, sin embargo, frente a él estaba el retrato con ese rasgo de crueldad en la boca.

¡Crueldad! ¿Había sido cruel? La culpa era de la joven, no suya. La había soñado una gran artista, le había dado su amor porque pensaba que ella era espléndida. Después le había decepcionado. Había sido frívola y despreciable. Y, no obstante, un sentimiento de infinito pesar le invadió al recordarla postrada a sus pies, sollozando como una niña. Recordó con cuánta crueldad la había mirado. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué se le había dado un alma así? Pero él también había sufrido. Durante las tres terribles horas que duró la obra, él había vivido siglos de dolor, una eternidad tras otra de tortura. Su vida bien valía la de ella. Si él la había lastimado un instante, ella lo había herido por mucho tiempo. Además, las mujeres tienen más capacidad para soportar las penas. Ellas viven de sus emociones. Sólo piensan en sus emociones. Cuando toman amantes, sólo lo hacen para tener a alguien a quien organizarle escenas. Lord Henry se lo había dicho, y lord Henry conocía a las mujeres. ¿Por qué disgustarse por Sibyl Vane? Ya no era nada para él.

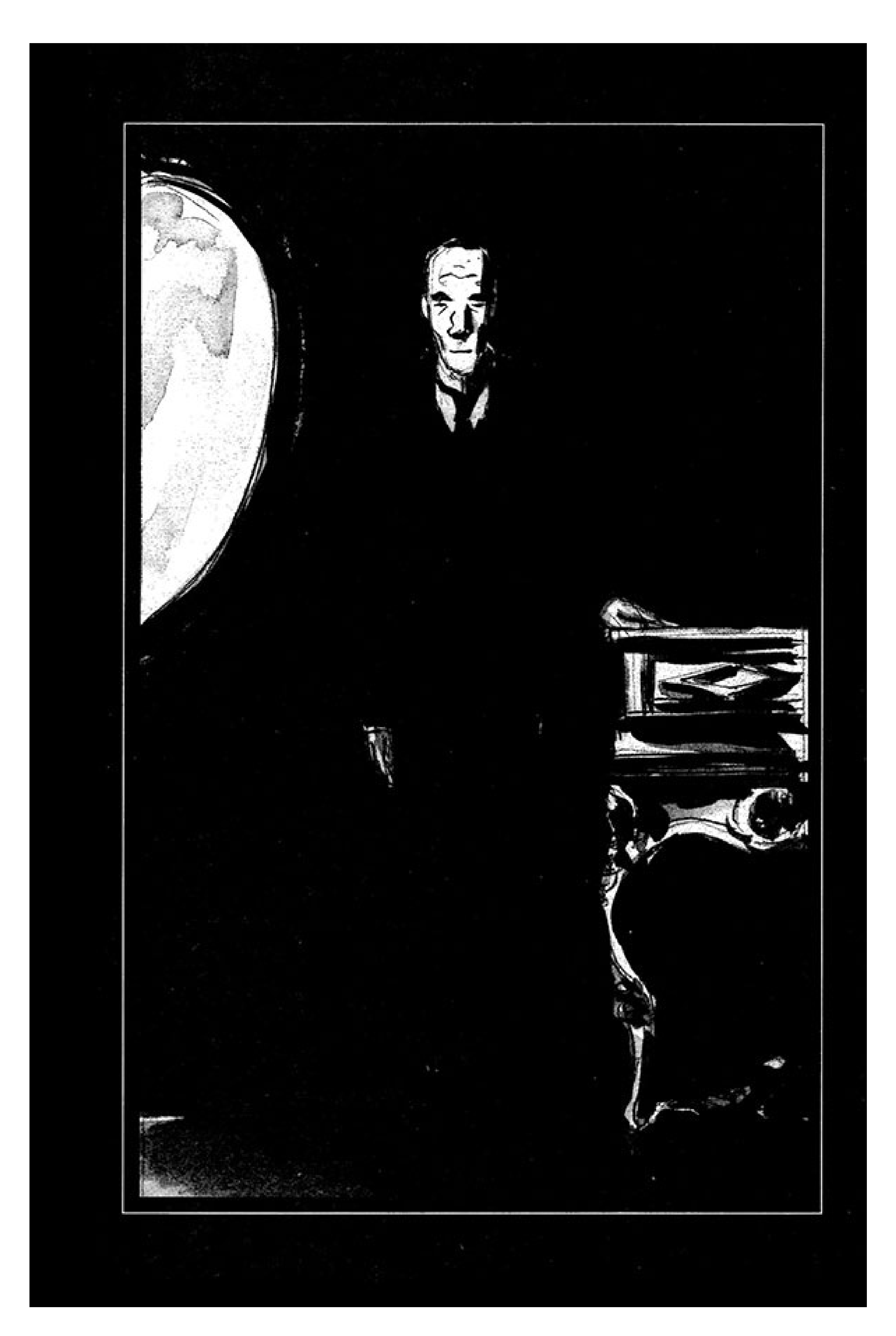
Pero ¿y el retrato? ¿Qué podía decir de eso? Guardaba el secreto de su vida y contaba su historia. Le había enseñado a amar su propia belleza. ¿Iba ahora a enseñarle a odiar su propia alma? ¿Volvería a mirarlo alguna vez?

No; era sólo una ilusión forjada por sus sentidos trastornados. La horrible noche que acababa de pasar había dejado fantasmas tras ella. De pronto, ese velo escarlata que enloquece a los hombres cayó sobre su cerebro. El retrato no había cambiado. Pensarlo era una locura.

Y, sin embargo, allí estaba mirándole con su bello rostro desfigurado y esa sonrisa cruel. El rubio cabello resplandecía a la luz de la mañana. Los azules ojos se encontraron con los suyos. Le invadió un sentimiento de infinita piedad, no hacia sí mismo sino hacia su imagen pintada. Ya había cambiado y se transformaría aún más. Sus dorados tonos se marchitarían hasta engrisecer. Morirían sus rosas blancas y sus rosas rojas. Porque con cada pecado que cometiese, una mancha enturbiaría y destruiría su belleza. Pero no iba a pecar. El retrato, alterado o no, sería el emblema visible de su conciencia. Resistiría a la tentación. No volvería a ver a lord Henry; no volvería, en cualquier caso, a escuchar las sutiles y venenosas teorías que, en el jardín

de Basil Hallward, habían suscitado en él por primera vez la pasión de lo imposible. Volvería junto a Sibyl Vane, enmendaría su conducta, se casaría con ella, intentaría amarla de nuevo. Sí, tenía el deber de hacerlo. Ella debía de haber sufrido más que él. ¡Pobre criatura! Había sido con ella egoísta y cruel. La fascinación que había ejercido en él volvería a renacer. Serían felices juntos. Su vida con ella sería hermosa y pura.

Se levantó de la silla y colocó un amplio biombo ante el retrato, estremeciéndose al mirarlo. «¡Qué espanto!», murmuró para sí, y dirigiéndose al ventanal, lo abrió. Al pisar la hierba del jardín respiró profundamente. El aire fresco de la mañana pareció arrancarle de sus sombrías pasiones. Sólo pensaba en Sibyl. Un apagado eco de su amor llegó hasta él. Repitió su nombre una y otra vez. Los pájaros que cantaban en el jardín empapado de rocío parecían hablar de ella a las flores.



CAPÍTULO VIII

Cuando despertó, hacía rato que había pasado el mediodía. Su criado había entrado varias veces de puntillas en el cuarto para ver si se movía, preguntándose qué haría dormir hasta tan tarde a su joven amo. Al fin sonó la campana y Víctor entró calladamente con una taza de té y un montón de cartas en una antigua bandejita de Sévres. Después descorrió las cortinas de raso verde, con brillante forro azul, que colgaban ante los tres altos ventanales.

—*Monsieur*, ha dormido bien esta noche —dijo sonriendo.

—¿Qué hora es, Víctor? —preguntó Dorian Gray soñoliento.

—La una y cuarto, *Monsieur*.

¡Qué tarde era! Se sentó en la cama y, tras darle unos sorbos al té, hojeó las cartas. Una de ellas era de lord Henry y la habían llevado en mano esa mañana. Dudó un momento y la puso a un lado. Abrió las otras distraídamente. Contenían la típica colección de tarjetas, invitaciones a comer, entradas para exposiciones privadas, programas de conciertos de caridad y similares, que llueven cada mañana sobre un joven elegante en esa época del año. Había una factura bastante alta por un juego de tocador Luis XV, de plata repujada, que aún no había tenido el valor de enviar a sus tutores, gente extremadamente anticuada y que no comprendía que vivían en unos tiempos en que las cosas innecesarias son nuestra única necesidad; y había varias notas corteses de los prestamistas de la calle Jermyn ofreciendo adelantarle cualquier suma de dinero en cuanto lo requiriese y a un interés más que razonable.

Unos diez minutos después se levantaba y, cubriéndose con una magnífica bata de casimir bordada en seda, pasó al cuarto de baño, de suelo de ónice. El agua fría le refrescó tras el largo sueño. Parecía haber olvidado todo lo que le había ocurrido. Una vaga sensación de haber tomado parte en una tragedia le asaltó una o dos veces, pero tenía la irrealidad del sueño.

Tan pronto estuvo vestido, se dirigió a la biblioteca y se sentó frente a un frugal desayuno francés que habían dispuesto en una mesita junto al balcón abierto. Hacía un día exquisito. El aire cálido parecía cargado de especias. Una abeja entró volando y zumbó alrededor del búcaro azul de dragones, lleno de rosas de un amarillo azufre, que estaba ante él. Se sintió completamente feliz.

De pronto, sus ojos cayeron sobre el biombo que había puesto ante el retrato y se estremeció.

—¿Demasiado frío para el señor? —preguntó el criado poniendo una tortilla sobre la mesa—. ¿Cierro el balcón?

Dorian movió la cabeza.

—No tengo frío —murmuró.

¿Sería cierto? ¿Habría cambiado realmente el retrato? ¿O habría sido simplemente su propia imaginación la que le había hecho ver una mirada de maldad

en donde había una mirada de alegría? No era posible que un lienzo se alterase. La cosa era absurda. Algún día se lo contaría a Basil como un cuento de ficción. Le haría reír.

Y, sin embargo, ¡qué nítido era el recuerdo de todo el asunto! Primero en la débil penumbra y luego a la claridad del amanecer, había visto el rasgo de crueldad en los torcidos labios. Casi temió que el criado abandonase el cuarto. Sabía que cuando estuviese a solas tendría que examinar el retrato. Tenía miedo de que fuese cierto. Cuando el criado trajo el café y los cigarros y se dispuso a marcharse, sintió un violento deseo de pedirle que se quedara. Cuando cerraba la puerta tras él, volvió a llamarlo. El hombre se quedó parado, esperando sus órdenes. Dorian lo miró un momento.

—No estoy en casa para nadie, Víctor —dijo suspirando.

El hombre hizo una inclinación y salió.

Entonces se levantó de la mesa, encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre los lujosos almohadones de un diván situado frente al biombo. Era un biombo antiguo de cuero dorado español, estampado y repujado con un florido dibujo Luis XIV. Lo examinó cuidadosamente, preguntándose si guardaría el secreto de un hombre por primera vez.

¿Debía apartarlo, después de todo? ¿Por qué no dejarlo así? ¿De qué serviría saber? Si aquello resultaba cierto, era terrible. Y si no lo era, ¿por qué preocuparse? Pero ¿y si por alguna fatal casualidad unos ojos ajenos espiaban detrás del biombo y notaban el horrible cambio? ¿Qué haría si Basil Hallward venía y preguntaba por su propio cuadro? Seguro que Basil lo haría. No; había que examinar aquello y de inmediato. Cualquier cosa era preferible a esa espantosa incertidumbre.

Se levantó y cerró las dos puertas. Al menos estaría solo cuando contemplase la máscara de su vergüenza. Entonces corrió el biombo y se halló cara a cara consigo mismo. Era completamente cierto. El retrato había cambiado.

Como después recordaría a menudo, y siempre con no poco asombro, se encontró a sí mismo observando el retrato por vez primera con un sentimiento de interés casi científico. Le parecía increíble que se hubiera producido esa transformación. Y sin embargo era un hecho. ¿Existía alguna sutil afinidad entre los átomos químicos que constituían la forma y el color sobre el lienzo, y el alma que había en su interior? ¿Sería posible que supiesen lo que pensaba el alma? ¿Que hiciesen realidad lo que soñaba? ¿O existía alguna otra razón más terrible? Se estremeció y sintió miedo y, volviendo al diván, se tumbó a contemplar la pintura con repugnancia y horror.

Sentía, no obstante, que el cuadro había hecho algo por él. Le había mostrado lo injusto y cruel que había sido con Sibyl Vane. No era demasiado tarde para reparar aquello. Aún podía ser su mujer. Su amor egoísta e irreal se sometería a una influencia superior, se transformaría en una pasión más noble, y el retrato que Basil Hallward había pintado de él le serviría de guía durante toda su vida, sería para él lo que es la santidad para algunos, la consciencia para otros y el temor a Dios para todos

nosotros. Había opiáceos para el remordimiento, drogas que podían reducir al sueño el sentido moral. Pero aquí había un símbolo visible de la degradación del pecado. Aquí había un símbolo eterno de la ruina a la que los hombres conducen sus almas.

El reloj dio las tres y las cuatro, y la media resonó con su doble campanada, pero Dorian Gray no se movió. Intentaba reunir los hilos escarlata de la vida y tejer una trama con ellos; abrirse camino a través del sanguíneo laberinto de pasión por el que vagaba. No sabía qué hacer ni qué pensar. Finalmente se dirigió a la mesa y escribió una apasionada carta a la muchacha que había amado, implorando su perdón y acusándose de locura. Llenó hoja tras hoja de ardientes palabras de pesar y ardientes palabras de dolor. Existe una voluptuosidad en hacerse a uno mismo reproches. Cuando nos culpamos, sentimos que nadie más tiene derecho a hacerlo. Es la confesión, no el sacerdote, lo que nos da la absolución. Cuando Dorian acabó la carta, sintió que estaba perdonado.

De pronto llamaron a la puerta y escuchó fuera la voz de lord Henry.

—Mi querido muchacho, tengo que verte. Déjame entrar enseguida. No soporto que te encierres de ese modo.

Al principio no contestó nada, quedándose completamente inmóvil. La llamada siguió y se hizo más apremiante. Sí, era mejor dejar pasar a lord Henry y explicarle la nueva vida que iba a llevar, discutir con él si era necesario, separarse si era inevitable. Se incorporó de un salto, corrió el biombo apresuradamente ante el retrato y abrió la puerta.

—Siento todo lo ocurrido, Dorian —dijo lord Henry al entrar—. Pero no debes pensar demasiado en ello.

—¿Te refieres a Sibyl Vane? —preguntó el joven.

—Sí, claro —contestó lord Henry hundiéndose en un sillón y quitándose con lentitud los guantes amarillos—. Es terrible desde cierto punto de vista, pero no ha sido culpa tuya. Dime, fuiste a verla al camerino al terminar la obra, ¿verdad?

—Sí.

—Estaba seguro de que había sido así. ¿Le hiciste una escena?

—Fui brutal, Harry, completamente brutal. Pero ahora todo está solucionado. No me arrepiento de nada de lo ocurrido. Me ha ayudado a conocerme mejor.

—Ah, Dorian, ¡me alegra tanto que lo tomes de ese modo! Temía encontrarte sumido en el remordimiento y arrancándote los bellos rizos.

—Ya he pasado todo eso —dijo Dorian denegando y sonriendo—. Ahora soy completamente feliz. Sé lo que es la conciencia, para empezar. No es lo que tú me dijiste que era. Es lo más divino que hay en nosotros. No te burles más de ella, Harry, al menos delante de mí. Quiero ser bueno. No puedo soportar la idea de que mi alma sea espantosa.

—¡Deliciosa base artística para la ética, Dorian! Te felicito por ello. Pero ¿por dónde vas a empezar?

—Casándome con Sibyl Vane.

—¡Casándote con Sibyl Vane! —exclamó lord Henry poniéndose en pie y mirándole estupefacto—. Pero mi querido Dorian…

—Sí, Harry, sé lo que vas a decir. Algo terrible sobre el matrimonio. No lo digas. No vuelvas a decirme cosas de ese estilo. Hace dos días le pedí a Sibyl que se casase conmigo. No voy a faltar a mi palabra. ¡Va a ser mi esposa!

—¡Tu esposa! ¡Dorian!… ¿No has recibido mi carta? Te escribí esta misma mañana y envié la nota con mi criado.

—¿Tu carta? Oh, ya recuerdo. Aún no la he leído, Harry. Temía encontrar algo que no me gustase. Tus epigramas son capaces de destrozarle a uno la vida.

—Entonces, ¿no sabes nada?

—¿Qué quieres decir?

Lord Henry atravesó la estancia y, sentándose junto a Dorian Gray, tomó sus manos entre las suyas y las estrechó con fuerza.

—Dorian —dijo—, mi carta, no te asustes, era para comunicarte que Sibyl Vane ha muerto.

Un grito de dolor escapó de los labios del joven, que se puso en pie de un salto, soltando sus manos de las de lord Henry.

—¡Muerta! ¡Sibyl muerta! ¡No es cierto! ¡Es una horrible mentira! ¿Cómo te atreves a decir eso?

—Es completamente cierto, Dorian —dijo lord Henry gravemente—. Está en todos los periódicos de la mañana. Te escribí para pedirte que no vieras a nadie hasta mi llegada. Habrá una investigación, claro, y tú no debes verte mezclado en ella. Cosas como ésta ponen a un hombre de moda en París. Pero en Londres, ¡la gente tiene tantos prejuicios! Aquí uno nunca debe hacer su *debut* con un escándalo. Eso hay que reservarlo para dar colorido a la propia vejez. Supongo que no saben tu nombre en el teatro. Si es así, todo va bien. ¿Te vio alguien ir a su camerino? Ése es un punto importante.

Dorian permaneció en silencio durante un rato. Estaba aturdido por el horror. Finalmente balbució con voz ahogada:

—Harry, ¿has dicho una investigación? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que Sibyl…? ¡Oh, Harry, no puedo soportarlo! Pero habla, ¡pronto! Cuéntamelo todo inmediatamente.

—Para mí no hay duda de que no fue un accidente, Dorian, aunque el público debe pensarlo. Parece ser que cuando salía del teatro con su madre, alrededor de las doce y media o algo así, dijo que había olvidado algo arriba. La esperaron durante algún tiempo, pero no volvió a bajar. Finalmente la hallaron muerta en el suelo de su camerino. Había ingerido algo por error, algo terrible que utilizan en los teatros. No sé lo que fue, pero contenía ácido prúsico o albayalde. Imagino que sería ácido prúsico, ya que al parecer murió instantáneamente.

—¡Harry, Harry, es terrible! —gritó el joven.

—Sí; es muy trágico, naturalmente, pero tú no debes mezclarte en el asunto. He

leído en el *Standard* que tenía diecisiete años. Yo hubiese dicho que era aún más joven. Tenía un aspecto tan infantil y parecía saber tan poco de actuaciones. Dorian, no debes dejar que esto altere tus nervios. Debes venir a cenar conmigo; y después iremos a la ópera. Esta noche canta Patti y todo el mundo estará allí. Puedes venir al palco de mi hermana. Habrá con ella algunas mujeres distinguidas.

—Entonces he asesinado a Sibyl Vane —dijo Dorian Gray como para sí mismo —, la he asesinado tan claramente como si hubiese cortado su pequeña garganta con un cuchillo. Y, sin embargo, no por eso las rosas son menos bellas. Los pájaros cantan igual de alegremente en mi jardín. Y esta noche cenaré contigo y luego iré a la ópera, y después, supongo, a tomar algo a alguna parte. ¡Qué extraordinariamente dramática es la vida! Si hubiese leído todo esto en un libro, Harry, creo que hubiese llorado. De alguna forma, ahora que ha ocurrido realmente, y a mí, parece demasiado increíble para las lágrimas. Aquí está la primera carta de amor apasionado que he escrito en mi vida. Qué extraño que mi primera carta de amor esté dirigida a una muchacha muerta. Me pregunto si podrán sentir esas blancas y silenciosas criaturas que llamamos muertos. ¡Sibyl! ¿Podrá ella sentir, o saber, o escuchar? Oh, Harry, ¡cómo la amé una vez! Ahora me parece que han pasado años. Ella lo era todo para mí. Entonces llegó esa terrible noche, ¿fue realmente ayer noche?, en la que ella actuó tan mal y mi corazón casi se rompió. Ella me lo explicó todo. Fue terriblemente patético. Pero yo no me conmoví ni un ápice. La creí superficial. Y de pronto ocurrió algo que me llenó de temor. No podría decirte qué, pero fue terrible. Prometí que volvería a su lado. Sentía que había hecho mal. Y ahora ella está muerta. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer, Harry? No sabes el peligro en que me encuentro, y no hay nada que pueda ayudarme a ser recto. Ella lo habría conseguido. No tenía derecho a suicidarse. Ha sido un egoísmo por su parte.

—Mi querido Dorian —contestó lord Henry cogiendo un cigarrillo de su pitillera —, la única forma en que una mujer puede reformar a un hombre es aburriéndolo tan completamente que éste pierde todo posible interés en la vida. Si te hubieses casado con esa joven, habrías sido un desgraciado. Claro que la habrías tratado bondadosamente. Uno siempre puede ser bueno con aquellos que no le importan. Pero enseguida habría descubierto que te era absolutamente indiferente. Y cuando una mujer descubre eso de su marido, o se vuelve terriblemente poco atractiva o se pone elegantes sombreros que el marido de otra mujer tiene que pagar. No digo nada del error social, que hubiese sido abyecto y que, naturalmente, yo no hubiese permitido, pero te aseguro que de cualquier modo todo el asunto habría sido un completo fracaso.

—Supongo que tienes razón —murmuró el joven recorriendo el cuarto de un lado a otro, con el semblante terriblemente pálido—. Pero pensé que era mi deber. Yo no tengo la culpa de que esta terrible tragedia me haya impedido hacer lo que debía. Recuerdo que una vez dijiste que hay una fatalidad en todo buen propósito: siempre se toma demasiado tarde. Ciertamente ése es mi caso.

—Los buenos propósitos son inútiles intentos de interferir en las leyes científicas. Su origen es la pura vanidad. Su resultado es un rotundo cero. De vez en cuando nos proporcionan alguna de esas fastuosas y estériles emociones que mantienen su encanto durante una semana. Es lo único que se puede decir de ellas. Son simples cheques que los hombres cobran en un banco donde no tienen cuenta.

—Harry —exclamó Dorian Gray yendo a sentarse a su lado—, ¿por qué no puedo sentir esta tragedia tanto como desearía? ¿Crees que no tengo corazón?

—Has hecho demasiadas locuras durante las últimas dos semanas como para ganarte ese calificativo, Dorian —contestó lord Henry con su dulce y melancólica sonrisa.

El joven frunció el ceño.

—No me gusta esa explicación, Harry —replicó—, pero me alegra que no me creas sin corazón. No soy en absoluto así. Sé que no lo soy. Y, sin embargo, debo admitir que lo ocurrido no me afecta como debiera. Simplemente me parece un magnífico final para un magnífico drama. Tiene toda la terrible belleza de una tragedia griega, una tragedia en la que yo he tenido un gran papel, pero en la que no he resultado herido.

—Es una cuestión interesante —dijo lord Henry, que encontraba un placer exquisito en actuar sobre el egotismo inconsciente del joven—, una cuestión extremadamente interesante. Imagino que la verdadera explicación es ésta: a menudo ocurre que las tragedias reales de la vida suceden de una forma tan poco artística que nos hieren por su cruda violencia, su absoluta incoherencia, su absurda falta de sentido, su completa carencia de estilo. Nos afectan del mismo modo que la vulgaridad. Nos dan una impresión de pura fuerza bruta, y eso hace que nos rebelemos. A veces, sin embargo, una tragedia que posee elementos artísticos de belleza se cruza en nuestras vidas. Si esos elementos de belleza son reales, sólo apelan a nuestro sentido del efecto dramático. De pronto comprendemos que hemos dejado de ser actores para convertirnos en espectadores del drama. O más bien somos ambas cosas. Nos observamos a nosotros mismos y la sola maravilla del espectáculo nos cautiva. En el caso que nos ocupa, ¿qué ha sucedido realmente? Alguien se ha suicidado por amor a ti. Ojalá hubiese vivido yo una experiencia semejante. Me hubiese hecho enamorarme del amor para el resto de mi vida. Las personas que me han adorado, no ha habido muchas pero sí algunas, han insistido siempre en seguir viviendo mucho después de que dejasen de importarme o de que yo dejase de importarles. Se han vuelto gordas y aburridas, y cuando las encuentro empiezan de inmediato con los recuerdos. ¡Qué terrible memoria la de las mujeres! ¡Qué cosa tan aterradora! ¡Y qué absoluto estancamiento intelectual revela! Uno debería absorber el color de la vida, pero sin recordar nunca los detalles. Los detalles son siempre vulgares.

—Sembraré adormideras en mi jardín —suspiró Dorian.

—No es necesario —replicó su compañero—. La vida siempre tiene adormideras

entre sus manos. Naturalmente, de vez en cuando las cosas se estacionan. Una vez no llevé más que violetas durante toda una estación como forma de luto artístico por un romance que se resistía a morir. Finalmente, sin embargo, acabó muriendo. He olvidado lo que lo mató. Creo que fue su propuesta de sacrificar por mí el mundo entero. Ese momento siempre resulta espantoso. Lo llena a uno con el terror de la eternidad. Pues bien, ¿querrás creer que hace una semana, en casa de lady Hampshire, me encontré sentado durante la cena junto a la mujer en cuestión y ella insistió en volver sobre el asunto, desenterrando el pasado y sacando el futuro a relucir? Yo había sepultado mi pasión en un lecho de asfódelos. Ella volvió a desenterrarlo, y me aseguró que había arruinado su vida. He de añadir que cenó una enormidad, por lo que no sentí ansiedad alguna. ¡Pero qué falta de gusto demostró tener! El único encanto del pasado radica en que ha pasado. Pero las mujeres nunca saben cuándo ha caído el telón. Siempre desean un sexto acto, y tan pronto como el interés de la obra se ha esfumado por completo, proponen seguir con ella. De permitírselo, toda comedia tendría un final trágico, y toda tragedia culminaría en una farsa. Son deliciosamente artificiales, pero no tienen sentido del arte. Tú eres más afortunado que yo. Te aseguro, Dorian, que ninguna de las mujeres que he conocido hubiera hecho por mí lo que Sibyl Vane ha hecho por ti. Las mujeres vulgares siempre se consuelan a sí mismas. Algunas lo hacen adoptando colores sentimentales. Nunca te fíes de una mujer que vista de malva, sea cual sea su edad, o de una mujer de treinta y cinco aficionada a las cintas de color rosa. Eso significa siempre que tienen una historia. Otras encuentran un gran consuelo en descubrir las buenas cualidades de sus maridos. Hacen ostentación de su felicidad conyugal en tu propia cara, como si fuese el más fascinante de los pecados. A otras les consuela la religión. Sus misterios tienen todo el encanto del flirteo, me confesó una vez una mujer; y lo entiendo perfectamente. Además, no hay nada que lo haga a uno más vanidoso que ser calificado de pecador. La conciencia nos convierte a todos en egotistas. Sí; los consuelos que la mujer encuentra en la vida moderna son infinitos. De hecho, no he mencionado el más importante de todos.

—¿Cuál es, Harry? —dijo el joven lánguidamente.

—Oh, el consuelo más obvio. Quitarle el admirador a otra cuando se ha perdido el propio. En la buena sociedad, eso siempre disculpa a una mujer. Pero, realmente, Dorian, ¡qué distinta debía ser Sibyl Vane de las mujeres que uno conoce! Para mí hay algo verdaderamente hermoso en su muerte. Me alegro de vivir en un siglo en el que ocurren maravillas como ésa. Le hacen creer a uno en la realidad de las cosas con las que todos jugamos, como el romance, la pasión y el amor.

—Fui terriblemente cruel con ella. Te olvidas de eso.

—Me temo que las mujeres aprecian la crueldad, la crueldad sin tapujos, más que cualquier otra cosa. Tienen instintos asombrosamente primitivos. Nosotros las hemos emancipado, pero ellas siguen comportándose como esclavas en busca de un amo a pesar de todo. Adoran que las dominen. Estoy seguro de que estuviste espléndido.

Nunca te he visto realmente enojado, pero imagino lo delicioso que debes de ser. Y, después de todo, anteayer me dijiste algo que en el momento me pareció una simple fantasía, pero que ahora veo que era completamente cierto y que encierra la clave de todo.

—¿Qué fue, Harry?

—Me dijiste que Sibyl Vane representaba para ti todas las heroínas de los romances, que era Desdémona una noche y Ofelia a la siguiente; que si moría como Julieta, volvía a la vida como Imogenia.

—Ya nunca volverá a la vida —murmuró el joven enterrando el rostro entre sus manos.

—No, nunca volverá a la vida. Ha representado su último papel. Pero debes considerar esa solitaria muerte en el recargado camerino como un simple y raro episodio lúgubre de una tragedia jacobina, como una escena maravillosa de Webster, Ford, o Cyril Tourneur. En realidad la muchacha nunca ha vivido, y por lo tanto su muerte tampoco es real. Para ti al menos siempre fue un sueño, un fantasma que revoloteaba por las obras de Shakespeare y las hacía más adorables con su presencia, como un caramillo a través del cual la música de Shakespeare sonaba más rica y llena de alegría. En el momento en que tuvo contacto con la vida real la malogró, y ella misma quedó malograda, y eso la hizo morir. Llora la muerte de Ofelia, si lo deseas. Cubre tu cabeza de cenizas porque Cordelia fue estrangulada. Clama contra el cielo porque la hija de Brabancio ha muerto. Pero no desperdicies tus lágrimas por Sibyl Vane. Ella era menos real que las otras.

Hubo un silencio. La tarde caía en la estancia. Calladamente y con pies de plata, las sombras penetraban desde el jardín. Los colores de las cosas se desvanecían perezosamente.

Al cabo de un rato, Dorian Gray alzó los ojos.

—Me has explicado a mí mismo, Harry —murmuró con un cierto suspiro de alivio—. Sentía todo lo que acabas de decir, pero de alguna forma me atemorizaba y era incapaz de decírmelo a mí mismo. ¡Qué bien me conoces! Pero no volveremos a hablar de lo ocurrido. Ha sido una experiencia maravillosa. Eso es todo. Me pregunto si la vida aún me reservará alguna cosa tan maravillosa.

—La vida te lo tiene reservado todo, Dorian. Con tu extraordinaria belleza, no hay nada que no puedas hacer.

—Pero supón, Harry, que me vuelvo ojeroso, viejo y arrugado. ¿Y entonces?

—¡Ah! Entonces —dijo lord Henry levantándose para marcharse—, entonces, mi querido Dorian, tendrás que luchar por tus triunfos. Ahora te vienen dados. No, debes conservar tu buen aspecto. Vivimos en una época que lee demasiado para ser sabia y piensa en exceso para ser bella. No podemos prescindir de ti. Y ahora será mejor que te vistas para ir al club. Ya se ha hecho tarde.

—Creo que te veré en la ópera, Harry. Estoy demasiado cansado para comer. ¿Cuál es el número del palco de tu hermana?

—El veintisiete, creo. Está en el primer piso. Verás su nombre en la puerta. Pero siento que no vengas a cenar.

—No me siento con ánimos —repuso Dorian con languidez—. Pero te estoy tremendamente agradecido por lo que me has dicho. Verdaderamente, eres mi mejor amigo. Nadie me ha entendido nunca como tú.

—Esto es sólo el comienzo de nuestra amistad, Dorian —contestó lord Henry estrechándole la mano—. Adiós. Espero verte antes de las nueve y media. Recuerda que canta Patti.

Cuando la puerta se cerró tras él, Dorian Gray tocó la campana y al poco entró Víctor trayendo las lámparas. El criado cerró las persianas. Esperó con impaciencia a que se marchase. El hombre parecía demorarse interminablemente.

En cuanto hubo salido, Dorian Gray se precipitó hacia el biombo y lo apartó de su sitio. No; no había habido ningún otro cambio en el cuadro. Había sabido la noticia de la muerte de Sibyl Vane antes de que él mismo lo supiese. Conocía los hechos de la vida nada más suceder. La maligna crueldad que afeaba los finos rasgos de la boca había aparecido, sin duda, en el mismo instante en que la muchacha ingirió el veneno. ¿O era indiferente a las consecuencias? ¿Conocería sólo lo que sucedía en el alma? Se sintió asombrado, y esperó que algún día vería producirse el cambio ante sus propios ojos, y ese deseo le hizo estremecerse.

¡Pobre Sibyl! ¡Qué gran romance había sido! Ella había fingido a menudo la muerte en escena. Luego la muerte misma la había alcanzado, llevándosela consigo. ¿Cómo habría representado aquel último y tremendo acto? ¿Lo habría maldecido al morir? No, había muerto por su amor, y el amor sería desde entonces un sacramento para él. Ella lo había expiado todo sacrificando su vida. No volvería a pensar en cuánto le había hecho sufrir durante aquella terrible noche en el teatro. Cuando pensase en ella, lo haría como en una magnífica figura trágica que ha sido enviada al escenario del mundo para mostrar la realidad suprema del amor. ¿Una maravillosa figura trágica? Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar su aspecto infantil, sus caprichosos y atractivos ademanes, su tímida y temblorosa gracia. Las enjugó apresuradamente y volvió a contemplar el retrato.

Sintió que había llegado realmente el momento de hacer una elección. ¿O la elección estaba ya hecha? Sí; la vida había decidido por él, la vida y la infinita curiosidad que sentía por ella. Eterna juventud, pasión infinita, placeres sutiles y secretos, alegrías ardientes y pecados aún más ardientes… tendría todas esas cosas. El retrato asumiría el peso de su vergüenza: eso era todo.

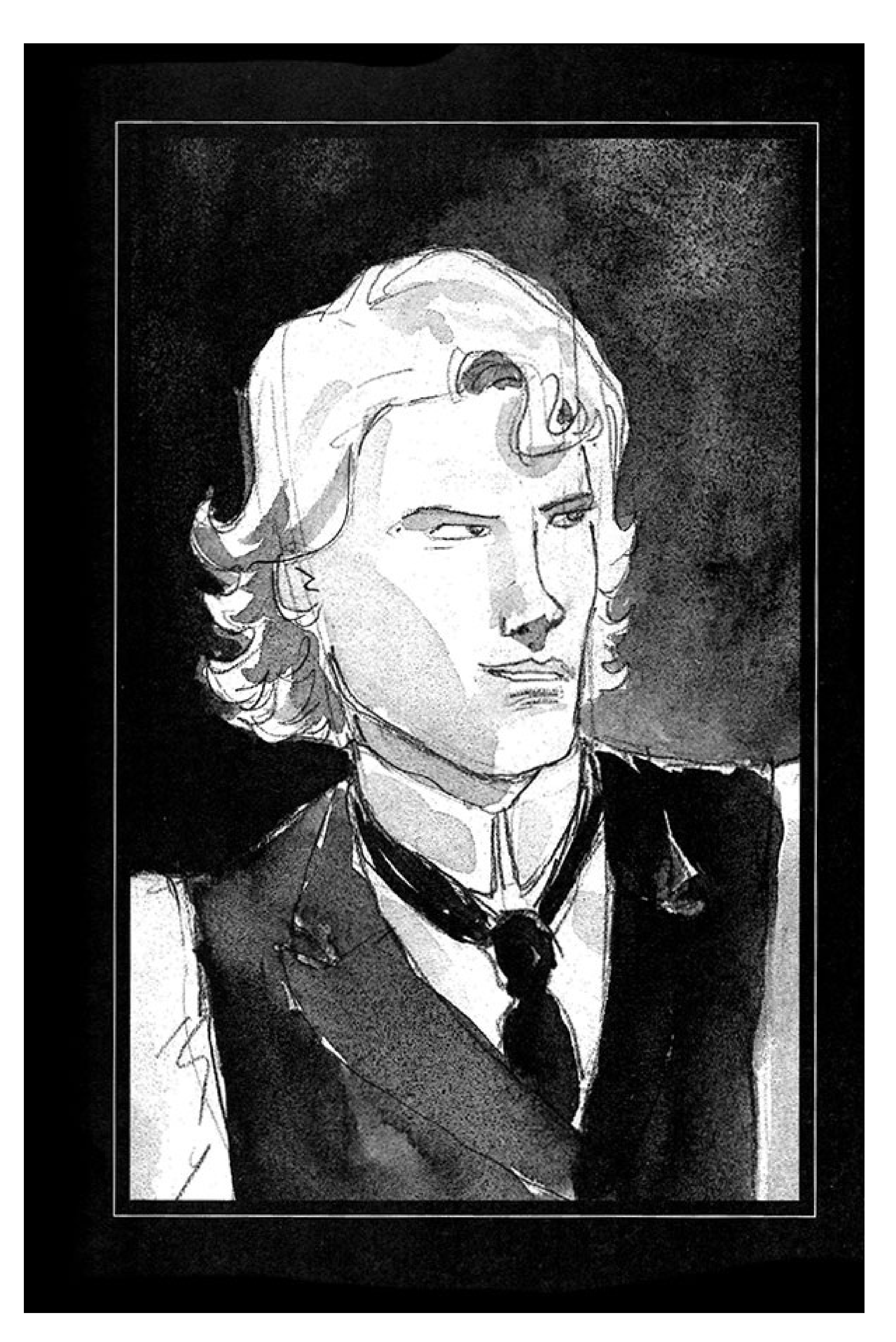
Una sensación de pena le sobrecogió al pensar en la profanación que sufriría su bello rostro sobre el lienzo. Una vez, travesura infantil de Narciso, había besado o fingido besar aquellos labios pintados que ahora le sonreían tan cruelmente. Mañana tras mañana se había sentado frente al retrato maravillado de su belleza, casi enamorado de ella, como a veces le parecía. ¿Se alteraría ahora con cada tentación a la que cediese? ¿Degeneraría aquello en algo monstruoso y repugnante que tendría

que esconder en un cuarto cerrado con llave, alejado de la luz del sol que tantas veces había acariciado la ondulada maravilla de su pelo? ¡Qué pena! ¡Qué pena!

Por un momento pensó en rezar para que cesase la horrible afinidad que había entre él y el retrato. Había cambiado en respuesta a una plegaria; quizá en respuesta a otra plegaria quedaría inalterado. Y, sin embargo, ¿quién que conociese algo la vida renunciaría a la oportunidad de permanecer siempre joven, por muy fantástica que fuese esa oportunidad, o fuesen cuales fuesen las consecuencias funestas que acarrease? Además, ¿estaba realmente bajo su control? ¿Había sido realmente su ruego lo que había causado la sustitución? ¿No podría haber alguna razón científica que lo explicase? Si el pensamiento podía ejercer su influencia sobre un organismo vivo, ¿no podría ejercerla también sobre las cosas muertas e inorgánicas? Es más: sin pensamiento ni deseo consciente, ¿no podrían las cosas externas a nosotros vibrar al unísono con nuestros humores y pasiones, un átomo llamando a otro por secreto amor a una extraña empatía? Pero el motivo no tenía importancia. No volvería a tentar con un ruego a tan terribles poderes. Si el cuadro debía alterarse, se alteraría. Eso era todo. ¿Por qué investigar más a fondo?

Porque sería un verdadero placer observarlo. Podría seguir a su mente hasta sus lugares más secretos. Ese retrato sería para él el más mágico de los espejos. Así como le había revelado su propio cuerpo, le revelaría también su propia alma. Y cuando el invierno cayera sobre el retrato, él seguiría estando allí donde la primavera tiembla al borde del verano. Cuando la sangre se retirase de su semblante, dejando tras de sí una máscara de yeso de plomizos ojos, él mantendría el encanto de la juventud. Ninguna de las flores de su belleza se marchitaría jamás. Ninguna de las pulsaciones de su vida quedaría debilitada. Como los dioses griegos, él sería fuerte y ligero y alegre. ¿Qué importaba lo que le ocurriese a la imagen del lienzo? Él estaría a salvo. Eso era todo.

Corrió de nuevo el biombo a su anterior posición frente al cuadro, sonriendo mientras lo hacía, y pasó a su dormitorio, donde el criado esperaba ya. Una hora después estaba en la ópera y lord Henry se inclinaba sobre su silla.



CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, el criado introdujo a Basil Hallward en la estancia.

—Cómo me alegro de haberte encontrado, Dorian —dijo gravemente—. Anoche vine y me dijeron que estabas en la ópera. Naturalmente, yo sabía que era imposible. Pero me hubiese gustado encontrar alguna nota para saber dónde habías ido en realidad. Pasé una noche horrible, casi temiendo que a una tragedia se sucediese otra. Creo que podías haberme telegrafiado nada más saberlo. Yo lo leí por pura casualidad en la última edición del *Globe*, que cogí en el club. Vine aquí de inmediato, y me llenó de pesadumbre no encontrarte. No tengo palabras para expresar el dolor que me produce todo este asunto. Sé lo que debes estar sufriendo. Pero ¿dónde estabas? ¿Fuiste a ver a la madre de la joven? Por un momento pensé en seguirte hasta allí. El diario daba la dirección. Es en algún lugar de la calle Euston, ¿no? Pero temía entrometerme en un dolor que no podía aliviar. ¡Pobre mujer! ¡En qué estado debe hallarse! ¡Y además era su única hija! ¿Qué dijo de lo ocurrido?

—Mi querido Basil, ¿cómo voy a saberlo? —murmuró Dorian Gray sorbiendo un vino amarillo pálido de una delicada copa de cristal de Venecia con doradas burbujas, y con aspecto de estar mortalmente aburrido—. Estuve en la ópera. Tenías que haber venido. Conocí a lady Gwendolen, la hermana de Harry. Estuvimos en su palco. Es absolutamente encantadora; y Patti cantó como una diosa. No hables de cosas desagradables. Si uno no habla de algo, es como si nunca hubiese ocurrido. Como dice Harry, es la expresión, sencillamente, lo que da realidad a las cosas. Pero te diré que ella no era hija única. Existe un hijo, un individuo encantador, según creo. Pero no trabaja en el teatro. Es marinero, o algo parecido. Y ahora háblame de ti y de tu trabajo.

—¿Fuiste a la ópera? —dijo Hallward, hablando muy despacio y con la voz desfigurada por el dolor—. ¿Fuiste a la ópera mientras Sibyl Vane yacía muerta en algún sórdido habitáculo? ¿Cómo puedes decirme que otra mujer es encantadora o que Patti cantó como una diosa antes de que la mujer que has amado tenga siquiera la paz de una tumba en la que reposar? ¿No te espantan los horrores que le esperan a su blanco y frágil cuerpo?

—¡Basta, Basil! ¡No quiero oírte! —gritó Dorian poniéndose en pie—. No me hables de esas cosas. Lo hecho, hecho está. El pasado es el pasado.

—¿Llamas pasado a ayer?

—¿Qué importa el tiempo real que haya pasado? Sólo la gente superficial necesita años para librarse de una emoción. Un hombre dueño de sí mismo puede acabar con una pena tan fácilmente como inventa un placer. No quiero estar a merced de mis emociones. Quiero utilizarlas, disfrutar de ellas y dominarlas.

—¡Dorian, esto es horrible! Algo te ha transformado por completo. Sigues

pareciendo exactamente el mismo adorable joven que, día tras día, solía venir a mi estudio y posar para su retrato. Pero entonces eras sencillo, natural y afectuoso. Eras la criatura menos contaminada del mundo. No entiendo lo que te ha ocurrido. Hablas como si no tuvieses corazón ni piedad. Todo esto es la influencia de Harry. Ya lo veo. —El joven enrojeció y, dirigiéndose a la ventana, contempló unos instantes el verde y resplandeciente jardín bañado por el sol.

—Le debo mucho a Harry, Basil —dijo al fin—. Más de lo que te debo a ti. Tú sólo me has enseñado a ser vanidoso.

—Bien, y ahora recibo el castigo, Dorian, o algún día seré castigado por ello.

—No sé lo que quieres decir, Basil —exclamó él volviéndose—. No entiendo qué es lo que quieres. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero al Dorian Gray que solía pintar —replicó con tristeza el artista.

—Basil —dijo el joven acercándose a él y poniendo una mano sobre su hombro —, llegas demasiado tarde. Ayer, cuando oí que Sibyl Vane se había suicidado…

—¡Suicidado! ¡Cielo santo! ¿No hay ninguna duda al respecto? —exclamó Hallward levantando la vista hacia él con expresión de horror.

—¡Mi querido Basil! ¡No pensarás en serio que ha sido un vulgar accidente! Claro que se ha suicidado.

El mayor de los dos hombres enterró la cara entre las manos.

—¡Qué espanto! —murmuró estremeciéndose.

—No —dijo Dorian Gray—. No hay nada de espantoso en ello. Es una de las grandes tragedias románticas de nuestros días. Por regla común, los actores llevan una vida de lo más vulgar. Son buenos maridos, esposas fieles o algo aburrido. Ya sabes a lo que me refiero: la virtud de la clase media y todas esas cosas. ¡Qué distinta era Sibyl! Ha vivido la más bella de sus tragedias. Siempre fue una heroína. La última noche que actuó —la noche en que tú la viste—, actuó mal porque había conocido la realidad del amor. Cuando conoció su irrealidad, murió como lo hubiese hecho Julieta. Ha vuelto a la esfera del arte. Hay algo de mártir en ella. Su muerte tiene la patética futilidad del martirio, su inútil belleza. Pero, como iba diciendo, no pienses que yo no he sufrido. Si hubieses llegado ayer en el momento preciso, entre las cinco y media, quizá, o las seis menos cuarto, me habrías encontrado llorando. Incluso Harry, que estaba aquí, que me dio la noticia, de hecho, no tenía idea de lo que yo estaba pasando. Sufría inmensamente. Después se me pasó. No puedo repetir una emoción. Nadie puede, excepto los sentimentales. Y tú eres terriblemente injusto, Basil. Vienes aquí para consolarme, lo que resulta encantador por tu parte. Me encuentras consolado y te pones furioso. ¡Qué persona más comprensiva! Me recuerdas una historia que contó Harry sobre cierto filántropo que perdió veinte años de su vida tratando de reparar un agravio o intentado cambiar una ley injusta; olvidé lo que era exactamente. Finalmente lo logró, y nada pudo superar su desilusión. Ya no tenía absolutamente nada que hacer, casi muere de *ennui*, y se volvió un confirmado misántropo. Y además, mi querido Basil, si realmente quieres

consolarme, enséñame más bien a olvidar lo que ha ocurrido, o a verlo desde el punto de vista artístico apropiado. ¿No era Gautier quien solía escribir sobre la *consolation des arts*? Recuerdo que un día en tu estudio, hojeando un pequeño tomo encuadernado en vitela que encontré por casualidad, me crucé con esa deliciosa frase. Pues bien, no soy como el joven que conociste cuando estábamos juntos en Marlow, el joven que solía decir que el raso amarillo podía consolarle a uno por todas las miserias de la vida. Me gustan las cosas hermosas que uno puede tocar y manejar. Los brocados antiguos, los verdes bronces, los lacados y las tallas en marfil, los entornos exquisitos, el lujo, la pompa: se puede obtener mucho de todas esas cosas. Pero el temperamento artístico que crean, o en cualquier caso revelan, significa aún más para mí. Convertirse en el espectador de tu propia vida, como dice Harry, es escapar del sufrimiento de la existencia. Sé que te sorprende oírme hablar así. No te das cuenta de cómo he crecido. Cuando me conociste era un colegial. Ahora soy un hombre. Tengo pasiones nuevas, pensamientos nuevos, ideas nuevas. Soy diferente, pero no por eso debes tenerme menos aprecio. He cambiado, pero debes seguir siendo mi amigo. Por supuesto, yo quiero mucho a Harry. Pero sé que tú eres mejor que él. No eres más fuerte, le tienes mucho más miedo a la vida, pero eres mejor. ¡Y qué felices éramos juntos! No me dejes, Basil, y no discutas conmigo. Yo soy lo que soy. No hay nada más que decir.

El pintor se sintió extrañamente conmovido. Le tenía un inmenso afecto al joven, y su personalidad había supuesto un cambio decisivo para su arte. No podía soportar la idea de seguir haciéndole reproches. Después de todo, su indiferencia probablemente no fuera más que un estado de ánimo pasajero. Había demasiada bondad y nobleza en él.

—Bien, Dorian —dijo finalmente con una triste sonrisa—. No volveré a hablarte de este horrible asunto a partir de hoy. Sólo confío en que no se mencione tu nombre en relación con él. La investigación tendrá lugar esta tarde. ¿Te han citado?

Dorian denegó con la cabeza y una expresión de molestia cruzó su rostro al escuchar la palabra «investigación». Había algo tan crudo y vulgar en todo ese tipo de cosas.

—No saben mi nombre —contestó.

—Pero ella sí lo sabría.

—Sólo mi nombre de pila, y estoy completamente seguro de que nunca se lo mencionó a nadie. Una vez me dijo que todos tenían mucha curiosidad por saber quién era yo, y que les respondía invariablemente que mi nombre era el Príncipe Encantador. Fue bonito por su parte. Tienes que hacerme un dibujo de Sibyl, Basil. Me gustaría conservar algo más de ella que el recuerdo de unos pocos besos y unas palabras quebradas y patéticas.

—Intentaré hacer algo, Dorian, si eso te agrada. Pero debes volver a posar para mí. Sin ti no puedo avanzar.

—Nunca volveré a posar para ti, Basil. Es imposible —exclamó retrocediendo.

El pintor lo miró con asombro.

—Mi querido muchacho, ¡qué tontería! —exclamó—. ¿Significa eso que no te gusta el retrato que pinté de ti? ¿Dónde está? ¿Por qué has corrido el biombo delante de él? Déjame verlo. Es lo mejor que he hecho nunca. Retira el biombo, Dorian. Es una vergüenza que tu criado esconda así mi trabajo. Al entrar sentí que algo había cambiado en la habitación.

—Mi criado no tiene nada que ver con ello, Basil. No pensarás que le dejo arreglar el cuarto. A veces coloca las flores en mi lugar: eso es todo. No; lo he hecho yo mismo. Le daba demasiada luz.

—¡Demasiada luz! En absoluto, mi querido amigo. Es un sitio excelente para el cuadro. Déjame verlo.

Y Hallward fue hacia la esquina de la habitación.

Un grito de terror escapó de los labios de Dorian Gray, que se precipitó entre el pintor y el biombo.

—Basil —dijo poniéndose muy pálido—, no debes verlo. No quiero que lo hagas.

—¿Que no debo ver mi propia obra? No hablarás en serio. ¿Por qué no iba a hacerlo? —exclamó Hallward riendo.

—Si intentas verlo, Basil, te doy mi palabra de honor de que no volveré a hablarte mientras viva. Lo digo completamente en serio. No voy a darte ninguna explicación, y tú no debes pedírmela. Pero, recuerda, si tocas este biombo, todo habrá acabado entre nosotros.

Hallward estaba asombrado. Miraba a Dorian Gray completamente estupefacto. Nunca lo había visto así. El joven estaba realmente pálido de rabia. Tenía las manos crispadas, y las pupilas de sus ojos parecían discos de fuego azul. Todo él temblaba.

—¡Dorian!

—¡No digas nada!

—Pero ¿cuál es el problema? Por supuesto que no miraré si ése es tu deseo —dijo con cierta frialdad girando sobre sus talones y dirigiéndose hacia el balcón—. Pero realmente me parece absurdo no poder ver mi propia obra, especialmente ahora que voy a exponerla en París este otoño. Probablemente tendré que darle antes otra capa de barniz, de modo que algún día tendré que verlo, ¿y por qué no hoy?

—¿Exponerlo? ¿Quieres exponerlo? —exclamó Dorian Gray invadido por una extraña sensación de terror. ¿Iba el mundo a descubrir su secreto? ¿Se quedaría la gente boquiabierta ante el misterio de su vida? Eso era imposible. Tenía que hacer algo inmediatamente, aunque no sabía qué.

—Sí; supongo que no pondrás ninguna objeción. George Petit va a reunir mis mejores cuadros en una exposición especial en la calle de Sèze, que se inaugurará la primera semana de octubre. El retrato sólo estará fuera un mes. Supongo que podrás prescindir de él durante ese tiempo. De hecho, seguro que estarás fuera de la ciudad. Y si lo tienes siempre detrás de un biombo, no puede importarte mucho.

Dorian Gray se pasó la mano por la frente, perlada de sudor. Se sentía amenazado

por un terrible peligro.

—Hace un mes me dijiste que nunca lo expondrías —gritó—. ¿Por qué has cambiado de idea? Los que presumís de consecuentes sois tan caprichosos como los demás. La única diferencia es que vuestros caprichos carecen por completo de sentido. No puedes haber olvidado que me aseguraste solemnemente que nada en el mundo te llevaría a mandarlo a una exposición. Y exactamente lo mismo le dijiste a Harry.

De pronto se detuvo, y una repentina luz brilló en sus ojos. Recordó que lord Henry le había dicho una vez, medio en serio medio en broma: «Si quieres pasar un curioso cuarto de hora, pregúntale a Basil por qué no quiere exponer tu retrato. A mí me lo contó y fue toda una revelación».

Sí, puede que Basil también tuviese un secreto. Intentaría averiguarlo.

—Basil —dijo acercándose y mirándole a la cara—. Cada uno de nosotros tiene un secreto. Déjame saber el tuyo y entonces yo te contaré el mío. ¿Por qué razón rehusaste exponer el retrato?

El pintor tembló a su pesar.

—Dorian, si te lo dijese, podría gustarte menos de lo que te gusto ahora, y seguro que te reirías de mí. No podría soportar ninguna de las dos cosas tratándose de ti. Si no quieres que vuelva a mirar el retrato, estoy conforme. Siempre puedo mirarte a ti. Si deseas que la mejor obra que he hecho nunca permanezca oculta al mundo, lo acataré satisfecho. Tu amistad me es más querida que cualquier fama o reputación.

—No, Basil, debes decírmelo —insistió Dorian Gray—. Creo que tengo derecho a saberlo.

El sentimiento de terror había desaparecido, reemplazado por la curiosidad. Estaba decidido a descubrir el misterio de Basil Hallward.

—Sentémonos, Dorian —dijo el pintor con aspecto turbado—. Sentémonos y contesta sólo a una pregunta. ¿Has notado algo extraño en el cuadro, algo que probablemente no te había llamado la atención en un principio, pero que se reveló ante ti de pronto?

—¡Basil! —gritó el joven apretando los brazos de su silla con temblorosas manos y mirándole con ojos ardientes y espantados.

—Ya veo que sí. No hables. Espera a oír lo que tengo que decirte, Dorian. Desde el momento en que nos conocimos, tu personalidad ejerció una extraordinaria influencia sobre mí. Sentí que dominabas mi espíritu, mi cerebro, mi voluntad. Te convertiste para mí en la encarnación visible del invisible ideal cuya memoria persigue a los artistas como un exquisito sueño. Sentía adoración por ti. Tenía celos de todos aquellos con quienes hablabas. Quería tenerte para mí solo. Únicamente estando contigo era feliz. Cuando estabas lejos de mí, seguías estando presente en mi arte… Naturalmente, nunca dejé que supieras nada. Era imposible. No lo hubieses entendido. Me resulta difícil entenderlo a mí mismo. Yo sólo sabía que había visto la perfección cara a cara, y que el mundo se había convertido en algo maravilloso,

demasiado maravilloso quizá, porque hay un peligro en tan locas adoraciones, el peligro de perderlas, que no es menor que el de conservarlas… Pasaban las semanas y yo me absorbía más y más en ti. Entonces las cosas tomaron un rumbo distinto. Te había dibujado como Paris, con una elegante armadura, y de Adonis, con capa de cazador y una bruñida jabalina. Coronado con pesadas flores de loto, te habías sentado a la proa de la barca de Adriano contemplando el Nilo verde y turbulento. Te habías inclinado sobre el apacible estanque de un bosque griego, admirando en la plata de las silenciosas aguas la maravilla de tu propio rostro. Y todo había sido como el arte debe ser: inconsciente, ideal y remoto. Un día, un día fatal pienso a veces, decidí pintar un maravilloso retrato tuyo tal como eras en realidad, no con la indumentaria de épocas pasadas, sino con tu propio traje y en tu propio tiempo. Si fue el realismo de la técnica o la mera maravilla de tu personalidad, reflejada así directamente, sin niebla o velo alguno, no podría decirlo. Pero sé que mientras trabajaba en él, cada pincelada y capa de color parecían revelar mi secreto. Sentí miedo de que los demás comprendiesen mi idolatría. Sentí, Dorian, que había dicho demasiado, que había puesto demasiado de mí mismo en él. Fue entonces cuando decidí no permitir nunca que el cuadro se expusiese. Tú estabas algo molesto; pero entonces no te dabas cuenta de lo que todo eso significaba para mí. Harry, a quien conté mis motivos, se rió de mí. Pero no me importó. Cuando el cuadro estuvo acabado y me senté solo frente a él, sentí que yo estaba en lo cierto… Pues bien, unos días después el cuadro abandonó mi estudio, y tan pronto como me hube librado de la intolerable fascinación de su presencia, me pareció que había sido un loco al imaginar que había visto algo en él, más allá del hecho de tu extraordinaria belleza y de lo que yo era capaz de pintar. Incluso ahora no puedo evitar sentir que es un error pensar que la pasión que uno siente al crear se muestra realmente en la obra creada. El arte es siempre más abstracto de lo que imaginamos. La forma y el color nos hablan de la forma y del color: eso es todo. A menudo pienso que el arte esconde al artista en mucha mayor medida de lo que lo revela. Por eso, cuando recibí esta oferta de París, decidí convertir tu retrato en la obra principal de mi exposición. En ningún momento se me ocurrió que podrías negarte. Ahora veo que tenías razón. El cuadro no puede exponerse. No debes enfadarte, Dorian, por lo que te he contado. Como le dije una vez a Harry, estás hecho para que te adoren.

Dorian Gray respiró profundamente. El color volvió a sus mejillas, y una sonrisa jugó en sus labios. Había pasado el peligro. Por el momento estaba a salvo. Sin embargo, no podía evitar sentir una infinita piedad por el pintor que acababa de hacerle esa extraña confesión, y se preguntó si alguna vez él mismo se sentiría tan subyugado por la personalidad de un amigo. Lord Henry tenía el encanto de ser muy peligroso. Pero eso era todo. Era demasiado inteligente y cínico para adorarlo. ¿Existiría alguna vez alguien por quien llegase él a sentir una idolatría tan extraña? ¿Sería ésa una de las cosas que le tenía reservada la vida?

—Me resulta increíble, Dorian —dijo Hallward—, que hayas podido ver eso en el

retrato. ¿Realmente lo has visto?

—Veía algo en él —contestó—, algo que me parecía muy extraño.

—Entonces, ya no te importará que lo vea.

Dorian movió la cabeza.

—No me pidas eso, Basil. No puedo dejar que te pongas frente al retrato.

—Me dejarás algún día, ¿verdad?

—Jamás.

—Bueno, puede que tengas razón. Y ahora adiós, Dorian. Has sido la única persona en mi vida que ha influido realmente en mi arte. Todo lo bueno que haya podido hacer te lo debo a ti. ¡Ah! No sabes lo que me ha costado contarte todo lo que te he dicho.

—Mi querido Basil —dijo Dorian—, ¿qué me has contado? Sólo que sentiste que me admirabas demasiado. Eso no es tan siquiera un cumplido.

—No pretendía ser un cumplido. Era una confesión. Ahora que la he hecho, me parece haber perdido algo. Quizá uno nunca debería expresar su adoración con palabras.

—Ha sido una confesión muy decepcionante.

—¿Y qué esperabas, Dorian? No has visto nada más en el retrato, ¿verdad? No había nada más que ver, ¿no?

—No; no había nada más que ver. ¿Por qué lo preguntas? Pero no debes hablar de adoración. Es una locura. Tú y yo somos amigos, Basil, y debemos permanecer siempre así.

—Tú tienes a Harry —dijo el pintor con tristeza.

—¡Oh, Harry! —exclamó el joven con una carcajada—. Harry ocupa sus días en decir lo increíble, y sus noches en hacer lo improbable. Justamente el tipo de vida que me gustaría llevar. Pero aun así no creo que acudiese a Harry si me encontrase en apuros. Antes acudiría a ti.

—¿Posarás para mí otra vez?

—¡Imposible!

—Negándote arruinas mi vida de artista, Dorian. Nadie se cruza dos veces con su ideal. Muy pocos llegan a hallarlo…

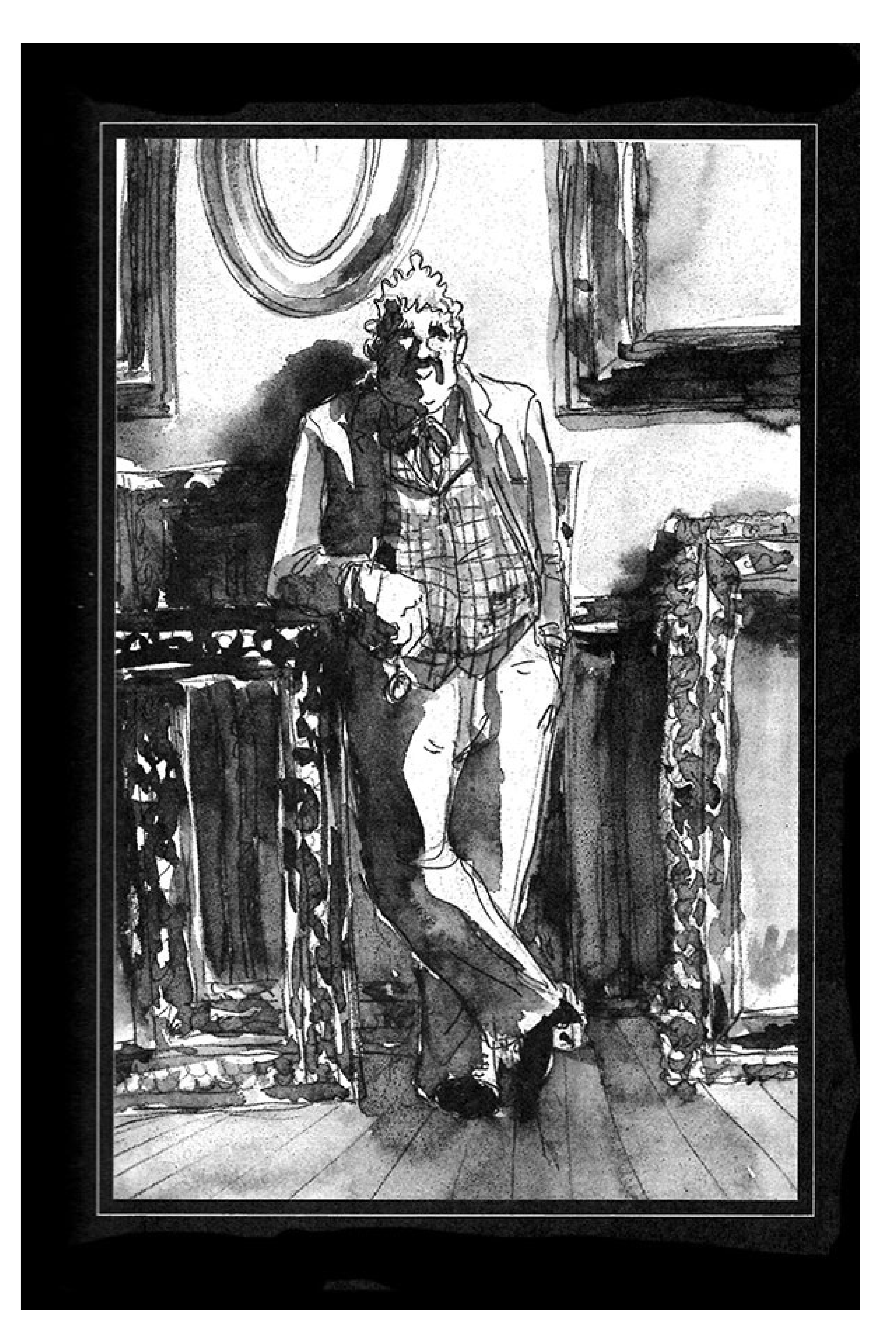
—No puedo explicártelo, Basil, pero no debo volver a posar para ti. Hay algo fatal en un retrato. Tiene vida propia. Iré a tomar el té contigo. Será igual de agradable.

—Para ti lo será más, me temo —murmuró Hallward sentidamente—. Y ahora, adiós. Siento que no me dejes ver el retrato una vez más. ¡Pero qué se le va a hacer! Comprendo perfectamente lo que sientes por él.

Cuando abandonó la estancia, Dorian Gray sonrió. ¡Pobre Basil! ¡Qué lejos estaba de imaginar la verdadera razón! Y qué extraño era que, en lugar de verse forzado a revelar su secreto, hubiese conseguido, casi por casualidad, arrancarle un secreto a su amigo. ¡Cuántas cosas explicaba su extraña confesión! Los absurdos accesos de celos

del pintor, su desmesurada devoción, sus extraños panegíricos, sus curiosas reticencias: ahora lo comprendía todo y se sentía apenado. Le parecía que había algo trágico en una amistad tan teñida de romance.

Suspiró y tocó la campana. El retrato debía estar oculto a toda costa. No podía correr el riesgo de que alguien lo descubriese. Había sido una locura dejarlo estar, tan siquiera por una hora, en un cuarto al que cualquiera de sus amistades tenía acceso.



CAPÍTULO X

Cuando el criado entró, lo observó con insistencia preguntándose si se le habría ocurrido fisgar tras el biombo. El hombre permaneció completamente impasible y esperó sus órdenes. Dorian encendió un cigarrillo, se dirigió al espejo y miró en su interior. Podía ver reflejado el rostro de Víctor. Era como una plácida máscara de servilismo. Por ese lado no había nada que temer. Sin embargo, pensó que lo mejor sería estar en guardia.

Hablando muy despacio, le mandó decirle al ama de llaves que deseaba verla, y luego ir al marquista para pedir que enviase inmediatamente a dos de sus hombres. Le pareció que, cuando el criado abandonaba la estancia, sus ojos se movían hacia el biombo. ¿O sólo lo había imaginado?

Unos instantes después, la señora Leaf, con su traje negro de seda y las rugosas manos enfundadas en anticuados mitones de hilo, se apresuraba a entrar en la biblioteca. Le pidió la llave del viejo cuarto de estudio.

—¿El viejo cuarto de estudio, señor Dorian? —exclamó—. Bueno, está lleno de polvo. He de arreglarlo y ponerlo en orden antes de que usted entre. No está preparado para que usted lo vea. Ni mucho menos, señor.

—No quiero que lo arregle, Leaf. Sólo quiero la llave.

—Bien, señor, le cubrirán las telarañas al entrar. La verdad es que no se ha abierto en casi cinco años, desde que murió Su Señoría.

Se estremeció al oír mencionar a su abuelo. Tenía un recuerdo espantoso de él.

—No importa —respondió—. Simplemente deseo ver el cuarto. Eso es todo. Déme la llave.

—La llave está aquí, señor —dijo la anciana rebuscando en el contenido del manojo con manos temblorosas e inseguras—. La llave está aquí, señor. Enseguida la saco del manojo. Pero no pensará usted trasladarse allí, señor, con lo confortable que está aquí abajo.

—No, no —exclamó malhumoradamente—. Gracias, Leaf. Eso es todo.

Se demoró unos instantes, parloteando sobre detalles caseros. Suspiró, y le dijo que arreglase las cosas como mejor le pareciese. Ella salió del cuarto prodigando sonrisas.

Al cerrarse la puerta, Dorian guardó la llave en su bolsillo y echó una ojeada a la estancia. Su mirada se detuvo en una gran colcha de raso rojo con gruesos bordados de oro, una espléndida pieza veneciana de finales del siglo XVII que su abuelo había encontrado en un convento cerca de Bolonia. Sí, eso serviría para envolver el espantoso objeto. Puede que hubiese servido más de una vez como mortaja. Ahora iba a ocultar algo que tenía corrupción propia, peor que la corrupción de la muerte misma, algo que engendraría horrores pero que no moriría nunca. Lo que el gusano era al cadáver, lo serían sus pecados para la imagen pintada sobre el lienzo. Ellos

malograrían su belleza y devorarían su gracia. Lo mancillarían, cubriéndolo de vergüenza. Y sin embargo esa cosa seguiría viviendo. Siempre estaría viva.

Se estremeció, y por un momento sintió no haberle contado a Basil la verdadera razón por la que quería ocultar el retrato. Basil lo hubiese ayudado a resistirse a la influencia de lord Henry, y a la aún más venenosa influencia que provenía de su propio carácter. El amor que le tenía —porque realmente era amor— no tenía nada que no fuese noble e intelectual. No era esa mera admiración física de la belleza que nace de nuestros sentidos y muere cuando éstos se cansan. Era el tipo de amor que Miguel Ángel había conocido, y Montaigne, y Winckelmann, y el mismo Shakespeare. Sí, Basil podía haberlo salvado. Pero ahora era demasiado tarde. El pasado siempre podía aniquilarse. El arrepentimiento, la negación o el olvido podían hacerlo. Pero el futuro era inevitable. Había pasiones en él que encontrarían su terrible expansión, sueños que proyectarían en él la sombra de su realidad perversa. Cogió del canapé la enorme colcha púrpura y dorada que lo cubría y, sosteniéndola entre sus manos, pasó detrás del biombo. ¿Era el semblante del retrato más vil que antes? Le pareció que no se había alterado; y sin embargo aumentó su aversión por él. El dorado pelo, los azules ojos, los labios como rosas rojas: todo seguía allí. Sólo había cambiado la expresión. Resultaba horrible en su crueldad. Comparado con la censura y reprobación que veía en él, ¡qué débiles habían sido los reproches de Basil sobre Sibyl Vane! ¡Qué débiles e insignificantes! Su propia alma lo miraba desde el lienzo, juzgándolo. Una expresión de dolor cruzó su rostro, y echó el rico manto sobre el retrato. En ese preciso instante, alguien llamó a la puerta. Salió al tiempo que entraba el sirviente.

—Las personas que espera han llegado, *Monsieur*.

Le pareció que debía librarse del criado inmediatamente. No podía permitir que supiese adonde llevaban el retrato. Había algo de taimado en él, y sus ojos eran inquisidores y traicioneros. Sentándose en el escritorio, garabateó una nota para lord Henry, pidiéndole que le mandase algo para leer y recordándole que habían quedado a las ocho y veinticinco de esa tarde.

—Espera la respuesta —dijo entregándole la nota—, y haz pasar a esos hombres.

En dos o tres minutos llamaron de nuevo a la puerta, y el mismo señor Hubbard, el célebre fabricante de marcos de la calle South Audley, entró con un joven ayudante de rudo aspecto. El señor Hubbard era un lozano hombrecillo de patillas rojas cuya admiración por el arte estaba considerablemente atenuada por la inveterada indigencia de la mayoría de los artistas con los que trataba. Por regla general nunca dejaba su tienda. Esperaba a que la gente acudiese a él. Pero siempre hacía una excepción con Dorian Gray. Había algo en Dorian que encantaba a todos. Sólo el verlo era un placer.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Gray? —dijo frotándose las gruesas y pecosas manos—. Es para mí un honor venir en persona. Precisamente tengo un marco precioso, señor. Lo conseguí en una subasta. Florentino antiguo. Viene de

Fronthill, creo. Le iría admirablemente a un motivo religioso, señor Gray.

—Siento que se haya tomado la molestia de venir, señor Hubbard. Me pasaré por allí para verlo, aunque actualmente no me interesa demasiado el arte religioso, pero hoy sólo quiero que lleven un cuadro al piso de arriba. Es bastante pesado, por eso pensé pedirle que me prestase a un par de sus hombres.

—No es molestia alguna, señor Gray. Encantado de serle de alguna utilidad. ¿Cuál es la obra de arte, señor?

—Ésta —contestó Dorian apartando el biombo—; ¿pueden moverla, con cubierta y todo, tal como está? No quisiera que se arañe al subirla.

—No hay ningún problema, señor —dijo el ilustre fabricante de marcos empezando a descolgar el cuadro, con la ayuda de su acompañante, de las largas cadenas de bronce de las que colgaba—. ¿Y ahora dónde quiere que lo llevemos, señor Gray?

—Le mostraré el camino, señor Hubbard, si es tan amable de seguirme. O quizá sería mejor que fuese usted delante. Me temo que está justo en lo más alto de la casa. Subiremos por la escalera principal, ya que es más ancha.

Sujetó la puerta para que pasaran, y ellos salieron al vestíbulo y empezaron a subir las escaleras. El elaborado estilo del marco había vuelto el cuadro extremadamente pesado y, de cuando en cuando, a pesar de las obsequiosas protestas del señor Hubbard, que sentía la enérgica aversión del verdadero comerciante a ver a un caballero haciendo algo útil, Dorian extendía la mano para ayudar.

—Es algo pesado, señor —dijo jadeando el hombrecillo una vez arriba. Y se enjugó la sudorosa frente.

—Me temo que bastante —murmuró Dorian abriendo la puerta del cuarto que guardaría a partir de entonces el extraño secreto de su vida, y que ocultaría su alma a los ojos de los hombres.

No había entrado allí en más de cuatro años; de hecho, desde que lo había usado primero como su cuarto de juegos y después como estudio al crecer. Era una habitación grande y bien proporcionada, que el último lord Kelso había hecho construir especialmente para el pequeño nieto que, por su asombroso parecido con la madre, además de otros motivos, siempre había odiado y deseado tener lejos. A Dorian le pareció que había cambiado poco. Estaba el enorme *cassone* italiano, con sus tablas pintadas con fantásticos motivos y sus lustrosas molduras doradas, en cuyo interior solía ocultarse cuando era un niño. Estaba la estantería de madera satinada con sus libros de escolar, ya abarquillados. De la pared de atrás colgaba el mismo tapiz flamenco deshilachado donde un rey y una reina deslucidos jugaban al ajedrez en un jardín, mientras una compañía de halconeros cabalgaba al fondo, llevando sus aves encapirotadas en los enguantados puños. ¡Con qué precisión lo recordaba todo! Cada momento de su niñez solitaria volvía a él mientras miraba a su alrededor. Recordó la pureza sin mancha de su vida de niño, y le pareció terrible tener que ocultar el retrato justamente allí. ¡Qué poco había pensado, en aquellos días lejanos,

en todo lo que la vida podía depararle!

Pero no había lugar más a salvo de las miradas curiosas que aquél en toda la casa. Él guardaría la llave, y nadie más podría entrar. Bajo su rojo sudario, la cara pintada en el lienzo podría volverse bestial, hinchada, inmunda. ¿Qué importaba? Nadie podría verla. Él mismo no la vería. ¿Por qué iba a vigilar la horrible corrupción de su propia alma? Él mantendría su juventud: eso bastaba. Y, además, después de todo, ¿no podía ocurrir que mejorase su naturaleza? No había razón para que el futuro estuviese tan cargado de vergüenza. Podía cruzarse algún amor en su vida que lo purificase y protegiese de esos pecados que ya parecían agitarse dentro de él en cuerpo y alma; esos extraños e invisibles pecados a los que el propio misterio prestaba encanto y sutileza. Pudiera ser que, algún día, la expresión de crueldad abandonase la sensual boca escarlata, y él podría mostrar al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

No. Eso era imposible. Hora tras hora, semana tras semana, la imagen del lienzo envejecía. Podía escapar al horror del pecado, pero nunca al de la vejez. Las mejillas se volverían hundidas y flácidas. Amarillentas patas de gallo rodearían sus marchitos ojos, volviéndolos espantosos. Los cabellos perderían su brillo; la boca se abriría bobamente o colgaría, se volvería estúpida o grosera como las bocas de todos los viejos. Tendría el cuello lleno de arrugas, manos heladas de azuladas venas, y el encorvado cuerpo que recordaba en aquel abuelo que había sido tan duro con él en la infancia. El retrato debía permanecer oculto. No cabía otra posibilidad.

—Pónganlo aquí, señor Hubbard, por favor —dijo en tono fatigado, volviéndose hacia él—. Siento haberle entretenido tanto. Pensaba en otra cosa.

—Siempre contento de descansar, señor Gray —contestó el marquista, respirando aún jadeante—. ¿Dónde lo ponemos, señor?

—Oh, en ninguna parte. Aquí: aquí estará bien. No deseo colgarlo. Sólo apóyenlo en la pared. Gracias.

—¿Podría ver la obra de arte, señor?

Dorian se sobresaltó.

—No le interesaría, señor Hubbard —dijo sin quitarle los ojos de encima. Estaba dispuesto a saltar sobre él y derribarlo si hubiese intentado levantar el suntuoso paño que ocultaba el secreto de su vida—. No quiero molestarle más. Le agradezco mucho su amabilidad al venir.

—No hay de qué, señor Gray; no hay de qué. Siempre encantado de servirle, señor.

Y el señor Hubbard bajó pesadamente las escaleras seguido de su ayudante, que miraba a Dorian con una expresión de tímido asombro en la ruda y desgarbada cara. Nunca había visto a nadie tan maravilloso.

Cuando se apagó el ruido de sus pasos, Dorian cerró la puerta y guardó la llave en el bolsillo. Ahora se sentía seguro. Nadie vería nunca esa horrible cosa. Ningún ojo excepto el suyo vería jamás su vergüenza.

Al entrar en la biblioteca, observó que eran las cinco y que el té ya estaba servido. Sobre una mesita de madera oscura y perfumada, incrustada de nácar y regalo de lady Radley, la esposa de su tutor —una inválida bastante experta que había pasado el invierno anterior en El Cairo—, había una carta de lord Henry junto a un libro encuadernado en amarillo con la portada algo rota y los cantos sucios. En la bandeja del té había un número de la tercera edición de la *St James's Gazette*. Era evidente que Víctor había regresado. Se preguntó si no habría encontrado a los hombres en el vestíbulo cuando se marchaban, sonsacándoles lo que habían hecho. Seguramente notaría la falta del retrato… lo habría notado ya sin duda al servir el té. El biombo aún no estaba en su sitio, y se veía un lugar vacío en la pared. Quizá le sorprendería una noche deslizándose escaleras arriba e intentando forzar la puerta de la habitación. Era espantoso tener un espía en la propia casa. Había oído hablar de hombres ricos chantajeados toda su vida por un criado que había leído una carta, o sorprendido una conversación, o recogido una tarjeta con unas señas, o hallado bajo una almohada una flor marchita o un trozo de encaje arrugado.

Suspiró y, tras servirse el té, abrió la carta de lord Henry. Sólo era para decirle que le enviaba aquel diario de la noche junto a un libro que podía interesarle, y que a las ocho y veinticinco estaría en el club. Abrió lánguidamente el *St James's* y le echó un vistazo. En la quinta página, una señal con lápiz rojo atrajo su mirada. Llamaba la atención sobre el siguiente párrafo:

> *Investigación sobre una actriz.* —Esta mañana el Juez de Primera Instancia del distrito, señor Danby, ha llevado a cabo una investigación en la taberna Bell, de la calle Hoxton, sobre el cadáver de Sibyl Vane, una joven actriz recientemente contratada en el Royal Theatre, Holborn. El veredicto pronunciado fue el de muerte accidental. Se expresó una gran condolencia hacia la madre de la difunta, que se mostró profundamente afectada durante su declaración y la del doctor Birrel, que había realizado la autopsia.

Frunció el ceño y, rompiendo el papel en dos, cruzó el cuarto y tiró los pedazos. ¡Qué repugnante era todo aquello! ¡Y qué espantosamente reales volvía las cosas la fealdad! Se sentía algo molesto con lord Henry por haberle enviado aquel informe. Y había sido realmente estúpido por su parte el marcarlo con lápiz rojo. Víctor podía haberlo leído. Para ello sabía inglés de sobra como para hacerlo.

Quizá lo hubiese leído y sospechase algo. Y, sin embargo, ¿qué importaba? ¿Qué tenía que ver Dorian Gray con la muerte de Sibyl Vane? No había nada que temer. Dorian Gray no la había matado.

Sus ojos cayeron sobre el libro amarillo que lord Henry le había enviado. Se

preguntó qué sería. Se acercó a la mesita octogonal de perlados tonos, que siempre le había parecido obra de unas extrañas abejas egipcias dedicadas a labrar la plata, y cogiendo el volumen se dejó caer en un sillón y empezó a pasar las páginas. Al cabo de unos minutos se hallaba absorto en él. Era el libro más raro que había leído nunca. Le pareció que al delicado son de las flautas y hermosamente vestidos, todos los pecados del mundo desfilaban en mudo cortejo ante él. Cosas con las que sólo había soñado oscuramente se aparecían de pronto como reales. Cosas con las que nunca había soñado se iban revelando lentamente.

Era una novela sin trama y con un solo personaje; de hecho era un mero estudio psicológico sobre un joven parisino que había pasado su vida intentando realizar, en el XIX, las pasiones y formas de pensamiento de todos los siglos a excepción del suyo, para reunir en sí mismo, por decirlo de algún modo, todos los estados de ánimo por los que ha pasado el espíritu en el mundo, amando por su mera artificiosidad las renuncias que los hombres neciamente han llamado virtud tanto como esa natural rebelión que los sabios aún llaman pecado. El estilo en el que estaba escrito era el curioso y adornado estilo, intenso y oscuro a un tiempo, lleno de *argot* y de arcaísmos, de expresiones técnicas y elaboradas paráfrasis, que caracteriza el trabajo de algunos de los mejores artistas de la escuela simbolista francesa. Tenía metáforas tan monstruosas como orquídeas, y de su mismo y sutil color. La vida de los sentidos se describía en términos de filosofía mística. A veces era difícil saber si se estaban leyendo los éxtasis espirituales de algún santo medieval o las mórbidas confesiones de un pecador moderno. Era un libro venenoso. Un pesado olor a incienso parecía flotar sobre sus páginas y trastornar el cerebro. La mera cadencia de sus frases, la sutil monotonía de su música, tan llena como estaba de complejos estribillos y movimientos elaboradamente repetidos, producía en la mente del joven, al pasar de un capítulo a otro, una suerte de ensueño, un enfermizo estado de duermevela, que le cegó al atardecer y a la creciente invasión de las sombras.

Un cielo cobrizo y sin nubes, horadado por una sola estrella, brillaba a través de los ventanales. Siguió leyendo a la pálida luz hasta que le fue imposible. Finalmente, después de que su criado le recordase varias veces lo tarde que era, se levantó, fue al cuarto contiguo y, dejando el libro en la mesita florentina junto a su cama, empezó a vestirse para la cena.

Eran casi las nueve cuando llegó al club, donde encontró a lord Henry sentado solo en la sala de espera, con un aspecto muy aburrido.

—Lo siento mucho, Harry —exclamó—, pero lo cierto es que tú tienes toda la culpa. El libro que me enviaste me fascinó tanto que olvidé el paso del tiempo.

—Sí; pensé que te gustaría —contestó su anfitrión levantándose.

—No he dicho que me gustase, Harry. He dicho que me fascina. Hay una gran diferencia.

—Ah, ¿ya lo has descubierto? —murmuró lord Henry. Y pasaron al comedor.

CAPÍTULO XI

Durante años, Dorian Gray no pudo librarse de la influencia de aquel libro. O quizá sería más preciso decir que nunca intentó librarse de ella. Se hizo enviar de París no menos de nueve copias de gran formato de la primera edición, que encuadernó en diferentes colores, de forma que pudiesen armonizar con sus distintos estados de ánimo y con las cambiantes fantasías de un carácter sobre el que a veces parecía haber perdido por completo el control. El protagonista, aquel maravilloso joven parisino en el que tan curiosamente se combinaban el temperamento romántico y el científico, se convirtió para él en una especie de imagen anticipada de sí mismo. Y, de hecho, el libro parecía contener la historia de su propia vida, escrita antes de que él la hubiese vivido.

En una cosa era más afortunado que el fantástico protagonista de la novela. Nunca conoció —no tuvo nunca, de hecho, razón para conocerlo— ese horror algo grotesco a los espejos, a las superficies de metal pulido, a las aguas quietas, que se apoderó del joven parisino en un momento tan temprano de su vida, ocasionado por la súbita decadencia de una belleza que una vez, al parecer, había sido admirable. Sintiendo una alegría casi cruel —y puede que en casi toda alegría, como ocurre en todo placer, haya lugar para la crueldad— solía releer la última parte del libro con su realmente trágico —aunque algo exagerado— relato de la pena y la desesperación de quien ha perdido lo que más valora en los demás y en este mundo.

Porque la maravillosa belleza que tanto había fascinado a Basil Hallward, y a muchos otros además de a él, jamás parecía abandonarle. Incluso aquellos que habían oído decir las peores cosas sobre su persona, y de tanto en tanto corrían por Londres extraños rumores sobre su clase de vida que se convertían en la comidilla de los clubs, no podían creer en su deshonor cuando lo veían. Tenía siempre el aspecto de un ser que el mundo no había mancillado. Los hombres que hablaban groseramente enmudecían cuando entraba Dorian Gray. Había algo en la pureza de su rostro que era para ellos como un reproche. Su mera presencia parecía traerles a la memoria la inocencia que habían empañado. Se preguntaban cómo un hombre tan refinado y encantador podía haber escapado a la mancha de una época que era al mismo tiempo sórdida y sensual.

A menudo, al volver a casa tras una de aquellas misteriosas y largas ausencias que

tan extrañas conjeturas levantaban entre sus amigos, o los que pensaban que eran sus amigos, él mismo se deslizaba escaleras arriba hasta el cuarto cerrado, abría la puerta con la llave que ahora nunca lo abandonaba y se quedaba inmóvil, sosteniendo un espejo, frente al retrato que Basil Hallward le había pintado, contemplando ya el malvado y envejecido rostro del lienzo, ya el joven y noble rostro que sonreía en la pulida superficie del espejo. La agudeza del contraste hacía más viva su sensación de placer. Se enamoró más y más de su propia belleza, y con el tiempo crecía su interés por la corrupción de su propia alma. Examinaba con minucioso cuidado y en ocasiones con monstruoso y terrible deleite las horribles líneas que marchitaban la arrugada frente o que se retorcían alrededor de la boca, gruesa y sensual, preguntándose a veces cuáles eran más terribles, las marcas del pecado o las de la edad. Colocaba sus blancas manos junto a las bastas e hinchadas manos del retrato y sonreía. Se burlaba del cuerpo deforme y de la laxitud de sus miembros.

Había en verdad momentos, por la noche y cuando reposaba insomne en la perfumada atmósfera de su dormitorio, o en el sórdido cuartucho de un tugurio de mala fama cercano al muelle que solía frecuentar bajo un nombre falso y disfrazado, en que pensaba en la ruina que atraía sobre su alma con una pena tanto más intensa cuanto que era puramente egoísta. Pero esos momentos eran escasos. Aquella curiosidad por la vida que lord Henry despertara en él por primera vez estando en el jardín de su común amigo, parecía aumentar con satisfacción. Cuanto más sabía, más deseaba saber. Tenía locos apetitos que se hacían más voraces cuando los satisfacía.



Aun así no era realmente imprudente, al menos en sus relaciones con la sociedad. Una o dos veces al mes, durante el invierno, y cada miércoles por la noche hasta el final de la estación, abría al mundo su espléndida casa y llevaba a los músicos más afamados del momento para encantar a sus invitados con las maravillas de ese arte. Sus cenas íntimas, en cuya organización lord Henry siempre le ayudaba, destacaban tanto por su cuidadoso protocolo y selección de los invitados, como por el gusto exquisito mostrado en el adorno de la mesa, con sus sutiles combinaciones sinfónicas de flores exóticas, sus mantelerías bordadas y su vajilla antigua de oro y plata. De hecho había muchos, especialmente entre los más jóvenes, que veían o imaginaban ver en Dorian Gray la verdadera realización de un modelo con el que solían soñar en sus días de Eton o de Oxford, un modelo que debía combinar algo de la cultura real del erudito con toda la gracia, distinción y perfectos modales de un hombre de mundo. A éstos les parecía pertenecer a ese grupo humano que describe Dante como personas que han buscado «la perfección a través del culto a la belleza». Como Gautier, era uno de aquellos para quienes «existía el mundo

visible».

Y realmente la vida era para él la primera y más grande de todas las artes, aquella para la que las demás parecían ser sólo una preparación. La moda, por medio de la cual lo realmente fantástico se vuelve por un tiempo universal, y el dandismo, que es en sí mismo un intento de afirmación de la absoluta modernidad de la belleza, tenían, naturalmente, su fascinación para él. Su modo de vestirse, las peculiares formas que en ocasiones solía adoptar, ejercían una notable influencia sobre los jóvenes elegantes de los bailes de Mayfair y los clubs de Pall Mall, que lo copiaban en todo e intentaban reproducir el encanto accidental de sus refinadas, aunque para él poco serias, afectaciones.

Porque, aun estando más que dispuesto a aceptar la posición que se le ofrecía casi nada más cumplir la mayoría de edad, y aun encontrando de hecho un sutil placer en pensar que él podría llegar a ser para el Londres de sus días lo que en la antigüedad había sido para la Roma imperial de Nerón el autor del Satiricón, sin embargo, en lo íntimo de su corazón deseaba ser algo más que un simple *arbiter elegantiarium* consultado sobre la moda de una joya, el nudo de una corbata o el manejo de un bastón. Trataba de desarrollar un nuevo esquema de vida que tuviese su filosofía razonada y sus principios ordenados, y que encontrase en la espiritualización de los sentidos su más alta realización.

El culto de los sentidos ha sido, a menudo y con mucha justicia, vituperado, al sentir los hombres un natural instinto de terror ante las pasiones y sensaciones que parecen más fuertes que ellos, y que tienen conciencia de compartir con las formas de existencia menos elevadas en cuanto a organización. Pero a Dorian Gray le parecía que la auténtica naturaleza de los sentidos nunca había sido comprendida, y que éstos habían permanecido salvajes y animalizados simplemente porque el mundo había querido reducirlos por hambruna a la sumisión o matarlos mediante el dolor, en lugar de aspirar a integrarlos en una nueva espiritualidad, de la que un sutil instinto hacia la belleza debía ser la característica predominante. Cuando pensaba en la evolución del hombre a lo largo de la historia, le invadía un sentimiento de pérdida. ¡Cuánta renuncia había habido! ¡Y a cambio de tan poco! Había habido locas y deliberadas repulsas, formas monstruosas de autotortura y autonegación, cuyo origen era el miedo y cuyo resultado era una degradación infinitamente más terrible que aquella imaginaria de la cual, en su ignorancia, habían tratado de escapar. La naturaleza, en su maravillosa ironía, fuerza al anacoreta a alimentarse con los salvajes animales del desierto y da a los eremitas como compañeros a las bestias del campo.

¡Sí! Habría, como profetizaba lord Henry, un nuevo hedonismo que recrearía la vida y la salvaría del rancio y desagradable puritanismo que está teniendo un curioso resurgimiento en nuestros días. Claro que el intelecto tendría su papel; sin embargo, no aceptaría nunca ninguna teoría o sistema que implicase el sacrificio de cualquier modo de experiencia apasionada. Su fin, de hecho, sería la experiencia misma, no los frutos de la experiencia, tanto si eran dulces como amargos. No se conocería el

ascetismo, que extingue los sentidos, ni el desenfreno vulgar que los embota. Pero enseñaría al hombre a concentrarse en los momentos de una vida que no es en sí misma más que un momento.

Hay pocos entre nosotros que no hayan despertado alguna vez antes del alba, tras una de esas noches de insomnio que nos hacen casi enamorados de la muerte, o después de una de esas noches de horror y alegría informe, en que a través de las cámaras del cerebro se deslizan fantasmas más terribles que la misma realidad, e instintos con la intensa vida que acecha en todo lo grotesco y que presta al arte gótico su permanente vitalidad, siendo este arte, podría pensarse, especialmente el arte de aquellos cuya mente ha sido turbada por la enfermedad del ensueño. Gradualmente unos dedos blancos trepan por los cortinajes, que parecen temblar. Bajo negras formas fantásticas, sombras mudas reptan hasta los rincones de la habitación, donde se agazapan. Afuera está el bullicio de los pájaros entre las hojas, el paso de los hombres dirigiéndose al trabajo, o los suspiros y sollozos del viento que sopla desde las colinas y vaga alrededor de la silenciosa casa, como temiendo despertar a los durmientes, y aun así habría que llamar de nuevo al sueño en su purpúrea morada. Velos tras velos de fina gasa oscura se levantan y gradualmente las cosas recobran sus formas y colores, y acechamos a la aurora rehaciendo al mundo en su antiguo molde. Los pálidos espejos vuelven a recuperar su vida mímica. Las luces apagadas siguen estando donde las dejamos, y al lado yace el libro a medio cortar que estábamos leyendo o la alambrada flor que llevamos al baile, o la carta que tuvimos miedo de leer o que leímos demasiadas veces. Nada parece haber cambiado. Fuera de las sombras irreales de la noche surge la vida real que conocimos. Nos es preciso reanudarla donde la dejamos y se apodera de nosotros una terrible sensación de la necesaria continuidad de la energía en el mismo fastidioso círculo de estereotipados hábitos, o quizá un ardiente deseo de que nuestros párpados se abran alguna mañana a un mundo que hubiese sido creado de nuevo en las tinieblas para nuestro placer, un mundo en el que las cosas tendrían nuevas formas y colores, habrían cambiado u ocultarían otros secretos; un mundo en el que el pasado tendría poco o ningún lugar o no perdurase, en cualquier caso, bajo forma consciente alguna de obligación o de pesar, ya que hasta el recuerdo de la dicha tiene su amargura, y el recuerdo del placer su dolor.

Era la creación de tales mundos lo que le parecía a Dorian Gray el verdadero o uno de los verdaderos objetivos de la vida; y en su búsqueda de sensaciones, que serían al tiempo nuevas y deliciosas y poseerían ese elemento de extrañeza tan esencial para el romance, adoptaría a menudo ciertas formas de pensamiento que sabía realmente ajenas a su naturaleza, se entregaría a su sutil influencia y, habiendo captado, por así decirlo, sus colores y satisfecho su curiosidad intelectual, las abandonaría con esa curiosa indiferencia que no es incompatible con un temperamento verdaderamente ardiente, sino que es, en realidad, según ciertos psicólogos modernos, con frecuencia condición de éste.

Corrió una vez el rumor de que iba a abrazar la religión católica romana; y ciertamente siempre había sentido una gran atracción hacia su ritual. El sacrificio cotidiano, realmente más terrible que cualquier sacrificio del mundo antiguo, le conmovía tanto por su soberbia repudia de la evidencia de los sentidos como por la sencillez primitiva de sus elementos y el eterno patetismo de la tragedia humana que trata de simbolizar. Le gustaba arrodillarse sobre las frías losas de mármol y contemplar al sacerdote, con su rígida y florida indumentaria, apartar lentamente con sus blancas manos el velo del tabernáculo, o alzando la engastada custodia en forma de fanal con esa pálida hostia que a veces uno desearía creer realmente el *panis coelestis*, el pan de los ángeles, o, vestido con los ropajes de la Pasión de Cristo, romper la hostia en el cáliz y golpearse el pecho por sus pecados. Los humeantes incensarios que unos niños vestidos de rojo y con encajes balanceaban gravemente en el aire como grandes flores de oro tenían una sutil fascinación para él. Al marcharse solía contemplar asombrado los negros confesionarios deseando sentarse a la oscura sombra de alguno de ellos y escuchar a hombres y mujeres mientras musitaban, a través de la rejilla desgastada, la verdadera historia de sus vidas.

Pero no cayó nunca en el error de detener su desarrollo intelectual con la aceptación formal de un credo o sistema, ni se engañó tomando por morada definitiva una posada que es sólo apropiada para una estancia de una noche o de unas pocas horas de una noche sin estrellas y sin luna. El misticismo, con su maravilloso poder de volver lo corriente en extraño a nosotros y la sutil antinomia que parece siempre acompañarlo, lo conmovió una temporada; y durante una temporada se inclinó hacia las doctrinas materialistas del movimiento darwinista alemán, y halló un extraño placer en rastrear los pensamientos y las pasiones de los hombres hasta una célula perlina del cerebro o algún blanco nervio del cuerpo, recreándose en la concepción de la absoluta dependencia del espíritu de ciertas condiciones físicas, mórbidas o sanas, normales o enfermizas. Sin embargo, como ya se ha dicho, ninguna teoría sobre la vida le pareció importante en comparación con la vida misma. Tenía honda conciencia de cuan estéril es toda especulación intelectual cuando se separa de la acción y del experimento. Sabía que los sentidos, lo mismo que el alma, tenían misterios espirituales propios que revelar.



Entonces se dedicó al estudio de los perfumes y sus secretos de fabricación, destilando aceites fuertemente perfumados o quemando olorosas gomas traídas de Oriente. Comprendió que no había ningún estado de ánimo que no tuviese su contrapartida en la vida sensorial, y se dedicó a descubrir sus verdaderas relaciones, queriendo averiguar por qué el incienso nos vuelve místicos y el ámbar gris trastorna las pasiones, qué hay en las violetas que despierta el recuerdo de los amores pasados, por qué el almizcle perturba la mente y la champaca tiñe la imaginación, tratando a menudo de elaborar una verdadera psicología de los perfumes, calculando las distintas influencias de las raíces de aroma dulce y de las flores cargadas de polen perfumado, o de los bálsamos aromáticos, de las maderas oscuras y fragantes, del nardo indio, que hace enfermar; de la hovenia, que enloquece a los hombres, y de los áloes, que se dice que expulsan la melancolía del alma.

En otra ocasión se dedicó por entero a la música y, en una larga habitación con celosías, de techo bermellón y oro, las paredes de laca verde-olivo, solía dar extraños conciertos en los que locas gitanas producían una ardiente música con citarillas, o en los que graves tunecinos de amarillas chilabas arrancaban sonidos a las tirantes cuerdas de monstruosos laúdes mientras negros gesticulantes golpeaban monótonamente tambores de cobre, y en los que, sentados en cuclillas sobre esteras escarlata, delgados indios con turbante soplaban en largas pipas de caña o de bronce encantando, o simulando encantar, a grandes serpientes de capuchón o a horribles víboras cornudas. Los ásperos intervalos y agudas disonancias de la música bárbara le excitaban a veces cuando la gracia de Schubert, las bellas penas de Chopin y las potentes armonías del mismo Beethoven caían desatendidas en sus oídos. Reunió de todas partes del mundo los más extraños instrumentos que pudo hallar, hasta en las tumbas de los pueblos muertos o entre las escasas tribus de salvajes que han sobrevivido a las civilizaciones occidentales, y le gustaba tocarlos y probarlos. Tenía el misterioso *juruparis* de los indios del río Negro, que no está permitido contemplar a las mujeres y que sólo pueden ver los jóvenes después de haberse sometido al ayuno y a la flagelación, y los jarros de barro de los peruanos, de los que sacan sones como agudos chillidos de pájaro, y las flautas de huesos humanos como las que Alfonso de Ovalle oyó en Chile, y los verdes jaspes sonoros que se encuentran cerca de Cuzco y que producen una nota de singular dulzura. Tenía calabazas pintadas llenas de guijas, que resonaban cuando se las sacudía; el largo clarín de los mexicanos, en el que el músico no sopla, sino que aspira el aire; el áspero *ture* de las tribus del Amazonas, que tocan los centinelas encaramados durante todo el día en los

altos árboles y que puede oírse, según dicen, a una distancia de tres leguas; el *teponaztli*, con sus dos vibrantes lengüetas de madera que se golpean con palillos untados de una goma elástica extraída del jugo lechoso de ciertas plantas; las campanas *yotl* de los aztecas, que cuelgan como racimos de uva, y un enorme tambor cilíndrico cubierto de pieles de grandes serpientes, como el que vio Bernal Díaz cuando entró con Cortés en el templo mexicano, y de cuyo doliente sonido nos ha dejado una descripción tan viva. El carácter fantástico de aquellos instrumentos lo fascinaba, y experimentaba una extraña delicia al pensar que el arte, al igual que la naturaleza, tenía sus monstruos, objetos de forma bestial y de horribles voces. Sin embargo, al cabo de algún tiempo se cansó de ellos, y volvió a sentarse en su palco de la ópera, solo o con lord Henry, a oír, extasiado de placer, el *Tannhäuser*, viendo en el preludio de esa obra maestra del arte un preámbulo a la tragedia de su propia alma.

En una ocasión se dedicó al estudio de las joyas y apareció en un baile de disfraces vestido como Anne de Joyeuse, almirante de Francia, con un traje cubierto con 560 perlas. Esta afición lo dominó durante varios años, y realmente puede decirse que nunca lo abandonó. Solía pasarse días enteros ordenando y desordenando en sus estuches las variadas piedras que había reunido, tales como el crisoberilo verde olivo, que se vuelve rojo a la luz de la lámpara, la cimofana de plateadas vetas, el peridoto color alfónciga, los topacios rosados y amarillos, los rubíes de arrebatado escarlata con trémulas estrellas de cuatro rayos, las piedras de cinamomo, de un rojo llama; las espinelas naranjas y violetas y las amatistas de alternantes capas de rubí y zafiro. Adoraba el oro rojo de la piedra solar y la blancura perlina de la piedra lunar, y el partido arco iris del ópalo lechoso. Se hizo traer de Amsterdam tres esmeraldas de extraordinario tamaño y riqueza de color, y tuvo una turquesa de la *vieille roche* que fue la envidia de todos los entendidos.

Descubrió también maravillosas historias referentes a las joyas. En la *Clericalis Disciplina* de Alfonso se menciona una serpiente que tenía los ojos de auténtico jacinto, y en la romántica historia de Alejandro se dice que el conquistador de Emacia encontró en el valle del Jordán serpientes «con collares de auténticas esmeraldas creciendo en sus lomos». Filostrato nos cuenta que había una gema en el cerebro del dragón y que, «mostrando letras de oro y un traje escarlata», era posible sumir al monstruo en un sueño mágico y matarlo. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, el diamante volvía invisible a un hombre y el ágata de la India lo volvía elocuente. La cornalina calmaba la cólera, el jacinto inducía al sueño y la amatista disipaba los vapores del vino. El granate expulsaba los demonios y el hidropicus privaba a la luna de su color. La selenita aumentaba y disminuía con la luna, y el moleceus, que descubría a los ladrones, sólo podía empañarse con la sangre de cabritos. Leonardo Camilo había visto sacar una piedra blanca del cerebro de un sapo recién muerto que era un antídoto seguro contra el veneno. El bezoar, que se encontraba en el corazón del ciervo árabe, era un hechizo que podía curar la peste. Según Demócrito, las piedras que se hallaban en los nidos de las aves de Arabia protegían a los que las

llevaban de cualquier peligro causado por el fuego.



El rey de Ceilán recorría la ciudad cabalgando con un grueso rubí en la mano durante la ceremonia de su coronación. Las puertas del palacio del Preste Juan estaban «hechas de sardónices con el cuerno de una cerasta incrustado, para que ningún hombre que llevase veneno pudiese entrar». En el frontón había «dos manzanas de oro con dos rubíes», de modo que el oro relucía de día y los rubíes de noche. En la curiosa obra de Lodge, *A Margante of America*, se cuenta que en la cámara de la reina podía verse a «todas las damas castas del mundo, cargadas de plata, mirando en tersos espejos de crisólitos, rubíes, zafiros y verdes esmeraldas». Marco Polo vio a los habitantes de Zipango colocar perlas rosadas en la boca de los muertos. Un monstruo marino se enamoró de la perla que un pescador submarino vendió al rey Perozes, y mató al ladrón y lloró su pérdida durante siete lunas; cuando los hunos atrajeron al rey al enorme abismo, éste la perdió —Procopio nos cuenta la historia— y jamás fue hallada, aunque el emperador Anastasio ofreció por ella 500 toneladas de piezas de oro. El rey de Malabra le mostró a cierto veneciano un rosario de 304 perlas, una por cada dios que adoraba.

Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII de Francia, su caballo estaba cargado de hojas de oro, según Brantôme, y su sombrero tenía una doble hilera de rubíes que despedían una gran luz. Carlos de Inglaterra montaba a caballo con estribos engastados de 421 diamantes. Ricardo II tenía un traje valorado en 30.000 marcos, cubierto de rubíes balajes. Hall describe a Enrique VIII, camino de la Torre, antes de su coronación, llevando «un jubón recamado de oro, el peto bordado de diamantes y otras ricas pedrerías, y alrededor del cuello un gran tahalí de gruesos balajes». Los favoritos de Jacobo I lucían pendientes de esmeraldas adornados con filigranas de oro. Eduardo II dio a Piers Gaveston una colección de armaduras de oro rojizo tachonadas de jacintos, un collar de rosas de oro engastado en turquesas, y un yelmo *parsemé* de perlas. Enrique II usaba guantes enjoyados hasta el codo, y tenía un guante de halconero cosido con 20 rubíes y 52 grandes perlas. El sombrero ducal



de Carlos el Temerario, último duque de Borgoña de su raza, estaba lleno de perlas piriformes y tachonado de zafiros.

¡Qué exquisita había sido la vida en el pasado! ¡Qué suntuosidad en la pompa y en el ornato! Aquellos lujos desaparecidos eran maravillosos, aun sólo en la lectura.

Luego dirigió su atención hacia los bordados y los tapices que sustituían a los frescos en los fríos salones de las naciones del norte de Europa. Al estudiar este tema —siempre tuvo una extraordinaria facilidad para absorberse completamente y durante el tiempo necesario en todo cuanto emprendía—, se sintió casi entristecido por el reflejo de la ruina que el tiempo había ocasionado en las cosas bellas y maravillosas. Él, en cualquier caso, se había librado de ello. Los veranos sucedían a los veranos, y los junquillos gualda florecieron y murieron muchas veces, y noches de horror repetían la historia de su vergüenza: pero él no cambiaba. Ningún invierno ajó su rostro o corrompió su pureza de flor. ¡Qué diferencia con las cosas materiales! ¿Dónde habían ido a parar? ¿Dónde estaba la admirable vestidura color azafrán por la que los dioses lucharon contra los gigantes, que habían tejido morenas doncellas para el placer de Atenea? ¿Dónde el inmenso *velarium* que Nerón hizo tender de una parte a otra del Coliseo en Roma, aquella vela de Titán púrpura en la que se mostraba el cielo estrellado y a Apolo conduciendo su carro tirado por blancos corceles enjaezados de oro? Anhelaba contemplar las curiosas servilletas tejidas para el Sacerdote del Sol, sobre las que se depositaban todas las golosinas y viandas necesarias para una fiesta; el sudario del rey Chilperico, con sus 300 abejas de oro; los fantásticos vestidos que provocaron la indignación del obispo de Pontus, donde se representaban «leones, panteras, osos, perros, bosques, rocas, cazadores —de hecho todo lo que un pintor puede copiar de la Naturaleza—»; y el traje que llevó una vez Carlos de Orleans, en cuyas mangas estaban bordados los versos de una canción que empezaba: *Madame, je suis tout joyeux*, con el acompañamiento musical de las palabras tejido en hilo de oro, y cada nota, de forma cuadrada en aquella época, hecha con cuatro perlas. Leyó que la estancia preparada en el palacio de Reims para uso de la reina Juana de Borgoña estaba decorada «con 1.321 loros bordados y blasonados con las armas reales y 561 mariposas cuyas alas estaban ornadas con las armas de la reina, todo ello en oro». Catalina de Médicis se había hecho construir un lecho fúnebre de terciopelo negro bordado con medias lunas y soles. Las cortinas eran de damasco con coronas de follaje y guirnaldas sobre un fondo de oro y plata, ribeteadas de perlas, y se guardaba en una estancia en cuyas paredes colgaban las divisas de la reina hechas en terciopelo negro sobre un paño de plata. Luis XIV tenía unas cariátides bordadas en oro de quince pies de altura en su aposento. El lecho portátil de Sobieski, rey de Polonia, estaba hecho de brocado de oro de Esmirna, bordado de turquesas con versos del Corán. Los soportes eran de plata sobredorada, bellamente cincelados y con profusión de medallones esmaltados y engastados de pedrerías. Se había tomado como botín en el campamento turco frente a Viena, y el estandarte de Mahoma ondeó bajo el oro tembloroso de su dosel.

Y así, durante un año entero, se dedicó a acumular los ejemplares más exquisitos que pudo hallar de textiles y bordados, consiguiendo las delicadas muselinas de Delhi, finamente tejidas con palmas de oro y cosidas en iridiscentes alas de escarabajo; las gasas de Dacca, que por su transparencia se conocen en Oriente como «aire tejido», «agua corriente» y «rocío nocturno»; extrañas telas historiadas de Java; elaborados tapices amarillos de la China; libros encuadernados en raso oscuro o en seda de un brillante azul, estampada de *fleurs de lys*, aves y figuras; velos de *lacis* hechos en punto de Hungría; brocados sicilianos y rígidos terciopelos españoles; labores georginas adornadas con dorados, y *foukousas* japonesas con sus dorados de verdoso tono y sus aves de magnífico plumaje.

Sintió también una especial pasión por las vestiduras eclesiásticas, como realmente por todo cuanto se relacionaba con el servicio de la Iglesia. En las largas arcas de cedro que se alineaban en la galería oeste de su casa, guardaba muchos raros y magníficos ejemplares de lo que son en realidad adornos de la Novia de Cristo, que debe usar púrpura, y joyas y paño fino para ocultar el pálido y macerado cuerpo gastado por el sufrimiento que ella misma ha buscado, y herido por los castigos que se ha infligido. Poseía una suntuosa capa consistorial de seda carmesí y de damasco dorado, adornada con un dibujo de granadas de oro montadas sobre flores de seis pétalos y flanqueadas por una pina hecha de aljófares. Las orlas estaban divididas en recuadros que representaban escenas de la vida de la Virgen, y la Coronación de la Virgen se hallaba bordada en sedas de colores sobre la capucha. Se trataba de una obra italiana del siglo XV. Otra capa pluvial era de terciopelo verde, bordado con grupos de hojas de acanto en forma de corazón, en las que se abrían blancas flores de largo tallo; los detalles estaban bordados con hilo de plata y cuentas de vidrios de colores. En el capillo tenía una cabeza de serafín realzada con hilo de oro. Los bordes estaban tejidos con arabescos de seda púrpura y oro, y sembrados de los medallones de numerosos santos y mártires, entre otros San Sebastián. Tenía también casullas de seda color ámbar, brocados de oro y seda azul, damascos de seda amarilla y telas de oro en las que estaban representadas la Pasión y la Crucifixión de Cristo, bordadas con leones, pavos reales y otros emblemas; dalmáticas de raso blanco y de damasco de seda rosa, adornadas con tulipanes, delfines y *fleurs de lys*; paños de altar de terciopelo carmesí y de lino azul; y numerosos corporales, velos de cáliz y manípulos. Había algo que excitaba su imaginación al pensar en los usos místicos para los que sirvieron tales objetos.

Porque esos tesoros, y todo cuanto coleccionaba en su hermosa casa, le servían como un medio para olvidar, como recurso para evadirse, durante un tiempo, del miedo, que le parecía a veces demasiado grande para soportarlo. En las paredes del solitario cuarto cerrado en el que habían transcurrido tantos días de su infancia, colgó con sus propias manos el terrible retrato cuyas cambiantes facciones mostraban la verdadera degradación de su vida, y ante él colgó, a modo de cortina, la mortaja púrpura y dorada. Durante semanas no entraba allí, olvidaba la horrible imagen

pintada y recobraba el corazón ligero, la magnífica alegría, su apasionada entrega a la simple existencia. Después, repentinamente, una noche salía sin hacer ruido de su casa e iba a los tugurios cerca de Blue Gate Fields, permaneciendo allí, día tras día, hasta que lo echaban. A su vuelta se sentaba ante el retrato, en ocasiones odiándolo y detestándose a sí mismo, pero otras lleno de ese orgullo de individualismo que es la mitad de la fascinación del pecado, y sonreía con secreto placer a aquella sombra informe que tenía que soportar la carga que hubiese debido ser la suya propia.

Al cabo de unos pocos años, no soportaba estar por mucho tiempo fuera de Inglaterra, y vendió la villa que compartía con lord Henry en Trouville, así como la casita de muros blancos que tenía en Argel, y en la que habían pasado más de un invierno. Detestaba separarse del retrato que tenía tanta parte en su vida, y temía también que en su ausencia alguien pudiese entrar en la habitación, a pesar de las barras forjadas con las que había protegido la puerta.

Estaba plenamente convencido de que el retrato no diría nada a nadie. Verdad era que el cuadro conservaba aún, bajo toda la locura y fealdad del rostro, un visible parecido a él; pero ¿qué iba a revelar aquello? Se reiría de cualquiera que tratase de insultarlo. Él no había pintado aquello. ¿Qué podía importarle lo vil y vergonzoso de aquel semblante? Aun cuando él lo dijese, ¿le creerían?

Sin embargo tenía miedo. A veces, cuando estaba en su gran casa de Nottinghamshire, entreteniendo a los elegantes jóvenes de su rango que eran su principal compañía, asombrando al condado por el desenfrenado lujo y el suntuoso esplendor de su forma de vivir, abandonaba de pronto a sus invitados y corría a la ciudad para ver si la puerta no había sido forzada y si el cuadro aún seguía allí. ¿Y si lo robaban? La sola idea lo helaba de horror. Seguramente el mundo conocería entonces su secreto. Tal vez lo sospechaba ya.

Porque aunque fascinase a muchos, no eran pocos los que desconfiaban de él. Casi fue rechazado por un club del West End al que su alcurnia y posición social le permitían indiscutiblemente pertenecer, y se decía que, en una ocasión, al ser llevado por un amigo al salón de fumar del Churchill, el duque de Berwick y otro caballero se habían levantado y marchado de forma ostensible. Se contaron de él historias singulares una vez cumplió los veinticinco años. Corrieron rumores de que había sido visto disputando con marinos extranjeros en una inmunda taberna cercana a Whitechapel, que se reunía con ladrones y monederos falsos y que conocía los misterios de su oficio. Se hicieron notorias sus extraordinarias ausencias, y cuando reaparecía en sociedad los hombres cuchicheaban entre sí en los rincones o pasaban frente a él despreciativamente, o lo miraban con ojos escrutadores y fríos como si estuviesen decididos a descubrir su secreto.



No prestó atención, naturalmente, a esas insolencias y enojosos desaires y, en opinión de la mayoría de la gente, sus francas y afables maneras, su encantadora sonrisa infantil y la infinita gracia de su maravillosa juventud, que parecían no abandonarle nunca, eran por sí mismas una réplica suficiente a las calumnias, así las llamaba, que circulaban respecto a él. Se notó, sin embargo, que algunos de los que eran sus más íntimos parecían huirle después de un tiempo. A las mujeres que le habían adorado locamente, y que por él habían afrontado la censura social, desafiándola, se las veía palidecer de vergüenza o de horror cuando Dorian Gray entraba.

A pesar de ello, esas escandalosas murmuraciones sólo aumentaron, a los ojos de muchos, su extraño y peligroso encanto. Su gran fortuna fue un indudable elemento de seguridad. La sociedad, la sociedad civilizada al menos, no está nunca dispuesta a creer nada en detrimento de quienes son a un tiempo ricos y seductores. Siente por instinto que las formas son más importantes que la moral y, en su opinión, la más alta respetabilidad tiene mucho menos valor que el tener un buen chef de cocina. Y después de todo, resulta realmente un pobre consuelo decir que es irreprochable la vida privada de un hombre que le ha hecho a uno cenar mal, o beber un vino inferior. Ni aun las virtudes cardinales pueden compensar unas *entrés* semifrías, como hizo notar una vez lord Henry en una discusión sobre ese tema; y posiblemente habría mucho que decir sobre su afirmación. Porque las reglas de la buena sociedad son o debieran ser las mismas que las del arte. La forma es absolutamente esencial. Deberían tener la dignidad de una ceremonia, así como su irrealidad, y deberían combinar el carácter insincero de una obra romántica con el ingenio y la belleza que nos hacen deliciosas tales obras. ¿Es algo tan terrible la insinceridad? Yo creo que no. Es simplemente un método por el que podemos multiplicar nuestras personalidades. Tal era, por lo menos, la opinión de Dorian Gray. Solía asombrarse de la llana psicología de aquellos que conciben el Yo del ser humano como algo simple, permanente, digno de confianza y con una sola esencia. Para él, el hombre era un ser con millares de vidas y de sensaciones, una criatura compleja y multiforme que llevaba en sí mismo extrañas herencias de pensamientos y de pasiones, y cuya carne estaba infectada en lo más hondo por la monstruosa enfermedad de la muerte. Le gustaba pasearse por la fría y adusta galería de cuadros de su casa de campo y contemplar los diversos retratos de aquellos cuya sangre corría por sus venas. Allí estaba Felipe Heriberto, descrito por Francis Osborne en sus *Memorias de los reinados de la reina Isabel y del rey Jacobo*, que fue «mimado por la Corte por su

hermoso rostro, que no conservó mucho tiempo». ¿Era la vida del joven Heriberto la que él llevaba a veces? ¿No se habría transmitido algún extraño germen venenoso de generación en generación hasta llegar a él? ¿No sería una oscura conciencia de aquella gracia marchita la que le había hecho proferir en el estudio de Basil Hallward, tan repentinamente y casi sin motivo, aquel ruego loco que había cambiado su vida? Allí estaba, con jubón rojo y bordado de oro, sir Anthony Sherard, a sus pies la armadura plateada y negra. ¿Cuál habría sido su legado? ¿Le habría dejado el amante de Giovanna de Nápoles una herencia de pecado y afrenta? ¿Serían sencillamente sus propios actos los sueños que aquel difunto no había osado realizar? Allí, desde un lienzo descolorido, sonreía lady Isabel Devereux, con su cofia de gasa, el corpiño de perlas y las rasgadas mangas rosas. Tenía una flor en la mano derecha, y con la izquierda asía un collar esmaltado de blancas rosas de damasco. En una mesa junto a ella había una mandolina y una manzana. Grandes rosetas adornaban los pequeños zapatos en punta. Conocía su vida y las extrañas historias que se contaban de sus amantes. ¿Tendría él algo de su carácter? Aquellos ojos ovalados de pesados párpados parecían mirarlo con curiosidad. ¿Y aquel Jorge Willoughby, con sus cabellos empolvados y fantásticos lunares? ¡Qué perverso parecía! Su rostro era triste y atezado, y la sensual boca parecía arquearse con desdén. Sobre las huesudas y amarillas manos, cargadas de sortijas, caían delicados encajes encañonados. Fue uno de los pisaverdes del siglo XVIII, y amigo, en su juventud, de lord Ferrars. ¿Y aquel segundo lord Beckenham, el compañero del príncipe regente en sus días más disolutos, y uno de los testigos de su matrimonio secreto con la señora Fitzherbert? ¡Qué altivo y apuesto era, con sus rizos castaños y su insolente actitud! ¿Qué pasiones le habría transmitido? El mundo lo había tachado de infame. Había encabezado las orgías de Carlton House. La Estrella de la Jarretera brillaba en su pecho. Junto a él colgaba el retrato de su esposa, una dama pálida, de finos labios, vestida de negro. Su sangre corría también por sus venas. ¡Qué curioso parecía todo! Y su madre, con su rostro de lady Hamilton y sus labios húmedos como de vino: sabía lo que había heredado de ella. Había heredado su belleza y su pasión por la belleza ajena. Se reía de él con su holgada indumentaria de bacante. Tenía hojas de parra en la cabellera. La púrpura se derramaba de la copa que sostenía. Los claveles del cuadro se habían marchitado, pero sus ojos seguían siendo maravillosos por lo profundo y lo brillante del colorido. Parecían seguirle dondequiera que fuese.

Sin embargo, uno tenía antepasados en literatura, como en su propia raza, más cercanos quizá en tipo y temperamento, muchos de ellos, y ciertamente con una influencia de la que uno es más perfectamente consciente. Le parecía algunas veces a Dorian Gray que la historia entera no era sino el relato de su propia vida, no como la había vivido en actos y circunstancias, sino tal como él la creara en su imaginación, tal como hubiese sido en su cerebro y sus pasiones. Sentía que había conocido a todas esas extrañas y terribles figuras que habían pasado por el escenario de este mundo, volviendo el pecado tan maravilloso y el mal tan lleno de sutileza. Le parecía que de

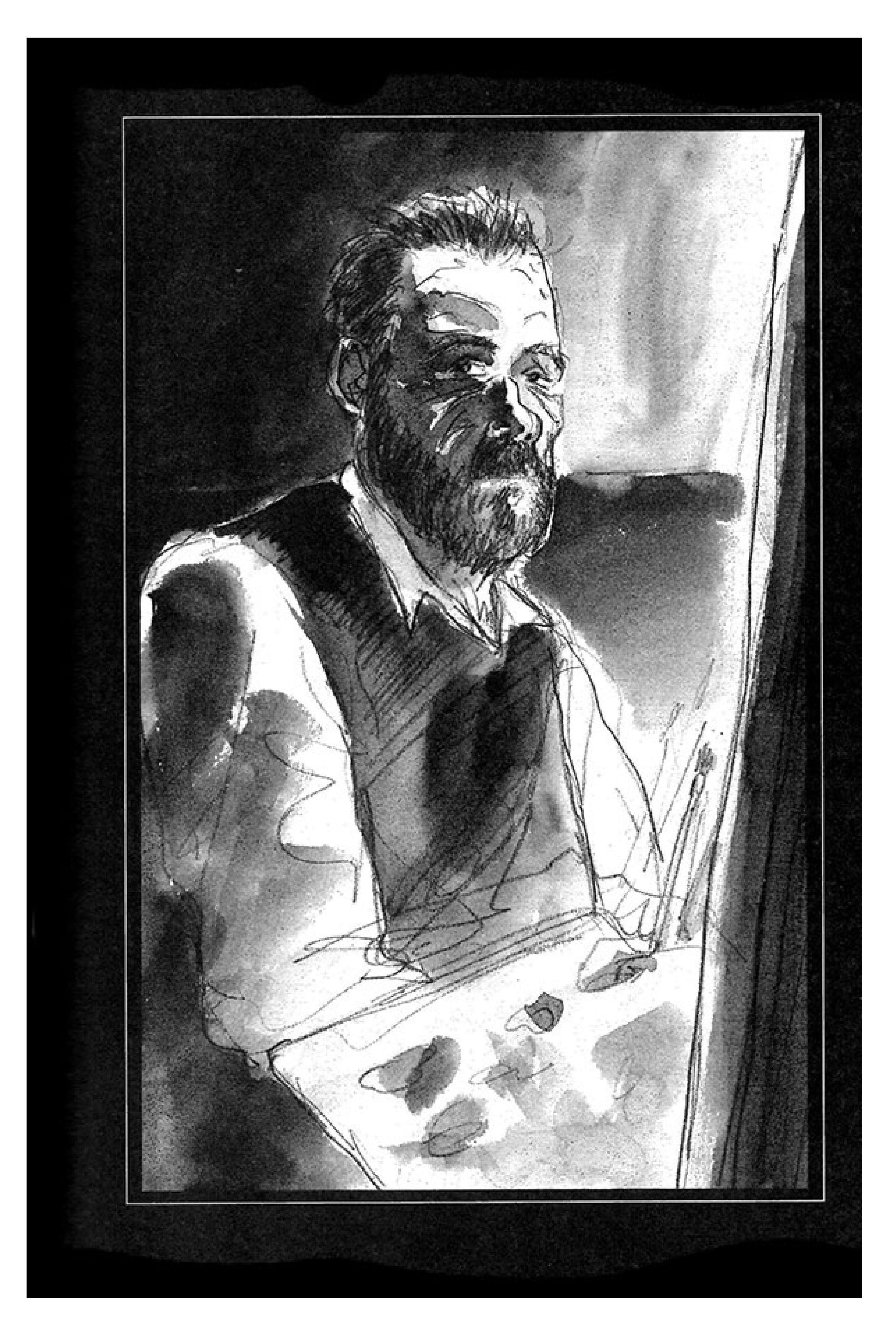
algún modo misterioso sus vidas habían sido suyas.

El protagonista de la maravillosa novela que tanto influyó en su vida conocía también esas curiosas fantasías. Cuenta en el capítulo siete que se sentó, coronado de laurel como Tiberio, en un jardín de Capri leyendo los vergonzosos libros de Elefantina, mientras enanos y pavos reales se contoneaban a su alrededor y el flautista se burlaba del balanceo del incensario; y, como Calígula, estuvo de parranda en los establos con los jinetes de camisa verde y cenó en un pesebre de marfil con un caballo de enjoyado frontal; y, como Domiciano, se paseó por una galería cubierta de espejos de mármol buscando a su alrededor, con ojos de alucinado, la daga que iba a acabar con sus días, enfermo de *ennui*, de ese terrible *tedium vitae* que se apodera de aquéllos a quienes la vida no niega nada; y examinó, a través de una clara esmeralda, las sangrientas carnicerías del circo, y después, en una litera de perlas y de púrpura tirada por mulas herradas de plata, lo llevaron por la vía de las Granadas hasta la Casa de Oro, y oyó gritar a los hombres a su paso: «¡Nero César!»; y como Heliogábalo, se pintó la cara, tejió en la rueca entre mujeres, e hizo traer la luna desde Cartago y la entregó al sol en matrimonio místico.

Dorian solía leer una y otra vez aquel fantástico capítulo y los dos siguientes, donde, como en un curioso tapiz, o como con esmaltes hábilmente trabajados, se describían las figuras terribles y bellas de aquéllos a quienes el vicio, la sangre y el tedio habían vuelto monstruosos o dementes: Filippo, duque de Milán, que asesinó a su esposa y pintó sus labios con un veneno escarlata para que su amante absorbiese la muerte del cuerpo sin vida que había amado; Pietro Barbi, el Veneciano, conocido por Pablo II, que trató en su vanidad de asumir el título de Formosus, y cuya tiara, valorada en doscientos mil florines, fue adquirida al precio de un terrible pecado; Gian Maria Visconti, que usaba podencos para cazar hombres y cuyo cuerpo asesinado fue cubierto de rosas por una ramera que le había amado; y Borgia en su blanco corcel, con Fratricidio cabalgando a su lado y la capa manchada con la sangre de Perotto; Pietro Riario, el joven cardenal-arzobispo de Florencia, hijo y favorito de Sixto IV, cuya belleza sólo fue igualada por su desenfreno y que recibió a Leonor de Aragón bajo un dosel de seda blanca y carmesí, lleno de ninfas y centauros, y pintó de oro a un adolescente para servirle en los festines como Ganímedes o Hilas; Ezzelin, cuya melancolía se curaba únicamente con el espectáculo de la muerte, y que sentía pasión por la roja sangre, como otros la tienen por el rojo vino: el hijo del demonio, según se contó, que engañó a su padre jugando a los dados cuando con él se jugaba su propia alma; Juan Bautista Cibo, que adoptó por mofa el nombre de Inocente, y en cuyas impuras venas fue inoculada, por un doctor judío, la sangre de tres adolescentes; Segismundo Malatesta, el amante de Isotta y señor de Rímini, cuya efigie fue quemada en Roma como enemigo de Dios y del hombre, que estranguló a Polissena con una servilleta, dio a beber veneno a Ginevra del Este en una copa de esmeralda, y levantó una iglesia pagana para adorar a Cristo en honor de una pasión desvergonzada; Carlos VI, que tan frenéticamente adoró a la mujer de su hermano, a

quien un leproso avisó de la locura en que iba a caer y cuyo cerebro, una vez enfermo y trastornado, sólo pudo aliviarse con unos naipes sarracenos en los que estaban pintadas imágenes del Amor, de la Muerte y de la Locura; y, con su jubón guarnecido, su sombrero adornado de pedrerías y sus cabellos de rizos como acantos, Grifonetto Baglioni, que asesinó a Astorre con su prometida y a Simonetto con su paje, y cuya gentileza era tal que, cuando estaba tendido moribundo en la amarilla plaza de Perusa, los que lo odiaban no pudieron evitar llorarle, y Atalanta, que lo había maldecido, lo bendijo.

Había una terrible fascinación en todos ellos. Se le aparecían de noche y turbaban su imaginación durante el día. El renacimiento conoció extraños sistemas de envenenamiento: el envenenamiento por medio de un yelmo y de una antorcha encendida, por un guante bordado y un abanico de pedrerías, por un perfumador dorado y una cadena de ámbar. A Dorian Gray lo había envenenado un libro. Había momentos en que veía el mal como un simple medio para poder realizar su concepción de la belleza.



CAPÍTULO XII

Era el nueve de noviembre, la víspera de su trigésimo octavo cumpleaños, como después recordaría a menudo. Se dirigía a casa, hacia las once, desde la de lord Henry, donde había estado cenando, e iba envuelto en pesadas pieles por ser la noche fría y brumosa. En la esquina de la plaza Grosvenor con South Audley, un hombre lo adelantó en la niebla. Andaba muy deprisa y tenía el cuello del abrigo levantado. Llevaba en la mano una bolsa. Dorian lo reconoció. Era Basil Hallward. Un extraño sentimiento de temor, que no pudo explicarse, se apoderó de él. Hizo como si no lo reconociese y apretó el paso hacia su casa.

Pero Hallward lo había visto. Dorian le oyó primero pararse en la acera y luego correr tras él. Instantes después, su mano le tocaba el brazo.

—¡Dorian! ¡Qué suerte tan extraordinaria! He estado esperando hasta las nueve en tu biblioteca. Finalmente me apiadé de tu cansado sirviente y me fui diciéndole que se acostase. Me marcho en el tren de las doce a París, y quería verte especialmente antes de mi partida. Pensé que eras tú, o al menos tu abrigo de pieles, cuando pasaste a mi lado. Pero no estaba seguro. ¿No me reconociste?

—¿Con esta niebla, mi querido Basil? Si casi no reconozco la plaza Grosvenor. Creo que mi casa está en algún sitio por esta parte, pero no estoy seguro del todo. Siento que te vayas. Hace siglos que no te veo. Pero supongo que no tardarás en volver.

—No: voy a estar seis meses fuera de Inglaterra. Tengo intención de alquilar un estudio en París y encerrarme allí hasta haber acabado un gran cuadro que tengo en mente. Sin embargo, no era de mí de quien quería hablar. Ya hemos llegado. Permíteme entrar un momento. Tengo algo que decirte.

—Estaré encantado, pero ¿no perderás el tren? —dijo Dorian Gray, lánguidamente, subiendo las escaleras y abriendo la puerta con su llavín.

La luz del farol luchaba por atravesar la niebla, y Hallward miró su reloj.

—Tengo tiempo de sobra —dijo—. El tren no sale hasta las doce y veinticinco y solamente son las once. De hecho, me dirigía al club para buscarte cuando te he encontrado. Verás, no tendré que entretenerme con el equipaje porque ya he enviado lo más pesado. Todo lo que queda está en esta bolsa, y puedo llegar fácilmente a Victoria en veinte minutos.

Dorian lo miró y sonrió.

—¡Qué manera de viajar para un pintor de moda! ¡Una bolsa de Gladstone y un abrigo! Entra o la niebla se meterá en casa. Y no se te ocurra hablar de nada serio. No hay nada serio hoy en día. Al menos nada debiera serlo.

Hallward movió la cabeza mientras entraba y siguió a Dorian a la biblioteca. En la amplia chimenea ardía un brillante fuego. Las luces estaban encendidas, y en una mesita de marquetería había una licorera holandesa de plata con algunos sifones de

soda y grandes vasos tallados.

—Como verás, tu criado me ha hecho sentirme como en casa, Dorian. Me dio todo lo que le pedí, incluyendo tus mejores cigarrillos de boquilla dorada. Es una persona muy hospitalaria. Me gusta mucho más que aquel francés que solías tener. Y, por cierto, ¿qué ha sido de él?

Dorian se encogió de hombros.

—Creo que se casó con la doncella de lady Radley y la estableció en París como modista inglesa. La *Anglomanie* está muy de moda por allí en la actualidad, según dicen. ¿No es una necedad por parte de los franceses? Pero ¿sabes?, no era un mal criado, ni mucho menos. Nunca me gustó, pero no tenía ninguna queja de él. Uno a menudo se imagina cosas completamente absurdas. Realmente me era muy fiel, y pareció sentirlo mucho cuando le dije que se marchase. Tómate otro brandy con soda, ¿o prefieres vino con soda? Yo siempre tomo vino con soda. Seguro que queda algo en el otro cuarto.

—Gracias, no quiero nada más —dijo el pintor quitándose el sombrero y el abrigo y tirándolos sobre la bolsa, que había dejado en una esquina.

—Y ahora, mi querido amigo, quiero hablarte seriamente. No frunzas el ceño de esa forma. Me lo pones mucho más difícil.

—¿De qué se trata? —exclamó Dorian Gray, a su manera petulante, dejándose caer en el sofá—. Espero que no sea de mí. Estoy cansado de mí mismo esta noche. Quisiera ser otra persona.

—Se trata de ti —contestó Hallward con su voz grave y profunda—. Y es necesario que te lo diga. Sólo te retendré media hora.

Dorian suspiró y encendió un cigarrillo.

—¡Media hora! —murmuró.

—No es mucho pedir, Dorian, y si voy a hablarte es únicamente por tu propio bien. Creo que deberías saber que se dicen las cosas más espantosas sobre ti en Londres.

—No quiero saber nada al respecto. Adoro los escándalos de otras personas, pero los escándalos sobre mí mismo no me interesan. Carecen del encanto de la novedad.

—Tienen que interesarte, Dorian. Todo caballero está interesado en su buen nombre. No querrás que la gente hable de ti como de alguien vil y degradado. Naturalmente, tienes una posición y riqueza y todo ese tipo de cosas. Pero la posición y la riqueza no lo son todo. No pienses que doy el menor crédito a esos rumores. Al menos no puedo hacerlo cuando te veo. El pecado es algo que queda grabado en el rostro de un hombre. No es posible ocultarlo. La gente habla a veces de vicios secretos. No existen tales cosas. Cuando un hombre depravado tiene un vicio, éste se refleja en los rasgos de su boca, en la caída de los párpados, hasta en la forma de las manos. Alguien —no mencionaré su nombre, pero lo conoces— vino a mí el año pasado para que pintase un retrato suyo. No le había visto nunca antes, ni hasta aquel momento había oído nada de él, aunque sí mucho a partir de entonces. Había algo que

me resultaba odioso en la forma de sus dedos. Ahora sé que tenía mucha razón en lo que imaginé de él. Su vida es espantosa. Pero tú, Dorian, con tu rostro puro, brillante e inocente, y tu maravillosa juventud sin mancillar… No puedo creer nada de lo que se habla. Y, sin embargo, te veo muy rara vez y ya nunca vienes a mi estudio, y cuando estoy lejos de ti y oigo esas horribles cosas que la gente murmura de ti, no sé qué decir. ¿Cómo es posible, Dorian, que un hombre como el duque de Berwick abandone la sala de un club cuando entras tú? ¿Cómo es que tantos caballeros en Londres se niegan a ir a tu casa y a invitarte a la suya? Eras amigo de lord Staveley. Coincidí con él en una cena la semana anterior. Sucedió que tu nombre salió a colación en relación con las miniaturas que has prestado para la exposición de Dudley. Staveley frunció los labios y dijo que tendrías un gusto artístico inmejorable, pero que eras un hombre al que ninguna joven de mente pura debería permitírsele conocer y en cuya misma sala ninguna mujer casta debería sentarse. Le recordé que yo era amigo tuyo y quise saber qué pretendía decir. Me lo dijo. Me lo dijo abiertamente y delante de todos. ¡Fue espantoso! ¿Por qué resulta tan fatal tu amistad para los jóvenes? Está ese desgraciado joven de la Escolta que se suicidó. Tú eras su mejor amigo. Está sir Henry Ashton, que tuvo que marcharse de Inglaterra con el nombre mancillado. Él y tú erais inseparables. ¿Y qué me dices de Adrián Singleton y su terrible final? ¿Y del hijo único de lord Kenton y su carrera? Ayer encontré a su padre en la calle St. James. Parecía roto de vergüenza y de dolor. ¿Y qué fue del joven duque de Perth? ¿Qué clase de vida hace ahora? ¿Qué caballero querría tratarle?

—Basta ya, Basil. Estás hablando de cosas que desconoces —dijo Dorian Gray mordiéndose el labio y con una nota de infinito desprecio en la voz—. Me preguntas por qué Berwick abandona un sitio cuando entro yo. La razón es que yo lo sé todo sobre su vida, no él de la mía. Con la sangre que corre por sus venas, ¿cómo podría tener una historia limpia? Me preguntas sobre Henry Ashton y el joven Perth. ¿Le enseñé yo al uno sus vicios, y al otro su libertinaje? Si el imbécil del hijo de Kent escoge a su mujer de entre las de la calle, ¿qué tengo yo que ver con eso? Si Adrián Singleton firma con el nombre de su amigo una factura, ¿acaso soy yo su guardián? Sé cómo habla la gente en Inglaterra. Las clases medias airean sus prejuicios morales alrededor de sus vulgares mesas, y murmuran acerca de lo que ellos llaman el libertinaje de sus superiores pretendiendo aparentar que pertenecen a la buena sociedad, y que están en íntimos términos con aquéllos a los que calumnian. En este país, basta que un hombre tenga distinción y cerebro para que cualquier lengua vulgar se agite contra él. ¿Y qué clase de vida llevan esas personas que pretenden ser morales? Mi querido amigo, olvidas que estamos en la tierra de origen de los hipócritas.

—Dorian —exclamó Hallward—, ésa no es la cuestión. Inglaterra es bastante perversa, lo sé, y no hay nada bueno en nuestra sociedad. Por eso quiero que tú seas una persona noble. Y no lo has sido. Uno está en su derecho de juzgar a un hombre

por el efecto que éste ejerce en sus amigos. Los tuyos parecen perder todo sentido del honor, de la bondad, de la pureza. Los has llenado de la locura del placer. Han descendido a lo más bajo y tú les has impulsado a hacerlo. Sí: tú les has impulsado a hacerlo y sin embargo eres capaz de sonreír, como lo estás haciendo ahora. Pero hay cosas aún peores. Sé que Harry y tú sois inseparables. Solamente por ese motivo, si no por otro, no deberías haber puesto el nombre de su hermana en boca de todos.

—Cuidado, Basil. Vas demasiado lejos.

—Tengo que hablar, y tú tienes que escuchar. Vas a escucharme. Cuando conociste a lady Gwendolen, jamás la había rozado el menor rumor de escándalo. ¿Queda ahora en Londres una sola mujer decente que pasearía con ella por el parque? ¡Cómo! ¡Pero si ni a sus propios hijos se les permite vivir con ella! Luego hay otras historias… historias de que te han visto salir furtivamente al alba de los peores tugurios de Londres. ¿Es eso cierto? ¿Puede ser eso cierto? Cuando las oí por primera vez, me eché a reír. Ahora las oigo y me producen escalofríos. ¿Y qué hay de tu casa de campo y de la vida que allí se lleva? Dorian, no sabes las cosas que dicen de ti. No te diré que no quiero sermonearte. Recuerdo a Harry diciendo una vez que toda persona que se convierte en un predicador aficionado para la ocasión, siempre empieza por decir eso y acaba siempre rompiendo su palabra. Yo sí que quiero sermonearte. Quiero que lleves una clase de vida que haga que el mundo te respete. Quiero que tengas un nombre limpio y una reputación intachable. Quiero que te deshagas de esa horrible gente con la que te juntas. No te encojas de hombros. No estés tan indiferente. Tienes una capacidad de influencia maravillosa. Úsala para bien, no para mal. Dicen que corrompes a todos aquellos con los que intimas, y que sólo con entrar tú en una casa, algún tipo de vergüenza se sucede. No sé si es así o no. ¿Cómo podría saberlo? Pero se dice de ti. Me han dicho cosas de las que es imposible dudar. Lord Gloucester fue uno de mis mejores amigos en Oxford. Me mostró una carta que su mujer le había escrito cuando agonizaba sola en su villa de Mentone. Tu nombre estaba implicado en la más terrible de las confesiones que he escuchado nunca. Le dije que era absurdo, que yo te conocía perfectamente y que eras incapaz de una cosa así. ¿Conocerte? Me pregunto si te conozco. Para poder contestar, tendría primero que ver tu alma.

—¡Ver mi alma! —murmuró Dorian Gray levantándose de golpe del sofá y empalideciendo de terror.

—Sí —respondió gravemente Hallward, con un profundo tono de pena—, ver tu alma. Pero eso sólo puede hacerlo Dios.

Una amarga risa burlona estalló en los labios del joven.

—¡La verás por ti mismo esta noche! —exclamó cogiendo una lámpara de la mesa—. Ven: se trata de tu propia obra. ¿Por qué no ibas a contemplarla? Después podrás contárselo a todo el mundo si lo deseas. Nadie te creería. Y, si así fuera, eso aumentaría su estima por mí. Conozco nuestra época mejor que tú, aunque tú te empeñes en hablar de ella tan tediosamente. Ven, te digo. Ya has hablado suficiente

de la corrupción. Ahora vas a contemplarla cara a cara.

Cada palabra que profería estaba impregnada de un loco orgullo. Golpeaba con el pie el suelo en un ademán de pueril insolencia. Sintió una terrible alegría al pensar que otra persona compartiría su secreto, y que el autor del retrato que había dado origen a su vergüenza iba a quedar marcado para el resto de su vida con el monstruoso recuerdo de lo que había hecho.

—Sí —siguió acercándose a él y mirándolo resueltamente a los severos ojos—. Te mostraré mi alma. Tú verás lo que piensas que sólo Dios puede ver.

Hallward retrocedió.

—¡Eso es una blasfemia, Dorian! —exclamó—. No debes decir esas cosas. Son terribles, y no tienen sentido alguno.

—¿Lo crees así? —dijo él volviendo a reír.

—Lo sé. En cuanto a lo que he dicho esta noche, lo he hecho por tu bien. Sabes que siempre he sido un amigo leal para ti.

—No me toques. Acaba lo que tengas que decir.

Un espasmo de dolor cruzó el rostro del artista. Se detuvo un instante, y un ardiente sentimiento de piedad se apoderó de él. Después de todo, ¿qué derecho tenía a entrometerse en la vida de Dorian Gray? Si había hecho una décima parte de lo que se rumoreaba de él, ¡cuánto debía de haber sufrido! Entonces se levantó, fue hacia la chimenea y, parándose allí, contempló los leños encendidos con sus cenizas como la escarcha y el núcleo de palpitantes llamas.

—Estoy esperando, Basil —dijo el joven con voz dura y clara.

Se volvió.

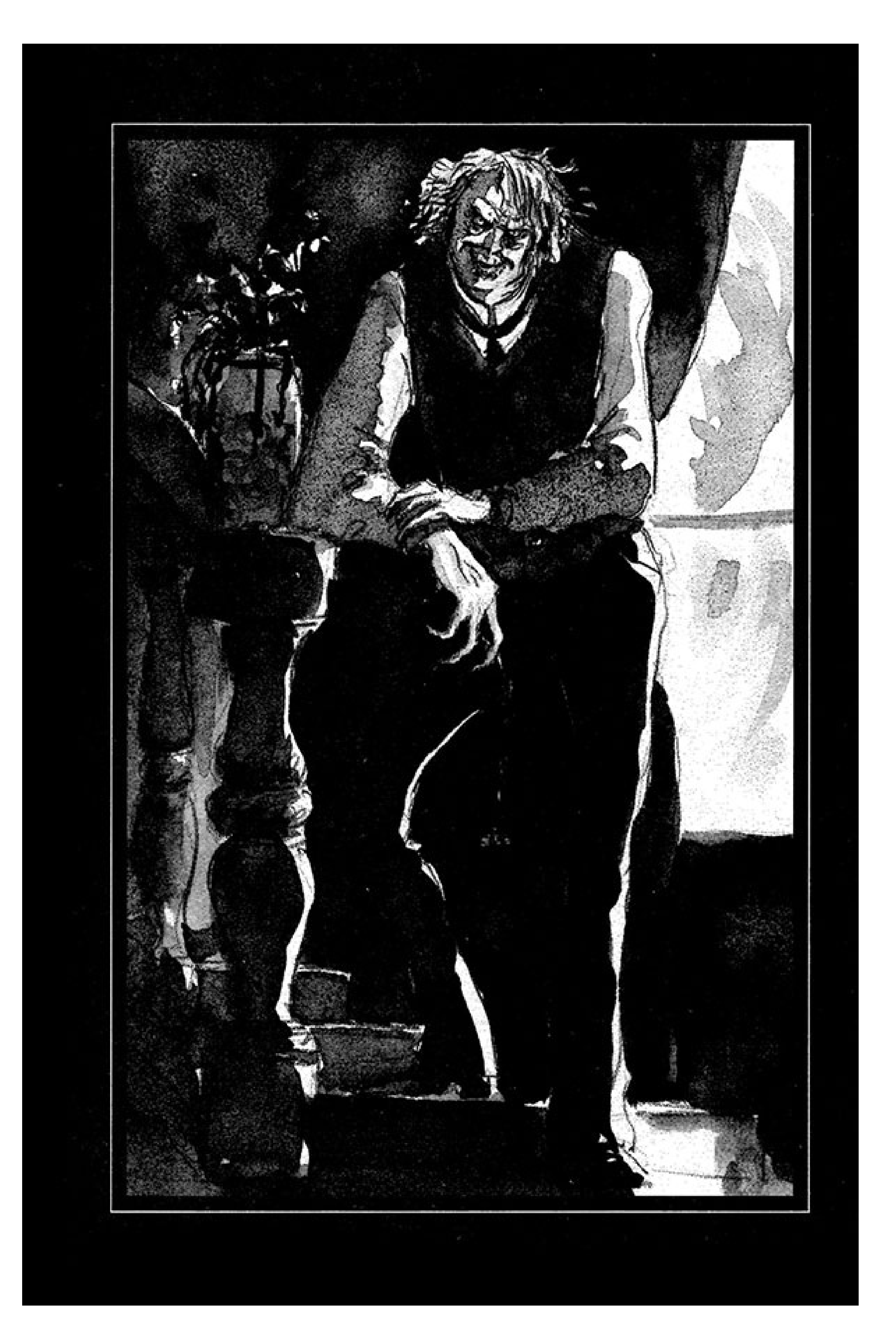
—Esto es lo que tengo que decir —exclamó—. Tienes que darme alguna respuesta a las terribles acusaciones que se hacen contra ti. Si me dices que son absolutamente falsas de principio a fin, te creeré. ¡Niégalas, Dorian, niégalas! ¿No te das cuenta de lo que estoy pasando? ¡Dios mío! No me digas que eres malvado, corrompido y digno de vergüenza.

Dorian Gray sonrió. Había una mueca de desprecio en sus labios.

—Sube conmigo, Basil —dijo—. Tengo un diario de mi vida día a día, y nunca abandona el cuarto en el que lo escribo. Si vienes conmigo te lo enseñaré.

—Iré contigo, Dorian, si eso es lo que quieres. Veo que he perdido el tren. No importa. Puedo irme mañana. Pero no me pidas que lea algo esta noche. Sólo quiero una respuesta franca a mi pregunta.

—La tendrás arriba. Aquí no te la puedo dar. No tendrás que leer mucho.



CAPÍTULO XIII

Salió del cuarto y empezó a subir, seguido de cerca por Basil Hallward. Andaban sin hacer ruido, como se hace de noche instintivamente. La lámpara proyectaba fantásticas sombras en las paredes y en la escalera. Una ráfaga de viento golpeó las ventanas.

Cuando llegaron al último rellano, Dorian dejó la lámpara en el suelo y, sacando la llave, la hizo girar en la cerradura.

—¿Insistes en saber, Basil? —preguntó en voz baja.

—Sí.

—Estoy encantado —contestó sonriendo; luego añadió con cierta aspereza—. Tú eres la única persona en el mundo que tiene derecho a saberlo todo sobre mí. Has tenido más que ver con lo que es mi vida de lo que supones.

Cogió la lámpara, abrió la puerta y entró. Un soplo de aire frío les salió al paso, y la luz vaciló un instante en una turbia llama anaranjada. Se estremeció.

—Cierra la puerta —murmuró dejando la lámpara sobre la mesa.

Hallward miró a su alrededor con expresión perpleja. El cuarto parecía estar deshabitado desde hacía años. Un tapiz flamenco descolorido, un cuadro tapado, un viejo *cassone* italiano y una estantería casi vacía: eso era todo lo que parecía haber, aparte de una silla y una mesa. Al encender Dorian Gray una vela medio consumida que había encima de la chimenea, vio que el polvo lo cubría todo y que la alfombra estaba agujereada. Un ratón corrió a escabullirse detrás del zócalo. Olía a humedad y a moho.

—¿Así que piensas que sólo Dios ve el alma, Basil? Corre esa cortina y verás la mía.

La voz que habló era fría y cruel.

—Tú estás loco, Dorian, o estás actuando —murmuró Hallward frunciendo el ceño.

—¿No vas a hacerlo? En ese caso tendré que hacerlo yo mismo —dijo el joven; y arrancó la cortina de la barra tirándola al suelo.

Una exclamación de horror brotó de los labios del artista cuando vio, a la débil luz de la vela, el terrible rostro que sonreía con sarcasmo desde el lienzo. Había algo en su expresión que lo llenaba de aversión y repugnancia. ¡Dios mío! ¡Era el propio rostro de Dorian Gray lo que estaba viendo! El horror, fuese lo que fuese, no había malogrado del todo su magnífica belleza. Aún quedaba algo de oro en los escasos cabellos, y algo de escarlata en la voluptuosa boca. Los abotargados ojos conservaban algo de la belleza de su azul, y no habían desaparecido del todo las nobles curvas de su nariz, finamente cincelada, y de su plástico cuello. Sí, era el propio Dorian Gray, pero ¿quién lo había pintado? Le pareció reconocer su propia pincelada, y el marco era diseño suyo. La idea era monstruosa, sin embargo, sintió miedo. Cogió la vela y

la sostuvo frente al cuadro. Su nombre estaba en el ángulo izquierdo, trazado en grandes letras de brillante bermellón.

Era una loca parodia, una innoble e infame sátira. Él nunca había hecho eso. Sin embargo, era su propio cuadro. Lo sabía, y sintió como si su sangre se hubiese transformado en un instante de ardiente fuego en hielo inerte. ¡Su propio cuadro! ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué razón se había alterado? Se volvió y miró a Dorian Gray con los ojos de un loco. Su boca se crispaba, y la reseca lengua parecía incapaz de articular palabra. Se pasó la mano por la frente. Estaba húmeda de sudor pegajoso.

El joven se apoyaba en la chimenea, contemplándolo con la curiosa expresión que uno ve en la cara del público que está absorto en una obra cuando actúa un gran artista. No había en ellos verdadera pena ni verdadera alegría. Sólo reflejaban la pasión del espectador, puede que con un destello de triunfo en la mirada. Se había quitado la flor de la solapa y la estaba oliendo, o simulaba hacerlo.

—¿Qué significa esto? —exclamó Hallward al fin. Su propia voz sonó aguda y extraña en sus oídos.

—Hace años, cuando yo era un niño —dijo Dorian Gray aplastando la flor en la mano—, me conociste, me adulaste y me enseñaste a envanecerme de mi belleza. Un día me presentaste a un amigo tuyo que me explicó la maravilla de la juventud, y tú acabaste el retrato que me reveló la maravilla de la belleza. En un momento de locura del que, incluso ahora, no sé si me arrepiento o no, formulé un deseo, puede que tú lo llamases ruego…

—¡Lo recuerdo! ¡Oh, lo recuerdo bien! ¡No! ¡Eso no es posible! El cuarto es húmedo. El moho ha prendido en el lienzo. Las pinturas que utilicé tendrían algún fuerte veneno mineral. Te digo que eso es imposible.

—Ah, ¿qué hay imposible? —murmuró el joven yendo a la ventana y apoyando su frente contra el cristal frío y empañado.

—Me dijiste que lo habías destruido.

—Me equivoqué. Él me ha destruido a mí.

—No creo que sea mi cuadro.

—¿Es que no ves a tu ideal en él? —dijo Dorian con amargura.

—Mi ideal, como tú lo llamas…

—Como tú lo llamaste.

—¡No había nada malo en él, nada vergonzoso! ¡Tú fuiste para mí un ideal que nunca más volveré a encontrar! ¡Éste es el rostro de un sátiro!

—Es el rostro de mi propia alma.

—¡Dios mío! ¡Qué ser debo de haber adorado! Tiene los ojos de un demonio.

—Todos llevamos el cielo y el infierno en nuestro interior, Basil —exclamó Dorian con un intenso gesto de desesperación.

Hallward se volvió de nuevo hacia el retrato y lo contempló.

—¡Dios mío! Es cierto —exclamó—; ¡y si esto es lo que has hecho con tu vida,

debes de ser aún peor de lo que imaginan los que hablan contra ti!

Acercó de nuevo la luz al lienzo y lo examinó. La superficie parecía estar completamente inalterada, tal como él la había dejado. Era del interior, aparentemente, de donde nacía la locura y el horror. Por alguna extraña aceleración de la vida interna, la lepra del pecado estaba devorando lentamente el cuadro. La corrupción de un cadáver en la humedad de una tumba no resultaba tan espantosa.

Su mano tembló, y la vela cayó del candelabro al suelo, donde quedó chisporroteando. Puso el pie sobre ella y la apagó. Después se dejó caer en la desvencijada silla que había junto a la mesa y enterró la cabeza entre las manos.

—¡Santo Dios, Dorian, qué lección! ¡Qué espantosa lección!

No hubo respuesta, pero oía al joven sollozando en la ventana.

—Reza, Dorian, reza —murmuró—, ¿qué nos enseñan a decir en la niñez? «No nos dejes caer en la tentación. Perdónanos nuestros pecados. Purifícanos de nuestra iniquidad». Digámoslo juntos. La oración de tu orgullo ha obtenido respuesta. El ruego de tu arrepentimiento también será escuchado. Te he adorado en exceso. Ahora recibo el castigo. Tú te has adorado en exceso a ti mismo. Los dos somos castigados.

Dorian Gray se dio la vuelta lentamente y lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Es demasiado tarde, Basil —dijo con desmayo.

—Nunca es demasiado tarde, Dorian. Arrodillémonos e intentemos recordar una oración. ¿No hay un verso en alguna parte que dice «aunque vuestros pecados sean como la grana, yo los volveré blancos como la nieve»?

—Esas palabras ya no significan nada para mí.

—¡Calla! No digas eso. Ya has hecho suficiente daño en tu vida. ¡Dios mío! ¿No ves la impudicia con que nos mira esa maldita cosa?

Dorian Gray contempló el retrato y, de pronto, un incontrolable sentimiento de odio hacia Basil Hallward se apoderó de él, como surgido de la imagen del lienzo, como si hubiese sido murmurado en su oído por esos labios de sarcástica sonrisa. La salvaje pasión de un animal cazado nació en su interior, y aborreció al hombre sentado a la mesa más de lo que había aborrecido nada en toda su vida. Miró ferozmente a su alrededor. Algo brillaba encima del arcón pintado. Su mirada se posó en aquello. Sabía lo que era. Era un cuchillo que había subido, unos días antes, para cortar un trozo de cuerda y que había olvidado llevarse después. Avanzó lentamente hacia aquello, pasando junto a Hallward al hacerlo. Tan pronto estuvo detrás de él, lo agarró y se volvió. Hallward se removió en la silla, como si fuese a incorporarse. Se precipitó sobre él y clavó el cuchillo en la arteria que hay detrás de la oreja, aplastándole la cara contra la mesa y descargando golpes una y otra vez.

Se escuchó un ronco gemido y el horrendo estertor de alguien ahogado en sangre. Por tres veces, los brazos extendidos se agitaron convulsivamente, sacudiendo, grotescos, las manos de crispados dedos en el vacío. Lo apuñaló dos veces más, pero el hombre no se movió. Algo empezó a gotear sobre el suelo. Esperó un momento,

presionando la cabeza aún. Después tiró el cuchillo sobre la mesa y aguzó el oído.

Sólo se oía el continuo gotear sobre la gastada alfombra. Abrió la puerta y salió al rellano. La casa estaba en completo silencio. No había nadie por los alrededores. Durante unos segundos permaneció inclinado sobre la barandilla, escudriñando en el negro e hirviente pozo de oscuridad. Después cogió la llave y volvió al cuarto, encerrándose allí.

La cosa seguía sentada en el sillón, torcida sobre la mesa con la cabeza caída y la espalda encorvada, y unos largos y fantásticos brazos. Si no hubiera sido por el desgarrón rojo y dentado del cuello, y por el negro charco que se extendía lentamente sobre la mesa, se hubiera dicho que el hombre estaba simplemente dormido.

¡Qué deprisa había ocurrido todo! Se sintió extrañamente tranquilo y, dirigiéndose hacia la ventana, la abrió y salió al balcón. El viento había barrido la niebla, y el cielo era como la cola de un monstruoso pavo real, estrellada de miríadas de ojos dorados. Miró hacia abajo y vio al policía haciendo su ronda y dirigiendo el largo haz de su linterna hacia las puertas de las silenciosas casas. La mancha carmesí de un cabriolé que pasaba brilló en la esquina y después se desvaneció. Una mujer envuelta en un ondeante chai se deslizó lentamente junto a las verjas, tambaleándose a su paso. De vez en cuando se paraba y miraba atrás. De pronto empezó a cantar con voz ronca. El policía fue hacia ella y le dijo algo. La mujer se marchó tropezando y riendo. Una áspera ráfaga de viento barrió la plaza. Los faroles de gas parpadearon volviéndose azules, y los árboles desnudos agitaron sus negras ramas de acero. Se estremeció y volvió a entrar, cerrando la ventana.

Una vez en la puerta echó la llave y la abrió. Ni siquiera miró al hombre asesinado. Sentía que el secreto de todo aquello radicaba en no reconocer la situación. El amigo que había pintado el fatal retrato al que debía toda su miseria había desaparecido de su vida. Eso era suficiente.

Entonces se acordó de la lámpara. Era una pieza bastante curiosa de artesanía morisca, hecha de plata mate incrustada con arabescos de acero bruñido y tachonada de gruesas turquesas. Su criado podría echarla de menos y preguntar por ella. Titubeó un momento, después volvió y la cogió de la mesa. No pudo evitar ver el cuerpo muerto. ¡Qué quieto estaba! ¡Qué horriblemente blancas parecían las largas manos! Era como una espantosa imagen de cera.

Después de cerrar la puerta tras de sí, se deslizó silenciosamente por las escaleras. El artesonado crujía, y parecía gritar de dolor. Se detuvo varias veces y esperó. No: todo estaba en calma. Sólo era el ruido de sus propios pasos.

Una vez en la biblioteca, vio la bolsa y el abrigo en un rincón. Era preciso esconderlos en algún sitio. Abrió un armario secreto disimulado en el revestimiento, donde guardaba sus propios y extraños disfraces y los metió allí. Podría quemarlos fácilmente más adelante. Después sacó el reloj. Eran las dos menos veinte.

Se sentó y empezó a reflexionar. Todos los años, todos los meses, prácticamente, se ahorcaba a hombres en Inglaterra por lo que él había hecho. Había habido una

locura criminal en el aire. Alguna estrella roja se había acercado demasiado a la tierra… Y aun así, ¿qué pruebas había contra él? Basil Hallward había dejado la casa a las once. Nadie le había visto volver a entrar. La mayoría de los criados estaban en Selby Royal. Su mayordomo estaba acostado… ¡París! Sí. Basil se había marchado a París, y en el tren de la medianoche, como tenía pensado hacer. Con sus extrañas y reservadas costumbres, pasarían meses antes de que se levantase sospecha alguna. ¡Meses! Todo podía estar destruido mucho antes.

Una repentina idea cruzó su mente. Se puso el abrigo de piel y el sombrero y salió al vestíbulo. Allí se detuvo, escuchando los lentos y pesados pasos del policía sobre la acera y viendo reflejarse la luz de su linterna en la ventana. Esperó conteniendo la respiración.

Después de un momento descorrió el cerrojo y se deslizó afuera, cerrando la puerta tras él con mucha suavidad. Luego llamó al timbre. Al cabo de cinco minutos apareció su criado a medio vestir y con aspecto muy somnoliento.

—Siento haberte despertado, Francis —dijo, entrando—, pero he olvidado la llave. ¿Qué hora es?

—Las dos y diez, señor —contestó el hombre mirando el reloj y parpadeando.

—¿Las dos y diez? ¡Qué tarde es! Deberás despertarme mañana a las nueve. Tengo cosas que hacer.

—Muy bien, señor.

—¿Ha venido alguien esta noche?

—El señor Hallward, señor. Estuvo aquí hasta las once y luego se fue a coger el tren.

—¡Oh! Siento no haberle visto. ¿Ha dejado algún mensaje?

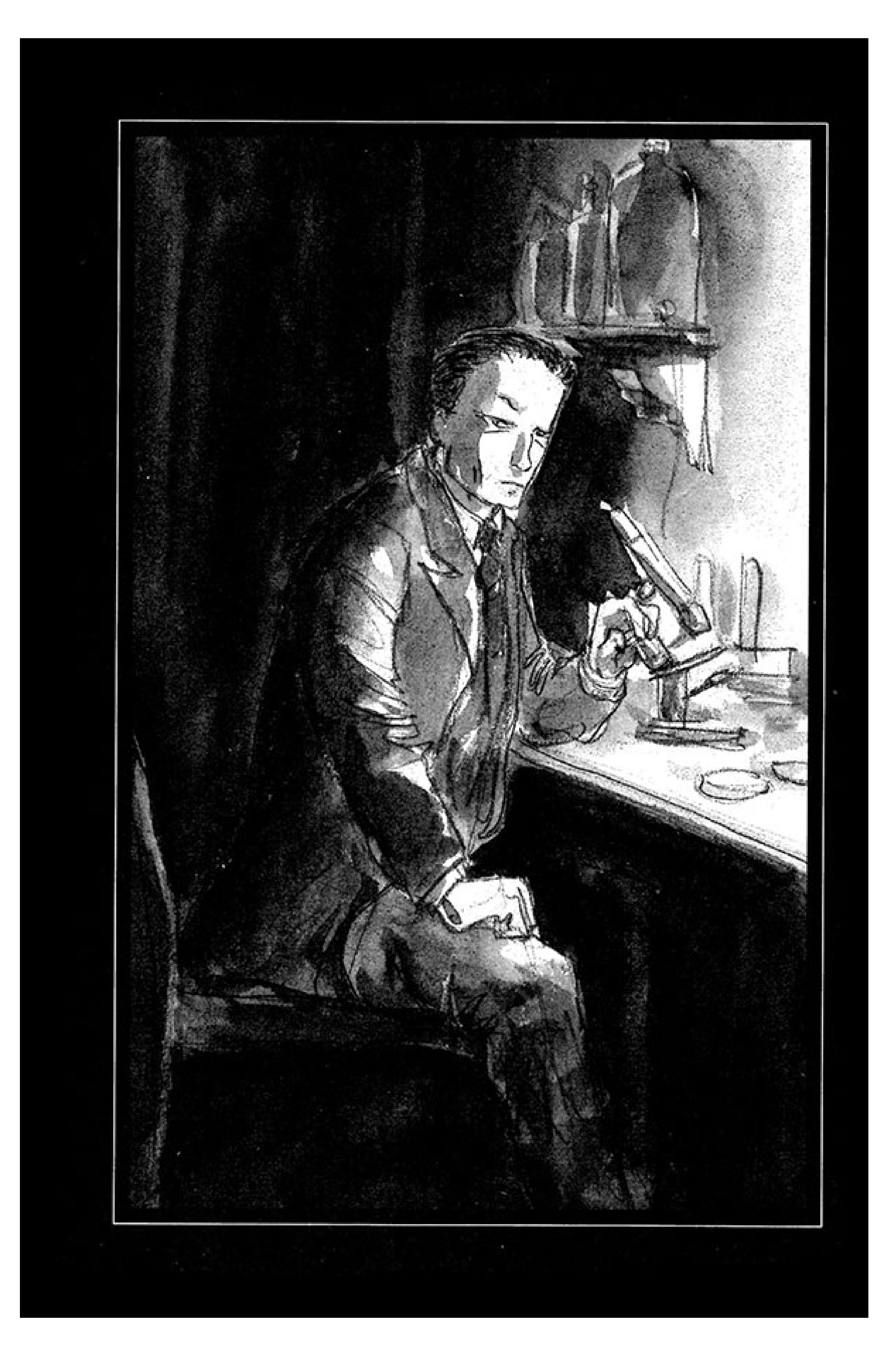
—No, señor. Sólo dijo que le escribiría desde París si no le encontraba en el club.

—Está bien, Francis. No olvides llamarme a las nueve.

—No, señor.

El criado desapareció por el corredor arrastrando las zapatillas.

Dorian Gray tiró el abrigo y el sombrero sobre la mesa y entró en la biblioteca. Durante un cuarto de hora recorrió el cuarto de un lado a otro mordiéndose el labio y pensando. Después cogió el Libro Azul de uno de los estantes y empezó a pasar las hojas. «Alan Campbell, calle Hertford 152, Mayfair». Sí; ése era el hombre que necesitaba.



CAPÍTULO XIV

A las nueve de la mañana siguiente, el criado entró con una taza de chocolate en una bandeja y abrió las persianas. Dorian dormía apaciblemente, descansando sobre el lado derecho, con una mano bajo la mejilla. Parecía un niño cansado por el juego o el estudio.

El hombre tuvo que tocarle dos veces en el hombro para que se despertase, y al abrir los ojos una débil sonrisa cruzó sus labios, como si hubiese estado sumido en algún sueño delicioso. Y sin embargo no había soñado nada. Ninguna imagen de placer o de dolor había turbado su noche. Pero la juventud sonríe sin motivo. Ése es uno de sus encantos principales.

Se volvió y, apoyándose en el codo, empezó a sorber el chocolate. El suave sol de noviembre inundaba el cuarto. El cielo estaba despejado, y había en el aire una magnífica tibieza. Era casi como una mañana de mayo.

Gradualmente, los sucesos de la noche anterior penetraron en su mente con ensangrentados pasos, reconstruyéndose por sí mismos con terrible precisión. Tembló ante el recuerdo de su sufrimiento, y por un instante volvió a invadirle el mismo extraño sentimiento de odio contra Basil Hallward que le había impulsado a matarle cuando estaba sentado en la silla, dejándole helado de pasión. El muerto seguía sentado allí arriba, y ahora a pleno sol. ¡Qué espanto! Esas cosas tan horribles eran para las tinieblas, no para la luz del día.

Sintió que si seguía pensando en lo que había ocurrido, enfermaría o enloquecería. Había pecados cuya fascinación estaba más en el recuerdo que en el acto en sí mismo; raros triunfos que gratifican el orgullo más que las pasiones y proporcionan al intelecto una viva alegría, mayor que la que dan o pueden darle a los sentidos. Pero aquél no era de ésos. Era un recuerdo que debía borrar de su mente, drogarlo con adormideras, ahogarlo para impedir que le ahogase a él.

Al sonar la media, se pasó la mano por la frente y, levantándose presuroso, se vistió con más esmero que de costumbre, escogiendo cuidadosamente la corbata y el alfiler, y cambiando de sortija varias veces. Empleó también mucho tiempo en desayunar, probando los distintos platos y hablándole a su criado de una nueva librea que pensaba mandar hacer para su servidumbre de Selby mientras abría la correspondencia. Algunas cartas le hicieron sonreír. Tres de ellas lo aburrieron. Releyó varias veces la misma y luego la rompió con un ligero gesto de fastidio en el rostro. Como había dicho lord Henry en una ocasión: «¡Qué terrible es la memoria de una mujer!»

Después de beber su taza de café negro, se limpió los labios pausadamente con la servilleta, hizo señas a su criado de que esperase y, yendo hacia la mesa, se sentó y escribió dos cartas. Se metió una de ellas en el bolsillo y le entregó la otra a su criado.

—Lleva esto al 152 de la calle Hertford, Francis, y si el señor Campbell está fuera

de Londres pregunta su dirección.

Nada más quedarse solo encendió un cigarrillo y empezó a hacer esbozos en una hoja de papel, dibujando primero flores y motivos arquitectónicos, y después rostros humanos. De pronto notó que cada rostro que trazaba parecía tener una fantástica similitud con Basil Hallward. Frunció las cejas y, levantándose, fue hacia la estantería y cogió un tomo al azar. Estaba dispuesto a no pensar más en lo sucedido de no ser absolutamente necesario.

Una vez tumbado en el sofá, miró el título del libro. Era la edición de Charpentier, sobre papel japonés, de la obra *Esmaltes y camafeos de Gautier*, con aguafuertes de Jacquemart. La encuadernación era en cuero verde limón, con un trazado de oro y sembrado de granadas. Era un regalo de Adrián Singleton. Al hojearlo, su mirada cayó en el poema sobre la mano de Lacenaire, la mano fría y amarillenta *du supplice, encore mal lavée*, con su suave vello rojizo y sus *doigts de faune*. Contempló sus propios dedos, blancos y largos, estremeciéndose levemente a pesar suyo, y siguió hasta llegar a estos delicados versos sobre Venecia:

Sur une gamme chromatique,
Le sein de perles ruisselant,
La Vénus de l'Adriatique
Sort de l'eau son corps rose et blanc.
Les dômes, sur l'azur des ondes
Suivant la phrase au pur contour,
S'enflent comme des gorges rondes
Que soulève un soupir d'amour.
L'esquif aborde et me dépose,
Jetant son amarre aupilier,
Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier.[3]

¡Qué exquisitos eran! Leyéndolos, uno parecía descender por los verdes canales de la ciudad rosa y perla, sentado en una negra góndola de proa de plata y flotantes cortinas. Aquellas sencillas líneas le recordaban las rectas franjas azul turquesa que uno deja tras de sí cuando navega hacia el Lido. El repentino resplandor de los colores le evocaba las palomas de color iris y ópalo que revoloteaban en torno al alto Campanille, semejante a un panal de miel, o que paseaban con majestuosa gracia bajo las sombrías y polvorientas arcadas. Se recostó entornando los ojos y repitiéndose a sí mismo:

Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier.

Venecia entera estaba en aquellos dos versos. Recordó el otoño que había pasado

allí y un maravilloso amor que le había hecho cometer deliciosas y delirantes locuras. Había romances en todas partes. Pero Venecia, como Oxford, conservaba un trasfondo de novela y, para el verdadero romántico, el fondo lo es todo o casi todo. Basil había estado con él parte del tiempo, apasionándose por Tintoretto. ¡Pobre Basil! ¡Qué horrible forma de morir!

Suspiró y volvió a coger el libro, tratando de olvidar. Leyó los versos sobre las golondrinas que entran y salen del cafetín de Esmirna donde los hadjis se sientan a pasar las cuentas de ámbar de sus rosarios, y los mercaderes, con sus turbantes, fuman las largas pipas de colgantes borlas mientras conversan con gravedad; leyó sobre el obelisco de la plaza de la Concordia, que llora lágrimas de granito sobre su solitario exilio sin sol, languideciendo por volver junto al ardiente Nilo cubierto de lotos, donde hay esfinges, rosados y rojos ibis, buitres blancos de doradas garras y cocodrilos, de ojillos de berilo, que se arrastran por el légamo verde y humeante; empezó a meditar sobre aquellos versos que, transformando en música un mármol manchado de besos, hablan de esa curiosa estatua que Gautier compara con una voz de contralto, el *monstre charmant*, recostada en la sala de pórfido del Louvre. Pero, al poco rato, el libro cayó de sus manos. Los nervios se apoderaron de él y lo asaltó un horrible sentimiento de terror. ¿Qué ocurriría si Alan Campbell estaba fuera de Inglaterra? Pasarían días hasta que pudiese regresar. Quizá rehusase acudir. ¿Qué haría entonces? Cada segundo era de vital importancia. Habían sido grandes amigos en el pasado, cinco años antes, casi inseparables, de hecho. Después su intimidad había acabado repentinamente. Ahora, cuando se encontraban, Dorian Gray era el único en sonreír; Alan Campbell jamás lo hacía.

Era un joven de extremada inteligencia, aunque carecía de una apreciación real de las artes plásticas, y el poco sentido de la belleza poética que poseía se lo debía enteramente a Dorian. Su pasión intelectual dominante era la ciencia. En Cambridge había pasado gran parte de su tiempo trabajando en el laboratorio, obteniendo un buen número de promoción en ciencias naturales. De hecho, aún seguía dedicándose al estudio de la química, y tenía su propio laboratorio, en el que solía encerrarse durante todo el día con gran disgusto de su madre, que había soñado para él un puesto en el parlamento, y que tenía una vaga idea de que un químico era una persona que componía recetas. Sin embargo, también era un excelente músico, y tocaba el violín y el piano mejor que la mayoría de los aficionados. De hecho, había sido la música lo que les había hecho intimar primero, la música y esa indefinible atracción que Dorian parecía ejercer siempre que quería, y que realmente ejercía a menudo hasta de una manera inconsciente. Se habían conocido en casa de lady Berkshire la noche en que Rubinstein había tocado allí, y después de eso podía vérselos siempre juntos en la ópera y en cualquier lugar en el que se escuchase buena música. Su intimidad había durado dieciocho meses. Campbell siempre estaba en Selby Royal o en la plaza Grosvenor. Para él, como para muchos otros, Dorian Gray era la representación de todo lo maravilloso y fascinante de la vida. Si había habido una disputa entre ellos,

nadie lo supo nunca. Pero de pronto la gente notó que apenas se hablaban al encontrarse, y que Campbell siempre parecía abandonar pronto una fiesta en la que Dorian estaba presente. Él también había cambiado: a veces estaba extrañamente melancólico, casi parecía disgustarle escuchar música, y él mismo ya nunca tocaba, alegando como excusa cuando alguien se lo pedía que estaba tan absorbido por la ciencia que no le quedaba tiempo para practicar. Y realmente era cierto. Cada día parecía interesarse más por la biología, y su nombre apareció una o dos veces en alguna de las revistas científicas en relación con ciertos extraños experimentos.

Ése era el hombre al que Dorian Gray estaba esperando. Miraba el reloj cada segundo. A medida que pasaban los minutos, aumentaba horriblemente su inquietud. Por último se levantó y empezó a recorrer la estancia de un lado a otro como una hermosa criatura en una jaula. Daba furtivas y largas zancadas. Tenía las manos extrañamente frías.

La espera se hizo intolerable. Le parecía que el tiempo se deslizaba con pies de plomo, mientras que él era empujado por monstruosos vientos hacia el dentado borde de un oscuro precipicio. Sabía lo que le esperaba allí; lo veía de hecho y, estremeciéndose, apretó con las manos sudorosas sus ardientes párpados como queriendo destruir su vista y hundir los globos de los ojos en sus órbitas. Era inútil. El cerebro se alimentaba a sí mismo, y la imaginación, convertida en grotesca por el terror, retorcida y desfigurada como un ser vivo por el dolor, bailaba como un títere enloquecido en una barraca, gesticulando a través de cambiantes máscaras. Entonces, el tiempo se detuvo de pronto. Sí: esa cosa ciega y jadeante dejó de avanzar y, al morir el tiempo, terribles pensamientos se deslizaron ágilmente frente a él, desenterrando un espantoso futuro de su tumba y poniéndolo ante sus ojos. Lo contempló. El horror que encerraba lo dejó petrificado.

Al fin la puerta se abrió y el criado entró en el cuarto. Lo miró con ojos vidriosos.

—El señor Campbell, señor —anunció el hombre.

Un suspiro de alivio escapó de sus resecos labios, y el color volvió a sus mejillas.

—Dile que entre inmediatamente, Francis.

Sentía que recobraba el dominio. El acceso de cobardía había desaparecido.

El hombre se retiró con una inclinación. Instantes después entraba Alan Campbell con aspecto muy severo y bastante pálido, su palidez intensificada por el pelo negro como el carbón y las oscuras cejas.

—¡Alan! Qué amable por tu parte. Te agradezco que hayas venido.

—Me había propuesto no volver a pisar su casa nunca más, Gray. Pero decía usted que era un asunto de vida o muerte.

Su voz era dura y fría. Hablaba con deliberada lentitud. Había una expresión de desprecio en la mirada firme y escrutadora que dirigió a Dorian. Mantenía las manos en los bolsillos de su abrigo de astracán, y parecía no haber notado el gesto con el que se le acogía.

—Sí: es un asunto de vida o muerte, Alan, y para más de una persona. Siéntate.

Campbell cogió una silla junto a la mesa y Dorian tomó asiento frente a él. Los ojos de los dos hombres se encontraron. En los de Dorian se reflejaba una piedad infinita. Sabía que lo que iba a hacer era terrible.

Tras un momento de tenso silencio se inclinó hacia él y, con perfecta calma pero observando el efecto de cada palabra en aquél al que había hecho llamar, dijo:

—Alan, en un cuarto cerrado del último piso, un cuarto al que sólo yo tengo acceso, hay un hombre muerto sentado a una mesa. Lleva diez horas muerto. No te muevas y no me mires así. Quién es el hombre y por qué ha muerto, cómo ha muerto, son cuestiones que no te incumben. Lo que tienes que hacer es…

—Basta, Gray. No quiero saber nada más. Si lo que dice es cierto o no, eso no me importa. Me niego completamente a verme mezclado en su vida. Guarde para usted sus horribles secretos. Ya no me interesan.

—Alan, tendrán que interesarte. Éste tendrá que interesarte. Lo siento mucho por ti, Alan. Pero no puedo evitarlo. Tú eres el hombre que puede salvarme. Me veo forzado a involucrarte en el asunto. No tengo otra alternativa. Alan, tú eres un científico. Sabes de química y cosas de ésas. Has hecho experimentos. Lo que tienes que hacer es destruir ese cadáver, destruirlo de forma que no quede vestigio de él. Nadie ha visto entrar a esa persona en la casa. De hecho, actualmente se le supone en París. No lo echarán en falta durante meses. Cuando eso suceda, no debe quedar rastro alguno de él en esta casa. Tú, Alan, debes transformarle a él y todas sus pertenencias en un puñado de cenizas que yo pueda esparcir en el aire.

—Tú estás loco, Dorian.

—¡Ah! Estaba esperando a que me tuteases.

—Tú estás loco, te digo, loco al imaginar que yo iba a mover un dedo para ayudarte, loco por hacer esa monstruosa confesión. No quiero tener nada que ver con este asunto, sea el que sea. ¿Crees que voy a poner mi reputación en peligro por ti? ¿Qué me importa el diabólico asunto en el que estés metido?

—Se trata de un suicidio, Alan.

—Me alegra saberlo. Pero ¿quién le indujo a cometerlo? Supongo que tú.

—¿Sigues negándote a hacer esto por mí?

—Naturalmente que me niego. No pienso tener nada en absoluto que ver con ello. No me importa la vergüenza que pueda caer sobre ti. Sea cual sea, te la mereces. No me disgustaría verte deshonrado, públicamente deshonrado. ¿Cómo te atreves a pedirme a mí, entre todos los hombres del mundo, que me mezcle en este horror? Creí que conocías mejor el carácter de las personas. Tu amigo lord Henry Wotton debería haberte enseñado más psicología, sea lo que sea lo que te ha enseñado. Nada podrá convencerme de que dé un paso para salvarte. Te has equivocado de persona. Busca a alguno de tus amigos. No te dirijas a mí.

—Ha sido un asesinato, Alan. Yo lo he matado. No te imaginas lo que me hizo sufrir. Cualquiera que sea mi vida, él contribuyó a hacer que fuese así, o a perderla más que el pobre Harry. Puede que ésa no fuese su intención, pero el resultado ha

sido el mismo.

—¡Un asesinato! Dios mío, Dorian, ¿has sido capaz de llegar a eso? No voy a denunciarte. No es de mi incumbencia. Además, aun sin mi intervención en el asunto seguramente te detendrán. Nadie comete un crimen sin hacer alguna estupidez. Pero no quiero tener nada que ver con esto.

—Es preciso que tengas que ver con ello. Espera, espera un momento; escucha. Sólo escucha, Alan. Todo lo que te pido es que realices un determinado experimento químico. Tú acudes a los hospitales y a los depósitos, y los horrores que haces allí no te afectan. Si en una de esas horrendas salas de disección, o en uno de esos fétidos laboratorios, encontrases a ese hombre tendido sobre una mesa de zinc con rojos canales excavados para que la sangre manase de ellos, lo mirarías simplemente como a un ejemplar admirable. No se te erizaría un solo cabello. No pensarías que estabas obrando mal. Al contrario, probablemente sentirías que estabas beneficiando a la raza humana, o aumentando el caudal de conocimientos del mundo, o satisfaciendo la curiosidad intelectual, o algo por el estilo. Lo que yo quiero que hagas es sencillamente lo que has hecho a menudo con anterioridad. De hecho, destruir un cuerpo debe ser mucho menos horrible de lo que estás acostumbrado a hacer. Y, recuerda, se trata de la única prueba en mi contra. Si se descubre estoy perdido; y se descubrirá con seguridad a no ser que me ayudes.

—No deseo ayudarte. Te olvidas de eso. Todo este asunto me es sencillamente indiferente. No tiene nada que ver conmigo.

—Alan, te lo suplico. Piensa en la posición en la que me encuentro. Justo antes de que vinieses he estado a punto de desmayarme de terror. Puede que algún día tú mismo sepas lo que es el terror. ¡No! No pienses en eso. Mira el asunto desde un punto de vista puramente científico. Tú no preguntas de dónde salen los cadáveres en los que experimentas. No preguntes ahora. Ya te he dicho demasiado. Pero te ruego que lo hagas. Una vez fuimos amigos, Alan.

—No me hables de aquellos días, Dorian: están muertos.

—A veces los muertos permanecen. El hombre de arriba no va a marcharse. Está sentado a la mesa con la cabeza caída y los brazos extendidos. ¡Alan, Alan! Si no me prestas ayuda estoy perdido. ¡Cómo! ¡Me ahorcarán, Alan! ¿Es que no lo entiendes? Me ahorcarán por lo que he hecho.

—No tiene sentido prolongar esta escena. Me niego absolutamente a hacer nada en este asunto. Es una locura que me lo pidas.

—¿Te niegas?

—Sí.

—Alan, te lo suplico.

—Es inútil.

La misma mirada de compasión apareció en los ojos de Dorian Gray. Después alargó la mano, tomó una hoja de papel y escribió algo en ella. La releyó dos veces, doblándola cuidadosamente y la empujó sobre la mesa. Hecho esto, se levantó y fue

hasta la ventana.

Campbell lo miró sorprendido; después cogió el papel y lo desdobló. Mientras leía, su rostro empalideció horriblemente y se dejó caer sobre el respaldo. Una terrible sensación de malestar lo invadió. Sintió como si su corazón latiese hasta morir en alguna vacía cavidad.

Tras dos o tres minutos de horrible silencio, Dorian se volvió y, colocándose tras él, posó una mano sobre su hombro.

—Lo siento tanto por ti, Alan —murmuró—; pero no me dejas otra alternativa. Ya tengo escrita la carta. Aquí está. Mira la dirección. Si no me ayudas, tendré que enviarla. Ya sabes cuáles serán las consecuencias. Pero vas a ayudarme. Es imposible que ahora te niegues. He intentado evitarte esto. Me harás la justicia de reconocerlo. Has sido conmigo severo, cruel, ofensivo. Me has tratado como ningún hombre se ha atrevido a tratarme jamás… Ningún hombre vivo, al menos. Lo he soportado todo. Ahora me toca a mí dictar condiciones.

Campbell enterró la cabeza entre sus manos y se estremeció.

—Sí, ahora seré yo quien dicte mis condiciones, Alan. Ya sabes cuáles son. La cosa es muy sencilla. Vamos, no te pongas así. Es necesario hacerlo. Afróntalo y hazlo.

Un gemido escapó de los labios de Campbell y todo su cuerpo se estremeció. El tictac del reloj sobre la chimenea le parecía dividir el tiempo en átomos dispersos de agonía, cada uno de los cuales era demasiado terrible para soportarlo. Sintió como si un círculo de hierro le oprimiese el cerebro lentamente, como si la deshonra que le amenazaba lo hubiese alcanzado ya. La mano sobre su hombro le pesaba como si fuese una mano de plomo. Parecía triturarle.

—Vamos, Alan. Debes decidirte ya.

—No puedo —dijo maquinalmente, como si aquellas palabras pudiesen alterar las cosas.

—Es necesario. No puedes elegir. No lo retrases más.

Vaciló un momento.

—¿Hay fuego en la habitación de arriba?

—Sí. Hay un aparato de gas con amianto.

—Tendré que ir a casa a coger algunas cosas del laboratorio.

—No, Alan, no debes dejar esta casa. Escribe en una hoja de papel lo que necesitas y mi criado cogerá un coche y te las traerá.

Campbell garabateó unas líneas, secó la tinta y dirigió el sobre a su ayudante. Dorian cogió la nota y la leyó cuidadosamente. Después tocó la campana y se la dio a su criado, con orden de volver lo antes posible trayendo las cosas con él.

Cuando la puerta del vestíbulo se cerró, un estremecimiento nervioso recorrió a Campbell y, levantándose de la silla, fue hasta la chimenea. Temblaba con una especie de ataque febril. Durante casi veinte minutos, ninguno de los hombres dijo una palabra. Una mosca zumbaba ruidosamente en la habitación, y el tictac del reloj

golpeaba el aire como un martillo.

Al dar la una, Campbell se volvió, y al mirar a Dorian Gray vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Había algo en lo puro y refinado en aquel rostro entristecido que pareció llenarlo de ira.

—Eres infame, absolutamente infame —musitó.

—Cállate, Alan: me has salvado la vida —exclamó Dorian.

—¿La vida? ¡Cielo santo! ¿Qué vida es ésa? Has ido de corrupción en corrupción, y ahora has cometido un crimen. Al hacer lo que voy a hacer, lo que me obligas a hacer, no es en tu vida en lo que estoy pensando.

—¡Ah, Alan! —murmuró Dorian con un suspiro—. Ojalá sintieses por mí una milésima parte de la compasión que yo te tengo.

Al tiempo que hablaba se volvió y permaneció mirando hacia el jardín. Campbell no contestó.

Pasados diez minutos llamaron a la puerta y el criado entró llevando un gran cofre de caoba con productos químicos, un largo rollo de alambre de acero y platino y dos grapas de hierro de extraña forma.

—¿Dejo las cosas aquí, señor? —le preguntó a Campbell.

—Sí —dijo Dorian—. Y me temo, Francis, que tengo otro recado para ti. ¿Cómo se llama el hombre de Richmond que provee de orquídeas a Selby?

—Harden, señor.

—Sí. Harden. Tienes que ir a Richmond de inmediato, ver a Harden personalmente y decirle que me envíe el doble de orquídeas de las que le encargué; y que mande la menor cantidad posible de flores blancas. Hace un hermoso día, Francis, y Richmond es un sitio muy bonito, de lo contrario no te molestaría con este encargo.

—No es molestia alguna, señor. ¿A qué hora debo volver?

Dorian miró a Campbell.

—¿Cuánto durará el experimento, Alan? —preguntó con voz calmada e indiferente. La presencia de una tercera persona en el cuarto parecía darle un coraje extraordinario.

Campbell frunció el ceño y se mordió los labios.

—Unas cinco horas —contestó.

—Entonces bastará con que vuelvas a las siete y media, Francis. O espera: déjame la ropa fuera. Puedes cogerte la noche libre. No cenaré en casa, así que no voy a necesitarte.

—Gracias, señor —dijo el hombre saliendo del cuarto.

—Ahora, Alan, no hay un momento que perder. ¡Qué pesado es este cofre! Yo lo llevaré. Tú coge el resto de las cosas.

Hablaba deprisa, en tono autoritario. Campbell se sentía dominado. Salieron juntos de la estancia.

Al llegar al último rellano, Dorian sacó la llave y la hizo girar en la cerradura.

Después se detuvo y una mirada de inquietud apareció en sus ojos. Se estremeció.

—Creo que no puedo entrar, Alan —murmuró.

—A mí no me importa. No te necesito —dijo Campbell fríamente.

Dorian entreabrió la puerta. Al hacerlo, vio el rostro de su retrato sonriendo maliciosamente a la luz del sol. Delante, tirada en el suelo, estaba la cortina rasgada. Recordó que la noche anterior había olvidado, por primera vez en su vida, ocultar el fatal lienzo, y estaba a punto de precipitarse hacia delante cuando retrocedió temblando. ¿Qué era ese repugnante rocío rojo que brillaba, húmedo y reluciente, en una de las manos, como si el lienzo sudase sangre? ¡Era espantoso! Más espantoso, le pareció en aquel momento, que el mudo cadáver que sabía tendido sobre la mesa, esa cosa cuya grotesca e informe sombra sobre el manchado tapiz le confirmaba que no se había movido, sino que seguía allí tal como él lo dejó.

Exhaló un hondo suspiro, abrió la puerta un poco más y, con los ojos entrecerrados y la cabeza vuelta, entró apresuradamente, decidido a no mirar ni una sola vez hacia el hombre muerto. Luego, inclinándose y recogiendo la cortina púrpura y dorada, la echó sobre el retrato.

Se quedó allí inmóvil, temiendo volverse y con los ojos fijos en los arabescos que tenía ante él.

Oyó a Campbell entrar el pesado cofre, los hierros y las demás cosas que requería su horrible tarea. Se preguntó si Basil Hallward y él se habrían conocido y, de ser así, lo que habrían pensado el uno del otro.

—Y ahora, déjame solo —dijo una voz severa detrás de él.

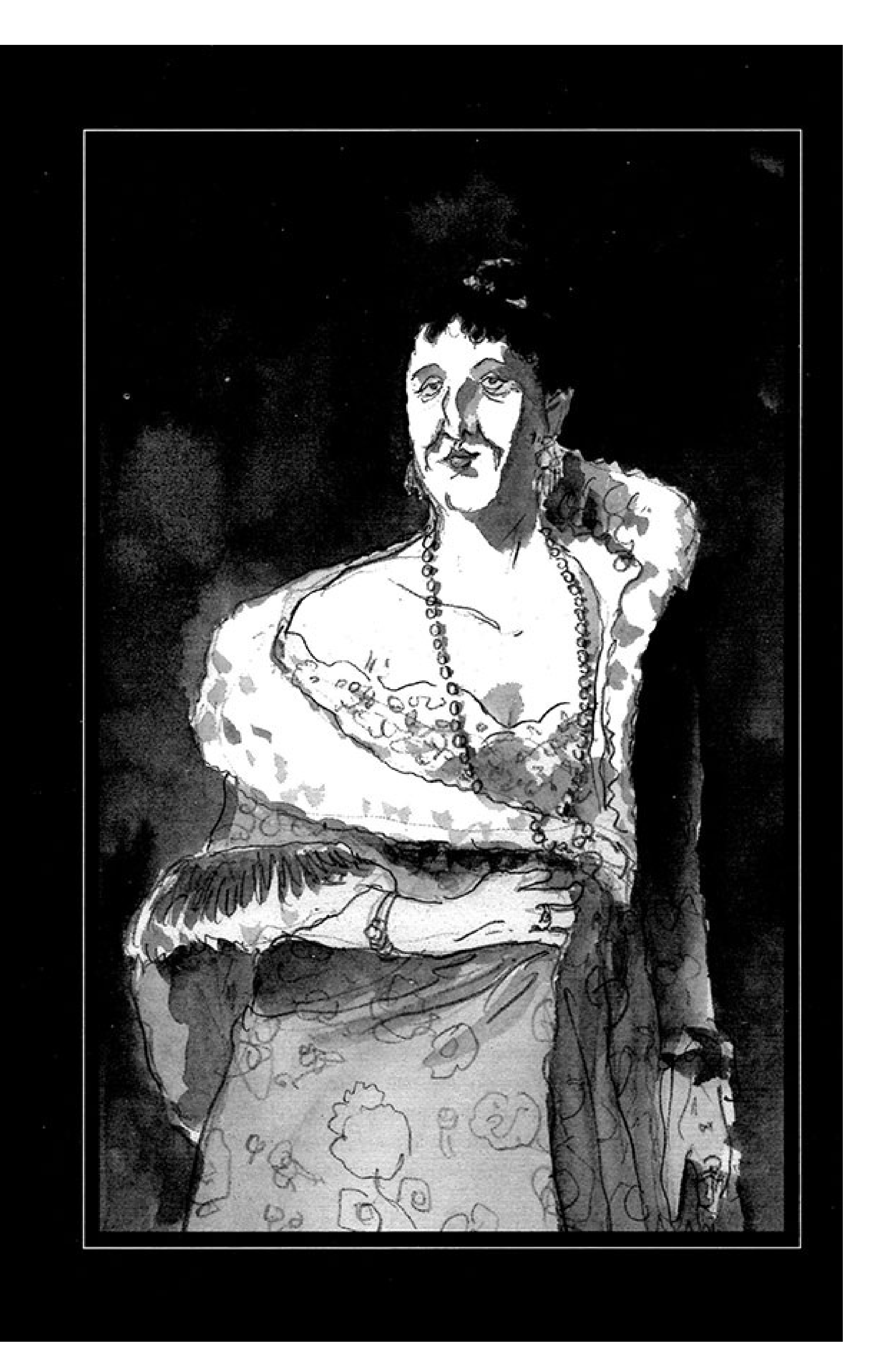
Se volvió y salió precipitadamente, sólo consciente de que el cadáver estaba ahora recostado y de que Campbell miraba el rostro brillante y amarillento. Cuando bajaba, oyó girar la llave en la cerradura.

Eran mucho más de las siete cuando Campbell volvió a la biblioteca. Estaba pálido, pero completamente en calma.

—He hecho lo que me pediste —murmuró—. Y ahora, adiós. No volvamos a vernos jamás.

—Me has salvado de la ruina, Alan. No puedo olvidar eso —dijo Dorian simplemente.

En cuanto Campbell se hubo marchado, subió al piso de arriba. En el cuarto había un horrible olor a ácido nítrico. Pero la cosa que estaba sentada a la mesa había desaparecido.



CAPÍTULO XV

Esa misma tarde, a las ocho y media, exquisitamente vestido y con un manojo de violetas de Parma en el ojal, Dorian Gray era introducido en el salón de lady Narborough por lacayos de inclinada cabeza. Sus sienes latían con loco nerviosismo y se sentía atrozmente excitado, pero la reverencia que hizo ante la mano de la dueña de la casa fue tan natural y encantadora como siempre. Quizá uno nunca parece tan tranquilo como cuando tiene que representar un papel. Ciertamente, ninguno de los que vieron a Dorian Gray aquella noche hubiese podido creer que acababa de pasar por una tragedia tan horrible como cualquier tragedia de nuestro tiempo. Esos dedos tan finamente modelados jamás habrían empuñado un cuchillo para pecar, y aquellos sonrientes labios nunca hubiesen podido insultar a Dios y a su bondad. Él mismo se sentía asombrado de la tranquilidad de su porte, y por un momento experimentó intensamente el terrible placer de una doble vida.

Era una reunión íntima, casi improvisada por lady Narborough, dama muy inteligente a quien lord Henry solía describir diciendo que conservaba restos de una auténtica y notable fealdad. Había resultado una esposa excelente para uno de nuestros más aburridos embajadores y, habiendo enterrado convenientemente a su marido en un mausoleo de mármol que ella misma había diseñado y casado a sus hijas con hombres ricos y más bien maduros, se dedicaba ahora a los placeres de la literatura francesa, de la cocina francesa y del *esprit* francés cuando podía obtenerlo.

Dorian era uno de sus favoritos, y siempre le decía que estaba muy contenta de no haberlo conocido en su juventud.

—Sé bien, querido, que me habría enamorado locamente de usted —solía decir —, y por su amor lo hubiese arriesgado todo. Es una inmensa suerte que usted no contase en aquellos tiempos. Así, entre lo poco favorecedor de la moda femenina y lo ocupados que estaban los hombres, nunca llegué siquiera a flirtear con nadie. Sin embargo, la culpa fue toda de mi marido. Era terriblemente corto de vista, y no hay placer en engañar a un marido que nunca ve nada.

Sus invitados de aquella noche eran bastante aburridos. El caso era, como explicó a Dorian desde detrás de un raído abanico, que una de sus hijas casadas había ido a visitarla repentinamente y, lo que era aún peor, había traído con ella a su marido.

—Me parece una auténtica desconsideración por su parte, querido —susurró—. Claro que yo los visito cada verano a la vuelta de Hamburgo, pero una mujer de mi edad necesita aire fresco de vez en cuando y, además, en realidad los animo. No puede imaginarse la existencia que llevan. Pura vida campestre sin adulterar. Se levantan pronto porque tienen mucho que hacer, y se acuestan temprano porque apenas tienen en qué pensar. No ha habido un solo escándalo en el vecindario desde los tiempos de la reina Isabel, y en consecuencia todos se quedan dormidos después de la cena. No debe sentarse junto a ninguno de ellos. Se sentará a mi lado y me

entretendrá.

Dorian murmuró un amable cumplido y miró a su alrededor. Sí, realmente era una fiesta aburrida. No había visto nunca a dos de los invitados, y los demás consistían en Ernest Harrowden, una de esas mediocridades de mediana edad, tan comunes en los clubs de Londres, que carece de enemigos pero a quien sus amigos detestan completamente; lady Ruxton, una emperifollada mujer de cuarenta y siete años y nariz ganchuda que siempre estaba tratando de comprometerse, pero tan terriblemente insignificante que, para su gran desilusión, nunca había nadie dispuesto a creer nada en contra de ella; la señora Erlynne, una enérgica don nadie con un delicioso ceceo y el pelo teñido de rojo-Venecia; lady Alice Chapman, la hija de su anfitriona, una muchacha insulsa y poco atractiva, con una de esas típicas caras británicas que, una vez vistas, uno no vuelve a recordar; y su marido, una criatura de coloradas mejillas y patillas blancas que, como tantos de su clase, creía que la jovialidad desmesurada puede sustituir la falta absoluta de ideas.

Casi sentía haber ido cuando lady Narborough, mirando el gran reloj de bronce dorado que se derramaba en chillonas curvas sobre la repisa de la chimenea, exclamó:

—¡Qué horrible por parte de Henry Wotton retrasarse así! Le envié una nota a propósito esta mañana y prometió firmemente que no me defraudaría.

Era un consuelo que Harry asistiese a la cena, y cuando se abrió la puerta y oyó su pausada y musical voz dando encanto a una disculpa nada sincera, dejó de sentirse aburrido.

Pero en la cena no pudo probar bocado. Los platos desaparecían intactos. Lady Narborough no dejó de reprenderle por lo que calificaba de «un insulto al pobre Adolphe, que ha pensado el *menú* especialmente para usted», y de tanto en tanto lord Henry le miraba a través de la mesa preguntándose por su silencio y su comportamiento ausente. Cada poco el criado llenaba su copa de champán, que él bebía ávidamente, pues su sed parecía ir en aumento.

—Dorian —dijo lord Henry finalmente, cuando servían el *chaud-froid*—, ¿qué te ocurre esta noche? Pareces encontrarte mal.

—Creo que está enamorado —exclamó lady Narborough— y que teme decirlo por miedo a que me ponga celosa. Tiene toda la razón. Realmente me pondría celosa.

—Querida lady Narborough —murmuró Dorian sonriendo—, llevo toda una semana sin enamorarme, de hecho desde que Madame de Ferrol dejó la ciudad.

—¡Cómo pueden enamorarse ustedes de semejante mujer! —exclamó la vieja dama—. Le aseguro que no lo entiendo.

—Simplemente porque nos recuerda a usted de jovencita, lady Narborough —dijo lord Henry—. Es el único eslabón entre nosotros y usted cuando vestía de corto.

—No recuerda en absoluto a mí cuando vestía de corto, lord Henry. Pero yo sí la recuerdo muy bien en Viena treinta años atrás, y lo *décolletée* que iba por aquel entonces.

—Sigue igual de *décolletée* —contestó él cogiendo una aceituna con sus largos

dedos—, y cuando se viste elegantemente parece una *édition de luxe* de una mala novela francesa. Es realmente maravillosa y está llena de sorpresas. Su capacidad para el afecto familiar es extraordinaria. Cuando murió su tercer marido, su pelo se tiñó por completo de rubio debido a la pena.

—¡Cómo puedes decir eso, Harry! —exclamó Dorian.

—Es una explicación de lo más romántica —rió la anfitriona—. ¡Pero su tercer marido, lord Henry! No pretenderá decir que Ferrol es el cuarto.

—Ciertamente, lady Narborough.

—No creo una palabra de lo que dice.

—Entonces pregunte al señor Gray. Es uno de sus más íntimos amigos.

—¿Es eso cierto, señor Gray?

—Eso asegura ella, lady Narborough —dijo Dorian—. Yo le pregunté si, como Margarita de Navarra, tenía sus corazones embalsamados y colgando de su cinturón. Ella me dijo que no, porque ninguno de sus maridos había tenido corazón.

—¡Cuatro maridos! Palabra que eso es *trop de zèle*.

—*Trop d’audace*, le dije yo a ella —replicó Dorian.

—Oh, es lo bastante audaz para cualquier cosa, querido. ¿Y cómo es Ferrol? No lo conozco.

—Los maridos de las mujeres muy bellas pertenecen a la clase criminal —dijo lord Henry bebiendo su vino.

Lady Narborough le golpeó con su abanico.

—Lord Henry, no me sorprende en absoluto que el mundo lo califique a usted de extremadamente perverso.

—¿De qué mundo habla? —preguntó lord Henry elevando las cejas—. Este mundo y yo estamos en excelentes términos.

—Todo el mundo que conozco dice que es usted muy perverso —exclamó agitando la cabeza la vieja dama.

Lord Henry se puso serio unos instantes.

—Es absolutamente monstruoso —dijo al fin— el modo en que la gente va por ahí hoy en día diciendo cosas en contra de uno, y a sus espaldas, que son completa y totalmente ciertas.

—¿No es incorregible? —exclamó Dorian inclinándose en su silla.

—Eso espero —dijo riendo su anfitriona—. Pero si realmente adoran de un modo tan ridículo a Madame de Ferrol, voy a tener que casarme de nuevo para estar de moda.

—Usted nunca volverá a casarse, lady Narborough —interrumpió lord Henry—. Fue demasiado feliz en su matrimonio. Cuando una mujer vuelve a casarse es porque detestaba a su primer marido. Cuando un hombre vuelve a casarse es porque adoraba a su primera mujer. Las mujeres ponen a prueba su suerte; los hombres la arriesgan.

—Narborough no era perfecto —exclamó la anciana dama.

—De haberlo sido, mi querida señora, usted no lo hubiese amado —fue la

respuesta—. Las mujeres nos aman por nuestros defectos. Si tenemos bastantes están dispuestas a perdonárnoslo todo, hasta nuestra inteligencia. No volverá a invitarme a cenar, me temo, después de haber dicho esto, lady Narborough, pero es completamente cierto.

—Claro que es cierto, lord Henry. Si las mujeres no quisiéramos a los hombres por sus defectos, ¿qué sería de ustedes? Ningún hombre se casaría nunca. Serían una pandilla de desgraciados solterones. No es que eso cambiase mucho las cosas. Hoy en día los hombres casados viven como solteros, y los solteros como casados.

—*Fin de siècle* —murmuró lord Henry.

—*Fin du globe* —contestó su anfitriona.

—Ojalá fuese *fin du globe* —dijo Dorian con un suspiro—. La vida es decepcionante.

—Pero, querido —dijo lady Narborough poniéndose los guantes—, no me diga que ha agotado usted la vida. Cuando un hombre dice eso sabe que la vida lo ha agotado a él. Lord Henry es muy perverso, y a veces desearía haberlo sido yo también; pero usted está hecho para ser bueno. Parece usted tan bueno. Debo buscarle una esposa. ¿No cree, lord Henry, que el señor Gray debería casarse?

—Siempre se lo estoy diciendo, lady Narborough —dijo lord Henry con una inclinación.

—Bien, debemos buscar una pareja apropiada para él. Recorreré cuidadosamente el Debrett[4] esta noche y sacaré una lista de todas las jóvenes que puedan ser candidatas.

—¿Con sus edades, lady Narborough? —preguntó Dorian.

—Por supuesto, con sus edades levemente retocadas. Pero no debemos apresurarnos. Quiero que sea lo que el *Morning Post* llama una alianza conveniente, y quiero que ambos sean felices.

—¡Qué tonterías dice la gente sobre la felicidad del matrimonio! —exclamó lord Henry—. Un hombre puede ser feliz con una mujer siempre que no la quiera.

—Ah, qué cínico es usted —exclamó la vieja dama apartando su silla y haciéndole una seña a lady Ruxton—. Debe venir pronto a cenar conmigo otra vez. Realmente es usted un admirable tónico, mucho mejor que el que me prescribe sir Andrew. Pero debe decirme a quién le gustaría encontrar. Quiero que sea una reunión encantadora.

—Me gustan los hombres con futuro y las mujeres con pasado —contestó—, ¿o cree que eso la convertiría en una reunión de enaguas?

—Eso me temo —dijo su anfitriona riendo al tiempo que se levantaba—. Le pido mil perdones, mi querida lady Ruxton —añadió—. No había caído en que no ha acabado usted su cigarrillo.

—No tiene importancia, lady Narborough. Realmente fumo demasiado. Tengo intención de moderarme en un futuro.

—Le ruego que no lo haga, lady Ruxton —dijo lord Henry—. La moderación es

algo fatal. Bastante es tan malo como una comida. Más que bastante es tan bueno como un banquete.

Lady Ruxton lo miró con curiosidad.

—Debe venir a explicarnos eso alguna tarde, lord Henry. Parece una teoría fascinante —murmuró abandonando la sala.

—Y ahora no se entretengan demasiado con su política y sus escándalos —exclamó lady Narborough desde la puerta—; de lo contrario, empezaremos a reñir allí arriba.

Los hombres rieron, y el señor Chapman dio la vuelta solemnemente a la mesa y se sentó en la cabecera. Dorian Gray cambió de sitio y se sentó junto a lord Henry. El señor Chapman empezó a pensar en voz alta sobre la situación en la Cámara de los Comunes. Se reía a carcajadas de sus adversarios. La palabra *doctrinaire,* llena de horror para la mentalidad británica, surgía de tanto en tanto entre sus explosiones. Un prefijo aliterado servía como adorno de su oratoria. Izaba la Unión Jack sobre el pináculo del pensamiento. La estupidez hereditaria de la raza, que él jovialmente denominaba pleno sentido común inglés, era, a su juicio, el adecuado baluarte de la sociedad.

Una sonrisa torció los labios de lord Henry, que se volvió y miró a Dorian.

—¿Te encuentras mejor, querido? —preguntó—. Parecías sentirte realmente mal durante la cena.

—Me encuentro bien, Harry. Estoy cansado. Eso es todo.

—Estuviste encantador la otra noche. La duquesita siente absoluta adoración por ti. Me ha dicho que piensa ir a Selby.

—Ha prometido venir el veinte.

—¿Estará también Monmouth?

—Sí, Harry.

—Él me aburre terriblemente, casi tanto como le aburre a ella. Es muy inteligente, demasiado inteligente para ser una mujer. Carece del indefinible encanto de la debilidad. Son los pies de barro los que hacen precioso el oro de la imagen. Pies de blanca porcelana, si prefieres. Han pasado por el fuego, y lo que no destruye el fuego lo endurece. Ella ha tenido experiencias.

—¿Cuánto hace que está casada? —preguntó Dorian.

—Una eternidad, dice ella. Creo que, según la guía de la nobleza, hace diez años; pero diez años con Monmouth deben haber sido una eternidad, tiempo incluido. ¿Quién más vendrá?

—Oh, los Willoughbys, lord Rugby y su mujer, nuestra anfitriona, Geoffrey Clouston, el grupo de siempre. Le he pedido a lord Grotrian que viniese.

—Me gusta —dijo lord Henry—. A mucha gente no le gusta, pero yo lo encuentro encantador. Se hace perdonar el ser a veces demasiado elegante, e invariablemente demasiado educado. Es un tipo muy moderno.

—No sé si podrá venir, Harry. Puede que tenga que ir con su padre a Montecarlo.

—Ah, ¡qué fastidio es la familia de uno! Intenta que venga. Por cierto, Dorian, te marchaste muy pronto anoche. Antes de las once. ¿Qué hiciste después? ¿Fuiste directamente a casa?

Dorian le miró bruscamente y frunció las cejas.

—No, Harry —dijo al fin—, no llegué a casa hasta casi las tres.

—¿Estuviste en el club?

—Sí —contestó—. No, no es así. No estuve en el club. Paseé. He olvidado lo que hice. ¡Qué inquisitivo eres, Harry! Siempre quieres saber lo que uno ha estado haciendo. Yo siempre deseo olvidar lo que he hecho. Volví a las dos y media, si quieres saber la hora exacta. Me había dejado la llave en casa y mi criado tuvo que abrirme. Si deseas alguna prueba que corrobore la cuestión, puedes preguntarle a él.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Mi querido amigo, como si eso me importase algo. Vayamos al salón. No, gracias, señor Chapman, no quiero sherry. Algo te ha ocurrido, Dorian. Dime qué es. No eres el mismo esta noche.

—No te preocupes por mí, Harry. Estoy irritable y malhumorado. Te veré mañana o pasado mañana. Discúlpame ante lady Narborough. No voy a subir. Me marcho a casa. Debo irme a casa.

—Bueno, Dorian. Supongo que te veré mañana a la hora del té. Vendrá la duquesa.

—Intentaré estar allí, Harry —dijo saliendo del cuarto.

Al ir hacia casa era consciente de que el sentimiento de terror que creía haber estrangulado había vuelto. El interrogatorio casual de lord Henry le había hecho perder los nervios por el momento, y necesitaba estar sereno. Quedaban algunos objetos peligrosos que había que destruir. Se estremeció. Odiaba la sola idea de tener que tocarlos.

Sin embargo debía hacerlo. Se daba cuenta de ello y, tras cerrar con llave la puerta de la biblioteca, abrió el armario secreto en el que había guardado el abrigo y la bolsa de Basil Hallward. Ardía un enorme fuego en la chimenea. Apiló encima otro tronco. El olor a ropa chamuscada y a cuero quemado era horrible. Tardó tres cuartos de hora en hacerlo desaparecer todo. Al final se sentía débil y revuelto y, quemando unas pastillas argelinas en un pebetero de cobre, se lavó las manos y la frente con vinagre frío y almizclado.

De pronto se estremeció. Sus ojos despidieron un extraño brillo y se mordió febrilmente el labio inferior. Entre las dos ventanas había un escritorio florentino de ébano, incrustado de marfil y lapislázuli. Lo contempló como si ese objeto pudiese fascinar y aterrar a un tiempo, como si encerrase algo que deseara y que, sin embargo, le repugnase. Respiraba aceleradamente. Un loco deseo se apoderó de él. Encendió un cigarrillo y luego lo tiró. Sus párpados cayeron hasta que las largas franjas de sus pestañas tocaron casi las mejillas. Pero siguió contemplando el escritorio. Finalmente se levantó del sofá donde estaba tendido, fue hacia el mueble,

lo abrió y tocó un resorte oculto. Un cajón triangular se abrió despacio. Sus dedos se movieron instintivamente y se hundieron en su interior, cerrándose sobre algo. Era una cajita china lacada en negro y polvo de oro, bellamente labrada, de curvados bordes y con cordones de seda de los que colgaban borlas de hilo metálico y perlas de cristal. La abrió. Contenía una pasta verde con lustre de cera y de olor fuerte y persistente.

Vaciló unos instantes, con una extraña e inmóvil sonrisa en su rostro. Después, tiritando a pesar de que la atmósfera del cuarto era terriblemente calurosa, se desperezó y miró el reloj. Eran las doce menos veinte. Guardó otra vez la caja, cerró el mueble y fue a su dormitorio.

Cuando sonaron las doce campanadas de bronce en la oscuridad, Dorian Gray, vestido de modo ordinario y con una bufanda arrollada al cuello, se deslizó sin ruido fuera de la casa. En la calle Bond encontró un coche con un buen caballo. Lo llamó y dio en voz baja una dirección al cochero.

El hombre movió la cabeza.

—Está demasiado lejos, señor —murmuró.

—Tome un soberano —dijo Dorian—; y le daré otro si va deprisa.

—Muy bien, señor —respondió el hombre—, estará usted allí dentro de una hora.

Y, guardándose el dinero, hizo girar al caballo, que partió velozmente en dirección al río.



CAPÍTULO XVI

Empezó a caer una lluvia helada, y los borrosos faroles surgían fantasmales en la empapada bruma. Los cafés cerraban en aquel momento, y hombres y mujeres de aspecto sombrío se agolpaban en desordenados grupos junto a sus puertas. De algunos bares salían horribles risotadas. En otros, los borrachos alborotaban y aullaban.

Reclinado en el asiento del simón, con el sombrero echado hacia delante, Dorian Gray contemplaba con ojos impávidos la sórdida vergüenza de la gran ciudad, y de cuando en cuando repetía para sí las palabras que lord Henry le había dicho el día en que se conocieron: «Curar el alma a través de los sentidos y los sentidos a través del alma». Sí, ése era el secreto. Lo había probado con frecuencia y volvería a probarlo ahora. Había fumaderos de opio en los que podía comprarse el olvido, horrendas guaridas en las que el recuerdo de antiguos pecados podía destruirse con la locura de pecados nuevos.

La luna colgaba muy baja en el cielo, como un cráneo amarillo. De tanto en tanto, un inmenso nubarrón informe extendía un largo brazo tapándola. Los faroles disminuyeron, y las calles eran cada vez más estrechas y tenebrosas. Una de las veces, el cochero perdió el camino y hubo de retroceder media milla. Un vaho ascendía del caballo que reventaba a su paso los charcos. La bruma cubría de un gris franela los cristales del simón.

«Curar el alma a través de los sentidos y los sentidos a través del alma». Cómo resonaban esas palabras en sus oídos. Y su alma estaba mortalmente enferma. ¿Sería cierto que los sentidos podían curarla? Se había derramado sangre inocente. ¿Cómo expiar aquello? ¡Ah! No había expiación posible; pero aunque el perdón fuese inalcanzable, aún le quedaba el olvido, y él estaba decidido a olvidar, a borrar todo aquello, a aplastarlo como se aplasta una víbora que te ha mordido. Realmente, ¿con qué derecho le había hablado así Basil? ¿Quién le había nombrado juez de los demás? Había dicho cosas atroces, horribles, intolerables.

El coche avanzaba con dificultad y, a su parecer, cada vez más lentamente. Levantó el cristal y le gritó al cochero que acelerase. Una horrible ansia de opio lo corroía. Le ardía la garganta y se retorcía las delicadas manos. Pegó con furia al caballo con su bastón. El cochero se echó a reír y fustigó al animal. Él rió también, y entonces el cochero enmudeció.

El camino parecía interminable, y las calles eran como la negra tela de una araña extendida. La monotonía se hizo asfixiante y, al espesarse la niebla, sintió miedo.

Después pasaron por solitarias fábricas de ladrillos. La niebla era allí menos espesa, y pudo ver los extraños hornos en forma de botella, de los que salían lenguas de fuego como anaranjados abanicos. Un perro ladró a su paso y, a lo lejos, en la oscuridad, chilló una gaviota errante. El caballo tropezó en un bache, después se

desvió a un lado y empezó a galopar.

Al cabo de un rato dejaron atrás el camino embarrado y pasaron ruidosamente por calles mal empedradas. La mayoría de las ventanas estaban oscuras, pero aquí y allá se perfilaban fantásticas sombras tras las persianas iluminadas. Las contempló con curiosidad. Se agitaban como monstruosas marionetas y gesticulaban como cosas vivas. Las odió. Una rabia sorda le invadía el corazón. Al dar la vuelta a una esquina, una mujer les gritó algo desde una puerta abierta, y dos hombres corrieron detrás del coche unos cien metros. El cochero los azotó con el látigo.

Dicen que la pasión le hace a uno pensar como en un círculo. Y, de hecho, con una horrible reiteración, los labios de Dorian Gray formaban y volvían a formar las sutiles palabras que hablaban del alma y de los sentidos, hasta que halló en ello, por decirlo así, la plena expresión de su estado de ánimo y justificó, por medio del intelecto, pasiones que sin esa justificación hubiesen seguido dominando su humor. Ese solo pensamiento se arrastraba de una a otra célula de su cerebro; y el salvaje deseo de vivir, el más terrible de todos los apetitos humanos, se impuso en cada uno de sus trémulos nervios y fibras. La fealdad que tantas veces había detestado porque hacía las cosas reales, le resultó ahora grata por esa misma razón. La fealdad era lo único real. Las soeces peleas, el repugnante tugurio, la cruda violencia de una vida desordenada, la misma vileza de los ladrones y los proscritos eran más vivos en el intenso realismo de su impresión que todas las gráciles formas del arte, que las soñadoras sombras de la poesía. Eran lo que él necesitaba para el olvido. Pasados tres días volvería a ser libre.

De pronto, el cochero detuvo de un tirón el caballo al final de una callejuela oscura. Por encima de los tejados bajos y las dentadas filas de chimeneas, asomaban los negros mástiles de los barcos. Guirnaldas de blanca bruma se enroscaban en sus vergas como fantasmales velas.

—¿Es por aquí, señor? —preguntó la voz ronca por la ventanilla.

Dorian se estremeció y miró a su alrededor.

—Aquí está bien —contestó y, apeándose apresuradamente, dio al cochero la propina prometida y se dirigió hacia el muelle.

La linterna de popa de un enorme vapor mercante brillaba aquí y allá. La luz barría el pavimento y se quebraba en los charcos. Un resplandor rojizo salía de un vapor de altura que estaba alimentando la caldera. El empedrado fangoso parecía un impermeable mojado.

Apretó el paso hacia la izquierda, mirando a su espalda de cuando en cuando para ver si lo seguían. Al cabo de siete u ocho minutos, llegó a una casucha embutida entre dos míseros talleres. Una lámpara iluminaba una de las ventanas de arriba. Se detuvo y llamó de un modo especial.

Poco después se oyeron pasos en el corredor y un ruido de cerrojos descorridos. La puerta se abrió silenciosamente y él entró sin decir palabra a la informe y rechoncha figura que se aplastó en la sombra al entrar él. Al final del vestíbulo

colgaba una andrajosa cortina verde que agitó el viento racheado de la calle. La apartó y entró en un cuarto alargado y de techo bajo que parecía un salón de baile de tercera fila. Unos mecheros de gas de estridente llama se alineaban junto a los muros, reflejándose y distorsionándose en los espejos manchados de moscas. Unos grasientos reflectores de latón colocados detrás formaban vacilantes discos de luz. El suelo estaba cubierto de un serrín ocre, pisoteado y mezclado con barro, salpicado de oscuros círculos de vino. Unos malayos acuclillados junto a un hornillo de cisco jugaban con dados de hueso descubriendo al hablar los blancos dientes. En un rincón, con la cabeza hundida entre los brazos, había un marinero tendido sobre una mesa y, ante el mostrador pintado chillonamente, que ocupaba un lado entero del local, dos mujeres ojerosas se burlaban de un viejo que restregaba las mangas de su abrigo con una mueca de repugnancia.

—Cree que tiene hormigas rojas en la ropa —dijo riendo una de ellas al pasar Dorian. El hombre las miró aterrorizado y empezó a sollozar.

Al final de la sala había una escalera que llevaba a un cuarto oscuro. Mientras subía apresuradamente los tres peldaños desvencijados, llegó hasta él un fuerte olor a opio. Lanzó un profundo suspiro y las aletas de su nariz vibraron de placer. Al entrar, un joven de lacios cabellos rubios, inclinado sobre una lámpara en la que encendía una larga y delgada pipa, lo miró y saludó vacilante:

—¿Tú aquí, Adrián? —musitó Dorian.

—¿En qué otro sitio iba a estar? —respondió lánguidamente—. Ninguno de los muchachos me habla.

—Pensé que te habías marchado de Inglaterra.

—Darlington no va a hacer nada. Al final mi hermano pagó la letra. George tampoco me habla… No me importa —añadió suspirando—. Con esto uno no necesita amigos. Creo que yo he tenido demasiados.

Dorian se estremeció y miró a su alrededor las figuras grotescas que yacían en extrañas posturas sobre harapientos colchones. Los miembros torcidos, las bocas abiertas, la mirada fija y sin brillo le fascinaban. Sabía en qué extraños cielos estaban sufriendo y qué sombríos infiernos les enseñaban el secreto de un nuevo goce. Estaban mejor que él. Él era prisionero del pensamiento. La memoria, como una horrible dolencia, se estaba cebando en su alma. De cuando en cuando le parecía ver los ojos de Basil mirándole. Sin embargo, no podía quedarse allí. La presencia de Adrián Singleton le turbaba. Necesitaba estar en algún sitio donde nadie le conociera. Necesitaba escapar de sí mismo.

—Me marcho al otro sitio —dijo después de una pausa.

—¿Al del muelle?

—Sí.

—Seguro que esa gata loca está allí. Ya no la dejan entrar en este lugar.

Dorian se encogió de hombros.

—Estoy harto de mujeres que me quieren. Las mujeres que nos odian son mucho

más interesantes. Además, la droga es mejor allí.

—Es lo mismo.

—A mí me gusta más. Ven a beber algo. Lo necesito.

—Yo no quiero nada —murmuró el joven.

—No importa.

Adrian Singleton se levantó perezosamente y siguió a Dorian hasta el bar. Un mulato con un turbante ajado y una chaqueta andrajosa gesticuló un horrible saludo al tiempo que colocaba delante de ellos una botella de brandy y dos vasos. Las mujeres se les acercaron y empezaron a charlar. Dorian les volvió la espalda y dijo algo en voz baja a Adrian Singleton. Una sonrisa sinuosa como una arruga se retorció en el semblante de una de las mujeres.

—Estamos muy orgullosos esta noche —dijo despreciativamente.

—No me hables, por amor de Dios —exclamó Dorian dando una patada en el suelo—. ¿Qué quieres? ¿Dinero? Ahí lo tienes. No vuelvas a hablarme nunca.

Dos chispas rojas brillaron por un instante en los ojos hinchados de la mujer y después se extinguieron, dejándolos apagados y vidriosos. Agachó la cabeza y arrancó las monedas del mostrador con ávidos dedos. Su compañera la observaba con envidia.

—Es inútil —suspiró Adrián Singleton—. No deseo volver. Soy completamente feliz aquí.

—Me escribirás si necesitas algo, ¿verdad? —dijo Dorian después de una pausa.

—Quizá.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches —contestó el hombre dando media vuelta y limpiándose los resecos labios con el pañuelo.

Dorian se dirigió a la puerta con una expresión de dolor en el rostro. Cuando levantó la cortina, una horrible risa brotó de los labios pintados de la mujer que había cogido el dinero.

—Ahí va el del pacto con Satanás —hipó con voz ronca.

—¡Maldita! —contestó él—. No me llames eso.

Ella castañeteó los dedos.

—Prefieres que te llamen Príncipe Encantador, ¿no? —aulló a su espalda.

El marinero amodorrado saltó en pie y miró ferozmente a su alrededor. Oyó el ruido de la puerta del vestíbulo. Se precipitó afuera, como persiguiendo a alguien.

Dorian Gray aceleró el paso a lo largo del muelle bajo la lluvia. Su encuentro con Adrián Singleton le había conmovido extrañamente, y se preguntó si la ruina de aquella joven vida sería realmente culpa suya, como le había dicho Basil Hallward de un modo tan infame e insultante. Se mordió el labio y durante un instante sus ojos se entristecieron.

Sin embargo, después de todo, ¿qué le importaba aquello? Los días eran demasiado breves como para echarse sobre los hombros el peso de los errores ajenos.

Cada hombre vivía su propia vida y pagaba su precio por vivirla. La única pena era que uno tuviese que pagar tan a menudo por una sola culpa. De hecho, uno tenía que pagar una y otra vez. En sus relaciones con el hombre, el destino nunca salda sus cuentas.

Hay momentos, nos dicen los psicólogos, en que la pasión por el pecado o lo que el mundo llama pecado domina de tal modo nuestra naturaleza que cada fibra del cuerpo, así como cada célula del cerebro parecen dominadas por temibles impulsos. Los hombres y las mujeres pierden entonces su libre albedrío. Se dirigen hacia su terrible fin como autómatas. Se les niega la elección y la conciencia muere o, si sobrevive, lo hace sólo para prestar su hechizo a la rebelión y su encanto a la desobediencia. Porque todos los pecados, como los teólogos no se cansan de recordarnos, son pecados de desobediencia. Cuando ese espíritu superior, esa estrella matutina del mal cayó del cielo, lo que cayó fue un rebelde.

Endurecido, concentrado en el mal, la mente manchada y el alma hambrienta de rebelión, Dorian Gray seguía andando y apretó el paso cuando, al precipitarse en una oscura arcada por la que solía pasar a menudo para acortar el camino hacia el tugurio de mala fama al que se dirigía, sintió de pronto que lo agarraban por detrás, y antes de que tuviese tiempo de defenderse fue empujado contra el muro y una mano brutal le apretó la garganta.

Luchó furiosamente por su vida y, haciendo un terrible esfuerzo, logró apartar los dedos que lo atenazaban. Un segundo después oyó el resorte de un revólver y distinguió el brillo de un cañón reluciente apuntando hacia su cabeza. La forma oscura de un hombre bajo y fornido se erguía frente a él.

—¿Qué quiere usted? —balbució.

—¡Quieto! —dijo el individuo—. Si se mueve disparo.

—Está usted loco. ¿Qué le he hecho yo?

—Usted destrozó la vida de Sibyl Vane —fue la respuesta—. Y Sibyl Vane era mi hermana. Se suicidó. Lo sé. Pero murió por su culpa. Y le juro que voy a matarlo en pago de ello. Llevo años buscándole a usted. No tenía indicio ni rastro suyo. Las dos personas que le conocían han muerto. Sólo sabía el nombre con el que ella solía llamarle. Lo oí esta noche por casualidad. Póngase a bien con Dios porque va a morir esta noche.

Dorian Gray creyó enfermar de terror.

—No sé de quién me habla —tartamudeó—. Nunca había oído hablar de ella. Usted está loco.

—Haría mejor en confesar su pecado, porque tan cierto como que soy James Vane, usted va a morir.

Hubo un momento terrible. Dorian Gray no sabía qué decir ni qué hacer.

—De rodillas —rugió el hombre—. Le doy un minuto para ponerse en paz, sólo un minuto. Esta noche embarco para la India y antes tengo que cumplir con mi deber. Un minuto nada más.

Dorian bajó los brazos. El terror le paralizaba. No sabía qué hacer. De pronto, una ardiente esperanza cruzó su mente.

—Deténgase —exclamó—. ¿Cuánto tiempo hace que murió su hermana? Rápido, dígamelo.

—Dieciocho años —dijo el hombre—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué importa eso?

—Dieciocho años —dijo riendo Dorian Gray con voz triunfante—. ¡Dieciocho años! Lléveme bajo un farol y mire mi cara.

James Vane vaciló un momento sin comprender lo que aquello significaba. Luego agarró a Dorian Gray y lo arrastró fuera de la arcada.

Aunque el viento volvía pálida y vacilante la luz del farol, ésta sirvió, sin embargo, para mostrarle, según creyó, el terrible error en el que había incurrido, porque el rostro del hombre al que quería matar tenía toda la lozanía de la adolescencia y la pureza inmaculada de la juventud. Representaba poco más de veinte años, escasamente más; no era mucho mayor, si lo era en absoluto, de lo que había sido su hermana cuando él partió, hacía ya tantos años. Era evidente que aquél no podía ser el hombre que destruyó su vida.

Aflojó la presión y retrocedió tambaleándose.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Y le hubiese matado!

Dorian Gray respiró profundamente.

—Ha estado usted a punto de cometer un terrible crimen, buen hombre —dijo mirándolo severamente—. Que esto le sirva de advertencia para no tomarse la venganza por su mano.

—Perdóneme, señor —murmuró James Vane—. Me han engañado. Una palabra casual que he oído en ese maldito tugurio me ha puesto sobre una pista falsa.

—Haría usted mejor en marcharse a casa y tirar esa pistola. Podría tener problemas —dijo Dorian girando sobre sus talones y alejándose despacio calle abajo.

James Vane permaneció en medio de la calle horrorizado. Temblaba de pies a cabeza. Un momento después, una oscura sombra que se había deslizado a lo largo del chorreante muro salió a la luz y se le acercó con pasos furtivos. Sintió una mano en el brazo y miró a su alrededor, sobresaltado. Era una de las dos mujeres que habían estado bebiendo en el bar.

—¿Por qué no lo has matado? —le susurró acercando su horrible cara—. Supuse que lo seguirías cuando te vi salir precipitadamente de casa de Daly. ¡Idiota! Debías haberle matado. Tiene un montón de dinero y es la maldad personificada.

—No era el hombre que buscaba —respondió él—, y yo no quiero el dinero de nadie. Quiero la vida de un hombre. El hombre cuya vida quiero tiene cerca de cuarenta años. Ése es casi un muchacho. Gracias a Dios que no he manchado mis manos con su sangre.

La mujer lanzó una amarga risotada.

—Casi un muchacho —dijo con sarcasmo—. ¡Ja! ¿No sabes que hace cerca de

dieciocho años que el Príncipe Encantador me hizo lo que soy?

—¡Mientes! —gritó James Vane.

Ella levantó las manos al cielo.

—Juro ante Dios que digo la verdad —gritó.

—¿Ante Dios?

—Que me quede muda si no es verdad. Es el peor de los que vienen por aquí. Dicen que se ha vendido al diablo para conservar su hermosa cara. Hace casi dieciocho años que lo conozco. No ha cambiado apenas desde entonces. Yo en cambio sí —añadió la mujer con una impúdica y loca sonrisa.

—Júralo.

—Lo juro —salió de su boca aplastada como un eco ronco—. Pero no me delates —gimió—. Le tengo miedo. Dame algo para la cama de esta noche.

Se apartó de ella con un juramento y corrió hacia la esquina de la calle; pero Dorian Gray había desaparecido. Cuando volvió, la mujer tampoco estaba.



CAPÍTULO XVII

Una semana después, Dorian Gray estaba sentado en el invernadero de Selby Royal hablando con la linda duquesa de Monmouth que, con su marido, un hombre de sesenta años y aspecto cansado, figuraba entre sus huéspedes. Era la hora del té, y la suave luz de la gran lámpara cubierta de encaje que descansaba sobre la mesa encendía la delicada porcelana y la plata repujada del servicio. La duquesa presidía la reunión. Sus blancas manos se movían delicadamente entre las tazas, y sus labios llenos y rojos sonreían a algo que Dorian Gray le susurraba. Lord Henry estaba tendido sobre un sillón de mimbre, forrado de seda, contemplándolos. En un diván melocotón se sentaba lady Narborough simulando escuchar la descripción que le hacía el duque del último escarabajo brasileño con el que había aumentado su colección. Tres jóvenes con elegante esmoquin ofrecían pastas a algunas señoras. La reunión se componía de doce personas y se esperaban más para el día siguiente.

—¿De qué habláis? —dijo lord Henry yendo hacia la mesa y dejando su taza—. Espero que Dorian te habrá contado mi proyecto de rebautizarlo todo, Gladys. Es una idea deliciosa.

—Pero yo no quiero que vuelvan a bautizarme, Harry —replicó la duquesa mirándolo con sus bellos ojos—. Estoy completamente satisfecha de mi nombre, y segura de que al señor Gray le satisface también el suyo.

—Mi querida Gladys, no cambiaría vuestros nombres por nada del mundo. Los dos son perfectos. Pensaba principalmente en las flores. Ayer corté una orquídea para el ojal. Era una hermosa flor moteada, tan llamativa como los siete pecados capitales. En un momento de distracción pregunté a uno de los jardineros cómo se llamaba. Me dijo que era un magnífico ejemplar de *Robinsoniana*, o algo así de horrible. Es tristemente cierto, pero hemos perdido la facultad de dar nombres hermosos a las cosas. Y los nombres lo son todo. Nunca disputo con hechos. Mis únicas disputas son con las palabras. Ésa es la razón de que odie la vulgaridad del realismo en literatura. Al hombre que llamase azada a una azada debería obligársele a utilizarla. Es para lo único que serviría.

—Entonces, ¿cómo deberíamos llamarte a ti, Harry? —preguntó ella.

—Su nombre es Príncipe Paradoja —dijo Dorian.

—Le reconozco en eso instantáneamente —dijo la duquesa.

—Me niego a oírlo —dijo riendo lord Henry mientras se sentaba en un sillón—. No hay forma de escapar de una etiqueta. Rehúso el título.

—Las majestades no pueden abdicar —dejaron caer como un aviso unos bonitos labios.

—¿Quieres entonces que defienda mi trono?

—Sí.

—Proclamaré las verdades del mañana.

—Prefiero los errores de hoy —respondió ella.

—Me desarmas, Gladys —exclamó advirtiendo su tenacidad.

—De tu escudo, Harry: no de tu lanza.

—Jamás lucho contra la belleza —dijo haciendo un ademán.

—Ése es tu error, Harry. Créeme, valoras demasiado la belleza.

—¿Cómo puedes decir eso? Confieso creer que es mejor ser bello que bueno. Pero, por otra parte, no hay nadie tan dispuesto como yo a reconocer que es mejor ser bueno que feo.

—La fealdad, entonces, ¿es uno de los siete pecados capitales? —exclamó la duquesa—. ¿Qué ha sido de tu símil referente a las orquídeas?

—La fealdad es una de las siete virtudes capitales, Gladys. Tú, como buena conservadora, no debes menospreciarlas. La cerveza, la Biblia y las siete virtudes capitales han hecho de nuestra Inglaterra lo que es.

—¿Entonces no te gusta tu país? —preguntó ella.

—Vivo en él.

—Para poder censurarlo mejor.

—¿Preferirías entonces que me atuviese al veredicto de Europa?

—¿Qué dicen de nosotros?

—Que Tartufo ha emigrado a Inglaterra y abierto una tienda aquí.

—¿Eso es tuyo, Harry?

—Te lo regalo.

—No podría usarlo. Es demasiado cierto.

—No temas. Nuestros compatriotas no se reconocen nunca en una descripción.

—Son prácticos.

—Son más astutos que prácticos. Cuando hacen balance, saldan la estupidez con la riqueza, y el vicio con la hipocresía.

—Aun así hemos hecho grandes cosas.

—Las grandes cosas nos han sido impuestas, Gladys.

—Hemos llevado su peso.

—Únicamente hasta la Bolsa.

Ella movió la cabeza.

—Creo en la raza —exclamó.

—Representa la supervivencia del empuje.

—Tiene su desarrollo.

—La decadencia me fascina más.

—¿Y el arte?

—Es una enfermedad.

—¿El amor?

—Una ilusión.

—¿La religión?

—El sustituto de moda de la fe.

—Eres un escéptico.

—¡Jamás! El escepticismo es el comienzo de la fe.

—¿Qué eres entonces?

—Definir es limitar.

—Dame una pista.

—Los hilos se rompen. Te perderías en el laberinto.

—Me desconciertas. Hablemos de otra cosa.

—Nuestro anfitrión es un tema delicioso. Hace años lo bautizaron Príncipe Encantador.

—Ah, no me lo recuerdes —exclamó Dorian Gray.

—Nuestro anfitrión está bastante antipático esta tarde —respondió la duquesa encendiéndose—. Creo que piensa que Monmouth se casó conmigo por principios puramente científicos, como el mejor ejemplar que ha encontrado de mariposa moderna.

—Bueno, espero que no le clave alfileres, duquesa —rió Dorian.

—¡Oh! Ya lo hace mi doncella, señor Gray, cuando se siente molesta conmigo.

—¿Y por qué se molesta con usted, duquesa?

—Por las cosas más triviales, señor Gray, se lo aseguro. Normalmente porque llego a las nueve menos diez y le digo que debo estar vestida para las ocho y media.

—¡Qué irracional por su parte! Debería usted amonestarla.

—No osaría hacerlo, señor Gray. Ella inventa mis sombreros. ¿Recuerda usted el que llevaba en la fiesta al aire libre de lady Hilston? No lo recuerda, pero es muy amable al simular que sí. Pues bien, lo hizo de la nada. Todos los buenos sombreros están hechos de la nada.

—Como toda buena reputación, Gladys —interrumpió lord Henry—. Todo efecto que uno produce proporciona un enemigo. Para ser popular es necesario ser mediocre.

—No con las mujeres —dijo la duquesa denegando—; y las mujeres gobiernan el mundo. Te aseguro que no podemos soportar a los mediocres. Las mujeres, como alguien dice, amamos con nuestros oídos, como vosotros los hombres amáis con los ojos, si es que vosotros amáis lo más mínimo.

—A mí me parece que no hacemos otra cosa —murmuró Dorian.

—Ah, entonces nunca amáis de verdad, señor Gray —respondió la duquesa con fingida pena.

—Querida Gladys —exclamó lord Henry—. Cómo puedes decir eso. Los romances viven por repetición, y la repetición convierte un apetito en arte. Además, cada vez que uno ama es la única vez que ha amado. La diferencia del objeto no altera el carácter único de la pasión. Sencillamente lo intensifica. Sólo podemos tener en la vida una experiencia grandiosa en el mejor de los casos, y el secreto de la vida es reproducir esa experiencia lo más a menudo posible.

—¿Aunque lo haya herido a uno, Harry? —preguntó la duquesa tras una pausa.

—Especialmente cuando lo ha herido a uno —contestó lord Henry.

La duquesa se volvió y miró a Dorian Gray con una extraña expresión en los ojos.

—¿Qué dice usted a eso, señor Gray? —inquirió.

Dorian vaciló un momento. Después echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Yo siempre estoy de acuerdo con Harry, duquesa.

—¿Incluso cuando se equivoca?

—Harry nunca se equivoca, duquesa.

—¿Y le hace feliz su filosofía?

—Nunca he perseguido la felicidad. ¿Quién quiere la felicidad? He perseguido el placer.

—¿Y lo ha encontrado?

—A menudo. Demasiado a menudo.

La duquesa suspiró.

—Yo persigo la paz —dijo—, y si no voy a vestirme, no tendré paz esta noche.

—Deje que le traiga unas orquídeas, duquesa —exclamó Dorian poniéndose en pie y alejándose por el invernadero.

—Flirteas vergonzosamente con él —dijo lord Henry a su prima—. Deberías tener cuidado. Es una persona fascinante.

—Si no lo fuese no habría batalla.

—¿Los griegos contra los griegos, entonces?

—Yo estoy de parte de los troyanos. Lucharon por una mujer.

—Fueron vencidos.

—Hay cosas peores que la conquista —respondió ella.

—Galopas a rienda suelta.

—La marcha da vida —fue la *riposte*.

—Lo escribiré en mi diario esta noche.

—¿Qué?

—Que un niño quemado ama el fuego.

—Yo ni siquiera me he chamuscado. Mis alas están intactas.

—Las usas para todo excepto para volar.

—El valor ha pasado de los hombres a las mujeres. Es una experiencia nueva para nosotras.

—Tienes un rival.

—¿Quién?

Él rió.

—Lady Narborough —susurró—. Realmente lo adora.

—Me llenas de aprensión. La atracción de la antigüedad es fatal para nosotras las románticas.

—¡Románticas! Tenéis todo el método de la ciencia.

—Los hombres nos han educado.

—Pero no os han explicado.

—Descríbenos como sexo —lo retó ella.

—Esfinges sin secretos.

Lo miró sonriendo.

—¡Cuánto tarda el señor Gray! —dijo—. Vayamos a ayudarle. Aún no le he dicho de qué color serán mis enaguas.

—Ah, debes hacer que tus enaguas hagan juego con sus flores, Gladys.

—Eso sería una rendición prematura.

—El arte romántico comienza por su clímax.

—Debo reservarme una oportunidad para la retirada.

—¿A la manera de los partos?

—Ellos encontraron la salvación en el desierto. Yo no podría.

—Las mujeres no siempre pueden elegir —contestó él, pero apenas acabada la frase, llegó del fondo del invernadero un gemido ahogado seguido por el ruido sordo de algo pesado al caer. Todos se sobresaltaron. Y con los ojos llenos de temor, lord Henry corrió hacia las palmeras agitadas y encontró a Dorian Gray tendido boca abajo en el enlosado y desvanecido, con el aspecto de un muerto.

Lo transportaron al salón azul, acostándolo en uno de los sofás. Después de un breve instante, volvió en sí y miró a su alrededor con expresión aturdida.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¡Oh! Ya recuerdo. ¿Estoy a salvo aquí, Harry? —y empezó a temblar.

—Querido Dorian —contestó lord Henry—. Simplemente te has desmayado. Eso es todo. Debes estar agotado. Será mejor que no bajes a cenar. Yo ocuparé tu sitio.

—No, bajaré —dijo esforzándose por levantarse—. Prefiero bajar. No debo quedarme solo.

Fue a su dormitorio y se vistió. En la mesa se comportó con ardiente y descuidada alegría, pero de tanto en tanto un escalofrío de terror le recorría al recordar, pegada a los cristales del invernadero, como un pañuelo blanco, la cara de James Vane mirándole.



CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente no salió de la casa y, de hecho, pasó la mayor parte del tiempo en su habitación, enfermo de un terror salvaje hacia la muerte, y sin embargo indiferente a la vida misma. La conciencia de saberse cazado, perseguido, acosado, había empezado a dominarle. El solo agitarse del tapiz, causado por el viento, le hacía sobresaltarse. Las hojas secas arrojadas contra los cristales emplomados le parecían sus propias e inútiles resoluciones y ardientes arrepentimientos. Cuando cerraba los ojos, volvía a ver el rostro del marinero escudriñando a través de los cristales empañados, y el horror parecía posar la mano sobre su corazón una vez más.

Pero quizá había sido sólo su fantasía lo que había conjurado a la venganza a salir de la noche y puesto ante él las horribles formas del castigo. La vida real era un caos, pero había algo terriblemente lógico en la imaginación. Era la imaginación lo que ponía al remordimiento sobre la pista del pecado. Era la imaginación la que hacía que cada crimen soportara su informe progenie. En el mundo ordinario de los hechos, los malos no eran castigados ni los buenos recompensados. El éxito era de los fuertes, el fracaso se reservaba a los débiles. Eso era todo. Además, si un extraño rondase alrededor de la casa, los criados o los guardianes lo hubiesen visto. De haberse hallado huellas en los macizos, los jardineros se lo habrían comunicado. Sí: sólo había sido su fantasía. El hermano de Sibyl Vane no había vuelto para matarle. Había partido en su barco y naufragado en alguna tormenta. De él, en todo caso, estaba a salvo. El hombre no sabía quién era, no podía saberlo. La máscara de la juventud lo había salvado.

Y, sin embargo, si sólo había sido una ilusión, qué terrible era pensar que la conciencia podía crear tan temibles fantasmas y darles forma visible, haciéndoles moverse frente a uno. Qué suerte de vida sería la suya si, día y noche, las sombras de su crimen iban a vigilarlo desde mudos rincones, a burlarse de él desde lugares ocultos, a susurrar en su oído mientras estaba sentado a la mesa, a despertarlo con helados dedos cuando dormía. Cuando le asaltaba ese pensamiento, palidecía de terror y el aire se enfriaba repentinamente. ¡Oh! En qué hora de salvaje locura había matado a su amigo. Qué terrible el solo recuerdo de la escena. Volvía a revivirlo todo una vez más. Cada espantoso detalle se reproducía ante él con redoblado horror. Fuera de la negra caverna del tiempo, terrible y tapizada de escarlata, surgía la imagen de su pecado. Cuando lord Henry llegó a las seis, lo encontró sollozando como alguien que tiene el corazón roto.

No se atrevió a salir hasta el tercer día. Había algo en el aire claro y oloroso a pino de esa mañana de verano que pareció devolverle la alegría y el amor por la vida. Pero no eran sólo las condiciones físicas del ambiente lo que había provocado ese cambio. Su propia naturaleza se había revelado ante el exceso de angustia que amenazaba con mutilar y dañar la perfección de su calma. Ocurre eso siempre con los

temperamentos sutiles y refinados. Sus ardientes pasiones tienen que quemarse o doblegarse. O matan al hombre, o ellas mismas mueren. Las penas y los amores superficiales pueden perdurar. Los grandes amores y penas son destruidos por su propia plenitud. Además, se había convencido a sí mismo de ser la víctima de una imaginación ofuscada por el terror, y ahora miraba sus miedos pasados con algo de piedad y no poco desprecio.

Después del desayuno, paseó con la duquesa durante una hora por el jardín, y luego atravesaron en coche el parque para unirse a la partida de cazadores. La crujiente escarcha cubría la hierba como si fuese sal. El cielo era una copa invertida de azul metálico. Una fina capa de hielo rodeaba las tranquilas aguas del lago entre crecidos juncos. En el recodo del bosque de pinos vio a sir Geoffrey Clouston, hermano de la duquesa, sacando dos cartuchos gastados de la escopeta. Saltó del carruaje y, tras decirle al mozo que llevase la yegua a la casa, se abrió camino hacia sus invitados a través de las ramas secas y la salvaje maleza.

—¿Has tenido buena caza, Geoffrey? —preguntó.

—No demasiado, Dorian. Creo que casi todas las aves han salido a campo abierto. Me atrevería a decir que la cosa mejorará después de la comida, cuando vayamos a otro sitio.

Dorian vagó a su lado. El fuerte perfume del aire, la luz ocre y rojiza que iluminaba el bosque, los roncos gritos de los ojeadores resonando de tanto en tanto, las detonaciones que los seguían, le fascinaban y le llenaban de un sentimiento de deliciosa libertad. Le dominaba el abandono de la dicha, la gran indiferencia de la alegría.

De pronto, desde un altozano de tierra y hierbas, a unos veinte metros de ellos, salió una liebre de puntiagudas orejas negras y tiesas, las largas patas traseras extendidas. Saltó como un rayo hacia un plantel de alisos. Sir Geoffrey se echó la escopeta al hombro, pero había algo en la gracia de movimientos del animal que conmovió extrañamente a Dorian Gray, que gritó de inmediato:

—No dispares, Geoffrey. Déjala vivir.

—Qué tontería, Dorian —rió su compañero y, al desaparecer la liebre en la espesura, hizo fuego. Se oyeron dos gritos, el grito de dolor de la liebre, que es espantoso, y el grito de agonía de un hombre, que es aún peor.

—¡Cielo santo! —exclamó sir Geoffrey—. ¡He herido a un ojeador! ¡Qué carcamal! ¡Ponerse delante de las escopetas! ¡No disparéis, los de allá! —gritó con todas sus fuerzas—. Hay un hombre herido.

El guarda mayor llegó corriendo con un bastón en la mano.

—¿Dónde, señor? ¿Dónde está? —gritó al tiempo que el fuego cesaba en toda la línea.

—Aquí —contestó sir Geoffrey con enfado corriendo hacia la espesura—. ¿Por qué demonios no mantiene a sus hombres atrás? Me han estropeado la caza para el resto de la jornada.

Dorian los vio entrar en el alisar apartando las flexibles y cimbreantes ramas. Unos instantes después salían arrastrando un cuerpo a la luz. Volvió la cabeza espantado. Le pareció que la desgracia lo seguía a donde quiera que fuese. Oyó a sir Geoffrey preguntar si el hombre estaba realmente muerto, y la respuesta afirmativa del guarda. Le pareció que el bosque cobraba vida repentinamente llenándose de rostros. Se oía el rumor de miríadas de pisadas y un apagado zumbido de voces. Un gran faisán de pechuga cobriza voló hacia las ramas sobre sus cabezas.

Tras breves momentos que, en su estado de perturbación, le parecieron interminables horas de dolor, sintió posarse una mano sobre su hombro. Se estremeció y miró a su alrededor.

—Dorian —dijo lord Henry—, será mejor que les diga que se acabó la cacería por hoy. No estaría bien visto que siguiera.

—Desearía que se acabase para siempre, Harry —respondió amargamente—. Es algo horrible y cruel. ¿Está el hombre…?

No pudo acabar la frase.

—Eso me temo —dijo lord Henry—. El disparo lo alcanzó en pleno pecho. Debe haber muerto casi al instante. Ven. Volvamos a casa.

Caminaron juntos en dirección a la avenida durante casi cincuenta metros sin decir palabra. Entonces Dorian miró a lord Henry y dijo con un profundo suspiro:

—Es un mal presagio, Harry, un terrible presagio.

—¿Qué? —preguntó lord Henry—. Oh, ese accidente, supongo. Mi querido amigo, ha sido inevitable. Fue culpa de ese hombre. ¿Por qué se puso delante de las escopetas? Además, esto no nos concierne. Es bastante incómodo para Geoffrey, claro. No debe acribillarse a los ojeadores. Hace pensar a la gente que uno tira a lo loco. Pero Geoffrey no es así: es un buen tirador. No tiene sentido hablar del asunto.

Dorian movió la cabeza.

—Es un mal presagio, Harry. Siento como si algo terrible fuera a sucederle a alguno de nosotros. A mí mismo quizá —añadió pasándose la mano por los ojos con un gesto de dolor.

Su compañero se echó a reír.

—Lo único terrible en este mundo es el *ennui*, Dorian. Ése es el único pecado para el que no hay perdón. Pero nosotros no es probable que lo suframos, a no ser que los demás se dediquen a hablar del asunto en la comida. Les diré que se ha prohibido el tema. En cuanto a los presagios, no existen tales cosas. El destino no nos envía heraldos. Es demasiado sabio y demasiado cruel para eso. Además, ¿qué demonios podría ocurrirte a ti, Dorian? Tienes todo lo que un hombre puede desear en este mundo. No hay nadie que no estuviese encantado de poder cambiar su puesto por el tuyo.

—No hay nadie con quien no quisiera yo cambiarlo, Harry. No te rías así. Te estoy diciendo la verdad. El desgraciado campesino que acaba de morir estaba en mejores circunstancias que yo. No le temo a la muerte. Es la llegada de la muerte lo

que me aterroriza. Sus monstruosas alas parecen cernirse en el aire plomizo a mi alrededor. ¡Dios mío! ¿No ves a un hombre moviéndose detrás de los árboles, allí, vigilándome mientras espera?

Lord Henry miró en la dirección que señalaba la temblorosa mano enguantada.

—Sí —dijo sonriendo—. Veo al jardinero esperándote. Supongo que querrá preguntarte qué flores quieres poner en la mesa esta noche. ¡Qué absurdamente nervioso estás hoy, amigo mío! Debes visitar a mi doctor cuando volvamos a la ciudad.

Dorian suspiró aliviado al ver al jardinero aproximarse. El hombre se tocó el sombrero, miró a lord Henry vacilando y después sacó una carta que tendió a su señor.

—Su Gracia me dijo que esperase una respuesta —murmuró.

Dorian guardó la carta en un bolsillo.

—Dígale a Su Gracia que voy para allá —dijo fríamente.

El hombre se volvió y apretó el paso en dirección a la casa.

—¡Cómo les gusta a las mujeres hacer cosas peligrosas! —rió lord Henry—. Es una de las cualidades que más admiro en ellas. Una mujer es capaz de flirtear con cualquiera siempre que alguien esté mirando.

—¡Cómo te gusta decir cosas peligrosas, Harry! En este caso andas completamente descaminado. Me gusta mucho la duquesa, pero no la amo.

—Y la duquesa te ama mucho, pero le gustas menos, de modo que formáis una pareja excelente.

—Hablas de modo escandaloso, Harry, y nunca hay base alguna para el escándalo.

—La base de todo escándalo es una certeza inmoral —dijo lord Henry encendiendo un cigarrillo.

—Tú sacrificarías a cualquiera por un epigrama, Harry.

—El mundo va al altar por su propio pie —fue la respuesta.

—Ojalá fuese capaz de amar —exclamó Dorian Gray con una profunda nota de patetismo en la voz—. Pero parece que he perdido la pasión y olvidado el deseo. Estoy demasiado concentrado en mí mismo. Mi propia personalidad se ha convertido en un peso para mí. Quiero escapar, marcharme, olvidar. Ha sido una necedad venir aquí. Creo que mandaré un telegrama a Harvey para que prepare el yate. En un yate uno está a salvo.

—¿A salvo de qué, Dorian? Estás metido en algún lío. ¿Por qué no me lo cuentas? Sabes que yo te ayudaría.

—No puedo contártelo, Harry —respondió tristemente—. Y me atrevería a decir que sólo son imaginaciones. Ese desafortunado incidente me ha trastocado. Tengo el horrible presentimiento de que algo por el estilo podría ocurrirme a mí.

—¡Qué tontería!

—Espero que así sea, pero no puedo evitar sentirlo. Ah, aquí está la duquesa;

parece una Artemisa con traje de sastre. Como ve, hemos vuelto, duquesa.

—Me he enterado de todo, señor Gray —respondió ella—. El pobre Geoffrey está terriblemente contrariado. Y parece ser que usted le pidió que no disparase a la liebre. ¡Qué curioso!

—Sí, fue muy curioso. No sé qué me hizo decir aquello. Un capricho, supongo. Parecía la más dulce de las criaturitas. Pero siento que se lo hayan contado. Es un asunto espantoso.

—Es un asunto aburrido —interrumpió lord Henry—. No tiene valor psicológico alguno. Si Geoffrey lo hubiese hecho a propósito, habría sido de lo más interesante. Me gustaría conocer a alguien que hubiese cometido realmente un crimen.

—¡Qué desagradable eres, Harry! —exclamó la duquesa—. ¿No es así, señor Gray? Harry, el señor Gray está enfermo otra vez. Va a desmayarse.

Dorian se recompuso con esfuerzo y sonrió.

—No es nada, duquesa —murmuró—; mis nervios están terriblemente desquiciados. Eso es todo. Me temo que he andado demasiado esta mañana. No he oído lo que ha dicho Harry. ¿Algo muy perverso? Debe usted decírmelo en otra ocasión. Creo que necesito descansar. Y ahora deben excusarme.

Habían llegado a la escalinata que llevaba del invernadero a la terraza. Cuando la puerta acristalada se cerró detrás de Dorian, lord Henry se volvió y miró a la duquesa con ojos soñolientos.

—¿Estás muy enamorada de él? —preguntó.

Ella no contestó y contempló el paisaje.

—Ojalá lo supiese —dijo al fin.

Él movió la cabeza.

—Saberlo sería fatal. Es la incertidumbre lo que nos fascina. La bruma hace las cosas maravillosas.

—Uno puede perder el camino.

—Todos los caminos acaban en el mismo punto, querida Gladys.

—¿Qué punto es ése?

—La desilusión.

—Ése fue mi *début* en la vida —suspiró ella.

—Vino a ti coronado.

—Estoy cansada de las hojas de fresa[5].

—Te sientan bien.

—Sólo en público.

—Las echarías de menos —dijo lord Henry.

—No me desprendería de un solo pétalo.

—Monmouth tiene oídos.

—Los viejos son duros de oído.

—¿Nunca ha estado celoso?

—Ojalá lo hubiese estado.

Él miró alrededor como si buscase algo.

—¿Qué buscas? —preguntó ella.

—El botón de tu florete —contestó él—. Lo has dejado caer.

Ella rió.

—Aún tengo la máscara.

—Hace tus ojos más hermosos —fue su respuesta.

Ella volvió a reír. Sus dientes asomaron como blancas pepitas en un fruto escarlata.

Arriba, en su dormitorio, Dorian Gray yacía en un sofá sintiendo el terror en cada fibra de su cuerpo. La vida se había vuelto de pronto una carga demasiado horrible para soportarla. La espantosa muerte del desgraciado ojeador, cazado en la maleza como un animal salvaje, le había parecido un anticipo de su propia muerte. Casi se había desmayado ante lo que lord Henry había dicho en un casual gesto de cínica burla.

A las cinco llamó a su criado y le dio órdenes de que tuviese sus cosas listas para el expreso de la noche a la ciudad. El coche debía estar listo a las ocho y media. Estaba decidido a no pasar ni una noche más en Selby Royal. Era un lugar maldito. La muerte vagaba por allí a plena luz del sol. La hierba del bosque estaba manchada de sangre.

Después escribió una nota a lord Henry diciéndole que iba a la ciudad a consultar a su médico, y pidiéndole que entretuviese a los huéspedes en su ausencia. Cuando la estaba guardando en el sobre, llamaron a la puerta y el criado le informó de que el guarda mayor deseaba verle. Frunció el ceño y se mordió el labio.

—Hágalo pasar —musitó tras vacilar un instante.

En cuanto el hombre hubo entrado, Dorian sacó la chequera de un cajón y la abrió delante de él.

—Supongo que vendrá por el infortunado accidente de esta mañana, Thornton —dijo empuñando la pluma.

—Sí, señor —contestó el guarda.

—¿Estaba el pobre hombre casado? ¿Tenía familia? —preguntó Dorian con aire aburrido—. Si es así, no quiero que pasen apuros. Les enviaré la suma que considere usted necesaria.

—No sabemos quién es, señor. Eso es lo que me he tomado la libertad de venir a decirle.

—¿No saben quién es? —dijo Dorian con indiferencia—. ¿Qué quiere decir? ¿No era uno de sus hombres?

—No, señor. No le había visto nunca. Parece un marinero, señor.

La pluma cayó de la mano de Dorian Gray y sintió como si su corazón hubiese dejado de latir.

—¿Un marinero? —gritó—. ¿Ha dicho usted un marinero?

—Sí, señor. Parece como si hubiera sido alguna clase de marinero; tiene los

brazos tatuados y esas cosas.

—¿Le han encontrado algo encima? —dijo Dorian inclinándose hacia delante y mirando al hombre con ojos espantados—. ¿Algo que pueda identificarle?

—Algún dinero, señor, no mucho; y un revólver. No hay nada que lo identifique. Parece un hombre decente, señor, aunque rudo. Una especie de marinero, pensamos.

Dorian se levantó de un salto. Una terrible esperanza lo conmovió. Se aferró locamente a ella.

—¿Dónde está el cuerpo? Deprisa. Debo verlo inmediatamente.

—Está en un establo vacío de la granja, señor. A la gente no le gusta tener esa clase de cosas en su propia casa. Dicen que un cadáver da mala suerte.

—¡La granja! Vaya allí de inmediato a reunirse conmigo. Dígale a uno de los mozos que traiga mi caballo. No. No es necesario. Iré yo mismo. Será más rápido.

En menos de un cuarto de hora, Dorian Gray galopaba por la larga avenida tan rápido como podía. Los árboles parecían cruzar a su paso como una espectral procesión, y sombras feroces se atravesaban en su camino. Una vez la yegua se desvió hacia un poste indicador y estuvo a punto de arrojarlo al suelo. La azotó en el cuello con el látigo. El animal hendió el aire oscuro como una flecha. Las piedras volaban bajo sus cascos.

Finalmente llegó a la granja. Dos hombres vagaban por el corral. Saltó de la silla y le tiró a uno de ellos las riendas. En el establo más alejado brillaba una luz. Algo le decía que el cuerpo estaría allí y, lanzándose hacia la puerta, puso la mano en el picaporte.

Se detuvo un instante, sintiendo que estaba a punto de hacer un descubrimiento que iba a rehacer o a destrozar su vida. Después empujó la puerta y entró.

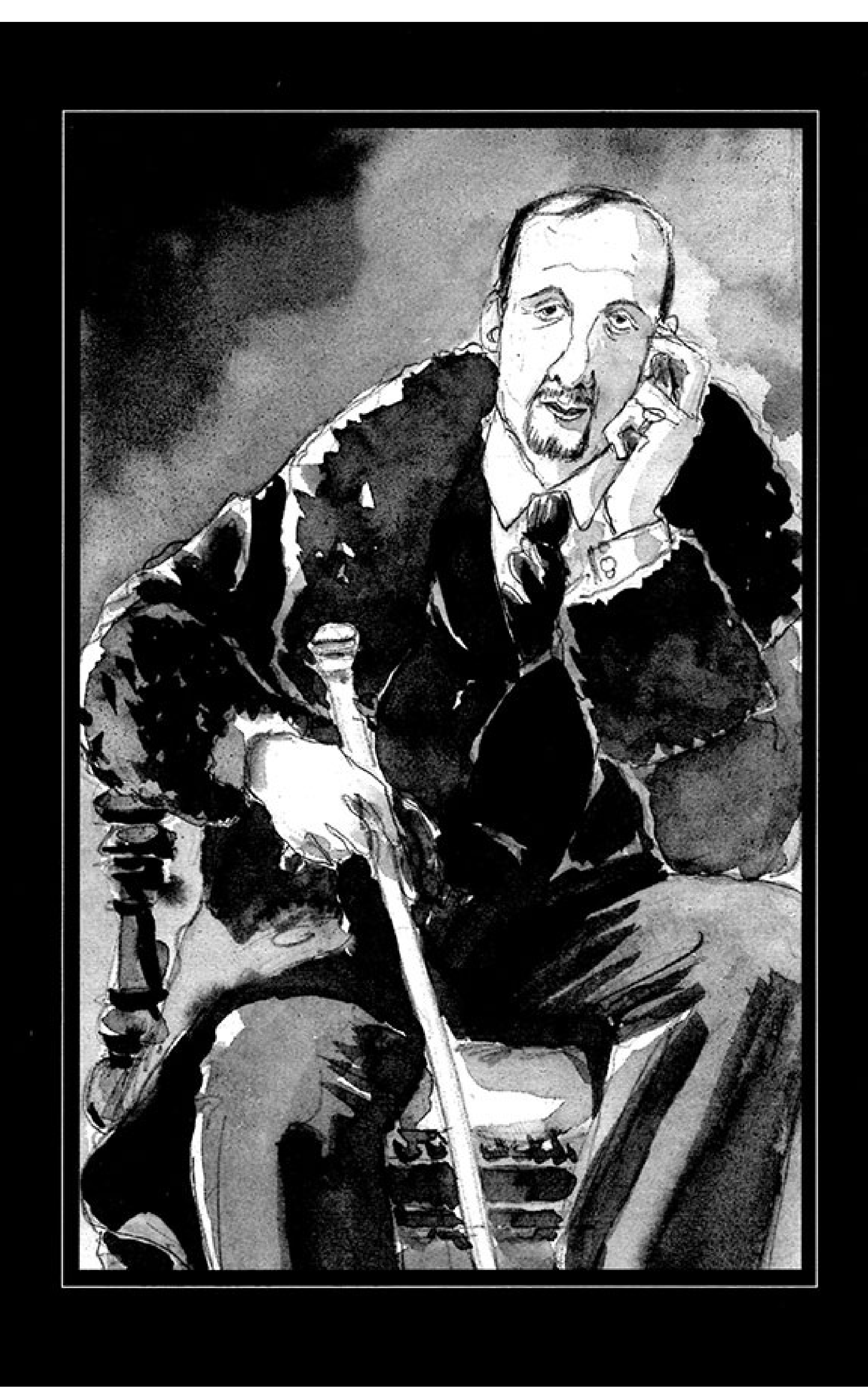
Sobre un montón de sacos, en el rincón del fondo, yacía el cadáver de un hombre vestido con una camisa basta y pantalones azules. Un pañuelo manchado tapaba su cara. Junto al cuerpo, metida en una botella, brillaba una vela.

Dorian Gray se estremeció. Sentía que no podía quitar él mismo el pañuelo, y mandó entrar a uno de los mozos de la granja.

—Destápele la cara. Quiero verla —dijo agarrándose al marco de la puerta para sostenerse.

Cuando el mozo obedeció, avanzó hacia el cuerpo. Un grito de alegría brotó de sus labios. El hombre que habían matado en la maleza era James Vane.

Permaneció allí unos minutos mirando el cadáver. Cuando volvió cabalgando hacia la casa, el llanto inundaba sus ojos: sabía que estaba a salvo.



CAPÍTULO XIX

—No tiene sentido que me digas que vas a ser bueno —exclamó lord Henry mojando sus blancos dedos en un recipiente de cobre con agua de rosas—. Eres completamente perfecto. No cambies, te lo ruego.

Dorian Gray movió la cabeza.

—No, Harry, he hecho demasiadas cosas terribles en mi vida. No estoy dispuesto a hacer más. Ayer empecé mis buenas acciones.

—¿Dónde estuviste ayer?

—En el campo, Harry. Estuve yo solo en una pequeña posada.

—Mi querido muchacho, cualquiera puede ser bueno en el campo. Allí no hay tentaciones. Ésa es la razón por la que la gente que vive fuera de la ciudad es tan completamente incivilizada. La civilización no es en absoluto algo fácil de obtener. Sólo hay dos formas en las que el hombre puede alcanzarla. Una es por medio de la educación, la otra por medio de la corrupción. La gente del campo no tiene oportunidad ni de lo uno ni de lo otro, por ese motivo se estancan.

—Cultura y corrupción —repitió Dorian—. He conocido algo de las dos. Ahora me parece terrible que puedan darse juntas. Y es que ahora tengo un nuevo ideal, Harry. Creo que he cambiado.

—Aún no me has dicho en qué ha consistido tu buena acción. ¿O dijiste que habías hecho más de una? —preguntó su compañero poniendo en el plato una pequeña pirámide de fresas y espolvoreándolas de azúcar con un tamiz en forma de concha.

—Te lo diré, Harry. Es una historia que no podría contar a nadie más. He salvado a una persona. Suena vanidoso, pero tú sabes a qué me refiero. Era muy bella, y se parecía increíblemente a Sibyl Vane. Creo que eso es lo primero que me unió a ella. Recuerdas a Sibyl, ¿verdad? ¡Qué lejano parece! Bueno, Hetty no era de nuestra clase, naturalmente. Era sólo una muchacha de una aldea. Pero yo la amaba de verdad. Estoy seguro de que la amaba. Durante todo este maravilloso mes de mayo solía escaparme a verla dos o tres veces por semana. Ayer nos encontramos en un pequeño huerto. Las flores de un manzano le caían sobre el pelo y sonreía. Íbamos a fugarnos esta mañana al amanecer. De pronto decidí dejarla tan pura como la encontré.

—Estoy seguro de que la novedad de la emoción debe haberte estremecido de verdadero placer, Dorian —interrumpió lord Henry—. Pero puedo acabar el idilio por ti. Le diste un buen consejo y le rompiste el corazón. Ese ha sido el principio de tu reforma.

—¡Harry, eres atroz! No debes decir esas horribles cosas. El corazón de Hetty no está roto. Claro que lloró y todo lo demás. Pero no está deshonrada. Puede seguir viviendo, como Perdita, en su jardín de menta y caléndulas.

—Y llorar por un Florizel infiel —dijo lord Henry riendo y recostándose en la silla—. Mi querido Dorian, tienes los más curiosos arrebatos infantiles. ¿Crees que ahora esa chica se contentará realmente con alguien de su propio rango? Supongo que un día la casarán con un rudo carretero o un labrador bonachón. Bien, el hecho de haberte conocido, de haberte amado, la llevará a despreciar a su marido y será una desgraciada. Desde un punto de vista moral, no puedo decir que tenga un buen concepto de tu gran renuncia. Hasta como comienzo resulta pobre. Además, ¿cómo sabes que Hetty no está flotando en este momento en la alberca de algún molino, iluminada por la luz de las estrellas y rodeada de bellos nenúfares como Ofelia?

—No puedo soportarlo más, Harry, te burlas de todo y después sugieres las más terribles tragedias. Ahora siento habértelo contado. No me importa lo que digas. Sé que hice bien en actuar así. ¡Pobre Hetty! Cuando pasé esta mañana a caballo por la granja, vi su blanco rostro en la ventana como un ramo de jazmines. Pero no hablemos más de eso. Y no intentes convencerme de que la primera buena acción que he hecho en años, el primer pequeño sacrificio que hago en mi vida, es en realidad una especie de pecado. Quiero ser mejor. Voy a ser mejor. Cuéntame algo de ti. ¿Qué noticias hay en la ciudad? Llevo días sin ir al club.

—La gente aún habla de la desaparición del pobre Basil.

—Pensaba que ya se habrían cansado del tema —dijo Dorian sirviéndose vino y frunciendo algo el ceño.

—Mi querido muchacho, sólo llevan seis semanas hablando de ello, y el público británico no tiene fuerzas para la tensión mental que supone tener más de un tema cada tres meses. Han tenido mucha suerte últimamente, sin embargo. Han tenido el caso de mi propio divorcio y el suicidio de Allan Campbell. Ahora tienen la misteriosa desaparición de un artista. Scotland Yard sigue insistiendo en que el hombre de abrigo gris que cogió el tren de medianoche el nueve de noviembre era el pobre Basil, y la policía francesa afirma que Basil nunca llegó a París. Supongo que dentro de quince días nos dirán que le han visto en San Francisco. Sería raro, pero de todo el mundo que desaparece se acaba diciendo que está en San Francisco. Debe de ser una ciudad deliciosa, y tendrá todo el encanto del mundo venidero.

—¿Qué piensas tú que le ha ocurrido a Basil? —preguntó Dorian sosteniendo su Burgundy a la luz y preguntándose cómo podía hablar del asunto con tanta calma.

—No tengo ni la menor idea. Si Basil escoge esconderse no es asunto mío. Si está muerto, no quiero pensar en él. La muerte es la única cosa que me aterroriza. La detesto.

—¿Por qué? —dijo el joven perezosamente.

—Porque —dijo lord Henry pasando por debajo de su nariz la rejilla dorada de una caja de vinagre de tocador— uno puede sobrevivir a cualquier cosa hoy en día excepto a eso. La muerte y la vulgaridad son los únicos dos hechos del siglo XIX que es imposible explicarse. Tomemos el café en el salón de música, Dorian. Tienes que tocarme algo de Chopin. El hombre con el que se fugó mi esposa tocaba a Chopin

admirablemente. ¡Pobre Victoria! Yo la apreciaba mucho. La casa está bastante sola sin ella. Naturalmente el matrimonio no es más que un hábito, un mal hábito. Pero uno siente la pérdida hasta de sus malos hábitos. Quizá es la pérdida que más se siente. ¡Forman una parte tan esencial de la personalidad de uno!

Dorian no dijo nada, pero se levantó de la mesa y, pasando al cuarto de al lado, se sentó al piano y dejó vagar sus dedos por el marfil blanco y negro de las teclas. Cuando el café estuvo servido, se paró y volviéndose hacia lord Henry, dijo:

—Harry, ¿se te ha ocurrido pensar en algún momento que Basil haya sido asesinado?

Lord Henry bostezó.

—Basil era muy popular, y siempre llevaba un reloj Waterbury[6]. ¿Por qué iban a asesinarlo? No era lo bastante inteligente como para tener enemigos. Claro que tenía un maravilloso genio para la pintura. Pero una persona puede pintar como Velázquez y ser lo más gris de este mundo. Basil era realmente gris. Sólo me interesó una vez, y fue cuando me contó, hace ya años, que sentía una ardiente admiración por ti y que tú eras el motivo dominante de su arte.

—Yo estimaba mucho a Basil —dijo Dorian con una nota de tristeza en la voz—. Pero ¿no dice la gente que lo asesinaron?

—Oh, algunos de los diarios lo hacen. A mi no me parece nada probable. Sé que hay sitios terribles en París, pero Basil no era el tipo de persona que hubiese ido allí. Carecía de curiosidad. Era su principal defecto.

—¿Qué dirías, Harry, si te contase que yo maté a Basil? —dijo Dorian mirándole fijamente.

—Diría, mi querido amigo, que estabas representando un papel que no te va. Todo crimen es vulgar, así como toda vulgaridad es un crimen. Tú no eres capaz de cometer un asesinato, Dorian. Siento si he herido tu vanidad, pero te aseguro que es cierto. El crimen pertenece exclusivamente a las clases bajas. Yo no las culpo en absoluto. Imagino que el asesinato debe de ser para ellos como el arte para nosotros, simplemente una forma de obtener sensaciones extraordinarias.

—¿Una forma de obtener sensaciones? ¿Piensas entonces que un hombre que ha cometido un asesinato volvería a cometer por segunda vez el mismo crimen? No me digas eso.

—Oh, nada se convierte en un placer si uno no lo hace a menudo —exclamó lord Henry riendo—. Ése es uno de los secretos más importantes de la vida. Imagino, sin embargo, que el crimen es siempre una equivocación. Uno no debería hacer nunca nada de lo que no pueda hablar en la sobremesa. Pero dejemos el tema del pobre Basil. Me gustaría creer que ha tenido un final tan romántico como sugieres; pero no puedo. Me atrevería a decir que se cayó de un autobús al Sena y que el conductor tapó el escándalo. Sí: imagino que ése fue su final. Lo veo yaciendo de espaldas en las tranquilas y verdes aguas con las pesadas barcazas flotando sobre él y largas algas enredadas en el pelo. Sabes, creo que no hubiese hecho muchas más cosas que

mereciesen la pena. Durante los últimos diez años su pintura había perdido mucho.

Dorian Gray suspiró y lord Henry cruzó el cuarto y acarició la cabeza de un curioso loro de Java, un ave de largo plumaje gris, y cresta y cola rosas que se balanceaba en una percha de bambú. Cuando sus dedos afilados lo tocaron, el loro pestañeó con la blanca cortina de sus párpados sobre las pupilas negras como cristales, y empezó a columpiarse hacia delante y hacia atrás.

—Sí —continuó volviéndose y sacando el pañuelo del bolsillo—, su pintura había perdido mucho. Había perdido su ideal. Cuando tú y él dejasteis de ser grandes amigos, él dejó de ser un gran artista. ¿Qué fue lo que os separó? Supongo que te aburriría. Si fue así, él nunca te perdonó. Es un hábito del aburrimiento. Por cierto, ¿qué fue del maravilloso retrato que te pintó? No creo haberlo vuelto a ver desde que estuvo acabado. Oh, ahora recuerdo que hace unos años me dijiste que lo habías mandado a Selby y lo habían perdido o robado en el camino. ¿Nunca lo recuperaste? ¡Qué pena! Era una verdadera obra de arte. Recuerdo que lo quise comprar. Desearía haberlo hecho. Pertenecía a la mejor etapa de Basil. Desde entonces, su obra era esa curiosa mezcla de mala pintura y buenas intenciones que siempre permiten a un hombre ser considerado un artista británico representativo. ¿Pusiste un anuncio para recuperarlo? Deberías hacerlo.

—Lo he olvidado —dijo Dorian—, supongo que sí. Pero realmente nunca me gustó. Siento haber posado para ese cuadro. El recuerdo de aquello me resulta detestable. ¿Por qué hablas de él? Solía recordarme a esas curiosas líneas de alguna obra, *Hamlet*, creo; ¿cómo eran? «Como el cuadro de una pena, un rostro sin corazón». Sí, así era.

Lord Henry rió:

—Si un hombre trata a la vida artísticamente, su mente está en su corazón —respondió dejándose caer en un asiento.

Dorian Gray movió la cabeza y arrancó unas suaves notas del piano. «Como el cuadro de una pena —repitió—, un rostro sin corazón».

Lord Henry se recostó y lo miró con ojos entornados.

—Por cierto, Dorian —dijo después de una pausa—, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde… cómo era la cita… su propia alma?

La música disonó y Dorian Gray, sobresaltado, miró fijamente a su amigo.

—¿Por qué me preguntas eso, Harry?

—Mi querido amigo —dijo lord Henry levantando sorprendido las cejas—. Te lo pregunto porque pienso que podrías darme una respuesta. Eso es todo. Iba por el parque el domingo pasado cuando vi cerca de Marble Arch a un pequeño grupo de personas de aspecto mísero escuchando a un vulgar predicador. Al pasar junto a ellos, oí al hombre lanzar esa pregunta a la audiencia. Me chocó por su completo dramatismo. Londres está lleno de curiosos efectos de ese tipo. Un húmedo domingo, un tosco cristiano con impermeable, un círculo de caras pálidas y enfermizas bajo un techo desigual de paraguas goteantes y una hermosa frase lanzada al aire por unos

labios chillones e histéricos: era realmente bueno a su manera, bastante sugerente. Pensé en decirle al profeta que el arte tenía alma, pero que el hombre no. Me temo, sin embargo, que no me hubiese entendido.

—No, Harry. El alma es una terrible realidad. Puede comprarse, venderse y trocarse. Puede envenenarse o perfeccionarse. Hay un alma en cada uno de nosotros. Lo sé.

—¿Estás completamente seguro de eso, Dorian?

—Completamente seguro.

—Ah, entonces debe ser una ilusión. Las cosas de las que uno se siente completamente seguro nunca son ciertas. Ésa es la fatalidad de la fe, y la lección del amor. ¡Qué serio estás! Anima esa cara. ¿Qué tenemos que ver tú y yo con las supersticiones de nuestro siglo? No: nuestra creencia en el alma nos ha sido imbuida. Toca algo para mí. Toca un nocturno, Dorian, y mientras tocas dime, en voz baja, cómo has conservado tu juventud. Tienes que tener algún secreto. Sólo tengo diez años más, y estoy arrugado, ajado y amarillento. Tú estás maravilloso, Dorian. Me recuerdas el día en que te vi por primera vez. Eras fresco, muy tímido y absolutamente extraordinario. Has cambiado, naturalmente, pero no en aspecto. Desearía que me contases tu secreto. Haría cualquier cosa en este mundo por recuperar mi juventud, excepto hacer ejercicio, madrugar o ser respetable… ¡Juventud! No hay nada que se le iguale. Es absurdo hablar de la ignorancia de la juventud. Las únicas personas cuya opinión escucho ya con algo de respeto son las de aquellos mucho más jóvenes que yo. Parecen estar por delante de mí. La vida les ha revelado sus últimas maravillas. En cuanto a los viejos, siempre les he llevado la contraria. Si les preguntas su opinión sobre algo que ha ocurrido ayer, te dan solemnemente las opiniones que imperaban en 1820, cuando la gente llevaba cuello duro, creía en todo y no sabía absolutamente nada. ¡Qué bonito es lo que tocas! Me pregunto si Chopin lo escribiría en Mallorca mientras el mar gemía alrededor de su villa y la salada espuma salpicaba los cristales. Es maravillosamente romántico. ¡Qué bendición que nos quede un arte que no sea imitativo! No pares. Necesito música esta noche. Me parece que eres realmente el joven Apolo y que yo soy Marsias escuchándote. Tengo mis propias penas, Dorian, de las que ni siquiera tú sabes nada. La tragedia de la vejez no es que uno sea viejo, sino que sea joven. A veces me sorprendo de mi propia sinceridad. Ah, Dorian, qué feliz eres. ¡Qué vida tan exquisita has tenido! Has bebido hasta la saciedad de todo. Has aplastado las uvas contra tu paladar. Nada se te ha ocultado. Y nada ha significado para ti más que el sonido de una música. No te ha mancillado. Sigues siendo el mismo.

—No soy el mismo, Harry.

—Sí, eres el mismo. Me pregunto cómo será el resto de tu vida. No la estropees con renuncias. Actualmente eres un tipo perfecto. No te vuelvas incompleto. Eres enteramente intachable. No necesitas negarlo: tú sabes que lo eres. Además, Dorian, no te engañes, la vida no está gobernada por la voluntad o la intención. La vida es una

cuestión de nervio, y de fibras, y de células lentamente formadas en las que se oculta el pensamiento y la pasión tiene sus propios sueños. Puedes pensar que estás a salvo y creerte fuerte. Pero un tono de color casual en un cuarto o en el cielo matutino, un particular perfume que has amado una vez y que te trae sutiles recuerdos, un verso de un poema olvidado que de súbito vuelve a ti, la cadencia de una melodía que habías dejado de tocar… te digo, Dorian, que es de cosas como ésas de las que depende nuestra vida. Browning tiene algo escrito acerca de eso; pero nuestros propios sentidos lo imaginan por nosotros. Hay momentos en que el olor de *lilas blanc* viene a mí de pronto, y entonces tengo que revivir el mes más extraño de toda mi vida. Desearía poderme cambiar por ti, Dorian. El mundo ha levantado la voz en contra de ambos, pero a ti siempre te ha adorado. Tú eres el modelo que nuestra época está buscando, pero que teme encontrar. Me alegro tanto de que nunca hayas hecho nada, de que no hayas labrado una estatua, o pintado un cuadro, o creado algo fuera de ti mismo. La vida ha sido tu arte. Te has convertido en música. Tu vida son tus sonetos.

Dorian se levantó del piano y se pasó la mano por el pelo.

—Sí, la vida ha sido exquisita —murmuró—, pero no voy a llevar la misma vida, Harry. Y no debes decirme esas cosas tan extravagantes. Tú no sabes nada de mí. Creo que si me conocieras, hasta tú te apartarías de mí. Te ríes. No te rías.

—¿Por qué has dejado de tocar, Dorian? Vuelve y toca otra vez el nocturno. Mira esa inmensa luna color miel que cuelga en el aire oscuro. Está esperando a que la fascines, y si tocas se acercará más a la tierra. ¿No quieres? Entonces vayamos al club. Ha sido una tarde encantadora, y debe acabar de la misma forma. Hay alguien en White’s que tiene unas ganas inmensas de conocerte: el joven Poole, el hijo mayor de Bournemouth. Ya te ha copiado las corbatas, y me ha rogado que te lo presente. Es completamente delicioso, y me recuerda bastante a ti.

—Espero que no sea cierto —dijo Dorian con una triste sonrisa en los ojos—. Pero esta noche estoy cansado, Harry. No voy a ir al club. Son casi las once y quiero retirarme pronto.

—Quédate entonces. Nunca has tocado tan bien como hoy. Había algo maravilloso en tu interpretación. Tenía más sentimiento del que nunca había oído en esa pieza.

—Eso es porque voy a ser bueno —respondió sonriendo—. Ya he cambiado algo.

—Tú no puedes cambiar para mí, Dorian —dijo lord Henry—. Tú y yo siempre seremos amigos.

—Y sin embargo me envenenaste una vez con un libro. Eso no debería perdonártelo. Prométeme que nunca volverás a prestarle ese libro a nadie, Harry. Es peligroso.

—Mi querido amigo, verdaderamente estás empezando a moralizar. Pronto irás por ahí como los conversos y los evangelistas advirtiendo a la gente contra todos los pecados de los que tú te has cansado. Eres demasiado delicioso para eso. Además, no hay nada que hacer. Tú y yo somos lo que somos, y así seguiremos siendo. En cuanto

a ser envenenado por un libro, eso no es posible. El arte no influye en los actos. Aniquila el deseo de obrar. Es soberbiamente estéril. Los libros que el mundo llama inmorales son libros que muestran al mundo su propia vergüenza. Eso es todo. Pero no discutamos de literatura. Vuelve mañana. Iré a montar a caballo a las once. Podríamos ir juntos y después te llevaría a almorzar con lady Branksome. Es una mujer encantadora y quiere consultarte acerca de unos tapices que está pensando comprar. Espero que vengas. ¿O almorzaremos con nuestra pequeña duquesa? Me dice que ya no te ve nunca. ¿Quizá te has cansado de Gladys? Pensé que te ocurriría. Su inteligente lengua acaba poniéndole a uno nervioso. Bueno, en cualquier caso, estáte aquí a las once.

—¿Realmente debo venir, Harry?

—Naturalmente. El parque está precioso ahora. Creo que no ha habido lilas tan hermosas desde el día en que te conocí.

—Está bien. Estaré aquí a las once —dijo Dorian—. Buenas noches, Harry.

Al llegar a la puerta vaciló un momento, como si tuviese algo que decir. Luego suspiró y salió del cuarto.

CAPÍTULO XX

Hacía una noche deliciosa, tan templada que se echó el abrigo al brazo y tan siquiera se puso la bufanda de seda al cuello. Cuando iba paseando hacia su casa, fumando un cigarrillo, pasaron junto a él dos jóvenes en traje de noche. Oyó que uno de ellos le susurraba al otro: «Ése es Dorian Gray». Recordó lo que solía complacerle que lo señalaran, o lo miraran o hablasen de él. Ahora estaba cansado de oír su propio nombre. La mitad del encanto de la pequeña aldea en la que había estado tan a menudo últimamente era que nadie sabía quién era. Le había dicho muchas veces a la muchacha que había conquistado que él era pobre, y ella lo había creído. Una vez le dijo que era malo y ella se echó a reír contestando que los malos siempre eran muy feos y muy viejos. ¡Qué risa la suya! Era como el canto de un tordo. Y qué bonita estaba con su vestido de algodón y su gran sombrero. No sabía nada, pero tenía todo lo que él había perdido.

Al llegar a casa, encontró a su criado esperándolo. Lo mandó a la cama y se dejó caer en el sofá de la biblioteca, dándole vueltas a algunas de las cosas que lord Henry le había dicho.

¿Era realmente cierto que nunca podría cambiar? Sintió una ardiente nostalgia de la pureza sin mancha de su adolescencia, su adolescencia rosa y blanca, como lord Henry la llamó una vez. Sabía que la había empañado, que había llenado su mente de corrupción y de horrores su fantasía; que había sido una mala influencia para otros y experimentado una terrible alegría al serlo; que, de las vidas que se habían cruzado con la suya, eran las más nobles y llenas de promesas las que había llenado de vergüenza. Pero ¿era todo aquello irreparable? ¿No había esperanza para él?

¡Ah! En qué monstruoso momento de orgullo y pasión había rogado que el retrato llevase el peso de sus días y que él guardase el esplendor sin mancha de la juventud eterna. Todo su fracaso se había debido a eso. Hubiese sido mejor para él que cada pecado de su vida trajese consigo un certero y rápido castigo. En el castigo había purificación. No «perdónanos nuestros pecados», sino «castíganos por nuestras iniquidades» debería ser el ruego del hombre a un Dios justo.

El curioso espejo tallado que le había regalado lord Henry años atrás estaba sobre la mesa, y los cupidos de blancos miembros reían a su alrededor como antiguamente. Lo cogió al igual que había hecho esa noche de horror cuando notó por primera vez el

cambio en el fatal retrato, y con ojos trastornados y empañados por las lágrimas se miró en el bruñido escudo. En una ocasión, alguien que lo amaba con locura le había escrito una carta delirante con estas idólatras palabras: «El mundo ha cambiado porque tú estás hecho de marfil y de oro. Las curvas de tus labios reescriben la historia». Recordó esas frases y las repitió para sus adentros una y otra vez. Luego aborreció su propia belleza y, arrojando el espejo al suelo, lo redujo a astillas de plata con el tacón. Era su belleza lo que le había perdido, su belleza y la juventud por la que había suplicado. Pero con esas dos cosas, su vida podría haber estado libre de mancha. La belleza sólo había sido para él una máscara, la juventud una burla. ¿Qué era la juventud en el mejor de los casos? Una época de imperfección e inmadurez, de emociones superficiales y pensamientos enfermizos. ¿Por qué la había servido? La juventud lo había malogrado.

Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía cambiarlo. Era en sí mismo y en su futuro en lo que debía pensar. James Vane yacía oculto en una tumba sin nombre en el cementerio de Selby. Alan Campbell se había disparado una noche en su laboratorio, pero no había revelado el secreto que él le había forzado a compartir. El actual revuelo suscitado por la desaparición de Basil Hallward, pronto habría pasado. Ya iba apagándose. Estaba completamente a salvo. Y realmente no era la muerte de Basil Hallward lo que más pesaba sobre su espíritu. Era la muerte en vida de su propia alma lo que lo torturaba. Basil había pintado el retrato que arruinó su vida. No podía perdonarle aquello. Era el retrato el que lo había hecho todo. Basil le había dicho cosas insoportables y que él sin embargo había aguantado con paciencia. El asesinato sólo fue la locura de un instante. En cuanto a Alan Campbell, se había matado con sus propias manos. Él lo había elegido. No le concernía.

¡Una nueva vida! Eso era lo que necesitaba. Eso era lo que esperaba. Seguramente había empezado ya. Había salvado a una criatura inocente, en cualquier caso. Jamás volvería a tentar a la inocencia. Sería bueno.

Al pensar en Hetty Merton, empezó a preguntarse si el retrato del cuarto cerrado habría cambiado. Seguramente no sería tan horrible como antes. Quizá si su vida se purificaba podría expulsar todo signo de perversa pasión de aquel rostro. Quizá las señales de maldad ya se habrían disipado. Iría a verlo.

Cogió la lámpara de la mesa y se deslizó por la escalera. Al desatrancar la puerta, una sonrisa de alegría cruzó el joven rostro y se detuvo un instante en sus labios. Sí, sería bueno; y la horrible cosa oculta cesaría de aterrorizarlo. Sintió como si ya se hubiese despojado de aquella carga.

Entró silenciosamente, cerrando la puerta tras él como acostumbraba, y apartó la cortina púrpura del retrato. Un grito de dolor e indignación brotó de su boca. No veía cambio alguno, excepto que en los ojos había ahora una expresión de astucia, y en la boca el torcido gesto del hipócrita. El retrato seguía siendo repugnante, más repugnante si era posible que anteriormente, y el rocío escarlata que manchaba la mano se había vuelto más brillante y se parecía más a sangre recién derramada.

Entonces se echó a temblar. ¿Había sido sólo su vanidad lo que le había impulsado a hacer esa buena acción? ¿O el deseo de una sensación nueva, como lord Henry había sugerido con su burlona sonrisa? ¿O esa pasión por representar un papel que nos hace a veces comportarnos mejor de lo que en realidad somos? ¿O quizá todo a un tiempo? ¿Y por qué había aumentado la mancha roja? Parecía haberse extendido como una horrible enfermedad por los arrugados dedos. Había sangre en los pies, como si la cosa hubiese goteado sangre incluso en la mano que no había empuñado el cuchillo. ¿Confesar? ¿Significaba aquello que debía confesar? ¿Entregarse y ser ajusticiado? Se echó a reír. Sintió que la idea era monstruosa. Además, aunque confesase, ¿le creerían? No quedaba rastro del hombre asesinado. Todas sus pertenencias habían sido destruidas. Él mismo había quemado lo que quedaba en el piso de abajo. El mundo diría simplemente que se había vuelto loco. Lo encerrarían si persistía en su historia…

Y sin embargo su deber era confesar, y sufrir la vergüenza pública, y arrepentirse públicamente. Había un Dios que instaba a los hombres a decir sus pecados en la Tierra lo mismo que en el Cielo. Nada de lo que hiciese podría limpiarlo mientras no confesase su pecado. ¿Su pecado? Se encogió de hombros. La muerte de Basil Hallward le parecía poco importante. Pensó en Hetty Merton. Era un espejo injusto, ese espejo de su alma en el que se miraba. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿No había habido más que eso en su renuncia? Había habido algo más. Al menos él lo creía así. Pero ¿quién podía asegurarlo?… No. No había habido nada más. La había respetado por vanidad. La hipocresía se había puesto la máscara de la bondad. Por curiosidad, había probado a negarse a sí mismo. Ahora lo reconocía.

Pero el asesinato… ¿iba a perseguirlo durante toda su vida? ¿Tendría que arrastrar siempre el peso de su pasado? ¿Iba realmente a confesar? Jamás. Sólo había una prueba en su contra. El propio retrato: ésa era la prueba. Lo destruiría. ¿Por qué lo había guardado tanto tiempo? Al principio, le había sido placentero verlo cambiar y envejecer. Últimamente no había sentido placer alguno. De noche lo había mantenido despierto. Estando fuera lo había llenado de terror al pensar que alguien pudiese descubrirlo. Había llenado sus pasiones de melancolía. Su solo recuerdo había malogrado muchos momentos de felicidad. Había sido para él como su conciencia. Lo destruiría.

Miró a su alrededor y vio el cuchillo que había matado a Basil Hallward. Lo había limpiado muchas veces hasta que no quedó ni una sola mancha. Brillaba y resplandecía. Como había matado al pintor, mataría también su obra y todo lo que ella significaba. Mataría el pasado, y cuando estuviese muerto él sería libre. Mataría esa monstruosa alma viviente y, sin su horrible advertencia, quedaría en paz. Asió el cuchillo y lo clavó en el cuadro.

Se oyó un grito y una fuerte caída. El grito fue tan terriblemente agónico que los criados despertaron asustados y salieron de sus dormitorios. Dos hombres que pasaban por la plaza se detuvieron y miraron la magnífica casa. Siguieron andando

hasta encontrar un guardia y lo llevaron hasta el lugar. El guardia llamó varias veces, pero no hubo respuesta. Excepto una luz en una de las ventanas de arriba, la casa estaba a oscuras. Al cabo se alejó y se detuvo a observar bajo un pórtico situado junto al edificio.

—¿De quién es la casa, guardia? —preguntó el mayor de los dos hombres.

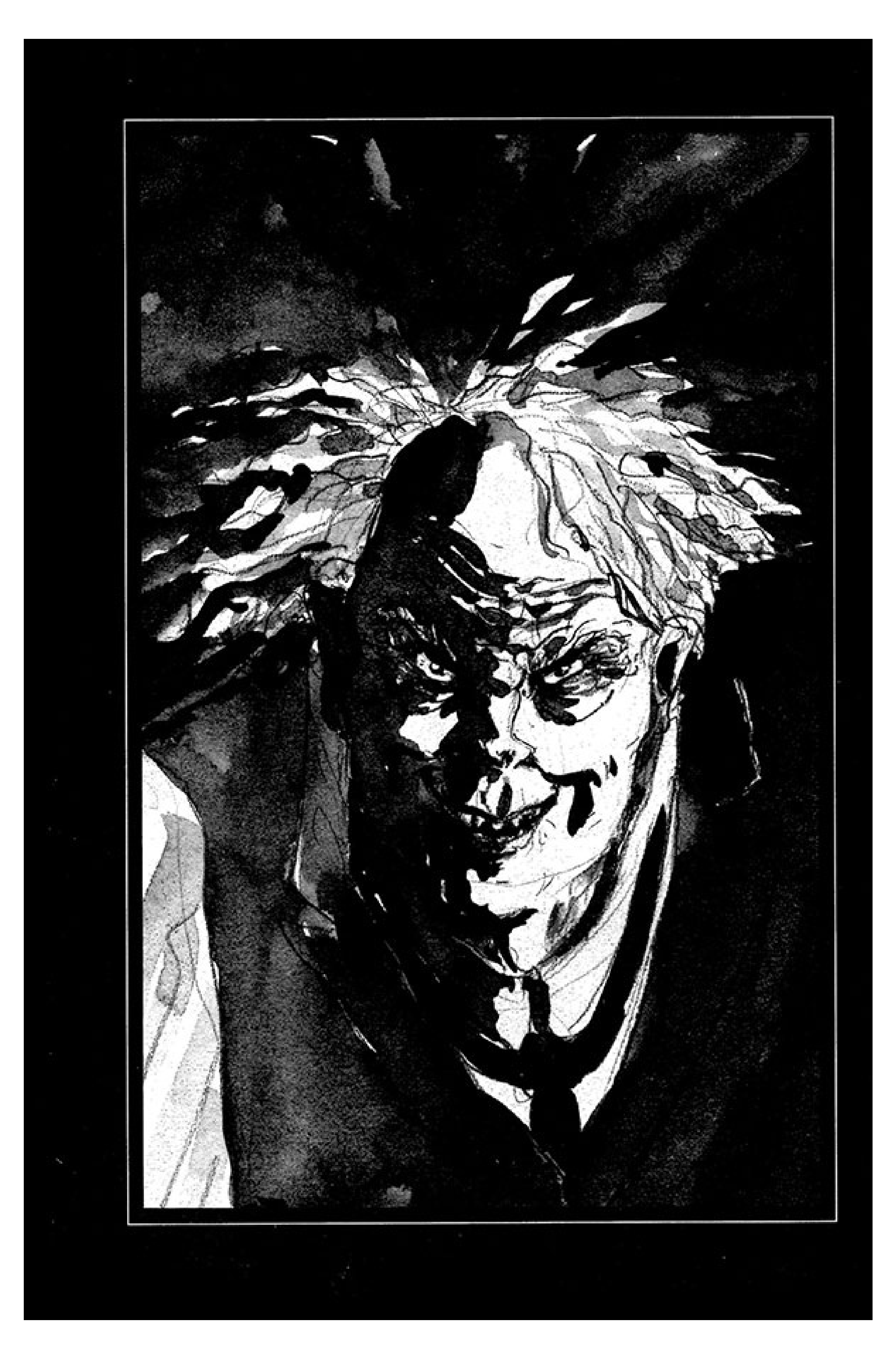
—Del señor Dorian Gray —contestó el policía.

Los dos hombres se miraron el uno al otro y se alejaron con un gesto de desprecio. Uno de ellos era el tío de sir Henry Ashton.

Dentro, en las dependencias de la servidumbre, criados a medio vestir hablaban entre ellos con sofocados cuchicheos. La anciana señora Leaf lloraba y se retorcía las manos. Francis estaba pálido como un muerto.

Alrededor de un cuarto de hora después, llamó al cochero y a uno de los mozos y se deslizaron al piso de arriba. Llamaron a la puerta, pero no hubo respuesta. Llamaron a gritos. Todo estaba en calma. Finalmente, después de haber tratado en vano de forzarla, subieron al tejado y saltaron al balcón. Las ventanas cedieron sin esfuerzo: las fallebas eran viejas.

Al entrar encontraron, colgado en la pared, un espléndido retrato de su amo tal como le habían visto por última vez, en toda la maravilla de su exquisita juventud y belleza. En el suelo yacía el cadáver de un hombre con traje de noche y un cuchillo en el corazón. Su rostro estaba ajado, lleno de arrugas y repugnante. Hasta que no examinaron los anillos que llevaba, no reconocieron su identidad.





OSCAR WILDE. Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde (Dublín, Irlanda, entonces perteneciente al Reino Unido, 16 de octubre de 1854 - París, Francia, 30 de noviembre de 1900) fue un escritor, poeta y dramaturgo irlandés.

Wilde es considerado uno de los dramaturgos más destacados del Londres victoriano tardío; además, fue una celebridad de la época debido a su gran y aguzado ingenio. Hoy en día, es recordado por sus epigramas, sus obras de teatro y la tragedia de su encarcelamiento, seguida de su temprana muerte.

Hijo de exitosos intelectuales de Dublín, mostró su inteligencia desde edad temprana al adquirir fluidez en el francés y el alemán. En Oxford estudió en el curso de clásicos, llamado Greats; dio pruebas de ser un prominente clasicista, primero en Dublín y luego en Oxford; guiado por dos de sus tutores, Walter Pater y John Ruskin, se dio a conocer por su implicación en la creciente filosofía del esteticismo. También exploró profundamente el catolicismo −religión a la que se convirtió en su lecho de muerte−. Tras su paso por la universidad se trasladó a Londres, donde se movió en los círculos culturales y sociales de moda.

Como un portavoz del esteticismo realizó varias actividades literarias; publicó un libro de poemas, dio conferencias en Estados Unidos y Canadá sobre el Renacimiento inglés y después regresó a Londres, donde trabajó prolíficamente como periodista. Conocido por su ingenio mordaz, su vestir extravagante y su brillante conversación, Wilde se convirtió en una de las mayores personalidades de su tiempo.

En la década de 1890 refinó sus ideas sobre la supremacía del arte en una serie de

diálogos y ensayos, e incorporó temas de decadencia, duplicidad y belleza en su única novela, El retrato de Dorian Gray. La oportunidad para desarrollar con precisión detalles estéticos y combinarlos con temas sociales le indujo a escribir teatro. En París, escribió Salomé en francés, pero su representación fue prohibida debido a que en la obra aparecían personajes bíblicos. Imperturbable, produjo cuatro comedias de sociedad a principios de la década de 1890, convirtiéndose en uno de los más exitosos dramaturgos del Londres victoriano tardío.

En el apogeo de su fama y éxito, mientras su obra maestra, *La importancia de llamarse Ernesto* seguía representándose en el escenario, Wilde demandó al padre de su amante por difamación. Después de una serie de juicios fue declarado culpable de indecencia grave y encarcelado por dos años, obligado a realizar trabajos forzados. En prisión, escribió *De Profundis*, una larga carta que describe el viaje espiritual que experimentó luego de sus juicios, un contrapunto oscuro a su anterior filosofía hedonista. Tras su liberación partió inmediatamente a Francia, donde escribió su última obra, *La balada de la cárcel de Reading*, un poema en conmemoración a los duros ritmos de la vida carcelaria. Murió indigente en París, a la edad de cuarenta y seis años.

Notas



[1] Galería de arte de Bond Street. La abrió el pintor sir Coutts Lindsay para competir con las salas de la Royal Academy. (N. del T.) <<



[2] Se refiere a los informes y documentos que publicaba el Parlamento sobre las lacras sociales de la época. (N. del T.) <<

[3] «En una escala cromática, / Su seno chorreante de perlas, / La Venus del Adriático / Saca del agua su cuerpo rosa y blanco. // Las cúpulas, sobre el azul de las ondas / Siguiendo la frase de límpida forma. / Se hinchan como pechos redondos / Que eleva un suspiro de amor. //El esquife atraca y me deja, / Echando la amarra al pilar, / Delante de una fachada rosa, / En el mármol de una escalera». Traducción de Mauro Armiño en *El retrato de Dorian Gray*, Ed. Espasa, col. Austral, Madrid, 2005. <<



[4] Se trata de un directorio de sociedades históricas, castillos, museos, arqueología, genealogía e historia de las principales familias del Reino Unido, así como normas de etiqueta y otros datos e informaciones similares. (N. del T.) <<

[5] Emblema heráldico ducal de Inglaterra. (N. del T.) <<

[6] Reloj de bolsillo barato. (N. del T.) <<